



JENNIFER PROBST

The Marriage *Mistake*





¡Descubre tu próxima aventura!



Staff

Moderadora

Azuloni

Staff de traducción

**Azuloni
Clau
Vettina
Lectora
Xhessi
Nelly Vanessa**

**Vanehz
Laura Soto
Susanauribe
Rihano
NightW~
Curitiba**

**Yanli
Akanet
Mona
Nayelii**



Staff de corrección

**Angeles Rangel
Caamille
Dennars**

**Clau
Xhessii**

Recopilación y revisión

Angeles Rangel

Diseño

francatemartu

Contenido

Sinopsis	Capítulo 10
Prólogo	Capítulo 11
Capítulo 1	Capítulo 12
Capítulo 2	Capítulo 13
Capítulo 3	Capítulo 14
Capítulo 4	Capítulo 15
Capítulo 5	Capítulo 16
Capítulo 6	Epílogo
Capítulo 7	Próximo Libro
Capítulo 8	Sobre el Autor
Capítulo 9	

Síopsis

*Traducido por Mona
Corregido por Angeles Rangel*

Carina Conte ha tenido un flechazo con el mejor amigo de su hermano Michael, Max Gray, desde que ella era una adolescente de vuelta a casa en Italia. Ahora ella ganó su MBA¹ y viene a trabajar en la nueva empresa de Michael, el crecimiento más rápido de América del imperio de la panadería. Pero algunas cosas nunca cambian: su sobreprotectora familia todavía la trata como a una niña. Con tres preciosos hermanos que te mueres, ella sigue siendo el patito feo de todos. Y Max, el nuevo delegado de la compañía, apenas la ve.



Max sabe que Carina Conte está estrictamente fuera de sus límites, por el bien de su trabajo y de su amistad con Michael. Pero la sangre caliente que corre por sus venas se impone en una conferencia cuando los dos comparten una ardiente noche... ¡y es estropeada por su madre! Ahora, es forzado por su antiguo amigo en un matrimonio tradicional italiano para el que no está listo, Max es miserable y Carina está furiosa.

Su nuevo marido está a punto de darse cuenta de que el infierno que no tiene tanta furia como una mujer transformada...

Tercer libro de la saga Marriage to a Billionaire.

¹ **MBA:** Máster en Administración y Dirección de Empresas (Master in Business Administration en inglés, abreviado MBA).

Prólogo

*Traducido por Azuloni
Corregido por Angeles Rangel*

Carina Conte se quedó mirando la vacilante llama de la hoguera casera y se recordó a sí misma que no estaba loca.

Era sólo una mujer enamorada.

La mano le temblaba alrededor del pedazo de papel. El libro violeta de *Hechizos de Amor* situado en la hierba junto a sus pies. Miró a su alrededor y pidió a dios que su familia no se despertase. Le había prometido a su cuñada que no intentaría lanzar un hechizo, pero Maggie no tenía que saberlo.

Ubicada en la parte trasera de la propiedad, el aroma de la madera quemada y el dulce crepitar del azafrán llenó sus fosas nasales, y rezó porque la luz del fuego no revelase su ubicación. Carina echó un vistazo a la página. Bueno, era hora de llamar a la Madre Tierra. Esperaba que el Padre Richard no se enfadara. Rápidamente recitó las palabras para convocar que los poderes de la Madre Tierra para convocar a un hombre con todas las cualidades escritas en su lista.

Entonces tiró el papel al fuego.

Ligereza fluyó a través de ella y dejó escapar un suspiro de alivio. *Hecho*. Ahora, todo lo que tenía que hacer era esperar. Se preguntó cuánto tardaba generalmente la Madre Tierra en entregar su regalo. Por supuesto, le había puesto el trabajo muy fácil a la entidad. En vez de una larga lista de cualidades, la lista contenía el poder de un solo nombre. El nombre del hombre que había estado enamorada toda la vida, el hombre

que la veía como a una hermana pequeña, el hombre mundano y sexy que había salido con algunas de las mujeres más hermosas del mundo, el hombre que hacía a su lengua trabarse durante el día y sacudía su cuerpo con lujuria durante la noche.

Maximus Gray.

Carina esperó hasta que el papel se convirtió en cenizas, y luego arrojó el cubo de agua sobre el fuego. Limpió con movimientos rápidos y eficientes, recogió el libro de tela y se dirigió de nuevo a la casa. La hierba suave cosquilleó contra sus pies descalzos, y su camisón blanco se elevó a su alrededor como un fantasma. Una sensación de emoción le pasó por la espalda mientras ella se colaba de nuevo a su habitación. Deslizó el libro en el cajón y se metió en la cama.

Finalmente, estaba hecho.

Capítulo 1

Traducido por Clau12345
Corregido por Angeles Rangel

—**H**e contratado a un nuevo socio. Ella estará bajo tu dirección y serás responsable de su formación.

Max cortó su mirada hacia el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa. Sus terminaciones nerviosas se erizaron ante el anuncio, pero permaneció en silencio. Estiró las piernas debajo de la mesa de conferencia, cruzó los brazos frente a su pecho y arqueó una ceja. Había trabajado muchas horas y sudado sangre para sacar el imperio familiar de *La Dolce Maggie*, rama americana EE.UU. de *La Dolce Famiglia* con base en Italia, de la tierra, y maldita fuera si se salía limpiamente.

—¿Buscándome un remplazo, jefe?

Más como un hermano que como un jefe, Michael Conte le disparó una sonrisa.

—¿Y lidiar con tu mamá viniendo detrás de mí a patearme el culo? Ni pensarlo. Necesitas ayuda con la expansión.

Max sonrió.

—Parece que tu mamá es más dura que la mía. ¿No te instigó a tener una boda por la fuerza con tu esposa? Qué bueno que la amabas, o estarías en problemas.



—Es curioso, Gray. La boda no era problema. Fueron tus dudas acerca de mi esposa las que verdaderamente nos metieron en problemas.

Max hizo una mueca.

—Lo siento. Trataba de proteger a un amigo de una mujer hambrienta de dinero. De todos modos, ahora me encanta Maggie. Es suficientemente fuerte como para llevar tu basura.

—Sí, ahora hay como un club de admiración mutua entre el ustedes dos.

—Es mejor que la guerra. Entonces, ¿quién es el pez gordo entrando?

—Carina.

Max cerró la boca con fuerza.

—¿Perdón? ¿Carina, tu hermanita? Tienes que estar bromeando. ¿No está todavía la escuela?

Michael se sirvió un poco de agua del refrigerador y tomó un sorbo.

—Ella se graduó en mayo pasado de su MBA de la SDA Bocconi, y ha estado entrenando en el *Dolcedi Notte*.

—¿Nuestro competidor?

Michael sonrió.

—No lo creo. No están tratando de conquistar el mundo como nosotros, mi amigo. Pero puedo confiar en que le enseñaron competencias básicas en el negocio de la panadería. Quería que se entrenara con Julietta, pero se niega a quedarse a la sombra de su hermana mayor. Ha estado rogándome por venir a Estados Unidos y ya le corresponde su pasantía. Es hora de unirse a la empresa familiar. ¿*Capisce*?

Ah, demonios. Sí, entendía. Max estaba siendo reasignado a la labor de niñera para la hermana menor del clan. Claro, él la quería como a una hermana, pero su tendencia de echarse a llorar en escenas emocionales no iba bien con el negocio. Max se estremeció. ¿Y si hería sus sentimientos y se derrumbaba? Esta era una mala idea por todos lados.

—Um, Michael, tal vez deberías ponerla en contabilidad. Siempre has dicho que es capaz con las figuras, y no creo que gestión sea un buen ajuste. Tengo un horario loco y estoy en negociaciones delicadas. Por favor, dásela a alguien más.

Su amigo negó con la cabeza.

—Con el tiempo, la voy a pasar a CFO. Pero por ahora la quiero contigo. Ella tiene que aprender el manejo adecuado y cómo funciona *La Dolce Maggie*. Tú eres el único en quien confío para asegurarse de que no se menta en problemas. Eres de la familia.

Las palabras simples cerraron el último clavo de su casa de vampiros. *Familia*. Michael siempre había cuidado de él, y él le había probado que valía la pena. También había soñado con un lugar tallado para él. El pico de la cadena alimentaria, por así decir.

Nadie había cuestionado nunca su trabajo como CEO, pero últimamente se preguntaba si la falta de la preciada sangre Conte en sus venas le hacía daño a su posición.

Los contratos eran temporales y se renegociaban cada tres años. Anhelaba un lugar más permanente en el imperio que ayudó a construir, y la ampliación de otras tres panaderías podría ser la joya de la corona.

Si hacía bien su trabajo, podría asegurarse estar en la cima, justo al lado de Michael, como socio permanente en vez de un director ejecutivo designado. Preocuparse por una joven recién salida de la escuela de negocios le distraería. A no ser...

Dio unos golpecitos con el dedo contra su labio inferior. Tal vez Michael necesitaba que le recordaran lo importante que eran sus esfuerzos para la compañía. Al arrojarle a Carina ciertos desafíos, estaría seguro de resaltar sus deficiencias y su corta edad, manteniéndola todo el tiempo bajo su supuesta protección.

Después de la expansión, Max intentaría abordar a Michael respecto a la sociedad. Carina podría ser capaz de abogar por su causa, sobre todo si era su mentor y ella dependía de su retroalimentación.

Sí, tal vez esto era lo mejor.

—Está bien, Michael, si eso es lo que quieres.

—Bien. Ella llegará dentro de una hora. ¿Por qué no vienes a cenar a casa esta noche? Tendremos una pequeña celebración de bienvenida por su llegada.

—¿Maggie va a cocinar?

Michael sonrió.

—Diablos, no.

—Entonces estoy dentro

—Hombre inteligente. —Michael aplastó el vaso de papel, lo tiró en la basura y cerró la puerta detrás de él.

Max miró su reloj. Tenía un montón de trabajo que hacer antes de que ella llegara.



Carina se quedó mirando la elegante puerta de madera con la brillante señal dorada. Tragó el nudo en su garganta y secó las palmas húmedas en su falda negra. Esto era ridículo. Ella había crecido y hacía mucho que había pasado los días bebiendo los vientos por Max Gray.

Después de todo, tres años era mucho tiempo.

Se alisó un mechón de pelo de su elegante moño, enderezó los hombros y llamó a la puerta.

—Adelante

El sonido de su voz ronca atravesó su memoria y la presionó casi estrangulándola. Era rico y cremosamente suave, insinuando sexo

travieso de una manera tan fuerte que sólo una monja podría ignorarlo. Quizás.

Abrió la puerta y se dirigió con falsa confianza.

Carina sabía que no tenía importancia. El mundo de los negocios sólo observaba lo que estaba sobre la superficie. Saberlo la tranquilizó, había aprendido muy bien a ocultar sus emociones durante su formación. Se trataba simplemente de una cuestión de supervivencia.

—Hola, Max.

El hombre detrás del extenso escritorio de teca la miró con una extraña mezcla de calidez y sorpresa, casi como si no estuviera esperando a la mujer que estaba delante de él.

Los penetrantes ojos azules se afilaron y vagaron sobre su figura antes de que su rostro se suavizara en uno amable de bienvenida.

Su corazón se tambaleó, cayó y se mantuvo estable. Por un momento, se permitió beber en su apariencia.

Su cuerpo era delgado y asentado, y a su impresionante altura siempre se añadía un comportamiento intimidatorio que era una ventaja en la mayoría de sus tratos. Su rostro reflejaba la imagen de un demonio y un ángel atrapado en una historia de amor. Pómulos agudos, una nariz elegante y una ceja curvada que aparentaba aristocracia. Una sexy perilla abrazaba su mandíbula acentuando la curva rolliza de sus labios, hechos a la medida para el sexo.

Su cabello grueso, negro como el carbón caía en ondas a través de su indomable frente y salía disparado hasta el azul de sus ojos. Él se acercó a ella, caminando con una gracia natural que un hombre alto por lo general no mostraba y el aroma tentador de su colonia bromeó con sus sentidos. La extraña combinación de madera, especias y limón le provocaba ganas de enterrar la cara en la curva de su cuello y respirar.

Por supuesto, no lo hizo. Ni siquiera cuando la estrechó brevemente en un abrazo de bienvenida. Sus dedos descansaron sobre los anchos hombros apenas contenidos en un traje azul marino hecho a la medida.

Ella hacía tiempo que había enfrentado su criptonita personal y había aprendido grandes lecciones. *Reconoce tu debilidad. Acéptala. Sigue adelante.* Ahora, las reglas simples de los negocios se aplicaban a todas las áreas de su vida.

Ella le sonrió.

—Ha pasado un largo tiempo.

—Demasiado largo, *cara*. —La inquietud brilló en sus ojos y luego desapareció—. He oído que te graduaste entre los primeros de tu clase. Bien hecho.

Ella dio una breve inclinación de cabeza.

—Gracias. ¿Y tú? Michael dice que estás trabajando duro en la ampliación de *La Dolce Maggie*.

Su mandíbula se apretó.

—Sí. Parece que me ayudarás en este aspecto. ¿Has hablado con tu hermano ya?

Carina frunció el ceño.

—No, vine directamente a la sede, para poder adelantarme un par de horas. Pensé que me daría el recorrido. ¿En qué división voy a empezar? ¿Cuentas por pagar, presupuesto u operaciones?

Él estudió su cara durante un rato, su mirada era una caricia real mientras sondeaba cada rasgo. Ella resistió con fuerza y se sometió a la inspección. Tenía que acostumbrarse a su presencia ya que estaría tropezando con él en el trabajo. Gracias a Dios que había sido enterrada en contabilidad. Su núcleo de concentración y sus habilidades con cifras eran sólidas y Max rara vez tendría que supervisar su progreso.

Una sonrisa curvó sus labios sensuales y la distrajo brevemente.

—Conmigo.

—¿Perdón?

—Mi división. Vas a trabajar conmigo como mi asistente. Te estaré entrenando.

Horror la inundó. Dio un paso atrás como si él fuera el demonio pidiéndole que renunciara a su alma.

—No creo que eso sea una buena idea. —Una risa loca escapó de sus labios—. Quiero decir, no quiero entrometerme en el camino. Voy a hablar con Michael y convencerlo de empezar en otro lugar.

—¿No quieres trabajar conmigo? —Él levantó las manos—. No tienes nada de qué preocuparte, Carina. Voy a cuidar muy bien de ti.

Una imagen de él deslizándose sus dedos en su húmedo calor y acariciándola hasta el orgasmo ardió frente a su visión. Dios sabía que él sabía cómo cuidar bien a una mujer. En todos los sentidos. El color inundó sus mejillas por lo que se volteó rápidamente como si estudiara la oficina. Ridículo. Estaba perdiendo el control en apenas cinco minutos de su primera reunión.

Sus tacones sonaron en el azulejo de madera mientras paseaba y fingía interés en la gran foto de la bahía. Esta era su última prueba y se negaba a fallar. Max era un tonto enamoramiento que sentía desde su juventud, y ya ella no vivía su vida en una prisión emocional. Había venido aquí por dos principales razones: demostrar su valía y exorcizar el fantasma de Maximus Gray.

Hasta el momento, había fallado en ambos propósitos.

Se aclaró la garganta y se enfrentó a él una vez más:

—Agradezco tu buena voluntad de entrenarme —dijo agradablemente—, pero me sentiría más cómoda en otro lugar.

Sus labios se curvaron.

—Haz lo que quieras. Pero creo que tu hermano tiene una idea clara de lo que quiere. ¿Por qué no te doy una breve gira mientras lo llamo? No creo que te esté esperando hasta más tarde.

—Bien. —Ella levantó la barbilla con desafío—. Quizás es el momento de recordarle a mi hermano que ya no está a cargo de mí.

Carina se aseguró de liderar la salida.



¿Qué demonios estaba pasando?

Max trotó obedientemente detrás de la fresca y preparada mujer delante de él y trató de reunir su ingenio. Esta no era la joven que había visto por última vez en Italia, que era emocional, dramática-auto-consciente.

No, esta Carina Conte había crecido. Estaba acostumbrado a ser pateado por su mirada de admiración y por verla bajar la cabeza con timidez cuando algo la avergonzaba. Carina estaba acostumbrada a escuchar las demandas de otros. Ella era una chica complaciente con la gente, extra sensitiva y amorosa por la que siempre se sintió sobre protector.

Pero la mujer que había encontrado esta vez parecía completamente en control y capaz. La idea de ella enfrentándose a su hermano mayor le sorprendió. Se imaginó la rápida puñalada de decepción ante los cambios, luego se encogió de hombros. Tal vez ella terminaría siendo más que un activo para la empresa, como originalmente había pensado.

Por supuesto, su cuerpo también había florecido. ¿O sería que nunca lo había notado? Max arrancó su mirada de la curva de su trasero mientras balanceaba sus caderas al antiguo ritmo creado para volver locos a los hombres.

Más bajita que sus hermanas mayores, se tambaleaba sobre tacones de diez centímetros que mostraban la musculosa longitud de sus piernas. Mientras la presentaba con varios empleados y hacían su camino hacia la planta baja, se dio cuenta que también había crecido en otras formas. Especialmente en el escote.

El calor se precipitó a través de él y apretó. La delicada blusa blanca estaba abierta en el cuello y revelaba un toque de encaje. Sus pechos llenos se tensaban contra el material como si estuviesen muriendo por escaparse, volviendo su traje de negocios respetable en un vehículo para un stripper. Horrorizado ante el repentino giro de sus pensamientos, rápidamente imaginó monjas en ropa interior y recuperó el control.

Carina estaba fuera de los límites. Él era su tutor y segundo protector. Max negó con la cabeza y estudió su cara en una luz casi académica. Siempre había sido una chica bonita, pero por lo general se aplicaba demasiado maquillaje por lo que no podía ver sus rasgos. Hoy, sus labios rojos escarlata eran su único accesorio. El tinte oliva en su piel brillaba bajo la luz y tentaba al hombre a tocarla.

Aquellos indómitos rizos habían desaparecido en un moño severo que desataba espesas cejas y altos pómulos. Su nariz era italiana y dominaba su rostro, pero el poder de aquellos tormentosos ojos oscuros mantenía a una persona cautiva y negada a escapar. Nunca había sido demasiado delgada, y se preguntaba por qué la mayoría de las mujeres querían serlo. Las exuberantes curvas que tensaban su traje de corte recto eran tentadoras.

¿Tendría un amante?

Mierda, ¿de dónde provino de ese pensamiento? Se frotó la los ojos y medio gimió con alivio al ver a Michael por el pasillo.

Su hermano alzó los brazos en antigua tradición familiar, pero Carina no se apresuró a su encuentro. En su lugar, sonrió y caminó lentamente por el pasillo, y le devolvió el abrazo. La fortaleza de su vínculo brilló alrededor de ellos, y una vez más, Max experimentó una punzada de soledad. Siempre había anhelado un hermano con quien compartir su vida. Por lo menos, Michael y sus hermanas eran su familia adoptiva. Pero después de que el padre de Max muriera, la única meta que lo mantenía en el camino de la venganza era: el éxito.

Así que no lo arruines.

Él asintió con la cabeza ante su voz interior y se reorientó. Michael echó el brazo por el hombro de Carina y se acercó.

—Estoy tan feliz de que por fin estés aquí, *mia bella*. Le dije a mi chofer que te llevara directo a casa. Maggie te ha estado esperando.

Carina inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Y cómo lo está llevando mi cuñada?

—Irritable.

—¿La culpas? —Ella se echó a reír—. Le dije a tu chofer que había un cambio de planes. Me imaginé que tomaría un tour, arreglaría mi escritorio y luego llegaría a casa. Max me dio una breve visión general del diseño.

Michael le dio una palmada en la espalda y se dirigió a Carina.

—Estás en buenas manos. ¿Por qué no tomas la oficina al lado de la suya? Ha estado vacía durante un tiempo y puedo conseguir que limpien las cajas hoy mismo. Mañana tendremos una reunión de estrategia sobre algunos nuevos desarrollos.

Un silencio incómodo se estableció en torno a ellos. Michael pareció confundido al ver la mirada pedregosa de su hermana.

—Sí, parece que primero tenemos que establecer algunas reglas. ¿Podemos vernos en tu oficina?

Max asintió.

—Los dejaré solos y te veo esta noche.

—No, Max. Me gustaría que te unieras a nosotros —dijo Carina.

Su mirada directa causó una extraña sensación de picor en su piel, pero la ignoró. Asintió y se reunieron en la oficina de Michael. Las sillas eran profundas y cómodas, hechas para largas horas de conferencias. Él luchó contra una risita cuando su pequeña figura fue tragada por el acolchado terciopelo y rodó su trasero hasta el borde del asiento.

Ella le arrojó una mirada de disgusto que le dijo que se había dado cuenta de su diversión y de inmediato cerró sus piernas, colocando sus tacones firmemente en el suelo. Esas pantorrillas bien definidas estaban hechas para engancharse a las caderas de un hombre mientras empujaba dentro de ella.

Jesús, contrólate. Era un viejo a los treinta y cuatro. Claro, el aspecto de bibliotecario caliente era un shock, pero Carina todavía era como de la familia y años más joven. Protegida. Inocente. Probablemente moriría de vergüenza si ella sospechaba que su aparición había sacudido su mundo... y partes de su anatomía.

Rápidamente dispersó la imagen.

—Michael, tengo algunas preocupaciones acerca de mi lugar aquí. Tal vez puedas hacerme saber cómo percibes mi rol y podamos hacer los ajustes necesarios.

Su hermano se echó hacia atrás. Parecía que no era el único sorprendido por la racional Carina Conte.

—No debes preocuparte por eso, *cara*. Eventualmente, ocuparás la posición de CFO, pero por ahora ayudarás a Max en todos los aspectos de funcionamiento de *La Dolce Maggie*. Necesito que primero aprendas todos los niveles de operación. Por supuesto, vivirás con Maggie y conmigo. He organizado una suite privada y la puedes decorar como quieras. Cuando tengas alguna preocupación, vienes a mí y la resolvemos. —Michael prácticamente resplandeció de orgullo por su generosa oferta.

De alguna manera, Max sospechaba que se estaban gestando problemas. Un gran lío. Esperó la explosión de mal genio femenino.

Carina asintió.

—Ya veo. Bueno, eso es muy generoso de tu parte y agradezco la oferta. Por desgracia, no he venido a Nueva York para vivir en la casa de mi hermano y estar a la sombra de su CEO. Tengo mis propios planes. Me estoy mudando al antiguo apartamento tipo loft de Alexa este fin de

semana. En cuanto a *La Dolce Maggie*, creo que serviría mejor a la empresa en contabilidad y operaciones dado que esa será mi posición permanente. Max no necesita que alguien lo distraiga de su papel aquí.

Max rápidamente cerró la boca de golpe y oró porque nadie lo hubiese notado. ¿Dónde estaban los fuegos artificiales y el drama familiar? Carina era una joven mujer apasionada, emocional, que nunca se mordía la lengua y seguía cada sentimiento que tenía. Por eso se metía en tantos problemas. Él recordó aquella ocasión en que ella saltó del auto para seguir a un perro perdido en el bosque y se perdió.

Dios, que fiasco. Pensaron que la habían secuestrado y la encontraron horas después con una bola sucia de la piel en sus brazos en un improvisado refugio que había construido con ramas y hojas. Sin siquiera una lágrima en los ojos, había anunciado que confiaba que la encontrarías y salió con ese pero mientras su hermano gritaba y Max casi se desmayaba de alivio.

Michael la miró fijamente.

—De ninguna manera. Eres mi hermana y te quedarás con nosotros. Nueva York es un lugar aterrador. En cuanto a la empresa, no necesito otra persona en el departamento de contabilidad por el momento. Aprenderás más de Max.

—No. —Sonrió amablemente, pero su palabra explotó en la habitación como un globo *pop*.

—¿Qué?

—No me estás escuchando, Michael. Si no podemos comunicarnos de manera adulta, esto no va a funcionar. Ya he recibido dos ofertas de empleo de empresas en Manhattan y no les he dado mi decisión final. Quiero demostrar mi valor aquí, pero si continúas tratándome como a una hermana pequeña, no voy a ser capaz de hacer mi trabajo correctamente. Eso no sería justo para nadie. Ahora, si tienes alguna razón válida que no sea que quieres que Max tenga un ojo sobre mí para que no me meta en problemas, me gustaría oírla. Si no, con mucho gusto seguiré adelante sin sentimientos heridos. ¿*Capisce?*

Max se preparó para el genio italiano de su amigo y jefe. Había una cosa que Michael perseguía con el vigor de una guerra medieval, la protección de su hermana pequeña. Su palabra era ley en el hogar Conte, pasada por generaciones de tradiciones de vieja escuela. La idea de que Carina de repente desafiara sus decisiones en el momento que aterrizara en su propio terreno le fascinaba como el infierno.

Y entonces el mundo se inclinó sobre su eje.

Michael hizo una breve inclinación de cabeza. Un indicio de sonrisa tocó sus labios.

—Muy bien, cara. Quiero que te quedes en mi casa porque Maggie podrá disfrutar de tu compañía. Podemos mostrarte todo alrededor hasta que te sientas más cómoda en tu entorno. En cuanto a la empresa, conozco tus habilidades en Excel con cifras, pero necesito que recibas capacitación en todos los aspectos del negocio, sobre todo en gestión. Max es el único en quien confío para pulir correctamente tus habilidades.

¿Eh?

Max miró a su alrededor buscando cámaras, pero no encontró ninguna. Carina pareció complacida.

—Muy bien, estoy de acuerdo en que Max será la persona idónea. También he echado de menos a Maggie, así que voy a pasar la semana entera. Pero realmente tengo que mudarme. Vivir con mi hermano mayor no es lo que esperé cuando llegué aquí. Es hora de conseguir mi propio lugar y el apartamento de Alexa suena perfecto. ¿De acuerdo?

Él no lucía feliz por perder la última mitad del acuerdo, por lo que Max esperó más negociaciones.

—De acuerdo.

Los hermanos se sonrieron entre sí. ¿Quiénes eran estas personas?

—Ahora, déjame ir al baño, después, ¿me puedes llevar a casa? Estoy agotada y necesito cambiarme.

—Por supuesto. Vamos a tener una pequeña cena para celebrar tu llegada, pero tendrás la oportunidad de dormir una siesta.

—Maravilloso. —Ella graciosamente se levantó de la silla y se detuvo frente a él—. Gracias por la visita, Max. Te veré esta noche.

Él asintió con la cabeza, todavía estupefacto por la civilizada reunión que acababa de presenciar. Salió de la habitación y se quedó mirando a su jefe.

—¿Qué demonios fue eso? ¿Por qué no estableciste la ley como siempre haces? ¿Y qué pasó con ella? No ha llorado o enfadado ni una vez desde que llegó.

Michael hizo un gesto con la mano en el aire y se encogió de hombros en su traje de chaqueta.

—Maggie me convenció de que tengo que respetarla como un individuo con el fin de que tome sus propias decisiones. ¿Lo odio? Si. Pero ella ya creció y necesita encontrar su propio camino. —Sus ojos se ensombrecieron—. Soy su hermano, no su padre. Pero te agradezco mantengas un ojo sobre ella, *mio amico*. Confío en que la mantengas a salvo y la ayudes a aprender lo que necesite para llevar adelante esta empresa.

La inquietud se deslizó por su espina dorsal.

—¿llevar adelante la empresa?

Michael se echó a reír.

—Por supuesto. Ella es una Conte y un día tomará las riendas a pleno derecho de *La Dolce Maggie*. Es para eso que la estamos entrenando.

Max miró a su amigo, y la frialdad se filtró en su pecho. ¿Alguna vez realmente se sintió verdaderamente como de la familia y lo suficientemente bueno como para tener una porción de la empresa? ¿Estaba siendo egoísta o ingrato? Habían construido *La Dolce Maggie* juntos, pero en sus entrañas, Max sabía que era reemplazable.



Carina podía ser nombrada directora financiera, pero también era dueña de una parte de la empresa. Él nunca le exigió permanencia a Michael, preocupado porque su amistad pudiera nublar una decisión que debía ser estrictamente de negocios. ¿Por qué siempre sentía la necesidad de luchar más duro para realmente pertenecer? Claro, su cretino padre lo había tomado, pero la constante lucha por dignidad lo estaba cansando.

—Te veré a las siete de esta noche. Gracias, Max.

La puerta se cerró detrás de él.

Max se quedó en la habitación con el silencio. Con el recuerdo.

Y con una sensación de malestar en el estómago que nunca parecía irse.

Capítulo 2

*Traducido por Vettina
Corregido por Angeles Rangel*

Carina estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama y rió cuando su cuñada caminó como pato acomodándose cuidadosamente en la silla.

Sus pies descalzos hinchados se asomaban por debajo de su falda a la altura del suelo, y su enorme panza se alzaba y dominaba su cuerpo.

Cabello color canela se deslizó sobre sus ojos, y Maggie sacó su labio inferior y sopló. Inmediatamente las hebras se apartaron para revelar un par de deslumbrantes ojos verdes, ahora llenos con irritación e incomodidad general.

—Tu hermano apesta —anuncio ella.

—¿Qué hizo ahora? —preguntó Carina, tratando de verse seria a la condición actual de su cuñada normalmente a la moda, ahora descompuesta.

—Elige de la lista. Él duerme y tiene la molestia de roncar mientras yo estoy acostada como una ballena varada en la cama. Actúa ridículamente al preguntarme continuamente si necesito algo. Hoy me informó que no tenía permitido ir a mi próxima sesión de foros, algo acerca de que se vuelve demasiado peligroso para que viaje.

Carina contuvo un resoplido. Maggie esperaba en ocho semanas y aún se rehusaba a creer que no podía seguir su horario normal.

—Bueno, tú sabes cuán sobre protector es Michael —ofreció ella—. Y umm, no sé si serías capaz de arrodillarte y conseguir las fotos, Mags.



Maggie puso mala cara.

—Lo sé. ¿Por qué no me dijiste que había gemelos en tu familia?

—¿Habría hecho eso una diferencia?

—Quizás. Oh, Dios, no lo sé. Probablemente no. Los hombres apestan.

Carina fue salvada de responder ese comentario al abrirse una puerta. Una cara se asomó rodeada por un montón de risos negros.

—Oh, sí, esperaba que estuvieras aquí. ¡Carina!

Carina chilló de alegría y ellas se abrazaron y besaron.

La mejor amiga de Maggie, Alexa, estaba casada con el hermano de Maggie, y le recordaba a Carina a una hermana mayor. Llena en general con entusiasmo y alegría, ella era parte del núcleo de la familia que la hacía sentir como si perteneciera. Mientras Carina la liberaba, algo saltó debajo de sus manos, y ella se alejó.

—Oh, mi Dios. ¡El bebe se movió!

Alexa puso las manos sobre su hinchada panza y sonrió.

—Voy a inscribir a este en karate. —Con un andar como pato igual a ella, lanzó besos al aire a Maggie y tomó asiento en la segunda silla—. Gracias a Dios que estás aquí arriba. Necesito algo de plática de chicas. Mi esposo está enojando.

Maggie rio por lo bajo.

—Parece ser la opinión general. ¿Qué está haciendo mi querido hermano ahora?

—Me dijo que no tengo permitido ir a la librería. Como si fuera dejar de ir mi negocio porque estoy embarazada. Continúa recordando que no necesitamos el dinero —resopló Alexa—. ¿Sabes cuántos animales podemos salvar con esa cantidad de dinero? Y él está todo despreocupado por eso, diciendo que debería quedarme en casa y descansar. ¿Relajarme con un niño de tres años? Sí, seguro, déjame poner mis pies arriba y

comer bombones todo el día. No va a suceder. Al menos Book Crazy es callado y puedo hablar con adultos.

Maggie se estremeció.

—La última vez que vine, Lily me encerró en el cuarto de bebé y me hizo jugar a la fiesta de té por horas. Estaba bien la primera hora, pero vamos. ¿Cuánto tiempo puedes beber té falso y comer galletas falsas?

Carina se rio.

—Ustedes están matándome. ¿Qué le paso al felices por siempre? ¿El romance después del matrimonio? ¿La relación perfecta?

Las dos amigas compartieron una mirada.

—Supéralo —aconsejó Maggie—. La vida real es desastrosa.

Alexa asintió.

—Quieres a un hombre que se quede a través de las cosas buenas y de las malas. Porque hay muchas malas.

Carina las estudió, toda panza e incomodidad y molestas hormonas femeninas.

—Um, ¿vale la pena?

Maggie susurró.

—Sí —admitió ella a regañadientes—. Vale la pena.

Alexa sonrió.

—Definitivamente vale la pena. Ahora hablemos de ti. ¿Alguna cosa buena para compartir? ¿Decidiste tomar mi oferta y mudarte a mi viejo apartamento?

Emoción brilló arriba y abajo la espalda de Carina.

—Sí. Suena perfecto. Me mudaré en unas dos semanas. Evitaré que Maggie mate a mi hermano por un tiempo.

—Gracias hermana.

Carina sonrió.

—De nada. Me detuve en la oficina de *La Dolce Maggie* y me dieron un recorrido. Max va a enseñarme cómo funciona todo.

—Max es el hombre más dulce. Tan encantador y amable —dijo Alexa.

Maggie le dio una mirada preocupada.

—¿Es esa una buena idea, Carina? ¿Crees que puedas trabajar tan cerca con Max? —dijo en el blanco.

Carina recordó tres años atrás cuando Maggie la confrontó acerca de su gran enamoramiento por Max. Ocho años mayor, y fuera de su alcance, Max le había causado noches sin sueño y llorar por la forma apropiada de finalmente hacer que él la notara. Maggie la había sermoneado sobre vivir su propia vida en sus propios términos primero. Pero el amor era terco. No, le había tomado esa inolvidable noche para darse cuenta que Max nunca la vería como nada más que la hermana menor de su amigo.

La memoria de su humillación centellaba ante ella, pero Carina necesitaba el impacto de ir y encontrar su propia vida.

Tomó un respiro profundo y miró a su cuñada.

—Sí —dijo firmemente—. Estoy bien trabajando con Max.

Maggie estudió su cara, luego asintió.

—Entiendo. Entonces, es lo que probablemente la mayoría de la gente está esperando. —Ella se acomodó contra los brazos de la silla y se mecía hacia adelante.

—Únete a nosotros cuando hayas terminado de arreglarte.

—Está bien, bajaré en un rato.

Carina se acostó en las almohadas y miró al techo. Toda su vida giraba alrededor de pelear por su lugar dentro de la familia entre sus hermosas hermanas y talentoso hermano. Parecía que todos tenían un nicho

especial, excepto ella. Pura anticipación fluyó a través de su sangre ante el pensamiento de un nuevo comienzo. Otro país. Un nuevo trabajo. Un lugar para vivir por su cuenta. Las posibilidades eran interminables, frente a ella como un regalo, y estaba cansada de gastar esos minutos en un hombre que nunca la amaría.

El matrimonio y asentarse con un hombre ya no era su meta.

Un amorío de sangre-caliente, sin ataduras definitivamente lo era.

Su piel hormigueó. Finalmente, ella era libre de restricciones y pretendía explorar su sexualidad. Encontraría un hombre que la mereciera y se sumergiría en una relación física sin esperanza alguna de un compromiso a largo plazo.

Chica mala.

Sí. Ya era hora.

El pensamiento la animó. Salió de la cama, tomó el vestido rojo del gancho y fue a cambiarse.



Max estaba disfrutando. Frecuentemente cenaba con Michael y Maggie, y muchas veces eran acompañados por Alexa y Nick. Cómodas horas llenadas con risa y vino y relajándose le recordaba de las noches sin fin que había pasado con la familia Conte en Bergamo. *Mama* Conte y su madre habían crecido juntas y eran amigas siendo jóvenes, así que cuando su padre se fue, *Mama* Conte les había adoptado a él y a su madre en su familia.

Él siempre se sintió como un primo en lugar de un buen amigo. Un picor subió por su espalda. Extrañamente, él tenía más dinero que Michael pero nunca quiso un centavo de eso, no a menos que fuera ganado por su propia sangre y sudor.

Como una transacción de negocios, su rico padre suizo había abalanzado y seducido a la chica italiana local. Se casaron rápidamente, y cuando el bebe llegó, depositó un lindo y gran cheque en su cuenta bancaria. Luego se había ido para siempre. Max nunca había conocido a su padre, pero su dinero había ganado intereses con los años. Sin familiares, su madre necesitaba los fondos para sobrevivir, pero Max lo había evitado y no podía esperar a ganar su propio camino.

Él no quería tener nada que ver con el hombre que había visto a su hijo recién nacido y se había marchado sin mirar atrás. Un hombre que había humillado a su madre en un pueblo católico chapado a la antigua y los había forzado a llevar la marca del abandono y divorcio.

No, a Max no le importaba. Solo había jurado nunca traer vergüenza a su madre o huir de responsabilidad. Los pecados del padre no los llevaría el hijo.

Se aseguraría de eso.

Max llenó su copa de Chianti, tomó una pieza de *bruschetta*, y se giró. *Demonios.*

Ella bajó las elaboradas escaleras con una gracia despreocupada, una sonrisa fácil, y un cuerpo matador envuelto en intenso rojo. Él nunca la había visto en rojo antes, mucho menos en un vestido.

Sólo la había visto en ropas holgadas y camisetas, sus curvas naturales siempre escondidas de la vista.

Ya no más. El escote redondo enfatizaba la exuberancia de sus pechos y la curva de sus caderas. Su oscuro cabello rizado caía alrededor de sus hombros y abajo por su espalda, implorando para que los dedos de un hombre empujaran y desaparecieran. Sus labios estaban pintados de rojo escarlata, enmarcando la oscura profundidad de sus ojos.

Ella se detuvo frente a él, y las palabras de saludo murieron en su garganta. Estaba tan acostumbrado a su mirada abierta de anhelo. Se dio cuenta que ella tenía un pequeño enamoramiento por él años atrás. Siempre pensó que era lindo, y algo halagador.

Ahora, tenía un abrumador sentimiento que había llegado a sus propios poderes mágicos. Max había tomado sus halagadoras palabras, proyectividad, y mirada de admiración por sentado. Ahora, ella lo trataba de la misma manera que a los otros. Una abrumadora decepción sujetó su pecho, pero firmemente la alejó.

—Hey —dijo él. Algo avergonzado por la tonta palabra, se recordó a sí mismo que ella era como una hermana y que su última novia había sido de la realeza—. ¿Puedo conseguirte algo de vino?

—Absolutamente. ¿Chianti? —apuntó a su copa, y un rizo se escapó sobre su frente y en sus ojos. La limpia esencia de pepino se elevó a su nariz, de alguna forma más intoxicante que perfumes falsos.

—Uh, sí.

—Perfecto.

Se ocupó consiguiéndole una copa y se la ofreció.

—Gracias.

Sus dedos rozaron los suyos cuando tomó la copa, y juro que él casi se hizo hacia atrás. El pequeño zumbido era sutil pero aún presente. Exactamente lo que no necesitaba. Sacudió la cabeza fuerte reenfocándose.

—Hazme saber si tienes alguna pregunta sobre el área. Estaría feliz de mostrarte alrededor.

Ella bebió su vino y medio cerro sus ojos de placer.

—Hmm, hay una cosa que necesito sobre todo lo demás.

—¿Qué?

—Un gimnasio. ¿Puedes recomendarme uno?

—Michael instaló un centro completo en la compañía. Te lo mostraré mañana. Normalmente me ejercito temprano en la mañana si alguna vez quieres unirme a mí. —Su mirada se movió sobre su cuerpo como si

evaluara su estructura muscular. Él sonrió—. ¿Quieres que te haga compañía?

La vieja Carina se habría sonrojado. Esta frunció los labios deliberando.

—Tal vez.

—Mocosa. —Él alzo una ceja—. Tú siempre odiaste hacer ejercicio.

—Aún lo hago. Pero amo comer, y tengo un problema de peso. Ejercitarse, balancea ambos.

Max frunció el ceño.

—No tienes un problema de peso.

Ella suspiró.

—Créeme, cuando la mayoría de la ropa está hecha para mujeres altas, con piernas largas sin caderas, tienes un problema de peso.

La irritación erizó sus terminaciones nerviosas.

—Eso es estúpido. Tú tienes un trasero y pechos reales. Ese es la clase de peso que busca un hombre.

Él casi jadeó cuando las palabras salieron de su boca. Las conversaciones con Carina nunca incluyeron partes del cuerpo, y en realidad el calor había teñido sus mejillas. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Pero ella no se veía avergonzada. De hecho, se rió en voz alta y golpeó su copa con la suya.

—Bien dicho, Max. Pero aún creo que tendré que tomar tu oferta. ¿Cómo está Rocky?

Una débil sonrisa curvó sus labios.

—Genial. Él está completamente curado y convertido en un perro faldero. Algo embarazoso. Nunca he conocido a un pit bull que tenga desinterés en cualquier desconocido a menos que le frote la panza.

Sus ojos color almendra se suavizaron. Su familia consideraba a Carina “la encantadora de animales” por su habilidad de comunicarse con cualquier animal. Después de que él rescatara a Rocky del lugar de peleas, la primera llamada que hizo fue a Carina. Ella le dijo exactamente cómo manejar y tratar al pit bull abusado, y ellos habían trabajado como un equipo a larga distancia para curar su maltratada alma.

—No puedo esperar para por fin conocerlo en persona —dijo ella—. Las fotos no son lo mismo.

La imagen de Carina en su casa y con su perro se apoderó de él. Era extraño cuánto esperaba verla en su propio terreno. Él normalmente odiaba llevar mujeres a su casa y evitaba la trampa al ir a la de ellas. Carina tomó un trago de su vino y lo asombró con una atrevida pregunta.

—¿Cómo está tu vida amorosa? ¿Quién es el sabor del mes?

Él movió los pies.

—Nadie especial.

—¿No cumpliste treinta hace un tiempo?

—¿Qué tiene eso que ver con algo? —pregunto él. Odiaba lo defensivo de su tono—. Sólo tengo treinta y cuatro.

Ella se encogió de hombros.

—Sólo me preguntaba si tenías interés en sentar cabeza, tener una familia. Como ellos.

Las dos parejas estaban de pie juntas, enfrascadas conversando. La mano de Nick descansaba en el lado de la panza de Alexa, y Michael inclinó su cabeza para susurrar algo en el oído de su esposa. El clima de cercana intimidad y alegría brilló alrededor de su cercano círculo y dejó a Max con un hueco en sus entrañas.

Seguro, él quería eso. ¿Quién no lo querría? Pero ninguna mujer lo hizo querer dejar su libertad y comprometerse por siempre a ella.

Juro que sería soltero de por vida a menos que estuviera absolutamente cien por ciento seguro. Nunca dejaría a su esposa y familia como su padre. Nunca abandonaría a alguien que lo necesitara. Por eso, no tenía el lujo de cometer errores en sus relaciones.

Al momento que una mujer quisiera quedarse en su cama demasiado tiempo, o invitarlo a eventos familiares, daría una dura y larga mirada a la relación. Si no hubiera suficiente sentimiento, seguiría adelante.

Desafortunadamente, había seguido adelante por años ahora sin una relación permanente en el pasado.

—Un día —dijo él—. Cuando conozca a la indicada.

—Tu *mama* se está poniendo nerviosa —bromeó ella—. Creo que ella está comenzando a decir rosarios extra con el padre Richard, rezando porque no seas gay.

Él se ahogó con su trago de vino. ¿Quién era esta mujer? Su traviesa expresión lo hizo querer retarla.

—Oh, ¿entonces es eso? ¿Y tú crees que soy gay?

Sus músculos se tensaron bajo su caliente mirada mientras ella observaba cada centímetro de su cuerpo.

—Hmm, siempre me pregunté. Te vestes bastante bien. Conoces marcas de diseñadores. Y eres un poco demasiado bonito para mi gusto.

Su aliento silbó fuera de sus pulmones.

—¿Qué?

—No te ofendas. Pero prefiero el tipo de chico malo. Casual, cabello más largo, tal vez una motocicleta.

—Tu hermano te mataría, y apuesto a que nunca has viajado en una maldita moto. —Su temperamento estalló, incluso más ridículo porque él sabía que ella lo estaba molestando—. Y tú sabes que no soy gay.

—Está bien. —ella levantó los hombros como si él ahora la aburriera.



—Piensa lo que quieras.

Su respuesta evasiva lo molesto. ¿Había estado ella en una moto con algún chico buscando aprovecharse? ¿Y por qué le importaba? Ella era una mujer adulta, por amor a Dios, y no era de su incumbencia. Ella podía salir con quien quisiera. La imagen de ella sujetando algún tipo alrededor de su cintura lo golpeó con fuerza. Sus muslos apretados alrededor, el zumbido del motor. Cabello oscuro volando en el viento. La caída y la velocidad mientras colgaban con la promesa de un muy diferente viaje después.

Tal vez era tiempo de que Carina Conte se diera cuenta que él no era un hombre que tomara bien las bromas.

Bajo la cabeza. Los ojos de ella se ampliaron en sorpresa cuando él bajó su boca cerca de la de ella; lo suficientemente cerca para ver el hermoso brillo melocotón de su piel, el rojo rubí de sus labios, y el pequeño jadeo que emitió una ráfaga caliente.

—¿Quieres que pruebe que no soy gay?

Ella se detuvo por un momento, luego se recobró.

—Nunca supe que mi opinión realmente importara.

Las palabras lo golpearon con deliberada precisión. Su afilado intelecto escondido bajo una capa de dulzura siempre lo fascinó. Raramente tenía ella el coraje para discutir, y se encontró disfrutando esta nueva mujer ante él.

—Tal vez las cosas han cambiado.

—Tal vez no me importa.

Una sonrisa tocó sus labios.

—Tal vez es tiempo de que te dé un mensaje para mi madre. Un tipo de prueba.

El pulso golpeó locamente en la base del cuello de ella. Aún, su tono era calmado y bajo control cuando habló.

—Tal vez no me gusta ser usada —ella dio un paso atrás y lo descartó—. Tal vez he seguido adelante, Maximus Gray. Y no soy más tu pequeño cachorro dulce rogando por un hueso. Supéralo.

Ella se alejó con la cabeza alta y se unió a su hermano. Max observó y se preguntó qué demonios había comenzado. ¿Estaba loco? Cualquier tipo de reto sensual estaba fuera de lugar, pero ella lo empujó. El trasfondo de su conversación corto profundo. ¿Le había tratado él así? Culpa lo alivió ante el pensamiento de ser condescendiente con alguien a quien amaba. Y él sí la amaba. Como una hermana.

Max sacudió la cabeza y fue por algo de aire. Necesitaba recomponerse. No más peleas. No más bromas.

Ellos necesitaban cultivar una relación de negocios mientras le enseñaba las reglas del juego y esperar que ella no lo sobrepasara en las habilidades necesarias para tomar su trabajo. La situación era lo suficientemente difícil sin otra complicación, especialmente atracción sexual.

Respiro el limpio, fresco y se acomodó.

Esto era un contratiempo temporal traído por la curiosidad.

No se repetiría.

Capítulo 3

*Traducido por Lectora, Xhessii y Nelly Vanessa
Corregido por Angeles Rangel*

Estúpida. Había sido tan estúpida.
Carina miró desde debajo de sus pestañas cómo le espetaba pedidos por teléfono a uno de sus proveedores.

La noche anterior había sido un gran error. Desafiándolo a él en cualquier nivel sexual estuvo fuera de límites, pero no había podido evitarlo. Por primera vez, ella se reunió con él en igualdad de condiciones, y la sensación embriagadora era demasiado para contenerla.

Hasta que él se inclinó hacia delante, con la boca a centímetros de la suya.

El relleno sexy de su labio inferior, la barba áspera abrazando su barbilla y mandíbula, el calor drogadicto de esos bebés azules. Incluso vestido con pantalones vaqueros, una camisa con botones blancos y una chaqueta carbón informal de deportes, le recordaba a James Bond en vacaciones.

No cualquier Bond. No, él era todo Pierce Brosnan, con su buen aspecto liso, pelo negro bien desenfadado, y el cuerpo duro y musculoso. Apostaba que él saltaba edificios y mataba a los malos sin sudar. Su leve acento curvado en cada sílaba era apenas una indirecta para provocar una reacción casi hipnotizante de cualquier mujer en la habitación.

Casi se había desmayado como una heroína victoriana. En cambio, luchó contra la neblina sensual con el instinto de supervivencia y logró llegar a la cima.

Lástima que la victoria fue de corta duración. El dolor entre sus muslos y la opresión de sus pezones le dijo que nunca estaría completamente sobre Max. Su cuerpo cantó y lloró en su presencia. Pero había tenido años de práctica, y era algo que tendría que vivir.

Su extraña conversación sostenía demasiados niveles ocultos que ella no quería enfrentar. Por lo menos, ambos centrados en negocios de esta mañana. Habían sido educados, serenos y listos para trabajar, exactamente lo que necesitaba.

Apagó el teléfono y se desplegaron más de metro ochenta de músculo flexible.

—Acompáñame. Tenemos una reunión con Ventas.

Cogió su maletín y se fue tras él, con dos pasos por cada uno de los suyos. La sede de *La Dolce Maggie* ahora estaba separada de *La Dolce Famiglia*, que su hermana Julietta dirigía en Italia. Cuando Michael decidió ampliar el negocio de la panadería a través de Nueva York, había aceptado un ambicioso plan para revelar una nueva apertura cada trimestre.

Cada lugar fue elegido sobre la base de una serie de estadísticas, y Carina estaba de acuerdo con sus decisiones después de leer los informes. Por supuesto, tratar con diferentes chefs, proveedores y contratistas era abrumador, y Max parecía estar involucrado en todos los niveles.

Tres hombres se sentaron alrededor de la brillante mesa de madera pulida. Vestidos con traje y corbata, daban la impresión de nitidez y pulcritud. Estaban de pie cuando ellos entraron y asintieron con la cabeza en señal de bienvenida.

—Carina, este es Edward, Tom y David. Son nuestros mejores directores regionales, y nos estamos reuniendo para ver cómo aumentar las ventas en cada región. Carina es mi nueva asistente en entrenamiento. —Ellos le dieron una cálida bienvenida, y todos se sentaron.

Max inmediatamente se adentró en una discusión detallada sobre las cuotas, la divulgación, y una variedad de otros métodos que había

aprendido en la escuela. Ella escribía furiosamente en su bloc de notas e hizo un balance de sus respuestas a las sugerencias de Max.

Edward tomó la palabra.

—El principal problema que estamos teniendo es que hay que separarnos de la competencia normal. *Panera* sigue siendo enorme. Otras tiendas *Mamá y Papá* en el área están enfocadas en la panadería. Por supuesto, tenemos los supermercados para las tortas.

—Local es la clave —dijo Max—. New Paltz puede ser un colegio de la comunidad, pero es una mezcla ecléctica de nuevo y viejo mundo. Estamos acaparando publicidad en todos los periódicos y revistas locales. Hemos utilizado los contratistas y proveedores locales de la comunidad, así que tenemos que encontrar nuevas maneras de mantener la conexión fortalecida. No estamos tratando de competir con los cafés y supermercados. Queremos funciones de negocios, casamientos, fiestas grandes. Promocionamos ingredientes frescos, variedad, creatividad. Una panadería de tipo artístico atraerá. Ese es nuestro objetivo.

Carina se aclaró la garganta.

—Disculpa, Max. ¿Te has centrado en los eventos que vienen en primavera? ¿Ferias, degustaciones, mercados al aire libre?

—Hay una gran variedad de lugares en los que se puede reservar cabinas, pero no sé si valdría la pena —dijo Tom.

—Vale la pena —dijo Max—. Configúralo. Muy bien, Carina.

Ella trató de no sonreír de oreja a oreja por la alabanza.

—El festival de los agricultores de *Craft* es dos semanas a partir del sábado. Es un poco tarde, pero si tenemos algunas muestras de gusto y publicidad, podemos introducirnos en él —dijo Tom.

—Házlo. Encuentra a alguien para que atienda la cabina. Recuerda que debe mantener el menú en secreto, sin embargo. Queremos sorprender lo que estamos ofreciendo así nadie tratará de imitarnos. Las

investigaciones muestran más ventas y el boca a boca que se gana con el develo del último momento.

—Hecho.

Hablaron un poco más y Max apartó su silla.

—Tom y Dave, ¿puedo hablar con ustedes un momento?

Carina recogió sus materiales y Edward se detuvo a su lado.

—Gran sugerencia. Encantado de conocerte.

Ella sonrió y le tendió la mano.

—Gracias. Carina Conte.

—¿La hermana de Michael?

—Sí.

Parecía impresionado.

—Lindo. Tienes un acento hermoso. ¿De Italia?

—Bergamo.

—Paré allí hace años. Es una ciudad preciosa. —Su mirada estaba llena de agradecimiento, y un hormigueo de calor perseguía su espalda. Llevaba el pelo más largo que la mayoría, casi como su hermano, y sus ojos castaños tenían un toque de oro, dándole un aspecto misterioso. Era sólo unos pocos centímetros más alto que ella, pero su cuerpo era sólido debajo de un traje negro apretado—. Déjame saber si necesitas alguien que te muestre los alrededores. Estaría honrado.

—Gracias, aceptaré la oferta.

Él le sonrió.

—Bueno.

—Edward. —Su nombre cortó a través del aire bruscamente—. Te necesito aquí.

—Por supuesto, jefe. —Le dio un guiño y se fue. Carina contuvo una sonrisa satisfecha. No estaba mal. Su primer día en el trabajo, y tenía una posible cita. No había nada como un poco aprecio masculino para ayudar a una mujer que se centrara en su nueva vida.

Guardó sus papeles perfectamente en el maletín y se dirigió a la puerta.

Max se puso delante de ella, con los brazos cruzados, bloqueando la salida.

La irritación latía de él en olas.

—¿Qué te pasa?

—No te involucres con los empleados, Carina. No nos gusta mezclar los negocios con el placer.

Su boca se abrió.

—¿Perdón? Tuve una conversación agradable. Él se ofreció para mostrarme los alrededores. Relájate.

Un músculo se contrajo en su mandíbula. Su mirada de desaprobación la partió. ¿Alguna vez superaría su instinto de protegerla como un bebé?

—Edward es muy conocido por ser mujeriego —dijo suavemente.

El humor y el horror se mezclaban. Se decidió por el sarcasmo y dejó caer las manos.

—¡Oh, gracias a Dios que me dijiste! Salir con un hombre al que le gusta comer y beber con mujeres es un horrible destino. Por lo menos sé que si voy a salir con él, sólo será por un corto romance.

Él se estremeció.

—Estoy tratando de decirte que él no es tu tipo.

Carina lo fulminó con la mirada.

—Tú no sabes cuál es mi tipo, Max —arrastró las palabras—. Y nunca lo harás. Pero gracias por el consejo. —Empujó más allá de él—. Me estoy

tomando un pequeño descanso para el almuerzo. —Él la agarró del brazo. El calor quemó a través de su chaqueta y se fue a su temperamento. Maldito sea por empujarla de esta manera. Estaba harta de ser mimada por todos los hombres en su vida. Tal vez había llegado el momento de probar su propia independencia de la forma más básica. Su tono se volvió helado—: ¿Hay algo más?

—Los hombres aquí son diferentes. —Frunció el ceño como si fuera a hablarle de sexo—. Ellos pueden querer ciertas cosas que los hombres con los que saliste no se molestaron en hacer por ti.

Oh, chico, esto podría ser divertido. Ella arrugó la cara como si se sintiera confundida.

—¿Quieres decir *sexo*?

Él apretó el puño.

—Sí, *sexo*. No quiero verte estar en una posición incómoda.

—Ya veo. Me alegro de que lo señalaras. Así que si salimos a cenar es posible que quieran... ¿tontear?

El rojo tiñó sus mejillas y ella ahogó un grito.

—Eso es correcto. Los hombres estadounidenses están acostumbrados a una mujer que se acueste con ellos enseguida y quizá no entiendan tu experiencia.

Carina ardía con humillación, pero la recompensa valdría la pena con esta conversación.

—¿Así que no debería ir a cenar?

—No con Edward. ¿Tal vez puedas conocer a algunos hombres buenos en la iglesia el domingo? Pueden tener uno de esos grupos de solteros.

—Oh, eso no será necesario, pero gracias. Ahora que has aclarado las cosas, sé exactamente qué hacer.

Su asimiento se escabullo, y dio un paso atrás. Alivio tallado en su rostro.

—Bien. No quiero verte herida o engañada.

—Eso no va a suceder. Sabes, además de aprender de la empresa familiar, llegué a Estados Unidos por una razón —le dedicó una sonrisa deslumbrante—. Vine a tener una aventura. En mis propios términos. No estoy buscando a casarme o sentar cabeza, y en Bérgamo si te acuestas con alguien tienes que casarte. Ya sabes lo que es la restricción. ¿No es esa una de las razones por las que dejaste tu trabajo para ir con Michael?

—Umm.

—Así es. Voy a tener mi propio apartamento, mi propio estilo de vida, y por fin puedo participar en algo caliente, fumar, el sexo sin compromiso. Nada más y nada menos. —Ella le dio unas palmaditas en el brazo—. Voy a tomar la oferta de Eddie para mostrarme los alrededores. Él es muy mi tipo.

Carina le dejó en la puerta con la boca abierta y nunca miró hacia atrás. Saludó a los empleados a lo largo del camino mientras caminaba hacia el comedor y tomó pavo con pan de centeno. ¿Era tan malo el deseo de tener sus propias experiencias íntimas sin alguien mirando sobre su hombro? Había tenido citas en la universidad, pero su mamá y Julietta habían mantenido una estrecha vigilancia.

Cuando llegaba a las grandes fiestas donde se bebe, siempre se encontró con un amigo de un amigo que conocía a su familia. La reputación de *La Dolce Famiglia* y el largo alcance de su hermano mayor la estrangulaban hasta llegar a Milán y viceversa.

En el fondo, era una chica mala atrapada en el cuerpo de una chica buena.

Se puso un poco de agua de la heladera, desenvolvió el sándwich, y meditó en la esquina trasera de la cafetería. ¿Cómo sabía Max su tipo? Es probable que pensara que era una virgen temblorosa sin experiencia, desmayándose ante la idea de la erección de un hombre.

Ja. Él no sabía nada. Claro, seguía siendo virgen, pero había tenido experiencias. Profundas experiencias. La única razón por la que se había

quedado completamente fuera de consumir una relación es que no había encontrado el hombre adecuado para hacerla querer desnudarse y ponerse seria.

La mayoría de ellos eran muy educados y amables, ella había tenido miedo de dormirse a través de la cosa. Y desde luego no iba a tirar su virginidad en un encuentro de borrachos o una aventura. Quería un compromiso, asunto adulto, sexual. En sus propios términos.

Sus fantasías giraban en torno a un hombre un poco duro para ordenarle a su cuerpo en una variedad de maneras deliciosas. Puede que fuera técnicamente inocente, pero ansiaba un amante que la lanzara en todas las direcciones. Física. Emocional. Ahora que estaba en los Estados Unidos, tenía la intención de encontrarlo. Y tal vez Edward cumplía los requisitos.

Sus dedos temblaron ante la idea de sugerencia de Max de conocer a un hombre en la iglesia. *Dio*, él era un *pazzo*². Desde luego, él no encontraría sus citas aquí. Él no participaba en los encuentros castos tampoco. Además de ser un Page Six³ regular, todos los tabloides amaban al billonario soltero; muchos flashes mostraban claramente sus conquistas de fin de semana.

Su corazón se retorció ante la idea, pero hacía tiempo que había aceptado que nunca sería suficiente para Maximus Gray.

La noche de su humillación parpadeaba más allá de su visión.

En casa desde su tercer año en la universidad, Michael y Max estaban de visita, y Max se quedó toda la noche. El plan era simple. Más mundano, mejor equipada con su aspecto físico, se dispuso a seducirlo. Con mucho cuidado, vestida con un sexy vestido negro tacones asesinos, robados del armario de su hermana, se dirigió a él en la fiesta de lujo.

La noche fue muy bien. Max se fijó en ella toda la noche. Se reía de sus bromas. Le tocó el brazo.

² **Pazzo:** Loco

³ **Page Six:** Diario de espectáculos y chismes.

Esos profundos ojos azules permanecieron ocupados por horas. Él no hizo ningún movimiento para socializar con otras personas, y el espíritu de ella se reanimó mientras se preparaba para la segunda mitad de su plan.

Con dos copas de vino en la mano, salió de nuevo a reunirse con él en los jardines, con suerte de compartir su primer beso.

Por supuesto, no había planeado quedarse de pie en el enrejado arqueado mientras él besaba a otra mujer. Y no era una mujer común y corriente. No, esta llevaba un vestido similar negro como Carina, a excepción de que su cuerpo era largo y delgado y perfecto.

Carina vio con horror como Max murmuró en su oído y su mano ahuecó su trasero mientras la levantaba contra él.

La excitación se mezcló con unos crudos celos que nunca había experimentado, una necesidad de ser la mujer que Max esperaba, la mujer que amaba.

El resto llegó a cámara lenta. Su grito angustiado. Él giro la cabeza mientras la miraba fijamente. La mezcla de remolinos de arrepentimiento, disculpa, y la determinación en sus ojos.

Y supo en ese momento que nunca sería ella. La rubia sonrió suavemente como si Carina fuera una prima o hermana menor.

Verdades duras corrían delante de ella. Nunca sería competencia para todas las mujeres que andan atrás de Maximus Gray. No era lo suficientemente bonita o lo suficientemente inteligente. No era sofisticada e ingeniosa y atractiva. No era más que una niña dulce de universidad con un flechazo. Él la había mimado durante unas horas a causa de su relación familiar.

Carina decidió no salir corriendo. Con pasos lentos y decididos, cerró la distancia entre ellos y le entregó el vino. Los dedos de Max la rozaron mientras tomaba el vaso, y el chisporroteo de su piel caliente casi la hizo llorar.

Casi.

Entonces le ofreció a su compañera el segundo vaso.

Él se echó hacia atrás como si se diera cuenta del símbolo de su gesto.

Carina lo miró y memorizó su amado rostro por última vez. Lo dejó en el jardín con la mujer y no miró hacia atrás. Entregó más que el amor de su vida. Abandonó sus viejos sueños y dejó atrás su antigua vida.

Regresó a la universidad y se convirtió en una mujer diferente, resistiendo y lanzando su energía en su trabajo. Se graduó con honores y se inscribió de inmediato en el SDA Escuela de Administración Bocconi, donde completó su MBA⁴ y se adentró en una práctica intensa.

Puede que no le gustara mucho el mundo de los negocios, pero estaba decidida a ser buena en ello.

Y le gustaba el poder y controlar sus nuevas habilidades. No era ya una chica débil que parecía poco a los demás por su felicidad, nunca más, pero sí una mujer que tomó el control y estaba lista para los desafíos de la vida. Una mujer que estaba de pie sobre sus propios pies con habilidades de negocios con experiencia y una mente clara.

Una que nunca iría por Max de nuevo.

Terminó su sándwich, tomó su agua, y la bolsa. Trabajar tan estrechamente con él la obligó a traer algunos viejos recuerdos. Tenía que permanecer fiel a su visión y seguir adelante.

Carina tiró su almuerzo y volvió al trabajo.



Dos semanas después, Max se preguntó si necesitaba acostarse.

⁴ **MBA:** master en Administración de Negocios



Miró al reloj y ahogó un gemido. Casi la una en punto. Su estómago estaba agitado por tanto café. Los reportes estaban atrasados y tenía una extraña tensión en sus músculos.

¿Qué estaba mal con él? Había estado a tope antes y nunca había experimentado tal... temperamento. Todo se levantaba y no había lugar al que ir. ¿Cuándo fue la última vez que tuvo sexo?

¿Y dónde estaba Carina?

Ella salió por la puerta con una sonrisa y una bolsa grasosa en una mano mientras una extraña combinación de pensamientos se abría lugar por su mente. Su falda era demasiado corta para la oficina y distraía a algunos de los ejecutivos, pero cuando se lo dijo a Michael, a él no parecía importarle.

Por algo de la moda y lo que era apropiado.

Ridículo. ¿Qué le pasó al «largo a la rodilla»? ¿Y nunca usaba medias? De alguna manera, que no tuviera una barrera solo causaba más estrés, especialmente con la expansión sin fin de la piel suave y desnuda color oliva.

—¿Dónde estabas? Necesito el reporte actualizado antes de que pueda ir al nuevo local para revisarlo.

El cabello grueso de ella estaba hacia atrás en un jalado moño, mostrando la elegante curva de su cuello y mejillas. El sudor cubría su frente mientras tiraba la bolsa en su escritorio y tiraba su maletín a un lado.

—Lo siento. Wayne llamó y dijo que está enfermo, así que dije que lo cubriría.

—¿Otra vez? —Él miró al calendario—. Maldición, es el día de apertura en el Estadio Yankee, Carina. Él está lleno de mierda. Ponlo al teléfono.

Ella torció su labio inferior en diversión.

—Oh, déjalo disfrutar el juego... no seas tan malo. Lo tendré en una hora. Aquí, quizás esto te haga sentir mejor. —Sacó un pedazo grueso de

pizza bruschetta, empapada con tomate y el suficiente ajo para causar una ola de melancolía por el hogar. Su estómago rugió. ¿Cuándo fue la última vez que comió? Como si escuchara su pregunta mental, ella respondió—: De nuevo te saltaste el desayuno. Toma un descanso y yo me haré cargo del reporte.

—¿Comiste?

Ella movió su mano en el aire y fue hacia la puerta.

—No tengo hambre.

—Detente. —Su orden la hizo detenerse. Él agarró el cuchillo de plástico y cortó un pedazo—. No irás a ninguna parte hasta que compartas esto conmigo.

—No lo necesito.

—Siéntate o estás despedida.

Se rió pero obedeció. Se tiró sobre su silla y agarró el pedazo con la servilleta y lo comió. Por unos instantes, mordían y disfrutaban la comida, un alimento común en sus memorias de la infancia. Él se relajó y algo de la tensión se fue de sus hombros.

Gracioso, la mayoría de las mujeres miraban a la comida como una necesidad o una entidad maligna que incitaba que ganaran peso. ¿Cuántas veces *mama* Conte había preparado una comida y solo él y Carina quedaban en la mesa? Su pasión por comer en silencio era algo que extrañaba.

Michael y sus otras hermanas comían rápido para volver a lo que estaban haciendo. Pero cuando se trataba de buena comida, Max amaba tomarse su tiempo y saborear cada bocado. Carina tenía la misma clase de respeto y honor por la comida, de la manera que disfrutaba todo en la vida.

Miró de reojo. Maldita falda que se subía por sus muslos. Sus tacones de marca deberían estar prohibidos para la oficina y estar sólo permitidos en un club nocturno. Eran demasiado sexys con todas esas tiras. ¿Y por

qué no usaba un perfume normal? Él estaba acostumbrado a una esencia fuerte y floral.

En cambio, olía limpia y fresca, como mantequilla de cacao y un rastro de limón. Max se concentró en su pizza.

—¿Cómo lo llevas? Sé que te he estado dando demasiado trabajo.

—No me molesta. —Su lengua corrió por su labio inferior para atrapar el último rastro de aceite de oliva. Él miró al otro lado—. Tengo un nuevo respeto para Michael y Julietta. Al crecer, pensé que sólo se trataba de hacer postres y tener una caja para venderlos.

Él se rió.

—Yo también creí eso. Cuando me contrató Michael, no tenía idea, pero aprendimos juntos y construimos un imperio. He disfrutado ser jefe de todos los departamentos. Creo que soy un loco controlador.

Ella rodó los ojos.

—Definitivamente. Nos vuelves locos como cuando éramos niños. Nos ordenabas y te molestabas cuando no te hacíamos caso.

—Nunca me molesté.

—Claro que sí. Y cuando eso no funcionaba, ponías esos ojos azul bebé en cualquier mujer a la vista y ellas caían. Todavía lo haces.

Él la miró con sorpresa y un poco avergonzado.

—Eso es ridículo. Me haces sonar como una clase de gigoló que usa su cuerpo para obtener lo que quiere.

Ella mordió de nuevo y se encogió de hombros.

—Bueno, no es solo tu cuerpo. También usas tu encanto.

—Córtale. Me estás sacando de mis casillas. —Él trató de no retorcerse en su silla con la idea de que los pensamientos de ella lo llevaran a algunos lugares—. No ayuda a crecer un imperio si no hay cerebros.

—Claro que tienes cerebro. Ahí es cuando sale el encanto letal... sabes cuándo usarlo. Si solo tuvieras músculos, sería más fácil encogerse de hombros.

¿Por qué estaba se estaba comprometiendo en esta ridícula conversación? Él trató de tomar la autopista pero su boca se abrió.

—Le doy a las mujeres el respeto que se merecen. Siempre lo hago.

Ella limpió su boca con la servilleta y se sentó con los brazos cruzados enfrente de su pecho. El movimiento empujó la blusa conservadora poniéndola apretada contra la gran curva de sus pechos.

—¿Qué hay del tiempo en que Angelina tuvo ese nuevo video juego, y tú la convenciste que te lo prestara por todo un mes?

Max soltó indignado:

—¡Ella estaba siendo linda conmigo!

—Sí, claro. Michael dijo que ella te seguía como perrito en la escuela todo el tiempo. Cuando resolviste el juego, se lo regresaste y apenas le hablaste.

Él metió el plato de papel en la bolsa y la arrugó.

La irritación lo barrió con el recuerdo. Él nunca quiso ser así. Siempre era lindo con Angelina, solo que no quería salir con ella.

—¿Y qué hay de la vez que hiciste que Theresa te hiciera tu reporte de ciencias? Michael dijo que te tuviste que sentar con ella en el almuerzo y que ella escribió todo para ti.

—¿Por qué Michael cuanta todas estas mentiras sobre mí? —gruñó él—. Todas estas cosas nunca pasaron.

Carina levantó su barbilla triunfante.

—¿Y qué hay de esta mañana?

—¿Qué hay de esta mañana?

Ella hizo una sonrisa maligna.

—¿No se suponía que acudirías a la fiesta el sábado en la noche en la casa de Walter?

Él la ignoró y limpió su escritorio, pero una chispa quemaba su estómago.

—Sí. ¿Y?

—Le dijiste a Bonnie que estabas estresado, con mucho trabajo y que necesitabas que alguien fuera en tu lugar. Ella brincó y se ofreció a ir a representar *La Dolce Maggie*.

—¿Y qué es lo que me hace el chico malo? —gruñó él.

Ella sonrió.

—Porque entonces preguntó si irías con ella a la ópera, ¿recuerdas? Ella tenía un boleto extra. Le diste una palmadita en el hombro, le dijiste que estabas ocupado, le agradeciste por ir a la fiesta en tu lugar, y la dejaste con una expresión de confusión en el rostro. Encáralo, Max. Cuando se trata de mujeres, eres malas noticias.

El shock lo mantenía mudo y sordo. Con triunfo, ella se levantó de la silla y tiró su almuerzo.

—Estaba ocupado —explicó él—. Y no le di una palmadita en el hombro. No hago ese tipo de cosas con las mujeres.

De alguna manera, ella parecía encantada con sus objeciones.

—Sí, así es. Bromeas con ellas con la esperanza de que puedan tener una oportunidad contigo. Después, tiras de la alfombra de debajo de ellas. Es un movimiento clásico de Max que he estado viendo durante años.

Ya era suficiente. Él no era ese tipo de persona y era hora de que ella se diera cuenta de eso.

—Carina, no sé qué clase de hombre crees que soy, pero no tiro mierda por el estilo. No importa lo que tu hermano te diga.

—Michael no tuvo que decirme nada. Me di cuenta de eso durante años. Lo hiciste conmigo, también.

—¿Qué? —Su rugido se escapó antes de que pudiera controlar sus emociones. La ira hacía que le temblaran todos los músculos mientras la miraba fijamente—. Nunca he hecho un movimiento inapropiado contigo.

Una extraña expresión cruzó su cara antes del intercambio de información.

—No, por supuesto que no. Pero no puedes evitarlo, Max. Eres coqueto, y encantador, y haces que las mujeres se sientan como la diosa de tu alma mortal. Nos envuelves y luego se sienten impactadas cuando pasas a la siguiente mujer. —Carina se encogió de hombros—. Yo fui joven. Estuve enamorada una vez. Lo superé. No hay problema. Traeré el informe y regresaré en una hora.

Ella lo dejó, mientras su cabeza daba vueltas como un personaje de dibujos animados que era golpeado y tenía pajaritos flotando por encima.

Su confesión «de hecho» había sacudido su mundo. Por supuesto, todo era falso. No les hacía cosas como esa a las mujeres.

¿Cierto?

El recuerdo de la fiesta le hizo cosquillas a su conciencia y le susurró que era un mentiroso. Recordó, a pesar de que quería olvidar. A la vuelta de su tercer año en la universidad, ella había explotado frente a él con una energía juvenil y pasión que le había robado el aliento.

Recordó el pequeño vestido negro que llevaba en lugar de sus habituales holgadas camisetas que hicieron que su boca se secara. Recordó su risa, y la expresión de adoración, y la conversación descarada que siempre agitaba su interés y le hacía relajarse.

Se dijo que sólo estaba siendo un poco protector con ella, porque era como una hermana, pero su cuerpo no reaccionaba como si ella fuera de la familia. Se había puesto incómodamente duro y se imaginó haciendo algunas cosas muy malas. Solos. Sin el vestido negro.

Sus pensamientos le asustaron. Se dio cuenta de que trataba a Carina como a una mujer durante la cena, una mujer en la que estaba interesado. Cuando la rubia en el jardín se acercó a él, no lo dudó. Ella era el tipo de persona que conocía la partitura y participaba a pleno en su juego.

El beso había estado lleno de intención, pero plano. A Max no le importó hasta que escuchó el pequeño jadeo detrás de él. Los ojos de Carina todavía lo atormentaban. Profundidades oscuras llenas de dolor y traición.

Él esperaba que ella llorara y corriera. Se preparó para el drama.

En cambio, se encontró con él, con la cabeza bien alta y una mirada de despedida en su rostro, la entregó las copas de vino con sus dedos que temblaban. Y se fue. El dolor le sorprendió, pero lo enterró rápidamente y volvió a la rubia.

Nunca miró hacia atrás.

Hasta ahora.

Su conciencia le pinchó. Max se preguntó si ella tenía razón.

¿Trataría a las mujeres como objetos a conquistar con el fin de conseguir lo que quería? Le gustaba creer que las consentía. Le encantaba cuidarlas y atesorarlas y desnudarlas. Claro, se negaba a ir demasiado profundo, pero eso era sólo para poder protegerlas de su roto corazón. Él era honorable y justo a diferencia de su padre. Se quedaba emocionalmente distante, pero todas las necesidades eran atendidas, y siempre se mantenía fiel.

Al menos, hasta la ruptura. Mucho mejor era cortar la relación que los llevará más adelante. No, ser honesto podía ser un poco peligroso, pero Carina estaba completamente equivocada. Era curioso, esa era la primera vez que ella admitía sus sentimientos hacia él.

El rechazo fácil de su error joven y herido a su ego, pero era lo mejor. Ella actuaba como si él fuera un mosquito molesto y olvidado dentro de unos momentos. ¿Era tan fácil de superar?

¿Por qué estaba incluso pensando en eso en este momento? Ellos siempre serían amigos. Era suficiente. Era perfecto.

Empujó los perturbadores pensamientos lejos y fue a través de la siguiente hora. Un ligero golpe en la puerta rompió su concentración.

—¿Interrumpo?

Laura Wells asomó la cabeza por la puerta con el director de un proveedor conocido, ella y él habían congeniado un par de semanas atrás y tenido una gran conversación. Una cita había conducido a una segunda, y Max intuyó que ella era el paquete perfecto.

Preciosa con el pelo largo y rubio ondulado, ojos verdes, un cuerpo esbelto con piernas largas, y la altura que casi igualaba la mejor de él, también era inteligente y mantenía un fondo empresarial común. Él se relajó y se agitó.

—No, necesito un descanso. Es bueno verte.

Ella se paseó con una gracia fácil. Su traje sabio hacía juego con sus ojos y su longitud halagaba lo magro de ella.

—Quería ver si me salvaría de un evento lleno de aburrimiento. Tengo que ir a la fiesta de Walter. ¿Irás?

La culpa de Max le recordó cómo se había empeñado en Bonnie.

—No tenía intención de hacerlo.

Ella le dio una bonita mueca.

—Oh, por favor, ven conmigo, Max. Mi agenda ha estado loca últimamente y tengo que combinar negocios con placer. —La mirada en sus ojos le decía el resultado de la velada.

Anotación.

Necesitaba esto, una noche con una mujer hermosa que conociera las reglas. Tal vez la promesa de más. Por lo menos la promesa de un encuentro satisfactorio.

—Sería un honor para mí acompañarte. Te recogeré a las siete.

—Perfecto.

Él se puso de pie para acompañarla afuera, y casi se estrelló contra Carina. Sus labios rojo rubí hicieran una pequeña mueca y le dio las imágenes sucias de qué otras cosas podría hacer con esa boca. Dio un salto de paso atrás y maldijo en voz baja.

—Me asustaste como el infierno.

Ella inclinó la cabeza.

—Brincando hoy, ¿eh? Oh, hola. Soy Carina Conte.

Laura sonrió y se dieron la mano. Una sensación de placer se apoderó de él. Finalmente, le demostraría que hablaba en serio acerca de sus compañeras y de que las trataba a la perfección. Hizo las presentaciones.

—Laura será mi cita para la fiesta de Walter.

La sonrisa de Carina nunca se atenuó.

—Qué adorable. Deberías venir a cenar una noche a casa de mi hermano. Las invitadas de Max siempre son bienvenidas.

La inquietud lo atravesó. Laura parecía un poco demasiado ansiosa. Él movió los pies y trató de fingir entusiasmo.

—Um, por supuesto. Me pondré en contacto contigo para alguna fecha.

—Las noches de los viernes —trinó Carina.

—Me encantaría. Muchas gracias.

Él se aclaró la garganta. ¿Qué estaba haciendo? No estaba preparado para que Laura asistiera a eventos familiares. Max frunció el ceño.

—¿Necesitabas algo?

Carina le tendió una pila de papeles.

—Aquí están los informes. Los Yankees ganaron. El segundo piso logró el juego, y Wayne consiguió clavarse en una foto.

—Tendrás que reprenderlo.

—Hablaré con él mañana.

—La próxima vez que le permitas un día de enfermedad, revisa el calendario de béisbol. Y asegúrate de que no viene con resaca.

—Entendido.

Su eficacia le sorprendió tanto como su frío control.

No importa lo que él le diera, ella lo tomaba y nunca se quejaba. En cuestión de semanas había encantado al personal con su corazón y humor.

—Escuché que dejaste a Tom irse temprano hoy, también. Necesitaba esas cifras de ventas. ¿Cuál fue su excusa?

—No quería perderse el concierto de primavera de su hijo. —Ella ni siquiera hizo una mueca de dolor.

—Me puse en contacto con Edward, y él te ayudará al llegar en una hora.

—Está bien. Tengo que trabajar hasta tarde esta noche otra vez.

—Por supuesto.

La puerta se abrió de nuevo y Edward entró la oficina de Max que de repente se parecía a la estación Grand Central.

—Hola, jefe. Oí que necesitas los informes de ventas de esta tarde.

—Los necesitaba hace horas.

—Carina y yo trabajaremos en ellos. —Edward le sonrió a Laura y Carina intervino para hacer las presentaciones. Hablaron como si estuvieran en una fiesta de té íntima en lugar de la oficina.

—Supongo que te veré en la fiesta después. Tratemos de sentarnos juntos

—dijo Edward.

Max levantó una ceja.

—¿Sentarse juntos? ¿Tú irás?

Edward sonrió.

—Por supuesto. Llevaré a Carina conmigo.

Él vio cómo su asistente le disparaba a su vendedora una sonrisa íntima. Como si ella también intentara combinar negocios con placer en esa fiesta. La irritación ralló por él con la imagen de Carina durmiendo con Edward. Por el amor de Dios, ¿Ella no escuchaba más? Él contuvo su temperamento.

Era hora de tener otra pequeña charla. Y ser un poco más fuerte esta vez. Max indicó a Laura y a Edward que salieran, y le pidió a Carina que permaneciera en su oficina.

—Laura me parece muy linda.

Su mirada trató de quitar la capa de cortesía, pero no encontró nada.

—Lo es. Me sorprende que estés asistiendo a una fiesta de trabajo con un compañero de negocios. Muchos empleados de oficina asisten a estas fiestas juntos. —Su tono de voz suave le retó a llevarla a un nivel superior—. Ya dejaste en claro que debo mantenerme al margen de tus asuntos privados. Pero estoy preocupado por tu reputación en *La Dolce Maggie*.

—¿Cómo es eso?

Hmm. Un ligero temblor en sus manos finalmente se estabilizó. Su nueva capacidad de controlar sus emociones intrigaba a sus instintos dominantes de empujar.

—Eres un miembro fundador de esta empresa. No querrás que se filtre en la oficina que eres fácil.

Un rubor golpeó sus mejillas, pero ella permaneció inmóvil.

—¿Fácil? Una cita y me tienes prostituyéndome en la oficina, ¿eh?

Casi se echó hacia atrás, pero él se contuvo.

—Los rumores son fáciles de empezar. Ya vi la forma en que Ethan de contabilidad te ha estado siguiendo como un cachorro entrenado. ¿Estás saliendo con él, también?

La lenta sonrisa se le quitó.

—¿No te gustaría saberlo?

Él miró fijamente a esta mujer que no conocía más.

—Estoy mirando por tu carrera. Te dije muchas veces que los hombres estadounidenses son diferentes. Quiero que tengas cuidado. *¿Capisce?*

—Me faltas al respeto más que cualquier hombre que quiera llevarme a la cama, Max. —Pequeñas bocanadas de aliento se escaparon de sus delgados labios, pero ella se mantuvo en control. Ni un solo rizo vagabundo escapó de su despiadado moño. Sus ojos almendrados estaban a fuego lento con un calor peraltado que moría de ganas de jugar—. Los hombres tienen necesidades físicas muy simples. Pero usar ese cerebro tuyo magistralmente con juegos mentales. Configurando mujeres para matar. Te gusta controlar todos los elementos en el campo de juego para que nadie salga lastimado, ¿verdad? Pero la pobre Laura ya está enamorándose de ti, y tú ni siquiera la invitaste a cenar. —*Merda*, ¿Cuándo había llegado a ser tan sarcástica?

—Laura conoce las reglas. Tú no.

Ella soltó una risa carente de humor y se movió. Sus uñas de color rojo cereza intentaron desatar la corbata en despido puro.

—Yo haré mis propias reglas ahora. Y soy más honesta que tú. —Su aroma se envolvió alrededor de él y le dieron ganas de correr en círculos como un perro intentando atrapar su cola—. No podrías tener una relación real si tu vida dependiera de ello, por lo que has centrado tu atención en mí. Diversión agradable, pero no va a funcionar esta vez.

—No sabes nada acerca de mí ni de mis relaciones. Todo lo que estoy tratando de hacer es guiar a una chica joven por su entrenamiento. Igual que Michael me lo pidió.

Su disparo final dejó su marca. La ira al vapor salía de sus poros. Ella se tambaleó en el borde de su famoso temperamento, y él se preparó para el siguiente drama casi dándole la bienvenida. A esta Carina la conocía y podía manejarla.

En cambio, ella regresó desde el borde y le disparó una mirada casi compasiva. Él dio unos pasos hacia atrás. El corte severo de su chaqueta negra sólo hacía hincapié en las curvas terrosas de sus caderas y pechos, una deliciosa contradicción que endureció su pene y le atornilló la cabeza.

—Si eso es lo que tienes que creer para dormir por la noche, que así sea. Pero mientras que te sientas cómodo con tus ilusiones, sabe esto. No importa más lo que hagas, Max. Tus relaciones no me importan, excepto la mía. Y si quiero dárselo a Tom, a Dick y a Harry en mi tiempo privado, permanece fuera de ello. Porque no quiero dormir cómodamente por la noche. —Ella sonrió—. Nunca más. —Sus tacones hicieron clic sobre la madera pulida—. Estaré en contabilidad, si me necesitas.

Él se quedó mirando la puerta cerrada por un tiempo. Esta ya no era la niña a la que había enfrentado. Esta era una Eve en toda regla, y estaba en más problemas de lo que pensaba. Tomó de nuevo su control y se preguntó qué significaba el vacío en el estómago.

Como no sabía cómo deshacerse de él, Max tragó un poco de agua y siguió adelante.

Como hacía siempre.

Capítulo 4

*Traducido por Vanezh y Laura Soto
Corregido por Angeles Rangel*

Carina caminó por el diminuto apartamento. Las cajas llenaban la alfombra color plomo y la cocina apenas tenía espacio suficiente para encajar a una persona con caderas generosas. El sofá cama color amarillo canario lanzaba color y se mezclaba con la serie de locas acuarelas colgando en la pared. Definitivamente no era un artista para una exhibición, pero al menos eran animadas e interesantes de ver. Las grandes ventanas abrían la vista a un conjunto de árboles imponentes, como si viviera en una moderna casa del árbol de una de sus películas de fantasía.

Era perfecto.

El júbilo se desplegó a través de ella. El departamento de Alexa era el primer hogar oficial que le pertenecía completamente. Finalmente tenía la privacidad que había ansiado, y una serie interminable de oportunidades extendiéndose frente a ella. No pretendía malgastar ni un solo momento.

Y comenzaba mañana por la noche con su primera cita oficial.

El sonido de pasos hizo eco. Michael y Max empujaron la estrecha puerta y colapsaron sobre el decaído sofá.

—Esto es lo último.

Rió ante el suspiro de los dos fornidos y masculinos hombres jadeando sobre el gran escalón.

—Chicos, pensé que entrenaban en el gimnasio todos los días. Y aún así están exhaustos por mover unas cuantas cajas.

Mostraron una mirada de incredulidad.

—¿Estás bromeando? ¿Qué pusiste en esas cajas, de cualquier forma? ¿Piedras? —preguntó su hermano.

—Necesito montones de zapatos. Y mi equipo de arte.

Max la miró.

—Deben ser trescientas escaleras, todas sinuosas y estrechas. Y, ¿dónde infiernos está el aire acondicionado?

—Alexa dijo que el lugar era viejo. Y te dije que contrataras un equipo de mudanza.

—No era necesario. Queríamos ayudar.

Carina se apoyó hacia atrás y suspiró.

—Bien. Gracias a ambos, pero, ¿Por qué iban a querer? Tengo que desempacar e instalarme. Maggie mencionó una cena de beneficencia esta noche.

Michael gimió y se levantó.

—Tienes razón. Va a volverse loca sobre qué ponerse y no importa cuántas veces le diga que luce genial, dice que se ve gorda.

Carina rió.

—Solo recuérdale que no es gorda —solo lleva dos cuerpos extra en su pequeño vientre.

—Trataré. ¿Estarás bien? ¿Necesitas algo?

Sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—*Niente*. Me emociona el instalarme y tengo todo lo que necesito. Te quiero, Michael.

Su rostro se suavizó y le dio un beso en la cima de la cabeza.

—También te quiero. ¿Max? ¿Vamos?

—En un minuto. Adelántate.

—Te veo más tarde.

Su hermano se fue y ella giró para mirar a Max.

Oh. Mí

Su cabello oscuro era adorable revuelto y una fina capa de sudor brillaba en su frente. Su gastada camiseta húmeda, se aferraba a una masa de músculo tallado en sus abdominales, pectorales, bíceps, y otros lugares apetecibles. Los viejos jeans abrazaban su trasero y caían bajo en sus caderas en una malvada invitación a que una mujer jugara.

Siempre parecía cernirse sobre ella en esa deliciosa y dominante manera que hacía su estómago caer, especialmente ya que la cima de su cabeza solo le llegaba a él al mentón. Bien versado en ignorar su atracción física hacia el hombre, se enfocó en su tarea.

Carina agarró la primera caja y la abrió con la cuchilla para cajas.

—Max, no hay necesidad de que te quedes. Estoy bien.

—Si, lo sé. Pero estoy sediento. ¿Quieres una cerveza?

—No tengo ninguna.

Él sonrió y se desplegó del sofá. Cuando regresó de la cocina, sostenía una Moretti helada.

Sus fuertes dedos curtidos rozaron los suyos.

—Un presente para la inauguración de la casa.

—Yum. —Presionó la botella helada contra su mejilla y la rodó hacia abajo sobre su cuello. El frío salpicó su piel y suspiró de placer—. Se siente tan bien.

Él hizo un sonido estrangulado en su garganta. Volteó la mirada, y los ojos azul oscuro sostuvieron los de ella con calor. Su garganta se cerró, pero se las arregló para pelear pasando y dio un paso hacia atrás. Gracioso, nunca había visto esa mirada en su rostro antes.

Casi como si estuviera... hambriento.

Bebió su cerveza en un denso y pesado silencio. Habló primero y tratando de cortar a través de la extraña tensión.

—Entonces, ¿Grandes planes para el fin de semana?

—No realmente.

—Tenemos el recorrido el lunes, ¿cierto?

—Sip.

—¿Qué piensas de mi nuevo lugar?

—Pequeño.

—¿Leerás algún libro más tarde?

—No. ¿Y tú?

—Si, el Kama Sutra. —Eso captó su atención. Frunció el ceño pero no ofreció ningún comentario—. ¿Lo has leído?

—No lo necesito. —Su ronco acento prometía que lo hacía bien sin el bien conocido manual de sexo.

Se detuvo a medio sorbo. Su temperamento picoteó mientras se daba cuenta de que aún intentaba intimidarla con su altura imponente y primitiva y masculina energía. Era un caminante, respirante y viviente dios del sexo y estaba enferma de morir por ser su sombra. Carina entrecerró los ojos, y su voz chasqueó.

—Si no tienes nada de qué hablar u ofrecer aquí, creo que deberías irte. Tengo un montón de trabajo que hacer.

La sorpresa revoloteó en sus rasgos esculpidos. Su labio se elevó.

—¿Te molesto o algo?

—Sí. O algo. Si todo lo que quieres hacer es lucir como un poster de *Calvin Klein*, por favor, ve a alguna otra parte. Estoy segura de que tus otras mujeres apreciarían la visión.

Se atragantó con la cerveza y la miró como si se hubiera vuelto verde.

—¿Qué dijiste?

—Me oíste. —Dejó la botella fuertemente sobre la maltratada mesa de centro y empezó a desempacar. Su cuerpo caliente pulsó cerca detrás de ella, pero lo ignoró.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué repentinamente mi apariencia es tan irritante para ti? Pensé que podríamos pasar un rato. Ordenar pizza. No es gran cosa.

Rechinó los dientes ante su arrogancia.

—Gracias por la generosa oferta de tu compañía, Max. Pero tengo un montón de cosas que hacer y me gustaría estar sola. Nunca pasamos el rato antes a menos que Michael estuviera alrededor, y necesito organizarme.

—Tienes todo el fin de semana.

—Iré a una fiesta mañana, así que me gustaría tener la mayor parte de mis cosas hechas.

—Ah, sí, la fiesta. Con Edward.

Lo cortó con una mirada de advertencia. La escena en su oficina aún quemaba, pero se hubiera condenado si él siquiera lo supiera. Había acabado de jugar con el hombre. Tiempo de darle una probada de lo que ella siempre pasaba. Una inquisición.

—Estoy pensando en salir más con Laura. Le diré a Michael que la invite a cenar la siguiente semana.

Eso atrajo su atención. Su cuerpo flexible se puso rígido.

—Apreciaría si no invitas a mis citas a eventos sin mi permiso.

—¿Por qué?

—Me gusta Laura, pero no estoy en la carrera. Conocer a la familia es algo importante.

Sonrió.

—Otra que muerde el polvo, ¿huh? Muy mal, creí que tenía suficiente para mantenerte interesado por un tiempo. —Él contuvo el aliento. Se movió a la siguiente caja con implacable eficiencia y se dijo que no debía comprometerse.

Desafortunadamente, él caminó justo enfrente de ella y la forzó a levantar la mirada.

—¿Qué sabes de las mujeres con las que salgo? Sólo porque me muevo lento y cuidadosamente, no significa que no pueda establecerme.

Carina echó hacia atrás la cabeza y rió.

—Oh, esa es buena. Si obtuviera un dólar por cada mujer que eliges equivocadamente, sería más rica que tú. Pero no me escuchaste cuando eras joven, y no lo haces ahora.

—Nombra una.

—Sally Eckerson.

Frunció el ceño.

—Salimos por tres meses una relación exitosa.

—Hmm, interesante. Terminó durmiendo con tu amigo Dale, ¿Recuerdas?

Frunció el ceño, pensativo.

—Oh, sí. Pero habíamos terminado para entonces.

—No, terminaste la relación después de que la encontraste en la cama con tu compañero de habitación. Entonces hubo una modelo rubia con la que saliste que tenía un enorme IQ de uno. Quizá dos.

—¿Jenna? No es cierto, teníamos un montón de buenas conversaciones.

Ella lo miró hasta que movió los pies.

—Max, la trajiste a cenar a casa de *mama*. Ni siquiera sabía que había una guerra en Iraq o quién era el presidente de los Estados Unidos.

—Bien, no era una historiadora. Gran problema.

—Admitió que no leía libros que no tuvieran imágenes.

—*Vogue* contiene artículos.

—Si, igual que tú lees *Playboy* por las historias escondidas.

—Eso no es justo. Amé a aquellas mujeres, a todas, y les di una oportunidad. Sólo porque no haya encontrado a La Única no significa que no haya tratado.

Carina sacudió la cabeza.

—Las vi entrar y salir por la puerta toda mi vida. Estas tratando con todas las mujeres equivocadas por una razón, tienes problemas con la intimidad. Cada una está condenada al fracaso. —Su traidor corazón tamborileó y se hundió un centímetro. ¿Por qué no podía ver lo que ella veía cada vez que lo miraba? ¿Un hombre lleno de amor que temía demasiado entregarlo? Pero sabía en la práctica que nunca estaría listo para asentarse. Se negaba a citarse con alguien que lo mereciera, porque entonces no tendría excusas. Saliendo con mujeres que no podría herir, estaba protegiéndose se propia pesadilla personal.

Convertirse en su padre.

Nunca hablaba de él, pero la herida de haber sido abandonado cuando era un bebé nunca sanó realmente. Se había puesto a sí mismo tan imposiblemente altos estándares para protegerse de siquiera cometer el mismo error. Perder su honor.

Abandonar a la gente que amaba. La solución más fácil era evidente, se negaba a darle oportunidad a nadie.

Se estiró y tocó su rostro. La áspera barba raspando contra sus dedos, y la deliciosa esencia de calor masculino, sudor y rosa mosqueta llenó sus fosas nasales.

—No eres para nada como tu padre, Max. —Se echó hacia atrás. La conmoción llenando sus ojos, pero no le dio tiempo de procesar su declaración, o catalogar su debilidad por él—. Aprecio la cerveza y la ayuda. Pero realmente necesito ponerme a trabajar. Te veré el sábado.

Esta vez, se giró deliberadamente dándole la espalda.

Los segundos pasaron. Entonces oyó el tintineo del vidrio sobre la mesa y la puerta se cerró tras ella.

Carina se hundió con alivio. Nunca pisaría ese camino otra vez. Nunca sería la mujer que lo salvara, y él nunca la amaría de la forma que necesitaba. Pero había todo un nuevo mundo allá afuera que se abría con posibilidades, y sería una tonta si no tomara ventaja. Comenzando con su cita.

Carina sacó su iPod de su bolso, levantó el volumen, y se puso a trabajar.



Los agricultores de artesanías del festival atrajeron a una gran multitud en el valle del Hudson. Max se abrió camino a través del campo de tiendas de campaña que se extendían a lo largo de hectáreas de parques de atracción y paró de vez en cuando para examinar mercancías de artistas locales.

Las mesas sostenían una encantadora variedad de piezas únicas, de cerámica talladas a mano, telas de pajareras pintadas a acuarela. Las empresas locales extendieron la alfombra roja para el evento y realizaron varias demostraciones para atraer a los clientes, había organizaciones

benéficas locales, la policía y estaciones de bomberos, karate y escuelas de yoga.

Mayo les regaló el don de sol y calor, y todo el mundo corría alrededor en pantalones cortos y camisetas sin mangas, listo para un verano.

Max respiró el aroma de grasa y azúcar, tomó una limonada hecha en casa, y se dirigió a su tienda. Los gritos de los niños de la carpa hinchable hacían eco en el aire, y una sensación de paz se apoderó de él. Era interesante cómo había adoptado el estado de Nueva York como su segundo hogar sin pensarlo.

Los picos de las montañas majestuosas brillaban a lo lejos y le recordaban que seguían siendo el rey, apretando el río Hudson en su agarre. Le gustaba la familiaridad de la gente del lugar sin el usual esnobismo reservado para los extraños. En este caso, todos eran familia, dio la bienvenida al momento decidiendo adoptar un local de la ciudad como propio.

Max tomó una derecha dura, deteniéndose de vez en cuando para charlar con los dueños de los negocios, y mantuvo un puesto de observación para el cartel. No había sido capaz de supervisar este evento, pero confiaba en David para impresionar.

Trabajó bien con el chef en su nueva tienda, y las muestras fueron decididas en una combinación ganadora. Gracias a Dios que había vetado el chocolate, habría sido un desastre derretido en un día caluroso como este.

Su mirada se enganchó en la enorme pancarta y la multitud apretada alrededor de la mesa. Sí. Los postres fueron un gran éxito si la línea era alguna indicación. Un destello de blanco entraba y salía, y una risa ronca familiar pasó por sus orejas en una caricia.

Entonces la vio.

Definitivamente no era David.

Llevaba diminutos pantalones cortos blancos que no hacían nada para ocultar su culo magnífico. Su parte superior debía ser bastante

conservadora ya que el tejido lo cubría todo, pero el amarillo brillante sólo dirigía la atención hacia sus pechos. Su cabello estaba amontonado debajo de una gorra de béisbol con **LA DOLCE MAGGIE** escrito en letras negras y aros de oro coquetos giraron sobre sus orejas.

Su mirada se quedó automáticamente en las curtidas y musculosas piernas a sus pies. Justo cuando lo pensaba. En cualquier otra mujer usando chanclas, se destacaron las sandalias amarillas de seis centímetros que eran poco prácticas, ridículo, y sexy como el infierno.

¿Qué demonios estaba haciendo ella aquí?

Se abrió paso hacia al frente de la mesa, pero ella todavía no lo notó. Iba y venía con muestras de *cassata*, un bizcocho con crema gorda *cannoli* y empapado en licor. Pedazos de agravio *di treviglio* parecía fresco y tentador, y el biscocho de miel parecía un gran éxito con los niños.

Haciendo malabares de conversación y copas de helado de café moca, charlando con Carina, riendo, y entregando una vertiginosa variedad de volantes. Su rostro brillaba de sudor, pero nunca vaciló. Los dos internos se reproducían, pero incluso Max podía ver que estaban fuera de su elemento.

Corriendo hacia atrás y adelante en sus piernas desgarradas, parecían incapaces de funcionar adecuadamente en la máquina de café espresso y utilizaban su tiempo para mirar boquiabiertos a su hermosa jefa.

Como si finalmente se diera cuenta de su mirada, Carina se detuvo en pleno vuelo y volvió la cabeza.

Algo extraño le apretó el pecho, una incómoda opresión que nunca había experimentado. El extraño impulso de tomarla en sus brazos lo inundó y dio un paso adelante. Gracias a Dios que no terminó el movimiento. Con un gesto casual, sonrió y volvió a su trabajo como si nunca hubiese aparecido.

Ego abofeteo abajo, se aclaró la garganta y trató de conseguir un apretón.

Se abrió paso hacia delante y la miró.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está David?

Ella nunca rompió su paso y se tomó su tiempo para responder.

—No fue capaz de hacerlo. Estoy cubriéndolo.

Max reprimió una maldición.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Su esposa está embarazada. Estaba en la ER⁵ con ella la última noche, ella tenía contracciones falsas.

—¿Está bien?

—Sí, pero él estaba agotado y quería quedarse con ella.

—¿Qué pasa con Edward o Tom? Se supone que deben ser el respaldo.

Ella sonrió y repartió un biscocho.

—Ellos tenían planes. Yo les dije que iba a tomar el relevo.

Esta vez la maldición escapó. Sus habilidades de gestión no existían. Dejó a los empleados salir con acrobacias ridículas que nunca habrían pensado para tirarle a él. Ella era inteligente, inteligente, y pusilánime completa. Su corazón le metía en problemas todo el tiempo.

—Deberías haberme llamado, Carina. *Dio*, voy a matar a mi personal de ventas el lunes.

Sus ojos se calmaron.

—Ni se te ocurra. Además, quiero estar aquí. Necesitaba aprender los postres, vender y lo que no se hace. He aprendido más en las últimas horas de lo que he hecho en la oficina. Terminemos con eso.

Los dos adolescentes se tomaron un descanso del silbido de la máquina con mal humor y se acercaron.

⁵ ER: sala de emergencia.

—Hola, señor Gray —saludaron al unísono.

Él asintió con la cabeza y trató de no parecer un anciano medio.

—Hola, chicos.

—Umm, Carina, estamos teniendo problemas para mantenernos al día con el café. Me parece que no puedo conseguir que funcione bien.

—Está bien, Carl, lo voy a revisar. En este caso, haz los pasteles por ahora. No te olvides de los volantes.

—Lo tengo.

Max alivió su camino hacia el lado de la mesa en forma de L en la cafetera profesional que se alzaba con proporciones monstruosas. Ella se acercó y atacó las palancas robóticas brillantes.

—Eres directiva, Carina. El personal está jugando en grande. Te mudaste ayer y estas agotada.

Ella le dedicó una sonrisa llena de descaro.

—Habla por ti. Soy ocho años más joven que tú. Resistir no es un problema para mí.

Tuvo un repentino deseo de arrancarle la ropa, usarla a ella en el campo, y enseñarle sobre la resistencia real. La imagen de ella desnuda y gimiendo debajo de él asaltando su visión.

—Cuidado, niña. Voy a tener que demostrar que te equivocas.

En lugar de dar marcha atrás, ella aulló de risa.

—¿Estás bromeando? El único tipo de energía que necesito ahora es un hombre que puede hacer cien tazas de café en un tiempo récord. Apuesto a que ni siquiera sabes cómo hacer un espresso decente.

Puso su limonada en la mesa y la miró con incredulidad.

—No acabas de decir eso de mí. Soy italiano. He estado haciendo espresso hecho en casa toda mi vida.

Ella resopló y finalmente domesticó la máquina. Un reguero de líquido oscuro se vertió en la copa, y el aroma de ricos granos tostados golpeó su nariz.

—Por supuesto, en la cocina brillante agradable con su equipo gourmet. ¿Por qué no te pones manos a la obra, jefe, y me muestras lo que tienes?

—¿Me estás desafiando?

Carina se encogió de hombros.

—Olvidalo. No me gustaría arruinarte la ropa de lujo.

Murmuró una maldición, arrojó su limonada en la basura, y salió detrás de la mesa. Con movimientos eficientes, se puso un par de guantes, cogió un gorro extra, y la agarró por los hombros. Su salto sobresaltado igualó la propia electricidad sexual entre ellos. Él le trasladó fuera del camino. La máquina escupió una nube de vapor, como si su momento de intimidad le estuviera de repente enfadando.

Tiró de nuevo de sus manos y lo cubrió con un gruñido.

—Hazte a un lado.

Sus pupilas se dilataron como si reconociera y respondiera a la orden en su voz. Max estaba caliente, y no tenía nada que ver con el clima o el café. Algo sobre la conciencia en sus ojos oscuros le pegó donde más le dolía. Justo en la polla.

—Tiempo para mí.

Max sabía que había ciertas reglas en el perfeccionamiento de una gran taza de espresso. Ingredientes primarios puros, arábica medio grano tostado y no tostado, agua potable sin productos químicos persistentes para diluir el sabor, y la máquina adecuada. El resto era habilidad, sobre todo la cantidad de presión utilizada en el proceso de compactación, lo que podría hacer o romper el equilibrio.

Cayó en el ritmo perfeccionado durante años de impresionar a las mujeres y a su propia madre. Removió el soporte del filtro. Agrego grano

recién molido. Presionar mientras mantiene el soporte del filtro a un lado. Polaco. Vierta. Servir. Repetir.

Max sintió su mirada en él, pero se negó a romper su trance meditativo y participar en bromas. ¿Cómo se atrevía la mujer a insultar su habilidad?

Carl silbó mientras se retorció y sirvió cuatro tazas a la vez.

—Maldita sea, Sr. Gray, tienes algunos pasos importantes.

—Gracias. Ven aquí y deja que te enseñe. Un día tendrás uno de estos chicos malos para impresionar como diablo a una chica. —Le guiñó un ojo—. Tal vez incluso cierres el trato.

Los ojos del muchacho se abrieron.

—Diablos, sí. De acuerdo.

Max era tutor de los becarios en el arte de la seducción a través del café. Carina llegó junto a él para agarrar la canela.

—¿Por qué los hombres lo convierten todo en una forma de puntuación de mujeres?

El lado de su pecho rozó el hombro y su mano se deslizó sobre la palanca. La máquina escupió con furia.

—Maldita sea, me rompiste el ritmo. Y la respuesta es simple. Los hombres sólo tienen dos cosas que pensar: Alimento y mujeres.

—A veces los deportes —dijo Carl serio.

Carina suspiró.

Las siguientes horas pasaron volando en un torbellino de actividad hasta que todos los huesos del cuerpo le dolían a Max. Sin embargo, había algo en ellos que trabajan juntos, hasta que cada movimiento parecía coordinado. Las bromas yendo y viniendo entre ellos hacían el trabajo divertido. Max se dio cuenta de que tenía la tendencia a ser un poco demasiado serio, y sus bromas juguetonas fascinaban a los internos, quienes siempre lo vieron como congestionado.

También se dio cuenta de la larga fila de hombres subiendo por unos segundos y mirando alrededor de la mesa para obtener una visión de la piel desnuda expuesta desde los shorts blancos minúsculos. Carina pareció percibir la atención y jugar para arriba. Cada hombre salió de la cabina quedando un poco deslumbrado, lo cual le molestó. ¿Hombres que un ingenuo guiño descarado o un vaivén de caderas hacían que perdieran la función cerebral?

Sí.

Especialmente con Carina. Su cuerpo era asesino, pero era su capacidad de reír y ser abierta lo que atraía la atención completa de un macho. Ella les hacía desear estar en el centro de atención. Su centro de atención. Max le pasó una taza al enorme empollón frente a él un poco demasiado fuerte. El líquido se derramó sobre el borde y él gritó.

—Deberías haber vestido el uniforme de ventas —dijo—. Ese traje es un poco demasiado llamativo.

Ella rodó los ojos como si él fuera un tío mayor.

—Claro, un traje pantalón negro realmente me haría encajar si estás a casi treinta grados centígrados.

—Tenemos que mantener una imagen profesional.

Su risa hizo cosas malas a sus entrañas.

—Oh, Max, eres un puntazo. ¿Por qué crees que me puse estos pantalones? —El guiño travieso le robó el aliento y le hizo sentirse como un tonto—. Tú me enseñaste bien. No hay razón para no utilizar el cuerpo, el encanto y el cerebro para aumentar un poco las cosas, hmmm?

Por primera vez, Max estaba sin habla por un deslizamiento de una chica que se había convertido en un rival digno de cualquier hombre.

Ella pareció darse cuenta de su victoria y, con una sonrisa pequeña, sirvió al último de los clientes.

Capítulo 5

*Traducido por lectora
Corregido por Caamille*

Carina se miró en el espejo de cuerpo entero.
Se veía caliente.

El placer rodó a través de ella cuando se dio la vuelta y vio que la larga falda silbaba pasando sus piernas. La tela azul resaltaba su piel dorada y cabello oscuro. Sin duda, un largo camino desde su viejo armario y el deseo de ocultarse. No, este vestido gritaba: “Estoy aquí” y le encantaba.

El corpiño era ajustado y le cubría adecuadamente, pero la parte de atrás era el verdadero *abridor de ojos*. Pensaba en sí misma retorciéndose en uno de esos horribles artilugios femeninos para realzar su busto, entonces, decidió saltarse el sujetador. Sólo mostraba el más básico indicio de sus pezones, más una provocación que una exhibición total. Eso la hacía sentirse sexy y desnuda bajo la tela.

Traviesa.

Exactamente lo que necesitaba para estar lista para su cita.

Las notas de *Flo Rida* retumbaban a través de la habitación y sacudía sus caderas con las chirriantes notas mientras se aplicaba su maquillaje. Con suerte, Edward encontraría su atuendo igual de tentador, y la química entre ellos volaría. Se imaginó su mano deslizándose bajo su corpiño para jugar con sus pechos desnudos, torciendo la dura protuberancia entre sus dedos mientras ella se arqueaba hacia arriba, separaba las piernas y...

Una imagen del rostro de Max pasó por delante de ella.



Se detuvo en la aplicación del kohl para los ojos y se frunció el ceño en el espejo. Maldito sea. ¿Por qué tenía que ser tan friky sexy todo el tiempo? Nunca hubiera pensado que la acompañaría a la feria en el stand. Él lucía todo fresco y elegante en su camisa verde de punto, pantalón caqui y mocasines de cuero.

Su cabello perfectamente despeinado soplaba en la brisa, esa nariz aristocrática en el aire mientras la reprendía, no pudo evitar burlarse de él, creyendo que nunca volvería a tomar el desafío. El hombre estaba a cargo de toda la compañía, sin embargo, trabajaba en la máquina de café como un maestro y hasta seducía a sus dos internos en el pensamiento de que era un tipo genial.

Carina se estremeció ante el recuerdo. Tenía grandes habilidades. Los elegantes dedos rozando a través de los botones y palancas como un amante, persuadiendo lo mejor de la máquina. Después de la primera hora, realmente se relajó y parecía estar divirtiéndose. Los dientes blancos brillaron mientras sonreía y participaba con la gente, sus músculos agrupándose y ondulándose con cada giro y vuelta de su cuerpo. Se encontró mirando demasiado el camino hacia su trasero, el tejido blando ahuecando su trasero y haciéndola desear cosas. Cosas malas. Con Max.

Carina cerró los ojos. *Dio*, tenía que dejar de pensar en él de esa manera. Esta noche, tenía la intención de conocer mejor a Edward y esperar participar en algún juego previo caliente.

Ésta era su primera cita oficial en América como mujer, y no estaba a punto de meter la pata por el agua-boca de Max.

Ya no más.

Terminó su maquillaje y agarró sus sandalias de diseño. Las correas entrecruzadas envolvieron sus piernas y relucían con zafiros. Dios, amaba los zapatos. Cuando luchó contra su problema de peso, descubrió su pasión por el calzado. Nunca la hacían sentir gorda y fue una gran manera de aumentar su autoestima. Sus uñas de color rojo escarlata hacían juego con sus labios.

Carina deslizó algunas pulseras y aretes de plata brillantes y cogió su chal y bolso de cuentas. Luego se dirigió hacia la puerta.

Hora del show.



Max miró a su compañera y se preguntó por qué sentía nada.

Se había sentido atraído por ella durante un tiempo. Después de su comentario audaz en su oficina, se dio cuenta de que quería llevar su relación al siguiente nivel. La conversación con Carina ardía en sus oídos y ya era hora de demostrar que estaba equivocada.

Laura expuso todo lo que había estado buscando, y esta vez Carina no podía burlarse de él acerca de engancharse con la mujer equivocada.

Ordenó a Laura una copa de vino y encontró un asiento en un rincón. Escaneando la habitación, Max mantenía un oído en sus comentarios y su mirada sobre los otros huéspedes. A medida que los minutos pasaban, se preguntó si Carina cambió de idea y canceló su cita. Casi deseaba cancelar la suya. Las largas horas en la feria le dieron una leve quemadura solar, dolor de espalda y una erección que no se iba.

No es que le importara. Disfrutó de la risa tintineante de Laura, junto con el espectacular y generoso escote de su vestido negro. Su extraña reacción a Carina le preocupaba y admitió que había pasado tiempo desde que complació a una mujer. Demasiado trabajo y demasiado poco juego, Max bromeó para sí mismo.

Ella entró.

Raro, ella había sido parte de su vida durante mucho tiempo, que nunca la notaba de regreso casa. En este caso, su presencia quemaba brillante, como si el sol se asomara por cielos tormentosos para tentar a los bañistas con un sabor de calor. En los últimos años cambió y maduró

tanto su cuerpo y su mente, hasta que el resultado irrumpió junto a él como una manada de caballos de carrera hacia la línea de meta.

Max se rindió y se quedó mirándola.

Ella ahora prefería los colores. Solía tapar su cuerpo en olivas y grises en un esfuerzo por ocultarse. Esta noche, tiró la precaución y aprovechó el foco en pura tentación.

Gracias a Dios que sus piernas estaban cubiertas por fin. La vaporosa, drapeada tela azul real fluía y se extendía sobre las caderas y los pechos generosos y caía hasta el suelo. Alcanzó a ver stiletos a juego, mientras caminaba con la cabeza echada hacia atrás en una carcajada. Su pesada masa de rizos de chocolate de color negro estaba sujeta y vulnerable al descubierto de la curva de su cuello.

Edward le sostenía el codo en un gesto posesivo y le susurró algo al oído. Ella se rio de nuevo y se dio la vuelta.

El aire salió de sus pulmones. Su espalda desnuda brillaba a la tenue luz, su piel oliva sabrosa le hacía señas para que pasase su lengua por la línea de su columna vertebral para un gusto. La tela se reunió en la cintura y la piel quedó demasiado disponible para la vista. ¿Cómo iba a llevar un sujetador con un vestido así? Su mirada se afiló mientras se movía por la habitación.

El apretado empuje de sus pezones sombreaba el delicado tejido. Un golpe de lujuria salvaje lo recorrió y lo dejó tambaleando. Confirmado. No llevaba sujetador. Esos pechos pesados se balanceaban libremente y se burlaban de todo maldito hombre en la habitación en un juego de esconderse y echar un vistazo.

Haciendo caso omiso de la multitud y al parecer en un mundo propio, la pareja fue directamente a la pista de baile. Edward la tenía apretada, de manera muy apretada por lo que se veía, su mano vagando sobre parte de la cadera para ubicarse en la parte superior de su trasero. ¿Qué demonios? ¿Ellos acaban de llegar y no podía mantener sus manos para sí mismo? Ni siquiera miraron a su alrededor para ver quién estaba allí.

Ésta era una cena por amor de Cristo, no una discoteca. ¿Qué pasó con las introducciones apropiadas?

—¿Querido? ¿Qué te tiene tan distraído esta noche?

Negó con la cabeza. Duro. Luego esbozó una sonrisa forzada.

—Lo siento, acabo de ver a un amigo mío. ¿Te importa si te dejo por un momento?

Sus dientes brillaron de forma cegadora y le dio un dolor de cabeza.

¿Sus dientes eran tan blancos de todos modos?

—Por supuesto. Siempre y cuando no sea demasiado largo. —El deliberado puchero habló volúmenes. Definitivamente podría llevarla a la cama esta noche. Archivó el pensamiento fuera y cruzó la habitación.

Las malhumoradas notas de Adele pasaron junto a sus oídos. Se abrió camino a través de las parejas enredadas y llegó a ellos. Su cabeza se movió un centímetro. Su mirada atrapó la suya.

Una profundidad infinita de negro tiró de él y lo succionó en la profundidad. Conciencia estalló y se quemó con los ojos como platos. Reconoció a la atracción, se experimentó con el tira y afloja de la excitación. Su piel se erizó. La necesidad primitiva de alejarla de Edward y reclamar su dispararon a través de él. Alargó la mano y...

—Max. ¡Qué sorpresa!

Edward se dio la vuelta y sonrió.

—Hey jefe. Pensé que no iba a venir.

—Los planes cambiaron. —Le dio una sonrisa tensa—. ¿Puedo interrumpir?

—Por supuesto. —Edward se inclinó y provocó una risita en Carina.

—Mi lady, te reclamaré en un momento.

Su rostro se abrió en placer y lo cabreó.

—Gracias, amable caballero.

Max agarró sus dedos, los trajo a sus hombros y apretó su cuerpo contra el suyo. Las puntas de sus pechos apretados rozaron su camisa. Su genio se levantó tan rápido como su polla por atención.

—¿He entrado en la maldita Edad Media?

Ella parpadeó.

—¿Qué te pasa? ¿Irritable por trabajar muy duro en el festival?

Sus cejas bajaron bruscamente.

—No. Simplemente nunca te fijaste en el tipo cursi. —Bueno, al menos no ahora. La vieja Carina le recordaba risitas y susurros detrás de las manos ahuecadas sobre los niños. La que él sostenía ahora era una mujer en necesidad de ser domada y tomada.

—Nunca te fijaste en mí en un montón de cosas.

Él apretó su abrazo y se acercó un centímetro más. El aroma de la piel limpia femenina y pepino fresco se burló en su nariz. ¿Cómo es posible que algo tan inocente y puro creara tanta prisa primitiva por la lujuria? *Mierda*, se sentía como si estuviera cayendo en el friki País de las Maravillas y con prisa por escapar.

—Bonito vestido.

—Gracias.

—Un poco provocativo, ¿no te parece? Ni siquiera estás usando un sostén.

Dejó de bailar. Inclino la barbilla hasta a mirar hacia él con un brillo en sus ojos, sorprendida. Manchas de color rosa puntearon sus mejillas.

—No acabas de decirme eso.

Deslizó un brazo hasta la base de su espina dorsal y aplastó la palma de su mano contra la carne desnuda. La suavidad de su piel sólo apretó su temperamento hacia otra muesca peligrosa.

—¿Crees que Edward es el tipo de no tomar esto como una invitación? Estoy tratando de cuidarte. Ser un amigo.

Bajó la voz en un susurro furioso.

—Parece que has estado muy centrado en mi armario últimamente, y en quién me fijo. Estás tratando de dirigir mi vida y odio el hecho de que lo hagas. Qué me pongo o no y lo que llevo debajo de mi ropa no es de tu incumbencia. ¿Por qué incluso bailas conmigo? ¿Dónde está Laura?

—Eres como una hermanita para mí. —Max miró con un poco de culpa. Su compañera sentaba en silencio, bebiendo su vino y esperando su regreso. ¿Qué estaba haciendo? Tenía una hembra dispuesta que anhelaba su atención, y perseguía la única que no lo quería—. Laura se puede manejar por unos momentos.

Carina resopló.

—Lo apuesto. Retrocede, Max. No lo voy a decir otra vez.

—Está bien. No vengas corriendo cuando tu cita espere más de lo que estás dispuesta a dar.

Se transformó de nuevo en la reina de hielo que anhelaba que se derritiera. Una sonrisa fría curvó sus labios escarlata.

—No hay problema. Estoy dispuesta a dar mucho.

Maldita sea. La parte superior de su cabeza sólo golpeó su pecho. Su menudencia debería ser un desajuste completo a su altura, pero en lugar de eso encajaba perfectamente, un puñado de carne cálida y suave.

Sus pechos apretados contra él, y la longitud de sus piernas burlándose, como una tijera de ida y vuelta entre él en un sensual juego previo. Se imaginó empujando sus muslos y encontrar su mancha de bienvenida.

Imaginar la apertura de la boca exuberante en un jadeo mientras él la complacía con su lengua, haciéndola retorcerse y gritar su nombre. Imaginando...

—Creo que Laura será suertuda esta noche.

Su comentario indignante estranguló una risa de él.

A continuación, vería el Sombrerero Loco en la pista de baile. Mierda, se estaba volviendo loco.

—¿Qué?

—Esa mirada en tu cara. Toda intensa y sexy. Es lo suficientemente buena para la cama, pero no para ir a cenar, ¿no?

Golpe directo. Su juego previo verbal le molestaba y lo puso duro.

—Equivocada. Tiene todo lo que deseo en una mujer. Lo que niega completamente tu teoría ridícula de que recojo a las mujeres equivocadas porque tengo miedo de la intimidad.

Alivió sus manos alrededor de sus anchos hombros, deslizó sus dedos en su pelo, y obligó a su cabeza a mirarla a los ojos.

—¿Quieres apostar?

El calor golpeó profundo y se abrió de golpe. Su lengua se deslizó y humedeció el labio inferior en un gesto de burla deliberada.

—¿Eh?

Una risa ronca estalló de su garganta. El sonido se vertió sobre su cuerpo como si fuera mantequilla cremosa.

—Pobre Max, ni siquiera puedes verlo. Laura tiene un defecto diminuto que es un tema de oferta para ti.

Él soltó un bufido.

—Está bien, ¿qué es, señora Yo-Puedo-Ver-Tu-Futuro?

—Ella odia a los animales.

Se quedó mirando con expresión petulante y luchó contra la necesidad de besar su cara.

—No es posible. Nunca sabrías eso de todos modos, sólo estás jugando con mi cabeza.

—Cree lo que quieras —dijo alegremente—. Pregúntale más tarde y ve lo que dice. Pobre Rocky será echado al refugio para perros. De ninguna manera estará cerca de un pitbull.

—Ella no tiene ningún problema con Rocky. Es inofensivo.

Su tono frío, distante se burlaba de él hasta que le dolía empujarla.

—Cuando la lleves a casa lo descubrirás tú mismo. Rocky estará en la caseta del perro.

—Ya basta. —Edward comenzó a caminar hacia ellos. El baile había terminado oficialmente. Él la soltó mientras Adele alargaba la última nota en un grito conmovedor, quejumbroso de la soledad. Arrepentimiento y algo más, algo más profundo lo recorrió—. Sé cuidadosa esta noche, Carina.

Ella sonrió. Él contuvo el aliento al ver la transformación de inocente a seductora, desde el misterioso destello en sus ojos al tirón seductor de sus labios.

—No te preocupes. Tendré tanta diversión como tú esta noche.

Con un movimiento de cabeza, salió de la pista de baile y se fue directo a los brazos de Edward.

Hijo de puta.



Idiota.

Carina quemaba con justa ira que corría espesa por sus venas. Sonrió a Edward mientras sustituyó a Max y trató de sumergirse en el baile. ¿Cómo se atrevía a sacar el hombre de las cavernas con ella? Sobre todo después de que casualmente le informara sus intenciones de cama con la encantadora Laura, ¿como si fuera algún amigo suyo con el que gustaba



presumir de sus conquistas? Oh, estaba harta con su ego pomposo y la incapacidad de ver la verdad.

Esa mujer era una fachada. Trata de empujar más allá de su piel sin defectos y conversación ingeniosa y encontrarás nada más que humo, sin corazón. Después de su conversación, se había encontrado con Laura en el estacionamiento de la oficina, quien estaba prácticamente histérica por el perro vagabundo que deambulaba por el edificio.

Su rostro se llenó de horror ante el sarnoso perro callejero, y era evidente que había llamado a la seguridad por el pánico. Carina tuvo que saltar e interceder antes de que la pobre cosa fuera acarreada a la cárcel de perros. Se había arrodillado y le susurró, y después de un poco el perro se acercó tentativamente otra vez, e incluso le dio una media lamida.

Obviamente un dulce pastel sin un gen de maldad en su cuerpo.

A Laura no le importaba.

Se estremeció y señaló con una uña larga hacia el perro.

—Odio a los animales —afirmó—. Son tan desordenados y sucios y necesitados. Carina, por favor, no lo toques. Probablemente tiene enfermedades. Que la gente de control se lo lleve.

Y así, Carina descubrió por qué Max citó a Laura. Otra deficiencia. Una grande. Max adoraba los animales y nunca podría estar a gusto con una mujer que no amaba a Rocky y que quería una casa llena de animales domésticos. El hombre era un gran dolor en el culo, pero tenía un corazón blando.

Luchó con un gemido. Oh, *Dio*, que estaba haciendo de nuevo. Se disgustaba por las opciones de Max. Se involucraba a sí misma en su vida para la desaparición de ellas. ¿Cuándo aprendería?

Carina tomó una respiración profunda y relajada. Edward deslizó sus manos para apoyarse en la parte baja de la espalda al igual que Max. El calor intenso se apoyó contra su piel con comodidad. Le encantaba la sensación de los brazos de un hombre a su alrededor, las posibilidades de intimidad y un intercambio que ansiaba con cada célula de su cuerpo.

Claro, no había zing loco como cuando Max la tocaba.

Dudaba que cualquier otro hombre la iluminara como un árbol de Navidad fuera de control. Pero no le importaba. Había química suficiente para llevarlo al siguiente nivel esta noche.

Edward era atractivo, divertido y quería sentir sus labios sobre los de ella, ansiando la experiencia de la pasión embriagadora de besos intensos y juegos previos.

Era vergonzoso lo mal que sufría por una sensación de peligro y aspereza. La mayoría de los hombres la trataban tan dulcemente, como si fuera una delicada flor a punto de romperse. El lento deslizamiento de los labios y la exploración tentativa frustrada de su lengua hasta el punto de que por lo general se desprendía del abrazo.

Tal vez Edward finalmente sería capaz de satisfacer sus más oscuros deseos por menos... que la cortesía. ¿Cómo sería que un hombre la quisiera tanto que la tomaría sin permiso?

Piel de gallina atravesó su piel al pensar de forma traviesa.

Con suerte, lo descubriría. Esta noche.

La velada transcurrió en un borrón de sutilezas sociales, buen vino, y las miradas ocasionales hacia Max. Mantuvo su distancia, pero cuando salió de la habitación de las damas, se dio cuenta de que los dos hombres estaban en el bar, en una profunda conversación.

Carina tomó una derecha dura y se involucró a sí misma en una charla con unas señoras mayores en el negocio de la panadería, decidida a no encontrarse con Max de nuevo. Trabajar con él era lo suficientemente malo, pero ahora que metió su nariz en su negocio personal. Su cara quemaba en la memoria de su comentario acerca del sujetador.

—¿Carina?

Se dio la vuelta, y Edward enlazó sus manos con las suyas casualmente.

—Estoy muy contenta de haber decidido venir a la fiesta. Me estoy divirtiendo mucho —dijo.

—Yo también. ¿Estás lista para ir o te quieres quedar?

Ella sonrió.

—Vamos.

—Estaba esperando que dijeras eso. —Tragó duro ante la promesa tentadora y corrió hacia el coche. En el momento en que se abrochó, una ligera niebla de lluvia golpeaba el parabrisas, que de repente se convirtió en una tormenta feroz. Edward se quedó quieto mientras aliviaba su camino a través de los caminos mojados hacia su apartamento.

Sus dedos de hicieron un puño. ¿Debería invitarlo para arriba? ¿Demasiado pronto?

¿Demasiado peligroso? Preguntas y escenarios revoloteaban junto a ella, por lo que su deseo era más experiencia con los hombres. En el momento en que se detuvo junto a la acera, los nervios anudados en el estómago. Metió la marcha en el parque.

—Wow, se está poniendo feo ahí afuera. ¿Por qué no te acompaño a la puerta?

Sus instintos se aceleraron. No, invitarlo arriba no era sabio. No lo conocía muy bien. Sin embargo, una buena sesión extensiva en el coche sonaba perfecto. El martillo de lluvia golpeaba a su alrededor y envuelta en una densa niebla de la oscuridad.

—No hay necesidad de que te mojes. Voy a despedirme aquí.

—Está bien. —Ella esperó. Se removió en su asiento y de repente parecía incómodo. Carina se abrió paso a la procesión de voces gritando en su cabeza que no era lo suficientemente buena, lo suficientemente sexy o lo suficientemente mujer para que Edward quisiera besarla. Cerró sus inseguridades naturales y acercó un poco más en el asiento.

—Me lo pasé muy bien. —Su lengua lamió el labio inferior.

Su mirada era afilada, y la tensión se torció en una muesca.

Gracias a Dios, parecía interesado. ¿Tal vez era tímido?

Bien, haría el primer movimiento. Sería una buena práctica para ella.

—Umm, yo también.

Se movió un centímetro más. Sus ojos marrones llenos de una extraña mezcla de nostalgia y desazón. Carina cerró los ojos y dio el salto.

Sus labios tocaron los suyos.

Por un terrible momento, no se movió. El corazón le latía con miedo de sus señales mixtas, pero luego, con cuidado, como si tuviera miedo de asustarla, la besó. Cálidos labios se movieron sobre los suyos y se relajó debajo de él, invitando a una exploración más íntima. Sus brazos se acercaron a tocar sus hombros y quiso que entregarse al abrazo y esperó que les tomara más profundo.

Hizo caso omiso de sus señales, mantuvo las manos firmemente en su regazo, y conservó un tono suave, casi reverente al beso. Su corazón se sumergió en la decepción. Poco a poco, abrió los labios bajo y le dio acceso completo. Piel ardiente por contacto, corazón latiendo, hizo un gemido profundo de su garganta en un todo femenino grito por más.

Edward se apartó.

Su respiración se volvió irregular. Un ligero toque de pánico le tocó la expresión y le dio una breve carcajada.

—Wow. Lo siento, Carina, no quise hacer eso.

Se echó hacia atrás.

—¿No querías darme un beso?

Sus manos se dispararon fuera de ella para captar en un gesto tranquilizador.

—No, no entiendes. Por supuesto, quería besarte. Es que Max me advirtió y...

—¿Max? —Cada músculo se tensó. Un rugido resonó en sus oídos y sacudió la cabeza para despejarse—. ¿Qué te dijo Max?

Otra carcajada.

—Nada, en realidad. Max acaba de explicarme que eres nueva aquí, y que hay que tomarlo con calma, y que no estás lista para cualquier cosa, cualquier cosa bien, bien...

—¿Sexo?

Dejó caer las manos como si le quemaran. El pánico estaba de vuelta, esta vez en toda regla. Carina vio que su sexy sesión extensiva se marchitaba como una planta abandonada y se convertía en una mala hierba.

—¡No! Me refiero, por supuesto que no vamos a tener relaciones sexuales. ¡Infierno, Max me mataría!

Se concentró a pesar de que era la Guerra Civil otra vez y estaba sin duda en el lado sur.

—Max no tiene nada que ver conmigo —dijo con calma—. Es un viejo amigo de la familia, pero no tiene control sobre lo que hago, y nunca interferiría con tu trabajo. Si estás interesado en mí, por supuesto.

Pasaron unos segundos. Esperó. Oró por un poco de sentido común de este hombre que podría ser más que una primera cita. Anhelando de él un tirón a su espalda en sus brazos, tapar la boca con la suya, y declarar que no le importaba una mierda lo de Max. En cambio, un ligero escalofrío se formó alrededor de ellos que no tenía nada que ver con la lluvia repentina.

Ella había perdido.

Y Max volvió a ganar.

—Lo siento, Carina. —Miseria grababa en cada facción—. Me encanta mi trabajo, y realmente, realmente me gustas. Pero Max dejó en claro que necesitas una relación permanente y no estoy listo para un compromiso.

Recogió su compostura y lo envolvió apretadamente alrededor de ella. Con una sonrisa fresca, Carina asintió.

—Entiendo, de verdad. Gracias por una noche maravillosa. Y no te preocupes por sentirte incómodo en la oficina. Vamos a ser amigos.

La palabra se atascó en la parte posterior de su garganta como un pegote de mantequilla de maní, pero su rostro se iluminó ante su declaración.

—Sí. Amigos es perfecto. Nos vemos el lunes.

Se deslizó fuera del coche y corrió hacia la puerta. Colocó la llave en la cerradura, encendió las luces y entró.

Se asomó por la ventana y esperó a que el coche de Edward se alejara. Luego, sin perder el ritmo, agarró las llaves y corrió a su coche. Le temblaban las manos cuando empezó el contacto y puso la calefacción a tope para quitar el frío del aire. El agua goteaba en un charco en el asiento, pero ignoró su incomodidad. La ira ardía luminosa y limpia hasta que había un solo objetivo en su mente. Una cosa para arreglar toda la desastrosa y ridícula noche.

Matar a Maximus Gray.

Capítulo 6

*Traducido por Susanauribe
Corregido por Caamille*

Max escuchó el constante ritmo de la lluvia golpeando contra la ventana mientras sorbía su coñac. El líquido danzaba en su lengua y abrasaba con una dulzura feroz. En vez de calmar sus nervios, sus dedos apretaban el vaso con agitación.

Ella tenía razón.

De nuevo.

Como si notara su molestia, Rocky emitió un suave murmullo, exhaló y descansó su cuerpo contra el pie de Max. El calor reconfortante lo calmó un poco y dejó caer su mano para acariciar su cabeza, un esqueleto de huesos afilados y feas líneas que lo hacían pensar en uno de los perros sin hogar que había visto en su vida.

El lazo había sido instantáneo, cuando vio al alma maltratada en el carnaval. Un pequeño stand había sido dedicado a regalar cachorros y lo había pasado con su cita. Ella había arrullado y consentido las hermosas bolas de pelo, mientras Max era paciente y revisaba varios videojuegos. Supuso que si ganaba uno de los peluches, estaría en la posición perfecta para su gratitud después.

No es que hubiera una duda, dado los obvios comentarios que había hecho mientras avanzaba la noche. Había planeado su camino al éxito cuando su mirada atrapó al pitbull embarrado y corpulento en la esquina del stand. Una cuerda harapienta estaba alrededor de su enorme cuello, muy apretada y literalmente ahogándolo. Al perro no parecía importarle,

sólo medía su aliento para no jadear demasiado, sus ojos agudos al saber que éste era su lugar y no había mucho que pudiera hacer al respecto.

Su boca estaba abierta con languidez y baba salía de un lado de su labio. Moretones decoraban los costados de su cuerpo. Una oreja, literalmente, estaba cortada a la mitad. Pero cuando los ojos del perro finalmente se encontraron con Max, un conocimiento de que tenía que ser dueño de ese perro, dejó todos los otros pensamientos a un lado. Era un peleador, adentro y fuera del ring. Y se merecía más que esta mierda.

Los niños corriendo hacia el stand de cachorros ofreciendo cien dólares para llevárselo. Probablemente sería usado como un perro que molestaban ya que sus días como perro de peleas se habían acabado. Max soltó la cuerda y le dijo al perro que se iban a casa. Con una dignidad, característica de la raza y desconocida por las masas, Rocky se levantó del suelo sucio y lo siguió hacia el carnaval. Max perdió su cita pero ganó a su mejor amigo.

Y Laura lo odiaba.

En el momento que entró a su apartamento y vio a Rocky, dejó escapar un grito femenino que lo irritó. Pasó unos cuantos minutos explicando que el perro era inofensivo pero cuando se estremeció e insistió en que lo encerrara, Max se decidió. Por segunda vez, escogió a Rocky y Laura se fue sin mirar hacia atrás.

La parte triste era que no le importaba.

Dio, ¿en verdad era como su padre después de todo? ¿Incapaz de cavar lo suficientemente profundo para quedarse y amar a alguien de la manera que necesitaba?

Recordó el día que descubrió la verdad. Los otros niños tenían papás y Max siempre se preguntó por qué él no tenía, hasta que un día le preguntó a su madre. Le contó la historia con un poco de dignidad y amor que le hizo creer que todo iba a estar bien. Nunca mintió, pero después, había estado enojado con su madre por meses. Porque no le dijo la verdad.

Deseó que hubiera mentido, que le dijera que su padre había sido asesinado en la guerra o se había ido por el sacrificio de su familia o que había tenido un terrible accidente, para que pudiera presumirse con sus compañeros.

En cambio, su madre le informó que su padre se había ido después de que él nació. En una pequeña ciudad tradicional, había sido el mayor chisme con más susurros que habían experimentado en mucho tiempo. Ir a la iglesia y sentarse en el banco cada domingo era una tortura. El divorcio estaba prohibido y su madre era la única que había roto la regla del cardenal. La mayoría de sus amigos y familia los protegían de lo peor de la crueldad y eventualmente, aprendió a poner barreras para que nada le doliera.

Su madre trató de darle todo, pero un deseo por saber por qué su padre no lo quería lo cazó por años y dejó un hueco en sus entrañas. ¿La mayoría de los padres no se enamoraban de sus bebés recién nacidos? ¿Qué faltó en él en lo que la mayoría de los hombres deseaban? ¿Cómo un padre podía alejarse de su familia y nunca jamás volver a llamar?

Cuando cumplió veintiún años, decidió descubrirlo.

Usó el internet y su fideicomiso para encontrar a Samuel Maximus Gray viviendo en Londres. Recordó el sucio pueblo en las afueras de la ciudad. Asqueroso. Atestado. De clase baja.

Su padre impecablemente vestido y adinerado, eventualmente había perdido su fortuna y dignidad. Max lo siguió al pub local y observó mientras veía televisión y bebía pintas. Finalmente, se le acercó. Max recordó cada detalle como si el encuentro estuviera en cámara lenta.

—¿Sabes quién soy?

Estaba delante de su padre, su corazón latiendo fuertemente y sudor bajando por sus axilas. El hombre parecía tan diferente al sonriente y joven que aparecía en las fotos de su madre. Éste era calvo y tenía un rostro hinchado. Sus ojos azules tenían una neblina en ellos como si jugara mucho y el alcohol hubiera cobrado. Alzó la mirada de su

Guinness y entrecerró los ojos en la suave luz del bar. Lo estudió por un largo rato. Max olió maní, cigarrillos, cerveza y fracaso.

—Mierda, sí. Sé quién eres. —Su leve acento inglés cortaba las palabras—. No te pareces mucho a mí, sin embargo. —Max esperó pero su padre simplemente lo miró. Sin disculparse. Sin vergüenza. Nada—. ¿Por qué estás aquí?

Max movió los pies.

—Quiero saber el por qué. ¿Por qué te fuiste?

El hombre negó con su cabeza y tomó un largo sorbo de su cerveza. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿No te llegó el dinero?

—Sí, me llegó el jodido dinero.

Su padre se estremeció.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? Te abandoné pero me aseguré de que tuvieras lo suficiente para construir tu vida.

Náuseas se removieron en su estómago pero se contuvo, sabiendo que tenía que terminar el encuentro.

—¿Nunca quisiste quedarte? ¿Por mi madre? ¿Por mí?

Sus ojos azules se pusieron serios.

—Amaba a tu madre pero nunca le prometí que me quedaría. No quería una familia. Hice lo mejor por ti. Te di suficiente para construir tu vida y te dejé en paz.

La verdad cortó el aire fuertemente y era verdad. Su padre nunca lo había querido. No se arrepentía de haberse ido. Ni siquiera pensaba en ellos. El vacío, heridas abiertas quemando pero Max se quedó derecho y supo que sanarían. Nunca nada dolería tanto como esto.

—Gracias por aclarar eso, papá.

Salió del bar, a la noche y nunca miró hacia atrás.

Max contempló el líquido ámbar. ¿Por qué estaba teniendo esa clase de pensamientos? Rara vez pensaba en su padre y nunca antes cuestionó sus decisiones sobre las mujeres.

Carina no sabía nada sobre su vida amorosa, sin embargo, parecía tener un sexto sentido que lo ponía molesto, como ninguna otra mujer aparte de su madre lograba ponerlo. Max supuso que era su inocencia y juventud que lo atraía. Siempre había querido una hermana menor para proteger y adorar.

Entonces, ¿por qué ya no estaba pensando en ella como una hermana?

La imagen de ella besando a Edward atormentó su estado mental. Claro, le había advertido al hombre con suficiente fuerza para asegurarse de que nada serio pasara. ¿Verdad? ¿Debería llamar a Michael? ¿Al celular de Edward? No, ellos pensaban que estaba en pazzo. ¿Debería conducir hasta el apartamento de ella y confirmar que estuviera bien?

Golpeó su dedo contra su barbilla y batalló con la posibilidad. Luego, escuchó el timbre.

Max quitó el pie de la cabeza de Rocky y caminó por el pasillo. ¿Quién rayos estaba aquí tan tarde en una noche de sábado? ¿Laura había regresado a esta tormenta? Miró por la ventana lateral y estudió la solitaria figura en su puerta. ¿Qué demo...?

Giró la manija y abrió.

—¿Carina?

Su boca se abrió. Estaba temblando en la escala superior, su vestido vaporoso estaba empapado y pegado a su cuerpo. Su cabello estaba en rizos alrededor de su rostro y pegados a sus mejillas. Sin zapatos, sus uñas rojas en un enorme charco debajo del bordillo de su vestido. Se estiró para hacerla entrar pero una mirada a su rostro lo paralizó e impactó hasta las entrañas.

Rabia.

Sus ojos escupían odio como una antigua diosa inclinada por la venganza.

Barbilla inclinada, boca tensionada, dedos formando un puño, jadeaba como si hubiera estado en un ring de boxeo con el mismísimo Rocky Balboa.

—Hijo de puta.

Ah, mierda.

Se detuvo y debatió con la cordura de dejarla entrar. Con una maldición murmurada, agarró sus muñecas y la arrastró por la puerta. Ella alejó sus manos y lo miró mientras chorreaba en su vestíbulo.

—¿Cómo te atreves a interferir con mi vida amorosa? —siseó—. ¡Tú, tú de todas las personas! ¡Tú, el que conocería una relación incluso si lo golpeara en el trasero!

—Ése es mi punto, Carina.

Max usó su conducta profesional y calmada como una bata. Si permanecía lógico y alejaba sus miedos, se sentaría y tendría una linda charla junto a la chimenea. Primero, necesitaba convencerla exactamente del por qué se había entrometido.

—Edward no tiene relaciones y no quiero que tengas arrepentimientos. Especialmente cuando lo veas en la luz fría de la mañana. Mereces más que eso.

Si fuera posible, su argumento pareció enojarla más.

Se estremeció con nuevas oleadas de energía, su piel enrojecida de manera hermosa. La tela mojada moldeaba cada curva y sus duros pezones se presionaban contra la barrera en un esfuerzo de liberación. Profirió una maldición mientras su cuerpo respondía con locura primitiva. Se endureció y levemente notó la evidencia contra la delgada tela de sus pantalones de correr.

—No tienes decisiones en mi vida. ¡Sin importar hace cuánto nos conocemos! —Cerró la distancia entre ellos. Agarró la camiseta de él, se puso de puntillas y gruñó—. Me merezco una noche de buen sexo, Max.

¿Me negarías eso? ¿Te negarías eso a ti mismo? No soy una porcelana puesta en un estante para que jueguen en momento cuidadosos. Soy carne y sangre y quiero pasión, sudor y orgasmos.

Oh, sí, lo entendía. Su polla palpitó a. unísono con sus palabras. El olor de lluvia fresca, coco y mujer suavizó sus sentidos. Max luchó contra la locura del momento pero ella lo batalló sin piedad.

—Lo asustaste y tenía miedo de tocarme.

—Entonces, tenía razón. Ningún hombre vale tu tiempo si ni siquiera puede superar que alguien le bloquee lo que quiere.

—No lo juzgues, trasero arrogante. Eres su jefe y le hiciste creer que era una virgen asustadiza de contacto físico.

Empujó su pecho. El temperamento se envolvió alrededor de su erección y lo movió.

—¿No es eso lo que eres? No hay nada malo con tu virginidad. ¿Quieres dársela al primer hombre que te tienta?

Un suave gruñido escapó de su garganta.

—¡Sí! He hecho muchas cosas, Maximus Gray, cosas que no creerías. Y me han gustado y quiero más y si quiero follar con cada hombre hermoso en toda la jodida compañía no vas a detenerme. No tienes derecho.

Las palabras resonaron en el aire fuertemente y claramente. Un desafío. El macho alfa dentro de él salió a la superficie, donde el civismo y la educación se desvanecieron. Ella vibró con una tensión sexual que bordeaba lo explosivo y jodida hasta el infierno, él iba a ser el hombre que la encendiera. Le dio una última oportunidad mientras se aferraba al borde del peñasco.

—Está bien, así que eres una niña grande que puede tomar sus propias decisiones. Está bien. Me quedaré fuera de tu vida incluso si cometes un gran error. Ve a casa y madura.

Contuvo su aliento. Esos ojos oscuros se encontraron con los de él y un poco de su locura debió mostrarse en su rostro. Ella retrocedió un precioso centímetro y lo estudió.

Luego sonrió.

—Vete al infierno, Max. Terminé contigo.

Satisfacción rugió dentro de él. Se cayó del borde y cayó a la fosa sin remordimiento.

La agarró por la cintura y la levantó contra su pecho. Tres pasos y su espalda golpeó contra la puerta. Su erección encajaba en el punto mojado de sus muslos y emitió un jadeo de impacto de esos labios hinchados. Sus pupilas se dilataron.

—Tú lo pediste, pequeña. Así que lo tendrás.

Inclinó su cabeza y tomó con su boca la de ella.

En una esquina de su mente, siempre había imaginado que si alguna vez besaba a Carina sería una experiencia más espiritual; una iniciación en la ternura y el delicado desliz de labios contra labios. En cambio, la realidad lo rompió contra el salvajismo que nunca había creído posible. Iba a ir al infierno y valdría la pena cada jodido momento.

Sus labios encajaban perfectamente con los suyos, flexibles y suaves bajo el violento calor de su boca. Se preparó para una protesta y decidió que esta pared era para enseñarle una lección. Pero ella profirió un leve gemido hambriento, hundió sus dedos en su cabello y se abrió para él.

Él surgió. El sabor de un *pinot* afrutado estaba en su lengua junto con una dulzura melosa que era parte de ella. Max no habría podido ser gentil si hubiera intentado. Su cabeza giró mientras se embriagaba en ella, entrando y saliendo de ese calor suave por más. Ésta no era la timidez de una virgen que había tenido.

Ella floreció de entre el hambre y demandó que la poseyera mientras se aferraba y abría más su boca, su lengua encontrándose con cada una de las entradas de él y retándolo a ir más profundo. La presionó

fuertemente contra la pared y jadeó, envolviendo sus muslos alrededor de sus caderas y apretando. Él gruñó en agonía, desesperada por más y bajó las tiras que sostenían su vestido empapado. Un seno salió de la tela mojada, brillando al estar mojado, su pezón rígido y del color de los rubíes.

Su palma acunó el peso y su pulgar acarició la punta.

Ella explotó.

Sus uñas se clavaron en su cuero cabelludo y sus dientes mordieron en labio inferior. La transparente crudeza de su excitación espesó su sangre y con una maldición, movió su cabeza y tomó su pezón en su boca. Chupó, su lengua girando y dando placer mientras ella emitía pequeños gimoteos, arqueándose por más. Una salvaje criatura ardiendo en sus brazos, la sostuvo fuertemente mientras la lamía y provocaba hasta que un fuerte tirón en su cabeza lo hizo subir.

Estudió su rostro en la luz. Labios hinchados dejaron escapar suspiros, sus ojos oscuros llenos de una pasión abrasadora que reflejaba la suya.

—Más. —Su voz sonó ronca y rota—. Quiero más.

La tensión se había estado construyendo entre ellos por días.

A Max le importaba una mierda el honor, la educación o las lecciones. Movié su cabeza y comenzó de nuevo, sus lenguas batallan por el control. Empujó su erección entre sus muslos, la delgada tela de sus ropas sólo volviendo el fuego entre ellos más caliente. La otra tira bajó y ambos pechos estaban libres para sus dedos.

Rodó sus pezones y los pellizcó suavemente. El olor de su excitación almizclada lo golpeó como un lobo en celo.

Una mano dejó su pecho y agarró el material de su falda, agrupándola en su mano y moviéndola más alto en su muslo. Sus dedos tocaron su piel temblorosa y mojada. Deslizando un pequeño trozo de tanga de encaje que apenas la cubría. Metió sus dedos debajo de la banda elástica. Y entró. Gritó su nombre y una oleada de líquido encontró sus dedos.

Apretado y caliente, su canal lo apretó y su cabeza explotó como juegos artificiales, apenas capaz de contenerse.

Ella era fuego y luz; pasión pura latía de su centro y empapaba sus manos. Tragó sus deliciosos jadeos y supo que en ese momento tenía que tenerla. Poseerla.

Posesión. Demanda.

Por él.

El teléfono sonó.

El insistente beep cortó una neblina y penetró su cabeza. Él alejó sus labios de ella, respirando fuertemente en el repentino silencio.

Tres timbres. Cuatro. Cinco.

La contestadora respondió. La voz de Michael salió por los parlantes.

—Soy yo. Simplemente revisó cómo resultó la fiesta, sé que es tarde. Hazme saber cómo le fue a Carina en su cita. Estoy seguro de que la tuya no ha terminado, mi amigo. *Ciao*.

Lentamente, Max retiró sus dedos de debajo de sus bragas. Bajó su vestido. Sin palabras, le permitió que su cuerpo se deslizara hasta que sus pies cayeran al piso. Ella se estremeció pero en vez de tomarla en sus brazos como deseaba, dio un paso hacia atrás.

La emoción obstaculizó su garganta y se llevó todas las palabras de disculpa o confort.

Dio, ¿qué había hecho?



Carina miró al hombre que había amado toda su vida y trató de pelear contra el profundo estremecimiento en sus huesos. Su vestido mojado

pesaba en su cuerpo y generó otro temblor. Por supuesto, no había sentido frío. Primero rabia, luego el beso más apasionado que había tenido quemó su cuerpo como una bruja en una estaca. La habitación se inclinó. Se forzó a respirar por su nariz y exhalar por la boca, desesperada por componerse delante de él.

Por la mirada de horror en su rostro, parecía que Maximus Gray la había subestimado. Un rayo de satisfacción bajó por su espalda. Él también lo había sentido. Probablemente lo ignoraría.

Por el resto de su vida natural finalmente sabría la verdad.

Besar a Max era mejor que cualquier fantasía que había inventado.

Presionó los dedos contra sus labios adoloridos. Había más pasión en ese beso que cualquier cosa que hubiera experimentado.

Podría haberla comido viva y un segundo más de sus dedos curvándose en su calor mojado abrían generado un orgasmo que rompería la tierra. Si el teléfono no hubiera sonado, probablemente estaría convulsionando en él en este preciso momento.

Calor atacó sus mejillas pero Carina sabía que éste era un punto decisivo. Una prueba. Si se asustaba y corría no habría otro beso. De alguna manera, una puerta se había abierto en su relación y él no sabía cómo manejarla. De ninguna manera podía fingir ese tipo de atracción. Su mirada se deslizó hacia su erección. De ninguna manera podía ocultarla, tampoco.

Ella apostó y lanzó todo lo que tenía en la mesa.

—Wow. Bueno, supongo que eso fue vencido. Al menos lo sacamos del camino.

Sus penetrantes ojos azules brillaron son sorpresa. Parecía luchar por palabras.

—¿Qué?

Carina se rio y movió su cabeza con una vergüenza jocosa.

—Dios, Max, quiero decir, ¿qué esperabas? Estaba enojada, te enojé y siempre habíamos tenido una conexión. Simplemente fue natural probarla una vez. Ahora podemos seguir adelante. ¿Verdad?

Su corazón latía con lástima pero su cabeza sabía que necesitaba seguir con la estrategia hasta el agrio final. Si él pensaba que ella creía que el beso significaba algo, saldría de su vida más rápido que un mago sacando un conejo del sombrero. No se podía arriesgar a eso.

No ahora.

No cuando sabía que quería más.

Su mirada pasó por su cuidadosa fachada pero se mantuvo firme.

—Esto fue mi culpa. Nunca debería haber presionado. Lo siento. No... no sé qué pasó.

Movió una mano en el aire aunque sus palabras dolieron como cuchillas.

—No es necesario disculparse. Ambos quemamos un poco de tensión sexual. Olvidémoslo.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó él suavemente.

Su sonrisa brilló con resplandor.

—Por supuesto. Dejemos que esto sea una lección para que te alejes de mi vida personal de ahora en adelante. No más amenazas o matoneo con mis citas. ¿Entendido? —Él se estremeció pero asintió—. Genial, es mejor que me vaya.

—No. —La palabra la detuvo inmediatamente—. No voy a dejar que conduzcas en esta tormenta. Te quedarás aquí esta noche.

—Estaré bien. La lluvia ha disminuido y conduciré cuidadosamente.

—No. —Repitió la orden y negó con su cabeza como si estuviera retirando el resto de neblina—. Tengo una tonelada de habitaciones de huéspedes. Te conseguiré ropa. Ve y siéntate junto al fuego y ya regreso.

—Pero...

Desapareció por el pasillo. Carina se estremeció y enterró su cabeza en sus manos. De ninguna manera se podía quedar aquí.

¿Toda la noche? Se escaparía, entraría a su habitación en putillas y lo seduciría. Especialmente ahora que había experimentado una muestra. Su esencia terrosa y almizclada, la barba áspera raspando contra el suave pico de su pecho, el movimiento sedoso de su lengua mientras reclamaba su boca, el sabroso ardor del coñac.

Encerró el recuerdo. No debería cometer un error.

No hasta que estuviera sola y fuera capaz de evaluar la situación.

Hacer un nuevo plan. En este momento, necesitaba que él se sintiera tan cómo y seguro como fuera posible.

Carina se movió a la sala y se sentó en la gruesa alfombra color crema frente a la chimenea. Su piel se calentó por el calor de las llamas y deliberadamente relajó sus músculos en un esfuerzo por controlar sus latidos. Rocky entró a la sala y se tiró junto a ella. Murmurando palabras reconfortantes de cuán hermoso era él, acarició su oreja dañada y lo envió al cielo canino cuando sus dedos encontraron el dulce lugar canino.

Carina admitió que estaba un poco celosa.

—Ponte esto.

Max le entregó una camiseta larga, medias y una bata de franela. Rocky estiró sus piernas y gruñó en protesta. Se rió, rascó su panza una vez más y fue a cambiarse.

Su mirada miró las elegantes líneas de la mansión. Como Michael, había ganado una fortuna construyendo *La Dolce Maggie* y su estilo probaba ser ambos, costoso y con gusto. Las habitaciones gritaban *hombre soltero*, desde la decoración espartana hasta el bar completamente lleno y la sala de juegos.

Las televisiones eran del tamaño de las de un teatro y los confortables sofás de cuero y las sillas reclinables, completadas con lugares para poner cerveza, enmarcaban la acción. Un vistazo en su cocina mostraba

prístinos azulejos de cerámica, alacenas de cerezo y electrodomésticos de acero inoxidable. Ni un solo plato en el lavadero. Tenía un cocinero, una sirvienta o comía afuera todas las noches.

Se cambió rápidamente y se volvió a encontrar con él en la sala, sentándose en el lugar de antes. La madera crujió y subió sus piernas, metió la bata por encima de sus rodillas y miró las llamas.

Su mirada penetraba su espalda pero permaneció callada, dejando que él hablara primero. Rocky se movió y con un bostezo perruno, descansó su enorme cabeza en su regazo.

—Tenías razón.

Sus palabras salieron con un respeto poco entusiasta. Incluyó la cabeza a manera de pregunta y lo enfrentó.

—¿Sobre qué?

Max estaba sentando en la silla de cuero con una copa de coñac en su codo. Él estudió su rostro como si estuviera sondeando la respuesta.

—Sobre Laura. Odió a Rocky.

Ella escondió una sonrisa de satisfacción.

—Te lo dije.

—¿Cómo lo sabías?

—La vi en el estacionamiento asustada de un perro callejero. Su verdadera personalidad emergió. No está acostumbrada a los niños, los perros o un desastre. Sólo ve la superficie así que un perro como Rocky la asustaría.

Él dejó salir una risa forzada y tomó un sorbo de su coñac.

—Sí, siempre tuviste un instinto sagaz con las personas. ¿Recuerdas la amiga de Julietta en la secundaria? La descubriste de inmediato.

El recuerdo la golpeó y sonrió.

—Se me había olvidado eso. Supe que sólo estaba pretendiendo ser amiga de Julietta para acercarse a Michael.

—Michael estaba feliz. Era linda.

Puso sus ojos en blanco.

—Oh, por favor. Pensaba que cualquier mujer que caminara en dos piernas era linda. La discreción no era una de sus habilidades.

—Estoy en desacuerdo. Demonios, Julietta estaba enojada, sin embargo. Se rehusó a dejar que Michael saliera con ella sólo como un castigo para que ambos sufrieran.

Carina suspiró y dejó caer su mentón en sus rodillas.

—Julietta no estaba acostumbrada a que las personas la usaran. Me volví tan talentosa, aprendí a detectar un engaño a un kilómetro de distancia.

—¿Quién te mentiría a ti?

—Chicos estúpidos. Cada vez que un chico en la escuela gustaba de mí y me invitaba a salir, descubría que sólo me quería para conseguir a Venezia o Julietta.

Forzó una risa pero el recuerdo dolía, saber que siempre estaba en puesto número tres. Darse cuenta que su personalidad era muy aburrida en comparación con la rareza, lo sexy y la inteligencia aguada. Ser recordada que vez tras vez no podía confiar en la simple pregunta de un hombre invitándola a salir porque siempre sospechaba que estaba siendo utilizada. Pero ya no más. Había trabajado tan duro para construir su confianza y convertirse en la mujer que siempre había querido ser. Carina lo dejó pasar.

—Viene con el territorio. Una parte de tener dos hermosas hermanas mayores. Supongo.

—Pareces que estás muy lejos de la niña que no creía en ella misma.

Su comentario la asombró. Se acurrucó más en la bata.

—Lo sé. Es por eso que venir a América ha sido tan importante. No es simplemente el trabajar para *La Dolce Maggie*, es sobre tener la libertad para descubrir quién soy.

El fuego llameó y la calentó tanto como la luz en los ojos de Max. Como si él entendiera. Como si hubiera pasado por eso.

—Si trataba de ir en una nueva dirección, mi familia siempre estaba allí para tratar de alejarme del desastre. No pude cometer mis propios errores. Mis citas eran escrutadas, mis estudios eran mandatorios y creo que perdí mi dirección. Ésta es mi oportunidad para crecer y experimentar el mundo en mis términos. Me despierto en mi apartamento con nadie más a quien complacer que yo misma. Me gano mi propio dinero, pago mi renta y no me disculpo o tengo que hacer excusas.

Max se estremeció.

—Lo siento, Carina. Bergamo en nuestro hogar pero sé que se siente estar en una jaula. Es difícil probar algo nuevo sin que toda la ciudad te juzgue.

—Exacto. —Una sonrisa curvó sus labios—. Recuerdo cuando mis amigas y yo nos escabullimos a uno de esos clubes clandestinos. Queríamos emborracharnos y flirtear con lindos hombres, divertirnos un poco. En el momento que ordenamos nuestras bebidas, el padre Richard me vio y le dijo al bartender que era menor de edad.

—¿Estás bromeando?

—No, no estaba en uniforme y supongo que era un muy buen bailarín. Nunca lo miré de la misma manera de nuevo y mamá me castigó cuando se enteró.

—Pobre bebé. No había forma de ser mala.

—Y nadie con quien ser mala.

La tensión se retorció entre ellos. Rocky gimió como si entendiera el trasfondo y levantó la cabeza. El beso estaba en el aire como una puta en

la mesa de Queen. Totalmente en su rostro y en ninguna parte donde esconderse sutilmente. De repente las emociones de la noche se estrellaron en ella. Un cansancio que drenaba se apoderó de su cuerpo y lágrimas quemaron en sus ojos. Tan estúpida. Necesitaba salir de aquí antes de que todo su plan se deshiciera y Max se diera cuenta de que era un gran bebé.

Se puso de pie y apretó su bata alrededor de ella. Su voz salió rasposa pero evadió su mirada.

—Voy a la cama. Estoy exhausta. ¿Cuál habitación debería usar?

—En el piso de arriba. La primera a la izquierda.

—Gracias.

Pasó junto a él, contuvo el aliento pero él no hizo ningún movimiento para detenerla. Cuando su pie tocó el primer escalón las palabras de él volaron a sus oídos.

—Eso hombres eran idiotas, Carina. Siempre fuiste hermosa.

Mordió su labio. Apretó la baranda. Y se rehusó a responder.



Carina estudió las pinturas delante de ella y peleó contra la necesidad de lanzar algo contra la pared más cercana.

Estaba oficialmente frustrada de manera física y creativamente.

Sus labios mordieron su labio inferior. Le había tomado años finalmente controlar sus famosas emociones. Desde pataletas a ataques de llano, siempre había sentido las cosas a un nivel más profundo que su familia. Ahora, estaba orgullosa de su control y capacidad para entablar algo sin la fuerza del drama alrededor de ella.

Desafortunadamente, un poco de la pérdida de emoción escapaba de su pintura y necesitaba encontrar una forma de volver a estar en contacto con su diva artística. Maldiciendo entre dientes, abrió la ventana para dejar entrar un poco de aire fresco y le subió el volumen a la música de Usher. El ritmo sexy y movido le urgió a hacer algo más profundo que arte pero no estaba segura de qué. Al menos, no todavía. Sus usuales retratos parecían blasé y le interesaban los paisajes.

Dejó que sus pensamientos flotaran mientras atacaba el espacio blanco con un poco de color cegador. Era gracias como, incluso tan frustrada como estaba ahora, había una sensación de satisfacción nunca presente cuando estaba en la oficina.

Por tanto tiempo había trabajado por una meta: deslumbrar a su familia con sus habilidades de negocios, hacer que la notaran, asegurando un lugar en la compañía. Su facilidad con la contabilidad sólo hacía más fácil su camino y aunque disfrutaba de las personas en *La Dolce Maggie* y los muchos aspectos del mundo de los negocios, mucho permanecía sin acción.

Su sueño de una carrera en el mundo artístico hizo que su familia y amigos le dieron palmaditas en la cabeza y animaran su hobby. El instinto le decía que podía ser más que eso con un poco de trabajo pero nunca había tenido la confianza para desafiar el sistema. Parecía mucho más fácil terminar su master y establecerse.

La melancolía se posó en ella como la nube de lluvia de Pooh. Si no se endurecía, Michael se rendiría con ella y decepcionaría a su familia. Trataba tan duro por ser firme pero cuando escuchara las historias tiernas de las personas, su corazón débil la traicionaba.

Sabía muy bien sus recursos: figuras y su motivación para trabajar duro. Sin embargo, parecía que muchas de las cualidades que veneraba en una buena persona, rara vez eran apreciadas en el mundo de los negocios.

Max dirigía *La Dolce Maggie* tan bien como su hermano. Su determinación sin sentido no toleraba discusiones de sus competidores, sin embargo, eran generosos y amigables con los empleados. Ni siquiera

podía culpar su éxito en ser hombres, dado que Julietta era la versión femenina de ellos y dirigía *La Dolce Famiglia* con puños de acero y tacones.

El pensar en pasar años enjaulada en una chaqueta formal detrás de un escritorio, tensaba sus nervios con terror. La mitad de la diversión provenía de sus interacciones pero la mayoría terminaban en ella cubriendo o salvando el trasero de alguien. No le importaba pero Max estaba sospechando. Pronto podría salir a la luz que sus habilidades en el manejo apestaban un poco.

Max.

El recuerdo de su beso la hizo saltar como una atracción de un parque de diversiones. Dios, había sido tan caliente. Esa lengua fuerte, la manera en cómo controló el beso, la manera en que subió su beso y la retó con su mirada a detenerlo. Era todo lo que había soñado en un encuentro sexual, y por supuesto, tenía que haber sido con el hombre con el que había terminado.

El destino tenía un terrible sentido del humor.

Añadió fucsia y mantuvo las líneas atrevidas mientras pintaba con un estilo libre para relajarse. No es que él hubiera mencionado el beso o incluso la tarde. Una semana había pasado y había evitado estar solo con ella a toda costa. Sus labios se curvaron con ese pensamiento. El gran y malote Maximus Gray, asustado de pasar mucho tiempo con la inocente yo.

Demonios si no le había dado algo en qué pensar. No había manera de que se hubiera imaginado ese tipo de química explosiva. Su erección probaba su interés pero él probablemente estaba asustado de que Michael lo matara por llevar a su hermana a una prueba piloto. Cobarde.

La idea explotó en su cabeza. El pincel se detuvo en mitad del aire.

Un romance de una noche.

La imagen de un Max desnudo penetrándola hasta el orgasmo la hizo apretar los muslos. Estaría libre de esa tonta adoración que tenía como una chica y sería capaz de experimentar su fantasía.

Michael nunca tendría que saberlo y convencería a Max de que era sólo por una noche. Sin reproches o futuro o preguntas.

Era mucho más realista. No, se había quitado las vendas y planearía como la mujer que era ahora. Sólo una noche perfecta y llena de orgasmos con Max y ella sería capaz de alejarse.

Tiró su cabeza hacia atrás y se rio con la posibilidad.

Oh, sí. Esto podría ser divertido.

Carina regresó a su trabajo con un nuevo enfoque y comenzó a planear.

Capítulo 7

*Traducción SOS por Azuloni, Nelly Vanessa, Vanehz y Xhessii
Corregido por Dennars*

Max apretó el botón del intercomunicador.
—¿Puedes pedirle a Carina que venga, por favor? —Se encogió de hombros quitándose la chaqueta y colgándola en el respaldo de la silla. Le picaba la piel. Debía ser su mal genio aumentando.

Lo había hecho otra vez.

Una desordenada cadena de eventos acaecidos durante la semana pasada golpeaba dolorosamente sus sienes. Desde aquella noche en la que había perdido el control y la había besado, su karma se había vuelto malo. Muy malo.

Quizá se lo merecía.

Tomó un sorbo de café tibio y trató de pensar en sus opciones.

Su formación había empezado tan bien. Había trabajado incansablemente, era genial con la contabilidad, pero el resultado final lo preocupaba. Apeataba administrando. En conjunto, era del tipo que apeataba en el mundo de los negocios por una pésima razón.

Su corazón.

La mujer no tenía un hueso de dureza en el cuerpo. No importaba lo mucho que intentara apretarse el cinturón y hacer frente a las ventajas e inconvenientes de dirigir el funcionamiento de una cadena de panaderías, no era capaz de conectar con la frialdad como su hermana



Julietta. Cuando los empleados se reportaban enfermos, les enviaba tarjetas de recupérate y los comprobaba continuamente. El equipo de ventas había tardado menos de una semana en descubrir que era un blanco fácil.

Max podía apostar a que en vez de sopa de pollo, lo que necesitaban era una aspirina para la resaca.

Los gerentes superiores debían ser respetados y temidos. Pero sus fans adoraban su personalidad optimista, su generosidad y su capacidad para trabajar en equipo. Por desgracia, cubría demasiados culos y acababa convirtiéndose en todo el equipo.

La puerta se abrió.

Ella se apresuró a entrar con una de esas cortas faldas que eran su marca y la recatada blusa sexy que le daba pesadillas. Desde que había cometido la locura de perder el control, había tenido un cuidado extra en mantener su tiempo a solas al mínimo. No es que ella pareciera darle al episodio un segundo pensamiento. Parecía que su primer beso no había sido tan estremecedor después de todo. Su herido ego se burlaba de él todos los días. ¿Besaba a todos los hombres de la misma manera? ¿Era ahora uno de muchos y no valía la pena incluso un sonrojo avergonzado?

—¿Me necesitabas?

Resoplaba un poco y apoyó la cadera contra el borde de la mesa. Sus tacones de aguja de ocho centímetros le hacían señas para una segunda ronda, consiguiendo que se corriera esta vez. Max se giró rápidamente mientras sus propias mejillas se sonrojaban y se aferró a lo que quedaba de su mal humor.

—Creía que habíamos acordado mantener en secreto el postre de la firma hasta la apertura. —Mantuvo su voz dura y fría, recordando que esto era un negocio—, que teníamos que levantar entusiasmo y curiosidad en los locales para un inicio exitoso. ¿Correcto?

La miró. Sus cejas dibujaron un confundido ceño, mientras la punta de su pie golpeaba el suelo a un ritmo desconocido.

—Claro que lo recuerdo.

—Entonces, ¿por qué he recibido una llamada diciendo que Pete's Bread Shop está vendiendo uno de nuestros pasteles?

Se quedó sin aliento.

—¿Cuál?

—*Polenta e Osci*.

La húmeda pasta amarilla recreaba la textura de la polenta, pero manteniendo un relleno de crema de avellana, equilibrado con masa de albaricoque y con aves de chocolate minuciosamente encaramadas en la cima. Un elemento clásico en Bérghamo. Muchas panaderías estadounidenses se mantenían alejadas de los verdaderos clásicos italianos y se apegaban a lo básico, lo que hacía de esta adición algo único.

—De ninguna manera —bufó Carina—, yo misma hablé con Pete hace unos días cuando fuimos al sitio. Él no tiene el talento para hacer ese postre, ni el chef adecuado.

Bingo.

Max la perforó con la mirada.

—¿Has hablado con nuestro competidor? —Movi6 los pies.

—Bueno, sí, se acercó a presentarse. Fue muy educado y agradable, y quiso darnos la bienvenida al vecindario.

—Apuesto a que sí. Recuerda de nuevo la conversación, ¿le dijiste que estábamos trabajando con este postre?

—Por supuesto que no, habló de un tío que visitó Italia y amó una masa determinada y quiso saber... —se le fue apagando la voz. Una chispa de compasión lo atravesó cuando la repentina comprensión y el horror aparecieron en su rostro—. Oh, no.

—Él quería saber el nombre y si íbamos a servirlo ¿verdad?

Se mordió el labio.

—No puedo creer que caí en su trampa. Parecía tan real. Me contó que su tío estaba enfermo y que le encantaría probar el postre de nuevo y le dije que lo serviríamos en la apertura. —Esperaba que agachara la cabeza avergonzada, pero se encontró con su mirada directa—. Lo siento. Realmente la he cagado.

Si fuera otro empleado, lo desgarraría y lo convertiría en estofado, a fuego lento y varios días. Abrió la boca, pero al ver el estrés de Carina le fue imposible. Su cruda honestidad cuando cometía un error solo le hacía desear cruzar la habitación y abrazarla como en los viejos tiempos.

Mantuvo la distancia y sacudió la cabeza.

—Lo sé —hizo una pausa y estudió su rostro—. Carina ¿te gusta trabajar aquí?

Ella apretó los labios.

—Sí. Lo siento, me he equivocado, pero Michael cuenta conmigo. Lo haré mejor.

Los hermosos ojos color chocolate estaban llenos de resolución. La necesidad de consolarla lo estranguló, pero se mantuvo en pie, clavado en el suelo.

—Sé que Michael quiere que, eventualmente, seas tú la que dirija La Dolce Maggie. Eres dedicada e inteligente, nunca se me ha ocurrido cuestionar eso de ti, cara. Pero, ¿es esto lo que quieres?

El parpadeo de duda fue rápidamente enterrado.

—Por supuesto. Es para lo que me entrenaron. No tengo la intención de abandonar a mi familia.

El orgullo lo traspasó. La mujer frente a él tenía más lealtad y ética de trabajo que nadie que hubiese conocido antes. Sin embargo, él recordaba su creatividad y su deseo de pintar.

Recordaba a su madre colgando su trabajo en la cocina, sorprendida por su talento.

—No has respondido a mi pregunta, ¿es esto lo que quieres?

Hundió los dientes blancos en la tierna carne de su labio. Recordaba meter su lengua entre esos labios rubí y devorarla. Contuvo un gemido de pura miseria.

—Esto es todo lo que tengo —dijo ella en voz baja.

Él inclinó la barbilla y estudió su rostro. ¿Por qué diría algo tan extraño? Un sinfín de opciones se extendían ante ella. Michael podía tener la esperanza de que ella sentara cabeza, pero su amigo la apoyaría si ella insistiera en seguir un camino diferente. Venezia había perseguido su carrera en la moda y Michael siempre se había jactado de su talento e individualidad.

Tenía la sensación de que su corazón nunca había pertenecido a la industria de los negocios como lo hacía el de Julietta. En sus entrañas, sabía que ella pertenecía a otro lugar. No estaba seguro a cuál.

Un toque rápido en la puerta llamó su atención. Jim asomó la cabeza, con el auricular colocado firmemente en su sitio.

—Jefe, tenemos un problema. Michael te necesita para resolver la situación en la sucursal del muelle. Hay algún tipo de confusión con el proveedor y el chef se está volviendo loco.

—¿No podemos manejarlo con una conferencia telefónica?

—Naa, esto necesita un enfoque más práctico.

—Está bien. Dile a Michael que voy en camino y que le informaré más tarde.

—Hecho. —Jim desapareció. Max se encogió de hombros dentro de su chaqueta y agarró su maletín—. Déjame arreglar esto y hablaremos después. Cúbreme mientras estoy fuera.

—Por supuesto.

Salió volando por la puerta e hizo nota mental de profundizar en todo esto más tarde.



Dos horas más tarde, Carina seguía sumergida en la pila de papeles que había en el escritorio de Max. El acontecimiento de la mañana todavía la molestaba, pero decidió que lo resolvería. Una metedura de pata no debería golpearla tanto. Todo el mundo cometía errores al principio, ¿no es eso lo que Max y Michael siempre le decían?

Rodó el cuello hacia atrás y hacia adelante y trató de concentrarse en la interminable serie de números que llenaban la pantalla del ordenador. El teléfono sonó.

—¿Sí?

La voz de la secretaria salió del teléfono.

—Robin está aquí y quiere ver a Max.

—¿De *Robin's Organics*? —preguntó ella.

—Sí, dice que es urgente.

—Hazlo pasar, por favor.

El hombre que entró tenía el pelo castaño enmarañado, ojos marrón fangoso y mejillas sonrosadas. Vestía una camisa roja que decía **ROBIN RULES** garabateado en la parte delantera y pantalones vaqueros agujerados. No parecía el estilo ejecutivo de negocios típico de uno de sus más importantes proveedores. Sin duda era un hombre que metía las manos en la mierda. Ella se levantó y le estrechó la mano.

—Soy Carina Conte. Max no está aquí en este momento. ¿Puedo ayudarte en algo?

Un músculo tembló en sus ojos.

—Tengo que discutir un problema con usted, Srta. Conte —un músculo tembló en sus ojos—, espero que me pueda ayudar.

—Carina. Y desde luego lo intentaré. Sacaré tu expediente. —Tocó algunas teclas y leyó la historia y las notas actuales—. Has trabajado con nosotros desde hace un tiempo, desde que *La Dolce Maggie* abrió. ¿Estoy en lo correcto?

—Sí. Siempre hemos tenido una sólida reputación por la mejor fruta orgánica del Valle de Hudson. Pero hemos tenido problemas con el establecimiento de Newburgh. Los higos y las frambuesas se entregaron tarde. El chef me dijo esta mañana que dio de baja nuestra cuenta.

—El cocinero no tiene la última palabra en esto. —Carina frunció el ceño—. ¿Es la primera vez que ocurre?

Él hizo una mueca.

—No. Ha sucedido un par de veces en el último mes.

Ella se echó hacia atrás en la silla y lo estudió, golpeando el lápiz contra el borde de la mesa.

—Cuando los proveedores llegan tarde, no podemos hacer nuestros pasteles. Ese es un problema serio.

—Lo sé y lo siento. Quería venir en persona y decirte lo que estaba pasando —se aclaró la garganta—. Mi hijo ha estado conduciendo la camioneta, se inició en el negocio. Le fue bien durante un tiempo, se acaba de graduar de la universidad, pero últimamente se involucró con la gente equivocada y... —Robin se detuvo pero luego siguió—, ha estado en las drogas. En robo de dinero. No hizo las entregas. Yo suponía que todo estaba bien y nunca lo chequé.

Sus ojos se suavizaron con simpatía. Deseaba extender la mano y tomar la mano del pobre hombre, quien obviamente estaba sufriendo por su hijo.

—Lo siento mucho. ¿Qué harás?

—Entró a rehabilitación. No trabajará conmigo otra vez, te lo prometo. Estoy pidiendo que me des una mano con esto y me dejes continuar con Newburgh. Mi empresa tiene una sólida reputación y no quiero perder el contrato de *La Dolce Maggie*.

Carina revisó los informes y estudió la historia de los productos orgánicos de Robin. No habían surgido problemas hasta hacía unas semanas.

Mientras el hombre esperaba su decisión, ella pensó vagamente en lo que Max y Julietta harían en esta situación. Serían empáticos pero profesionales. Probablemente pedirían un descuento por los errores. Definitivamente le harían saber su disgusto.

Pero ella no era una de ellos y su instinto le decía que Robin ya la había pasado bastante mal sin ella reventándole las pelotas.

—Tendré que garantizarle a mi cocinero que no se encontrará con este problema de nuevo. ¿Me lo prometes?

—Sí. Ya he contratado a alguien nuevo que es totalmente de confianza. No habrá más errores.

—Entendido. Yo me encargaré de esto y comenzaremos con una bitácora limpia.

El alivio parpadeó en su cara. La mirada le encogió el corazón cuando se levantó para estrecharle la mano.

—Gracias, Carina. Realmente aprecio esto.

—De nada. Buena suerte con tu hijo. Sé que tu corazón está roto, pero estoy segura de que harás todo lo posible para asegurarte de que salga bien. Tener familiares con los cuales contar es la mitad de la batalla.

Él asintió bruscamente y salió de la oficina.

Suspiró con el corazón dolorido por el hombre.

Traer hijos al mundo era un riesgo del amor. Le daba crédito por su valentía y honestidad.

Pasó otra hora mientras actualizaba las hojas de cálculo y esperaba a Max.

Él entró en la oficina, obviamente de mal humor. No era que su apariencia se viera traicionada por el pelo fuera de lugar o una arruga en su apretado traje gris acero. Su corbata púrpura estaba perfectamente anudada y sin dobleces. Sin embargo, sus rasgos estaban apretados con desagrado y los ojos eran un fuego azul mientras dejaba su maletín sobre el escritorio.

—Tenemos grandes problemas. Necesito una reunión con *Robin's Organics*.

Ooo-oh.

Carina se levantó de la silla, caminó delante de la mesa y se apoyó en ella. Mantuvo la voz suave y controlada.

—Robin ya vino a verme. —Max levantó la cabeza.

—¿De qué estás hablando? ¿Cuándo?

—Vino mientras estabas en el muelle. Las entregas llegaron tarde las últimas semanas y tenía miedo de perder nuestra cuenta. Tuve una larga conversación con él y lo arreglé. No debe haber más problemas.

Un músculo se movió en su mandíbula. El olor almizclado de su loción para después de afeitarse la golpeó.

—Acabo de escuchar una perorata interminable de nuestro chef que insiste en que demos de baja esa cuenta. ¿Cuál fue su excusa?

—Su hijo ha estado dándole problemas y están cortos de personal.

Max levantó una ceja con desdén.

—¿Y ese es mi problema? ¿Lo amenazaste? ¿Nos conseguiste un precio con descuento por su metedura de pata?

—No sentí que fuera necesario Max. —El mal genio mordió sus nervios—. Ha estado trabajando con nosotros desde hace años y nunca hemos tenido un problema. Todos pasamos por problemas personales y las

relaciones en los negocios son la base. Darle una conferencia o insistir en llegar a un acuerdo no era el movimiento correcto esta vez.

Su mecha se estaba acortando. Maldijo y pasó los dedos por el pelo. Carina odiaba la forma en que las ondas se retiraban en forma perfecta. ¿Era siquiera humano? ¿Cómo podía un Dios vivo del sexo respirar y ser creado de esa forma?

El recuerdo de sus manos levantándola y golpeando contra la pared causó que su vientre revoloteara y una humedad palpitante exigiera satisfacción. En vez de eso, se concentró en su comportamiento duro.

—Las relaciones son importantes, pero la fuerza de los proveedores es respetable. Si dejas que se salga con esto una vez, sabrá que podrá repetirlo. Una vez más, estás siendo demasiado blanda. Necesitas amarrarte los pantalones y quitarle emoción al asunto.

Sus puños se apretaron con el tono condescendiente.

—¿Amarrarme los pantalones? —preguntó ella en voz baja—. Esto no tiene nada que ver con ser suave, tiene que ver con lazos de confianza. Él confía que nosotros vamos a darle la oportunidad y eso inspira lealtad y el deseo de nunca decepcionarnos de nuevo. *Negocios 101* Max. Necesitas tomar un curso de actualización.

Él dio unos cuantos pasos hasta quedar cara a cara. La respiración de Carina se aceleró volviéndose superficial. Trató de calmar el remolino de emociones a punto de estallar. Diablos, no perdería los estribos delante de él en la oficina. Fue cuando se dio cuenta de que él estaba intentando precisamente lo mismo.

—Tal vez necesites decirle al chef que se olvide de los pasteles de higo para tu fiesta de esta noche ¿qué te parece?

Ella se paró de puntillas y levantó la cabeza.

—Tal vez puedas amarrarte los pantalones y decirle que nosotros tomamos las decisiones importantes en *La Dolce Maggie*. Es un cretino temperamental y siempre lo ha sido.

—Hace una comida excepcional —dijo Max haciendo una mueca.

—Compensa sus problemas de altura siendo cruel y haciendo demandas ridículas. Sólo lo estás mimando.

Él extendió las manos y aferró sus brazos. Su rostro estaba tan cerca de ella que vio la perversa curva en su labio inferior, la barbilla sexy bajo su mandíbula y el ardor en sus ojos azules.

—Yo soy el jefe y tomo las decisiones finales.

—Es una lástima que no estemos tomando las correctas.

El cálido aliento de Max se precipitó sobre su boca. Sus labios se separaron. Esos dedos mordían profundamente sus brazos mientras luchaba con su temperamento.

—Te estás volviendo un poco bocazas para alguien que se supone que está en entrenamiento.

El deseo se estrelló contra ella, duro y rápido. Sus pezones se empujaron contra la seda pura de su blusa, pidiendo una mordida juguetona de sus dientes. Su voz se convirtió en un susurro.

—Entonces cállame.

Él vaciló por un momento. Escupió una maldición.

Y cerró el espacio sobre sus labios.

El beso fue caliente, rápido y exigente. Su lengua salió de entre los labios y empujó profundamente mientras la levantaba para sentarla encima de la mesa. Ella se abrió más para él y se aferró a sus hombros. Su falda se montó a lo alto de sus muslos y ella la deslizó hacia el borde para separar más las piernas. Él captó sus movimientos frenéticos, empujando la tela hasta su cintura, la agarró por los tobillos y las envolvió alrededor de él.

Carina se hundió en el beso mientras un conjunto de sensaciones mojaba sus bragas y la hacía volverse loca por más. Él devoró su boca como un depredador hambriento intenta de destruir a su presa. Su mano apretó la sensible piel detrás de su rodilla y luego se deslizó hacia sus bragas de

encaje blanco. Él captó su gemido y mordió su labio inferior, bañando la carne hinchada con su lengua.

—Necesito tocarte —gruñó él—. Necesito...

—Hazlo. Ahora.

Sus dedos se deslizaron bajo el elástico y, llegó a casa. Ella gimió y se arqueó bajo el enviste feroz, clavando sus tacones de aguja profundamente en su espalda. Su pulgar se movió sobre el clitoris hinchado y frotó suave, embromando el borde sedoso. Ella le jaló el pelo, abriendo más las piernas y se deslizó al punto del orgasmo. El intercomunicador zumbó.

—Max, tu cita de las dos está aquí.

Su boca se arrancó de la de ella. Ella luchó para evitar arrastrarlo de nuevo a terminar el trabajo, pero la expresión de su cara hizo que lo soltara. Los dedos de él la dejaron dolorida y vacía, el olor de la excitación se aferró al aire. Su respiración era irregular cuando ella se bajó de la mesa, se alisó la falda y se acomodó la blusa. Luego se enfrentó a él.

—Cristo —murmuró Max—. ¿Qué demonios estoy haciendo? No quise decir eso.

La parte delantera de sus pantalones contradecía tal afirmación.

Harta de que negara la atracción cruda que sentían, ladeó la cabeza y deliberadamente dejó caer su mirada.

—Parece que para mí significa algo.

—Carina...

—Olvídalo, Max. Ve a tu junta. Nos vemos más tarde.

Ya no era capaz de soportar más de sus excusas y culpas así que salió de la oficina. Ah, sí, definitivamente excitada. Él la había besado dos veces y, obviamente, quería más. Sólo tenía que convencerlo de ir tras ello. De

alguna manera, necesitaba estar a solas con él en territorio neutral para terminar lo que habían empezado.



Algunas noches después, Carina puso la atrevida porcelana china azul sobre la mesa. Gracias a Dios era fin de semana. Desde su segundo encuentro con Max, parecía intentar probar que había cometido un error que nunca podría ser reparado. Un verdadero estímulo a su ego femenino, se burló interiormente.

Se giró y captó una gran sombra negra encaramada en la silla principal. Cruzó los brazos frente al pecho y le hizo un sonido de reproche.

—Dante, conoces las reglas. Fuera de la silla.

El monstruoso gato le dedicó una mirada aburrida y se lamió una pata. Usó el tono al que los animales siempre respondían.

—Te lo advierto. Fuera. Ahora.

La cola de Dante latigueó, levantó la cabeza y siseó una advertencia.

La voz de Maggie se escuchó a través de la habitación.

—Dante, modera esa actitud.

El gato levantó la cabeza y bajó de un salto. Con una mirada de disgusto, se encaminó hacia Maggie para ronronear y frotarse contra una pierna.

Carina soltó el aliento.

—¿Cómo lo haces? Ese gato es un dolor en el culo, desagradable y obstinado. Es el único animal que nunca me escucha.

Maggie sonrió.

—Sí, lo sé. ¿No es genial?

Las cenas de los viernes en la noche eran la nueva rutina en la vida de Carina y esperaba por ellas. Se organizaba una semana en casa de Alexa y Nick y la siguiente en la de Michael y Maggie. Se había acostumbrado a relajarse en ese ambiente hogareño lejos de la oficina.

Carina se paró en la barra del desayuno y trabajó en la ensalada. Su cuñada trataba de no chocar el vientre en el mostrador y Carina le dio crédito. La moderna falda roja y la camiseta de cuello redondo bajo le daba un aspecto chic y maternal elegante. Maggie verificó el pan de ajo y tomó un sorbo de su vaso de soda espumosa.

—Dime, ¿Qué pasa en tu vida con las citas? ¿Cuándo fue tu última cita? Edward, ¿cierto?

Carina ocultó un parpadeo y agregó un puñado de aceitunas.

—Umm, eso no fue muy bien. Nada malo, solo no había química entre nosotros.

Maggie arrugó la nariz.

—La no-química apesta. No puedo decirte cuántas citas tuve en las que no sentí nada. Demasiadas. ¿Otros prospectos?

—Aparte de la piscina laboral, no estoy segura de dónde más encontrar hombres. ¿Qué hacías cuando estabas soltera?

Maggie rió.

—Muchas cosas malas, lo cual es exactamente lo que necesitas hacer. Te daré una lista de algunos clubes por los que te puedes pasar los fines de semana. Iría contigo como apoyo moral, pero nunca conseguirás nada con una chaperona a tu lado.

Se burló.

—Probablemente encontrarías a alguien antes que yo, mujer. Aún luces muy sexy.

• Su cuñada se sonrojó de gratitud.

—Eres una buena hermana.

—Lo digo en serio, Maggie, tienes ese atractivo sexual que siempre quise. ¿Cómo lo haces?

—¿Hacer qué cariño?

—Conseguir a tu hombre.

Maggie estalló en risas y dejó el molde de pan en el mostrador.

—Carina, ya tienes todo lo que necesitas con ese cuerpo asesino tuyo. Solo recuerda esto, a los hombres le gustan las mujeres que van detrás de lo que quieren. Si un hombre te atrae, conecta con tu zorra interna y déjala salir. No tendrá ninguna oportunidad de escapar.

—¿Tú crees?

—Umm... no. Lo sé.

El pensamiento de ser la seductora, para variar, la animaba. ¿Por qué no dar el paso inicial e ir tras lo que quería?

—De verdad, necesitas salir a bailar y tener algo de diversión. Tendrás muchos hombres allí para practicar. Todas esas ridículas sugerencias de conocer hombres en librerías o en iglesias me molestan.

El comentario de Max sobre iglesias hizo eco en su mente y se mordió el labio para evitar reírse como tonta.

—O en la tienda. Honestamente, ¿cuándo algún hombre ha llegado ti y te ha pedido que sientas su pan para ver si está fresco?

—¡O en el gimnasio! Si, nada más sexy que una mujer olorosa con el maquillaje corriéndose y los músculos temblorosos ¿te puedes imaginar respondiendo al comentario...? *¿Cuánto levantaste hoy nena?*

—Sí, pero aún no estoy lista para el internet. No a menos que esté muy desesperada.

—Guarda eso para las mayores. Alexa se divertirá mucho posteando tu perfil.

—Lo he oído.

La voz de Alexa cantó desde el pasillo. El timbre sonó y un murmullo de voces bajas hizo eco a través del corredor.

—Ah, finalmente llegó Max ¿puedes recibirlo Michael? —gritó.

Aún riendo por su conversación con Maggie, pasó un tiempo hasta que notó un acento femenino. Curiosa, levantó la cabeza para espiar alrededor de la pared.

Mierda. Había traído una cita.

Miró a su futura cita de una noche entrar a la mansión con una mujer de su brazo. No solo una mujer.

Max sólo se citaba con la crema de la crema y ésta apestaba a realeza y privilegio. Cabello rojo ondulado como una obra de arte alrededor de sus hombros, su escuálida figura gritaba talla cuatro. Sesiados ojos verdes sostenían una mirada adormilada que rezumaba sexo. Uñas con manicura francesa y tacones estilete advertían a las mujeres que se mantuvieran alejadas de su hombre. Y su hombre de hoy era Max.

Carina trató de no fruncir el ceño mientras se ocultaba en la entrada de la cocina y espiaba.

—¿Pasa algo, cariño? —preguntó Maggie—. Pareces enojada.

Limpió de su expresión la mirada de irritación y forzó una sonrisa.

—No, solo verificaba el gusto de la semana de Max. Esta parece seria.

—Umm, no creí que trajera una cita esta noche.

Maggie sacó la cabeza fuera de la cocina y miró mientras los hombres hablaban y Max hacía las presentaciones.

—Oh, esa es Victoria Windson. Su papi es Duque de algo, así que es algo así como de la realeza. Max ha salido varias veces con ella antes. Debe de haber regresado a la ciudad.

Carina parpadeó. Su odio creciendo a monstruosas proporciones.

—Ah.

Su cuñada aguzó la mirada y sus garras.

—¿Quieres que la saque? Solo di la palabra, culparé a las hormonas prenatales de mi súbita locura.

Una risa escapó de sus labios.

—No, por supuesto que no. Te dije que había terminado completamente con Max.

Una burla colgó en el aire.

—Sí, luego te venderé el Puente de Brooklyn.

—¿Para qué compraría un puente?

Maggie ondeó una mano.

—Ni idea. Sigo olvidando cómo suenan nuestras ridículas expresiones americanas.

Levantó la ensalada del mostrador y la llevó al comedor. El amplio espacio abierto tenía una enorme mesa de cerezo. Con elegantes sillas de cuero y un gabinete para lozas a juego.

El cristal brillaba colgando de un candelabro y Maggie cogió unas botellas de vino del bar repleto en la esquina. La formalidad se suavizaba con los adornos de velas, luz tenue y espléndidos paisajes toscanos en acuarelas que adornaban las paredes. Flores frescas formaban un centro de mesa. Toques femeninos dispersos aquí y allá en la que una vez fue la mansión de soltero de su hermano, Carina amaba ese contraste de lo suave con lo duro, la simplicidad con el lujo que ahora brillaban a través de la casa.

Alexa entró contorneándose y gimió.

—Quiero tanto un poco de vino, que mal que no pueda probarlo. Ustedes chicas, mejor me traen una botella cuando vayan de visita al hospital. ¿Quién es la que está con Max?

—Parece ser la pregunta de la noche —Maggie arrastró las palabras—. Su nombre es Victoria, La cita actual de Max.

Alexa se estremeció.

—Es demasiado flaca. No me gusta.

La satisfacción pulsó a través de su sistema con esa declaración. Cualquiera en la familia que no comiera era sospechoso. Maggie se encogió de hombros.

—La conocí una vez antes y realmente es buena. Quizás es una señal.

Carina rechinó los dientes. Demonios, si hubiera sabido antes que competiría con una maldita princesa se hubiera puesto al menos un vestido. Llevaba un par de jeans casuales, top negro y tenis Keds. Sabiendo que lucía como de doce, maldijo su estupidez. Las mujeres que querían seducir hombres como Max, necesitaban unirse al juego. Round uno para la perra.

El cliqueo de tacones hizo eco y Max apareció en el comedor. Hizo otra vez las presentaciones y asintió hacia ella como si nunca hubieran tenido la lengua en la boca del otro.

—Carina, esta es Victoria. Carina es una amiga cercana a la familia.

Levantó la cabeza.

—Sí. Realmente cercana. Gusto en conocerte Vicky.

La mujer parpadeó ante el nombre, pero Carina le dio crédito cuando asintió.

—Que encantador conocer a la familia de Max. La última vez que estuve en la ciudad fue demasiado breve y solo fuimos a fiestas formales ¿cierto querido? —Uñas rojo sangre apretaron su brazo—. Esperemos que este viaje sea más largo.

Max sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

Casi parecía... resentido. Como si tratara de probar su punto de que nunca habría nada entre ellos. Interesante.

Se negó a mirarla directamente a los ojos. Le recordó a los perros extraviados que acostumbraba a recoger, agachaban la cabeza para



evitar el contacto directo. Para evitar la verdad de sus circunstancias. La negación era una cosa impresionante, fuera la especie que fuera.

Nick entró con un plato de macarrones al vodka.

—Espero que todos estén hambrientos.

Carina se mordió el labio mientras las mujeres miraban la figura de ramita de Victoria, deliberadamente, pero ella asumió la carga y se frotó las manos.

—Traigan esos carbohidratos chicos. —Maggie y Alexa sonrieron y se sentaron a la mesa. Las tripas de Carina le decían que había una maldita buena razón para que Max la hubiera traído a cenar, e iba a descubrirla.

—Entonces, Victoria ¿Qué haces?

—Trabajos de caridad, en su mayoría. Me gradué en Oxford con una licenciatura en derecho, pero encontré que la práctica no era tan satisfactoria como ayudar. Co-fundé un orfanato para niños en Londres.

Max se enderezó en su silla como si estuviera a punto de hacer una presentación.

—Victoria es las dos cosas, educada y conoce la calle. Su fundación ayuda a cientos de jóvenes que no tienen a dónde ir. Una vez que llegan a un nivel en el sistema, los hogares de guardia ya no pueden ayudar.

Alexa asintió.

—Si, como en la película de Batman. El caballero de la noche se levanta ¿Recuerdas, Nick? La Fundación Bruce Wayne explicaba ese problema. Muy impresionante.

Nick rió ante la habilidad de su esposa para relatar todos los libros, películas y poesías.

Victoria inclinó su cabeza para hablarle a Max.

—Querido, me halagas. Tengo un cojín de seguridad detrás de mí. Tú trabajaste tu camino hacia la cima, así que mereces todo el prestigio.

Carina se preguntaba si le saldrían caries con toda esa dulzura entre ellos. Aun así, nunca la tocaba. Max era siempre afectuoso, especialmente con alguien por quien tenía sentimientos. ¿Cuántas veces lo había visto cuidar y acariciar a sus acompañantes? Pero seguía manteniendo la distancia, como si cenar con la realeza más que con la familia, mereciera las manos sobre la mesa.

Respeto y admiración en su mirada, pero ningún signo de lujuria que la hiciera estremecer. Hmm, interesante.

Victoria platicó un poco sobre la caridad y no hizo ningún movimiento para tocarlo. Se miraban más como compañeros que como amantes. No había ni una chispa de atracción sexual moviéndose entre ambos. Cualquier mujer que no quería meterse en la cama con Max tenía más. ¿Era frígida? Carina se puso su gorra de Nancy Drew y juró averiguarlo.

Maggie giró la conversación hacia Alexa.

—Así que, ¿ya saben el nombre del bebé?

Nick asintió.

—Si es una niña la vamos a llamar Maria por la mamá de Alexa.

—Es tan encantador —suspiró Camila—. ¿Y si es un niño?

Nick miró a su esposa con una advertencia.

—Todavía estamos trabajando en eso.

—Si es un niño, lo llamaremos Johan —dijo Alexa se enderezándose.

Nick se frotó la frente. Hubo un pequeño silencio. Finalmente Maggie rompió la pausa.

—Por amor de Dios, dime por qué. ¿De dónde diablos sacaste un nombre así?

—Adivina —dijo Nick—. Tú la conoces mejor que nadie.

Carina vio a su cuñada examinando las posibilidades hasta que jadeó.

—¿Estás loca? ¡Oh, mi Dios, estás tratando de llamarlo como Johan Santana!

Alexa apretó los labios.

—Es un nombre adorable —contestó con un mohín—, y no tiene nada que ver con los Mets.

Maggie dejó salir una risa histérica y la miró a los ojos.

—Eso es mierda y lo sabes. Santana fue el pícher en el primer juego sin hits en la historia de los Mets y estás intentado recrear esa gloria. Recuerdo esa noche frikkin. Lloraste tan fuerte que pensé que estabas de parto.

Carina recordó haber escuchado de la obsesión de Alexa por el equipo de béisbol de los Mets de Nueva York y también del resentimiento de Nick por el equipo de los Yankees de Nueva York.

Gracias a Dios no era fan de los deportes. Parecía más estresante de lo que necesitaba, especialmente cuando vio el brillo de los ojos de Alexa mirando a su mejor amiga.

—Déjame en paz Maggie. Fue un momento glorioso. Para atesorar. Nuestro hijo debería estar feliz de tener ese nombre.

Nick bufó y rellenó su copa de vino.

—Sobre mi cadáver —murmuró—. Santana ha decaído desde entonces y no ha picheado un juego decente en las últimas cinco temporadas. ¿Y si lo llamamos Derek?

—¡Absolutamente no! —dijo Alexa soltando el tenedor—. Ningún hijo mío se llamará como Derek Jetter... tú... tú... ¡amante de los Yankees!

Nick suspiró.

—Hablemos más tarde de eso ¿sí cariño? ¿Ya probaste el *calamari*? Esta vez me lucí.

Alexa gruñó pero regresó a su comida y Carina trató de no reírse de las conversaciones absurdas que tenía la pareja.

—¿Tienes un proyecto en Nueva York o viniste a visitar a Max? —le preguntó Michael a Victoria.

—Papi está aquí por negocios y pensé que debía acompañarlo. Amo la ópera y ver si puedo tener algo de tiempo con Maxie.

El apodo hizo que sonaran algunos carraspeos en la mesa.

—Lo malo es que por la inauguración, ha estado trabajando mucho. Quizá pueda salir con él un día de esta semana, si obtengo el permiso de su jefe.

—Seguro, mientras todo vaya como hasta ahora, puede hacerlo. Carina puede cubrirlo.

—Qué lindo. ¿No es maravilloso trabajar con un amigo cercano a la familia? —Su sonrisa era genuina, mostrando los dientes blancos y la culpa corroía a Carina. ¿Cómo se atrevía a juzgar a la gente superficialmente? Victoria parecía buena. Una mujer práctica que, por casualidad, tenía la apariencia de una súper modelo. ¿Era su culpa? No. Ella era la que decidió alejarse. Si él quería a Victoria, quizás era lo mejor.

Le fascinaba la constante necesidad de Max salir con la mujer equivocada y su intensión ahora, de demostrar que eso había cambiado.

Victoria parloteó sobre un amigo del que estaba preocupada.

—Richard ha sido mi roca por años. Nuestros padres son los mejores amigos y crecimos juntos. El pobre hombre ahora está pasando por un trágico divorcio. Se casó con la mujer equivocada. Estoy haciendo todo lo posible para que lo supere.

Maggie y Alexa hicieron ruiditos de simpatía.

Carina vio el crudo deseo en el rostro de la mujer, cuando dijo el nombre de Richard.

—Qué pena —dijo ella enrollando la pasta en el tenedor—. Es muy afortunado de tenerte.

Una punzada de remordimiento pasó por los ojos de Victoria.

—Sí. Se lo he dicho.

Bingo.

Victoria estaba enamorada de Richard y ese hombre idiota probablemente no lo sabía todavía. Sin duda trataba de que se diera cuenta al trabajar a Max. Pero Max nunca esperaba mucho de sus citas, ¿quizás la estaban presionando para sentar cabeza? ¿O sólo quería poner celoso a Richard? La empatía pulsó en sus tripas.

Victoria pasaba por la misma maldita situación que ella. Estar enamorada de un hombre que te miraba como a una hermana menor. Patético. Bueno, al menos Victoria podía liberarse de Max y salvarse de cometer un trágico error.

—¿Dónde está Lily? —preguntó Max mientras robaba algo de ensalada del plato de su cita, pero le dijeron que se detuviera.

Una aceituna negra rodó por su lado de la mesa pero Victoria no hizo ningún movimiento por agarrarla con el tenedor. La falta de aprecio de la mujer por la comida entristeció a Carina.

—Durmiendo en casa de Nonni. La malcrían tremendamente y Nick pensó que debíamos tener una noche de adultos.

Nick desenroscó el sacacorchos y le guiñó a su esposa.

—Sí, quizá pasemos de las diez de la noche. Atrévete a soñar.

—La paternidad te ha cambiado —le dijo Carina riendo.

—Diablos, es cierto —dijo Michael—. Ese es el por qué debes disfrutar cuando estás soltero. Max y Carina están en el crepúsculo de sus vidas.

—Hizo una mueca cuando Maggie le descargó su poderosa derecha sobre el brazo—. Estoy bromeando, cara. Me torturaste lo suficiente antes de casarnos. No cambiaría una cosa, pero debes admitir que la vida nos parecía perfecta.

Ella asintió y él le tomó la mano para presionar un beso en la palma.

Una cruda necesidad atravesó y atragantó a Carina. Se llenó la boca de pasta esperando al menos calmar su hambre física. Victoria metió el tenedor entre sus labios de botox.

—Ya quiero tener hijos —anunció ella—. Estoy cansada de las citas interminables y de salir de fiesta. ¿No estás de acuerdo Max?

El rubor cubrió las mejillas del susodicho mientras todos esperaban la respuesta. Carina aguantó la respiración.

—Seguro. —Victoria lo miró como si estuviera esperando que se expandiera—. Estoy pensando asentarme en el futuro.

—¿Futuro? —le contestó bajando la mano—. ¿Eso qué significa? ¿Qué tan lejos en el futuro? Sabes que papi quiere que me case pronto ¿verdad?

Alexa y Maggie bajaron sus cubiertos. Incluso Nick y Michael esperaron una respuesta. Max se aclaró la garganta y agarró su vino. Tomó un sorbo. El silencio pulsaba en la mesa. Como un lobo atrapado, su mirada rodó con pánico por toda la mesa y luego se enganchó en la de ella.

Los ojos azules irradiaban calor, quemaban. La verdad la golpeó con fuerza. Él quería que Victoria fuera “La Elegida”. Pero no lo era. Tampoco tenía idea de que estaba enamorada de otro hombre. Quizá la sentía fría y había decidido que sería una apuesta segura.

Lentamente Carina se fue relajando y empezó a disfrutar el espectáculo.

—Max adora a los niños —dijo—. Su madre ha esperado que siente cabeza hace tiempo. ¿Pero dónde vivirían?

Un extraño sonido salió de la garganta de Max y luego murió.

Victoria brincó.

—Oh, lo podríamos solucionar. Necesito estar en Inglaterra unos meses al año, pero el resto del tiempo podríamos quedarnos en Nueva York. Por supuesto, podemos visitar Italia para ver a la madre de Max. ¿No suena eso maravilloso cariño?

—Sí, por supuesto. Algún día.

—¿Cuándo?

Carina reprimió una risa. Finalmente había visto un ataque de pánico masculino.

—Pronto —Max agarró una servilleta, limpió su boca y se levantó de la mesa—. Umm, discúlpeme por un minuto. Ya regreso.

Él se fue por el pasillo y desapareció.

Victoria se enderezó en el asiento por la sorpresa. Carina se levantó.

—Si me disculpan un segundo, ahora regreso.

Y lo siguió.



Max cerró la puerta de la biblioteca. ¿Qué estaba mal con él? Cerró los puños y las presionó contra sus ojos.

Victoria era la mujer perfecta. Era hermosa, inteligente y quería sentar cabeza e iniciar una familia. Siempre había disfrutado de su compañía cuando venía a la ciudad. Probarle a Carina que estaba equivocada era importante. Sus palabras se burlaban y le bailaban en la cabeza como un bromista diabólico y loco.

—*Tú siempre eliges a la mujer equivocada.*

Imposible. Seguro que tenía muchos ejemplos, pero Victoria finalmente probaría que estaba equivocada. Entonces, ¿por qué no había una conexión real o algún deseo de llevar la relación al siguiente nivel?

La imagen de sus dedos metiéndose en ese fuego mojado brilló delante de él. El dolor agudo de sus tacones en su espalda. El dulce y burbujeante sabor de su boca y el olor de su excitación. Subir esa falda por sus muslos era la fantasía más hermosa vuelta realidad. Si no los hubieran

interrumpido, hubiera deslizado su espalda sobre el escritorio y se la hubiera metido.

Jesús, una vez podría ser perdonada. Apenas. ¿Pero dos?

Estaba labrando su propio espacio en el infierno.

Un ligero golpe en la puerta fue su única advertencia.

Su nariz tembló cuando la limpia esencia de pepino y melón flotaron en el aire. Una advertencia recorrió su columna.

El relajado y erudito aire de la biblioteca de repente se llenó de electricidad. Las suaves pisadas de los Keds marcaban su avance, hasta que su cálido cuerpo quemó justo detrás de él. Maldita fuera por joder su cerebro.

Maldita por hacerlo desearla.

Él se giró para encararla.

—Ya voy —dijo él—, solo necesito un minuto.

Ella se acercó. Él dio un paso atrás. Una sonrisa tocó sus labios.

—¿El matrimonio y los hijos te están volviendo loco?

Se sobresaltó pero tomó el tiro como un hombre.

—No lo sé.

Max esperaba un comentario sarcástico pero ella asintió como si lo comprendiera.

—Entiendo.

—Continúa —dijo mientras cruzaba los brazos al frente—. ¿No vas a despreciarla?

Ella tuvo el descaro de verse sorprendida.

—¿Por qué? Si te gusta soy feliz por ti. Ella realmente parece linda, una vez que hago a un lado sus limitaciones con la comida.

Su facilidad para aceptar que saliera con otra mujer después del beso, era una burla. ¿Por qué necesitaba ponerla en su contra y probarle que significaba algo para ella?

—No serás capaz de encontrar algo malo en ella. Ya la estudié... y ama a los animales.

—Genial.

—Cree en la caridad. Puede manejar un negocio. Tiene de base una familia sólida. Te lo estoy diciendo, ella es perfecta.

Los labios de Carina se torcieron.

—Está en suspenso. Ahora espera que te comprometas y sientes cabeza. Mejor tú que yo. Yo busco algo de diversión. Sexo caliente. Después los bebés.

Le puso absoluta atención. Sus labios lograban que las palabras sonaran a miel.

A sexo. Caliente.

El enojo le llegó al intestino y lo retorció.

—Deja de decir tanta mierda.

—¿Por qué? No te puedo poner tan incómodo como cuando pasó lo que pasó hace unos días.

Él se encogió. Quería hacerlo de nuevo y estaba mal que le dijera otra cosa.

—Eso fue un error —la voz le salió estrangulada—. Ambas veces.

—Tú lo dijiste.

Las palabras serias retorcieron más sus intestinos. ¿Cómo una mujer en tenis podía controlar de repente la situación? La mente y cuerpo de Carina lo golpearon con fuerza. Se aferró a su última excusa.

—Cualquier cosa física entre nosotros sería una traición a la confianza. ¿O no?

La vieja Carina se hubiera sonrojado y tartamudeado. Lo miraría como si fuera Dios y se hubiera alejado. La nueva Carina cerró la distancia y levantó la barbilla. El metro y medio brillaban con poder femenino.

—¿Lo sería? —murmuró ella.

Su polla apretaba la tela de los pantalones en desacuerdo.

Toda la sangre había abandonado su cabeza así que le tomó un segundo o dos responder.

—Sí, lo sería.

—Lamentable.

—No juegues esos juegos Carina. No podemos dormir juntos. La noche que te besé fue un terrible error. También lo fue el episodio en la oficina. Todavía me siento culpable por eso.

Los ojos oscuros brillaron con misterio y secretos que mataría por saber. La lengua de ella salió y lamió su labio inferior. La diversión pasó por su rostro.

—Lamento matar tus ilusiones, Maxie. Pero solo estoy buscando un hombre malo con quien divertirme.

Su inocente blusa blanca y sus ridículos tenis Keds hacían que quisiera romper la tela para revelar sus curvas de sirena. Su sabor lo torturaba. Y como si lo supiera, se inclinó y su respiración susurró contra los labios de Max en una burlona caricia.

—¿Quieres jugar?

Pasó un latido. La sangre se apresuró a su polla y le llenó la cabeza de gemidos. Era un hombre experimentado, bien versado en el arte de la seducción. Pero este dinamo lo noqueó y lo dejó a la deriva. Su cabeza gritaba “Infierno, sí”.

—No puedo —las palabras se le atragantaron—. Estoy saliendo con Victoria.

Lentamente ella se apartó. Los hombros enderezándose.

—Entiendo. Respeto tu nueva relación y no te molestaré de nuevo.

Caminó hacia la puerta moviendo las caderas con gracia. La curva lujuriosa de su trasero le decía adiós

—Solo una cosa más. Algo que probablemente deberías saber.

—¿Qué?

—Asegúrate de mantenerte cerca a Richard.

Él frunció el ceño.

—Richard es uno de sus amigos. No hay nada entre ellos. Está pasando por un divorcio.

—Ella está enamorada de él. Siempre lo ha estado. Siempre lo estará. Pregúntale —le hizo un guiño—. Te veo afuera.

Max se quedó paralizado, pegado al suelo y preguntándose si su vida se había ido completamente al Hades.

Capítulo 8

*Traducido por rihano y NightW
Corregido por Dennars*

—**T**e necesito en Las Vegas. Mañana.
Max gruñó, tiró su taza de café frío a la basura y sacó del cajón inferior un par de cosas buenas. Sacó dos vasos tequileros, vertió aguardiente, le dio uno a Michael y brindó con él.

Se llevó el vaso a la boca y rápidamente lo vació. El líquido bajó suave y caliente.

—Me estás matando, Michael. Tengo la apertura del *New Paltz* la próxima semana y, ¿quieres que me vaya ahora?

Michael pasó los dedos por el rostro en un típico gesto de frustración.

—Lo siento, amigo, odio hacerte esto. El *Hotel Venetian* en Las Vegas está interesado en nuestra tienda y necesito a alguien que comprometa al comprador. Sawyer Well es quien está a cargo por el momento. ¿No es amigo tuyo?

—Si, lo conozco desde hace años.

—Bien. Planeé viajar yo mismo, pero mi madre decidió visitarme. No puedo irme esta semana.

Frunció el ceño.

—¿Todo está bien?

—Sí, pero Maggie no puede viajar a estas alturas y yo tampoco quiero dejarla. Mi madre llega mañana. Quiere ver a Maggie con sus propios ojos antes del parto.

—¿Cómo esta de salud? ¿Aún tiene problemas cardiacos?

Michael sacudió la cabeza.

—Debe estar siempre bajo observación, pero Julietta dice que está muy bien. El doctor la examinó y dijo que no tenía ningún problema para hacer vuelos largos. Necesito que te quedes en Las Vegas por un par de días, Max. Cierra el trato.

—Hecho.

El rostro de Michael se relajó y dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias. Manejaré cualquier asunto desde aquí. De paso te aviso que Carina irá contigo.

Max se levantó de su silla como si tuviera el culo en llamas.

—¿Qué? Absolutamente no.

—¿Por qué? —preguntó Michael confuso.

Decidió caminar un poco para liberar la repentina tensión en sus músculos.

—Ella no está lista para algo como esto. Necesito concentrarme y no puedo preocuparme por cuidarla.

Michael se recostó en la silla, agitando una mano al aire.

—Entiendo. No tienes que cuidarla —le dijo sonriendo—. Lamento que el asunto con Victoria no funcionara, pero apuesto que dentro de algunos días tendrás a una hermosa chica de Las Vegas colgando del brazo. Carina no arruinará tu estilo.

Esta es una oportunidad para que ella aprenda desde un principio cómo firmamos un acuerdo inicial. Necesita ver todos los pasos, de manera que estará ahí para ayudarte con cualquier papeleo, tramites etc. Puedo

enviar a Edward contigo. Él es un excelente vendedor. Puede ayudarte a mostrar nuestro compromiso.

El aguardiente repentinamente decidió subir desde su estómago, estrangulándolo. Tosió ahogado mientras la cabeza le daba vueltas. Michael se levantó para golpearlo en la espalda.

—Edward no —dijo, arreglándoselas para hablar—, he tenido algunos, eer, problemas con él.

—¿Es necesario que intervenga?

—¡No! No, lo tengo bajo control. No necesito a nadie más para el viaje. Puedo hacerlo. Nos irá bien. Puedo manejar esto yo mismo. No hay necesidad de un vendedor.

—Sí, sé que puedes hacerlo. —Michael puso una mano sobre su hombro—. Este negocio nunca hubiera prosperado sin ti, mi amigo. Gracias por estar siempre aquí.

Una imagen de Carina de espaldas contra la puerta con el vestido abajo aleteó en su memoria. El sudor bajó por su frente.

—No hay problema.

—Le diré a Carina que se aliste para el vuelo de la mañana. —Se inclinó sobre su maletín y le entregó un grueso expediente—. Aquí están los papeles. Tendré el avión listo para la nueve.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Max gruñó. Oh, sí.

Definitivamente estaba obteniendo un mal karma por aquel momento de placer desgarrador con la única mujer que no podía tener. Ahora debía pasar cinco días en Las Vegas con ella.

Solos.

Luchó contra el pánico. Tal vez estaba sobreestimando a su compañera. Carina no había mencionado esa noche desde su anuncio. Su ego aún quemaba y no le había dicho nada del hecho de que Victoria efectivamente estaba enamorada de otro hombre. Uno que conocía desde

antes que a él. Aún peor era el hecho de saber que no había química sexual.

Estaba lo suficientemente desesperado para inventar algo, pero la necesidad de casarse por la presión de su padre lo hizo entrar en pánico. Su larga conversación fue fructífera y finalmente había admitido sus verdaderos sentimientos por Richard. Él la besó en la frente y le deseó suerte, esperando haberla convencido de dar el salto e ir tras el hombre que amaba.

En cuanto a Carina, ella fingía que nada había sucedido entre ellos. Actuaba relajada. Amigable. Casual. Como si nunca hubieran tenido en la boca la lengua del otro y nunca hubiera tenido sus dedos alrededor de un pezón.

¡Alto!

Las Vegas era sólo negocios. Ella quería aprender. No había razón para entrar en pánico por pasar algunos días juntos.

El encanto de un nuevo acuerdo hizo que su sangre cantara. Al diablo con todo.

Amaba Las Vegas. El calor. La adrenalina. El pecado. Podría visitar a su viejo amigo, jugar algo de póker y hacer lo que mejor sabía hacer: cerrar un trato y encontrar a una mujer para un buen rato.

Alguien que lograra sacar a Carina de su mente y poder regresar la cabeza al juego.

Tomó el archivo y regresó al trabajo.



Carina intentaba no rebotar sobre su asiento como cualquier niña, pero estar relajada se hacía cada vez más y más difícil. La limosina recorría las calles de Las Vegas mientras sus sentidos estaban a punto de hacer

corto circuito. Una ciudad que vivía por una razón y se jactaba de sus logros a los cuatro vientos: placer. Un lugar para perderse ella misma, sus inhibiciones y llevar finalmente a Max a su cama.

Bienvenida a Las Vegas.

Max la observaba impávido, pero a ella no le importaba.

—¿Podemos ir a ver a Celine Dion?

—Diablos, no. —Arrugó la nariz.

—¿Al *Cirque du Soleil*?

Sus labios se curvaron.

—Tal vez. Si estoy suficientemente ebrio.

Ella le sacó la lengua y él se echó a reír.

—Me niego a dejar que tu visión aburrida arruine mi diversión. Soñaba con venir a Las Vegas y ahora no puedo creer que esté aquí. ¿Es cierto que las bailarinas caminan por ahí prácticamente desnudas?

—Sí.

—¿Cuántas veces has estado aquí?

Él se relajó en su asiento y Carina tuvo que esconder una mirada hambrienta. Vestido con un traje de negocios oscuro, gemelos de oro y con el cabello cuidadosamente arreglado, haría volver la mirada a cualquier mujer, incluyendo bailarinas de Las Vegas. Un animal con gracia atrapado en la ciudad. Su corbata rojo brillante hacía alusión al fuego escondido bajo la superficie. Estaba tentada de subir la pantalla ahumada del auto y representar una de sus fantasías más traviesas. En su lugar, se mantuvo quieta y escuchó su respuesta.

—Un par de veces por negocios. Algunas por placer.

—Estoy segura. Ninguna boda al estilo Elvis anulada ¿verdad?

—Impertinente.

Ella sonrió y sacó la cabeza por la ventana, abandonando cualquier actitud sofisticada. El aire golpeaba su rostro y despeinaba sus rizos, pero no le importó. Se detuvieron en el Hotel Venetian y Carina sonrió ante la imagen falsa de Italia a su alrededor. Elegantes esculturas de mármol, numerosas fuentes de agua y una exuberante vegetación antes de cruzar por las majestuosas puertas. Esperaba que los hoteles de Las Vegas fueran un poco exagerados y deslumbrantes, pero había un matiz de elegancia bañando los muebles.

Michael se detuvo en el mostrador de recepción. Carina volvía la cabeza de un lado a otro mientras intentaba asimilar de golpe toda la energía del lobby del casino. Una esfera de oro gigante dominaba el centro del piso pulido, flanqueada por columnas, arcos demasiado altos y un techo pintado de manera tan elaborada que podía ser un rival perfecto para la Capilla Sixtina de Miguel Ángel. La matriz giratoria de texturas y colores exuberantes empañaba sus sentidos con placer.

Recibieron su llave y fueron escoltados hasta la torre.

Arriba, arriba, arriba, subieron tanto que podrían haber tenido de vecino al gigante de *Jack y Las Habichuelas Mágicas*. Las puertas del ascensor se abrieron, teclearon su código y entraron en la Suite Superior.

Carina se quedó sin aliento.

Ya sabía que Michael y Max eran muy, muy ricos. Desde sus humildes inicios, vio cómo el imperio de la familia creció hasta el punto de no tener que preocuparse por pagar las cuentas, o pagar una educación universitaria.

La casa fue renovada, pero ella seguía refugiada aún en Bérgamo. Sus alrededores nunca cambiaron y su yo interior permaneció inalterado por el éxito o el dinero.

Observar la habitación la dejó completamente deslumbrada.

La sala abierta contaba con un sofá azul reclinable y unos muebles de hermosa madera. Pinturas ricas de escenas italianas decoraban las paredes y la ventana de piso a techo, mostraba la ciudad en toda su

gloria. Permaneció en silencio mientras caminaba y se acercaba al bar, que estaba bien surtido, luego a la tina del Jacuzzi y a la cama tamaño king con muchas almohadas, sobre las cuales se antojaba estirarse y tomar una siesta.

—Creo que necesito pedirle a Michael un aumento —murmuró.

Max se echó a reír.

—Este es nuestro negocio, cara. Eres de la familia, de manera que eres parte de todo lo que se ha construido, incluyendo el dinero.

—No me siento cómoda aprovechándome de algo por lo que nunca he trabajado —dijo con honestidad—. Quiero ganarme mi propio derecho al dinero.

Su rostro se suavizó y, durante un instante, sus ojos se llenaron de un orgullo feroz.

—Lo sé. Tienes carácter, algo que la mayoría de las mujeres no tiene en estos tiempos.

—Muchas mujeres lo tienen Max —resopló Carina—, solamente que tú siempre encuentras a las equivocadas.

—¿Podemos dejar de lado mi oscuro historial por este día?

—Seguro. —Una pizca de culpa brilló en sus ojos—. Lamento lo de Victoria.

—Tenías razón. Como siempre —se encogió de hombros—. Al menos irá detrás de alguien a quien realmente ama. —Deliberadamente cambió de tema y señaló hacia la puerta contigua—. Te mostraré tu habitación.

Se acercó y la abrió.

Entró en una habitación con una cama individual y un baño. Ella dejó escapar un chillido de emoción, se quitó los zapatos e hizo algo que había estado anhelando desde que entraron por la puerta.

Corrió a toda velocidad y se lanzó sobre el colchón.

Hundiéndose suavemente, gimió y se estiró, disfrutando de la sensación acogedora de las almohadas y mantas.

—Estoy en el cielo —declaró. Max se detuvo en el borde de la cama, sonriendo.

—Nunca puedes resistirte a un buen salto. ¿Recuerdas cuando estábamos con tu primo Brian y yo improvisé un artefacto horrible para que pudieras fingir que eras gimnasta olímpica?

Ella se echó a reír.

—¡Oh, Dios mío, es verdad! Traté de saltar pero era demasiado alto y me rompí la muñeca.

—Pensé que estaría castigado por meses, pero regresaste del médico y nadie lo volvió a mencionar.

Ella apoyó el codo sobre el colchón descansando la mejilla sobre su palma.

—Porque nunca lo mencioné.

—¿Qué?

—Sabía que te metería en problemas —sonrió ante el recuerdo—, diablos, tú y Michael siempre me estaban protegiendo. Le dije a *mama* que yo misma lo construí.

Él la miró fijamente durante un largo tiempo sin pestañear.

—¿Mentiste por mí?

La suave pregunta repentinamente hizo cosas malas en su estómago.

Parecía mirarla desde una nueva perspectiva, pero no sabía si era buena o mala. Tal vez el recuerdo de la niñez no era una gran idea para su plan maestro de seducción. Sería mejor cambiar de táctica rápidamente.

—Estoy pensando reemplazar ese horrible futón del apartamento de Alexa. Dime lo que piensas de este colchón.

Max se estremeció y dio un paso atrás.

—No, no sé lo que estás intentando.

—Oh, vamos, hay un montón de espacio. No tengo piojos. Sólo recuéstate y dime si es mejor que la cama de tu casa.

—¿Cómo sabes qué tipo de cama tengo? —preguntó frunciendo el ceño.

—No lo sé, pero pareces un poco pomposo cuando se trata del lujo así que imagino que debe ser grande. No tendrás una de esas horribles habitaciones de soltero con dibujos de cebras y bocinas escondidas para oír música de Marvin Gaye a todas horas ¿o sí?

Él se echó hacia atrás con cara de horror.

—¿Qué sabes tú de esas cosas? Hay tantas cosas mal en ese escenario, ni siquiera puedo empezar a enumerarlas.

—Bien. El chico con el que salía tenía una de esas. Él cerraba la puerta, presionaba un botón y una horrible canción empezaba a perseguirme.

Él dio un paso más cerca.

—Espero que no le hayas dado lo que quería. No con ese tipo de truco barato.

—Nop, no me impresionó. —Sonriendo, se recostó una vez más moviendo otra de las almohadas y le hizo señas para que se le uniera—. Sólo un minuto. Dime lo que piensas.

—Carina...

—Olvidalo. Seguro no quieres arrugar tu traje.

Su comentario dio en el blanco. Sus rasgos se endurecieron como si le hubiese mandado un desafío. Nunca daba marcha atrás ante un reto. Se quitó los zapatos. Ella ocultó una sonrisita, abriendo espacio cuidadosamente entre ellos.

—Entonces, ¿qué piensas?

Él suspiró.

—No puedo creer que estemos analizando la cama. Siento como si estuviera en un comercial de camas.

—Es firme —dijo rebotando arriba y abajo—. Tiene mucho que dar. Las sabanas definitivamente tienen hilo de alta costura. Y las almohadas son perfectas.

—Las almohadas apestan. Los hombres odiamos las almohadas mullidas, se sienten sofocantes.

—¿En serio?

—Sí. Pero el colchón tiene un buen espesor. Firme, pero con suficiente suavidad para...

—El sexo.

Cada músculo de su cuerpo se tensó. Carina contuvo el aliento mientras volvía la cabeza.

Sus miradas se encontraron y ella prácticamente se estremeció con la necesidad de abalanzarse, presionar la boca sobre la suya y obligarlo a rendirse. Sus pupilas se dilataron y apretó la mandíbula.

Esperó. Se movió un centímetro más cerca, asegurándose que su blusa se moviera un poco para mostrar su escote. Con indiferencia deliberada, ladeo la pierna a un lado, deslizando su falda indecentemente hacia lo alto de su muslo.

El delicioso aroma de loción de afeitar, limón y su jabón, perforaban sus sentidos, más fuerte que cualquier perfume de diseñador en el mercado.

La tensión zumbaba en el aire.

Esperó.

—Yo hablaba del sueño. —Rodó hacia un lado, se levantó y la miró con desaprobación.

Ella frunció los labios en una mueca malhumorada.

—Mentiroso —susurró.

Él se movió.

A la velocidad del rayo se encontró de espaldas.

Una rodilla dura presionaba entre sus muslos, abriéndola. Le sujetó las muñecas por encima de la cabeza en un apretón casual, cerniéndose sobre ella. Labios tallados se mantuvieron a un centímetro de los de ella y aquellos ojos azules que disparaban chispas de furia y fuego le provocaron lujuria. Su cuerpo se suavizó bajo su mando con la necesidad de ser dominada. Todas esas fantasías ocultas y traviesas volvieron a la vida, saliendo de su oscuro armario.

—Estás jugando un juego peligroso *cara*. —Su voz salió en un ronroneo suave mezclado con acero puro—. Desafía a un hombre de las grandes ligas y es posible que lo laments.

Una pizca de satisfacción fluyó a través de su sangre hasta la cabeza. Estaba tan caliente que su piel prácticamente se derretía hasta los huesos. Esto era lo que ansiaba, al Max dominante, sexual que podría llevarla al orgasmo con un toque de sus talentosos dedos. Levantó la barbilla y lo miró de frente.

—Tal vez me di una vuelta por las Grandes Ligas y me gustó.

—¿Ahora quién es el mentiroso? —Bajó la cabeza y mordisqueó su mandíbula. Su cuerpo se estremeció y un gemido se construyó en la parte posterior de la garganta. Su lengua lamió en un gesto rápido y ella se arqueó—. ¿Crees que puedes controlar los resultados? Molestar a un hombre al que consideras caliente no es sabio. Pensé que eras más inteligente pequeña.

—¿Alguna vez pensaste que quiero más de lo que cualquier hombre puede manejar? —Las valientes palabras perdieron un poco su fuerza cuando él tiró del lóbulo y dejó escapar un jadeo entrecortado—. Todo este tiempo he estado equivocada, Max. No soy yo la que no puede manejarlos.

Le sonrió en un puro desafío antes de terminar la frase.

—Son ellos los que no pueden manejarme.

Él levantó la cabeza. El aire crujía entre ellos.

—Vamos a averiguarlo, ¿eso quieres? —Su boca se cerró sobre la de ella. Fue un beso de castigo, una lección de aprendizaje, una parte que él dominaba muy bien.

Carina juró demostrarle que estaba equivocado.

Los dedos de Max se cerraron alrededor de sus muñecas mientras la conquistaba. Ella pedía su rendición. Carina suplicaba, pero sólo por más y más, mientras el cuerpo de Max se resistía a acercarse y su lengua se unía y se emparejaba con cada empuje dominante.

Entregó cada centímetro y le encantó. Sus pezones se convirtieron en duras protuberancias presionando contra su blusa. Su humedad creció, intentando abrir las piernas que él tenía inmovilizadas, hasta que éste masculló alguna vil maldición y las abrió más amplias.

Nunca liberó la presión sobre su boca mientras su otra mano se deslizaba por su pierna y presionaba su mano contra sus bragas húmedas. Carina gimió y mordió su labio inferior, animándolo con su cuerpo y...

De repente solo había vacío.

Ella luchó por respirar y retomar la cordura mientras él permanecía de pie junto a la cama.

Los ojos de Max estaban abiertos por la impresión y algo más, algo peligroso y hambriento que de pronto cobraba vida. Se sentó, echó hacia atrás el cabello enredado y no hizo ningún movimiento para organizar su ropa.

—¿Qué fue eso? —gruñó él con furia—. Se suponía que debías empujarme, no tomarme.

Carina le gruñó de regreso como un pit bull enfadado.

—¿Quién diablos te crees para tomar el reto y no cumplirlo? No le tengo miedo a tu pequeña demostración, Max, te lo dije, estoy lista para más.

—Estás loca y buscando problemas. He tenido suficiente. Te enviaré en el próximo vuelo de regreso.

Con el cuerpo aun tarareando por la excitación, entornó la mirada y prácticamente escupió las palabras.

—¿Y qué quieres que le diga a Michael cuando llegue de vuelta a casa?

Max se giró y se pasó los dedos por el pelo.

—Me merezco que Michael lo sepa. Lo he traicionado.

—Ah por amor de Dios, supéralo. Con quien duermo no es asunto de mi hermano. Actúas como si estuviéramos en la Edad Media y tuvieras que pelear por mi honor. Esas pobres mujeres seguramente nunca tuvieron un orgasmo con todos esos malditos hombres que intentaban protegerlas.

Él gimió como si se debatiera entre la risa y el horror.

Carina disfrutaba de su repentina pérdida de control mientras él intentaba aprender a lidiar con ella. Por fin. Max se había aferrado a la pequeña niña que conoció en el pasado, pero ya era hora de ver la realidad y decidir si quería ésto. A ella.

—Te vas a casa. Yo me encargo de Michael.

—No. —Se levantó de la cama, se alisó la falda, la blusa y se enderezó—. No me voy a casa. He venido a aprender cómo cerrar un trato de negocios importante y lo haré. Pero quiero que pienses en algo Max. Podemos tener una noche juntos. Solo una. Nos olvidamos de todo, tenemos buen sexo y volvemos a ser amigos.

Sacudió la cabeza y dio un paso atrás como si ella en cualquier momento pudiera abalanzarse sobre él.

—No puedes hacer tal cosa. No soy el hombre adecuado para ti.

—Lo sé. —Ella luchó contra el dolor mientras mantenía la esperanza de tenerlo aunque fuera una noche. Siciar la lujuria con la cual había vivido durante años y luego seguir su camino—. Ya no estoy enamorada de ti, pero tengo necesidades sexuales que quiero satisfacer. He sido protegida

y resguardada toda mi vida, pero ahora soy una mujer adulta. Es tiempo de que lo aceptes.

Su obvia erección y su expresión conflictiva le dieron la confianza que necesitaba. Él la quería. Solo tenía miedo de dar el paso. Carina continuó, diciéndole la verdad.

—Quiero seguir mi camino, Max. Estoy buscando una relación madura y sexual que logre satisfacerme. Nada a largo plazo. Acabo de abrir mis alas y ningún hombre logrará cortarlas antes de tiempo. Nos sentimos atraídos el uno al otro, nos respetamos mutuamente y tenemos un lazo en común, ¿por qué no tener una aventura de una noche? En Las Vegas, donde nadie nunca lo sabrá.

Su mandíbula se apretó. El calor ardía en sus ojos. Bien. Había sido tentado. Eso era todo lo que necesitaba por ahora. Redujo la distancia entre ellos y él contuvo el aliento.

Poder femenino brillaba en su interior. Ella le sonrió lentamente.

—Ahora, ¿te importa si me retiro? Voy a la piscina. Nos vemos después.

No esperó a que él respondiera.

Lo sacó y cerró la puerta a sus espaldas.



Max estudiaba al hombre que estaba del otro lado de la mesa. Ojos de tiburón. Boca asentada en una línea firme. Ni una pizca de tensión en sus muñecas o dedos mientras levantaba el naípe. Se recostó en la silla acolchonada, tomó un cigarrillo y le sonrió a Max.

—Cuando quieras.

Max ignoró la indirecta y tiró al centro su contribución.

—Habla —volteó su par de ases y esperó—. Estoy listo.

Sawyer Wells se rió entre dientes y copió la acción. Tres pares de doces lo miraban.

—Mierda.

—Ha pasado tanto tiempo, Max. Extraño tu sentido del humor. Y por supuesto, tu pésimo juego de póker.

Max se inclinó y encendió su cigarrillo. La elaborada mesa de póker completamente equipada y con papas fritas era solo una parte de los rasgos únicos de la casa de su viejo amigo. El bar era igual de impresionante con lugares especiales para el vodka de sabores, rones y todos los licores que sus huéspedes pudieran necesitar.

El costoso trabajo de arte que cubría las paredes podría competir con el de cualquier coleccionista famoso. Decorada con rojos vivos y tonos terrosos, Sawyer Wells siempre le recordaba a un hombre que veneraba la vida de lujos y se concentraba en cualquier elemento de placer sin tener que disculparse.

—Sólo quieres ponerme ebrio para poder tentarme a aceptar cualquier contrato con ventaja para tu hotel.

El hombre rubio sacudió la cabeza y tiró la ceniza de su cigarro. Su piel blanca y sus ojos dorados lo catalogaban como un surfista independiente o un príncipe aburrido. Hasta que se puso de lado y reveló su cicatriz. Una horrible cortada sobre su mejilla, algunas veces escondida bajo su cabello largo. Max sabía que ambas suposiciones eran erróneas. El hombre había hecho su propia fortuna, con un agudo sentido del humor y un cerebro que desafiaba a los ejecutivos más experimentados.

—No es mi hotel. Atiendo el *Venetian* solo durante algunos meses. Estoy construyendo una nueva cadena que compita con ese imbécil de Trump.

Max se echó a reír.

—Y en cuanto a tu habilidad para tomar, digamos que es mejor que tu juego de póker.

—Apuesto a que la mesa esta trucada. Debería haber jugado en el casino principal.

—De alguna manera no creo que quedes pobre por unos cuantos miles. — Su rostro reflejaba un recuerdo que Max nunca había averiguado. Se habían conocido en un yate en Grecia, donde Max tenía los ojos puestos en una hermosa princesa intentando rescatarla de su padre sobreprotector. El asunto empeoró cuando Sawyer apareció en el mapa con las mismas intenciones. Max le ganó la competencia y la princesa. La dejó al día siguiente y ambos hombres terminaron con moretones, resaca y una amistad para toda la vida.

Cuando descubrió que Sawyer conocía a *mama* Conte, el gusto genuino se convirtió en un profundo afecto y se mantuvieron juntos a través de los años. Pero aparte del éxito de Sawyer y su falta de padres, Max no sabía nada con respecto a su procedencia. Afortunadamente, no le importaba para nada. Como lo había aprendido de la experiencia, el pasado de un hombre no define su futuro.

—¿Algún otro plan mientras estás aquí? —preguntó Sawyer.

—¿Otro diferente a sacarte dinero?

—Ya quisieras.

—Cena, algunos juegos de azar, un poco de vapor con algo de compañía.

Sawyer arqueó una ceja.

—¿Alguna mujer en particular?

Una imagen de Carina parpadeó frente a él. Deliberadamente tomó una calada de su cigarrillo.

—No. Es mejor así.

Sawyer asintió.

—Generalmente lo es. Nadie sale herido y el viaje es solo de placer. Aún así, algo me dice que estás perturbado por alguna razón.

Max soltó un bufido.

—No uses tus sentidos de brujo conmigo.

—Debes temerles por alguna razón. ¿Quieres que te organice a alguien?

—Puedo conseguirme a una mujer Sawyer —una sonrisa tiró de sus labios—. No necesito tus sobras, pero gracias por la oferta.

—Solo puedes soñar con algo que rechazo. ¿Recuerdas esa vez en París? Te dejé con una modelo y no pudiste llegar a un acuerdo.

—Me gustaba más tu chica.

—¿Sí? Pues la llevé a su casa esa noche.

—Sí. Pero yo dormí con ella el siguiente fin de semana.

—Bastardo.

Max se echó a reír ante el insulto sin sentirse provocado. Sawyer había sido su compañero en muchas juergas de mujeres, todo por el atractivo del acuerdo y la perspectiva de placer. Un extraño vacío pulsó en su estómago. Desde que Carina había vuelto a su vida, sentía que la mayor parte de sus relaciones y acciones estaban... vacías. Ella hacía que todo fuera más vibrante y con sentido. ¿Qué le estaba sucediendo?

—¿Sawyer?

—¿Si?

—¿Alguna vez has querido... más?

—¿Más qué? —dijo su amigo apilando las cartas y repartiendo las fichas.

—Ya sabes —se sintió ridículo y se encogió de hombros—, más de las mujeres. Más de la vida.

Se detuvo un momento y consideró la pregunta.

—Aún no. Aunque espero hacerlo algún día. ¿Por qué Max? ¿Tú sí?

—No —contestó Max dejando de lado sus emociones para sonreír deliberadamente—. Sólo preguntaba. Mejor me voy.

—Está bien, haré arreglos para encontrarnos en unas horas y llevarme la otra mitad de tu dinero.

Max apagó su cigarro.

—¿Cómo dicen los americanos? Ah sí “Atrévete a soñar”.

La risa de Sawyer hizo eco por toda la habitación.



Tres horas más tarde, Max discretamente se ajustó la corbata y le pidió al asociado comprobar el aire acondicionado.

El sudor le molestaba en la piel bajo el traje de diseñador con un incómodo picor. Intentó calmarse y mantener la cabeza en el juego. La apertura de una panadería en Las Vegas era un elemento de cambio y tenía la intención de tener éxito. Después de todo, los negocios eran su alma y corazón.

Lo único en la vida que le provocaba profunda satisfacción y orgullo. Había anhelado ese sentimiento toda su vida cuando se apresuraba a demostrar que era digno. El hecho de que su padre no había pensado en él como suficiente no quería decir que tuviera que creerlo. Su madre le mostraba amor y apoyo todos los días.

Maldito fuera si la decepcionaba, convirtiéndose en un fracasado con terapia psicológica por abandono de padres. Como si fuera una excusa para acabar con todo.

El problema era su concentración. Cada vez que se concentraba en el negocio o se distraía a sí mismo con algún juego del casino, la ridícula oferta resonaba en sus oídos y burlaba su cordura. Una noche. Y nadie tenía que saberlo.

Pero él sí lo sabría. ¿Podría vivir con la culpa? ¿Esa noche sentaría una serie de horribles eventos que lo castigarían por pensar con el pene y no con el cerebro?

La reunión comenzó y siguió adelante. Max sabía que Sawyer y su equipo estaban interesados, incluso el famoso chef en el Venetian, que hizo todo el servicio de boda. El que consideraran una panadería en este hotel decía mucho, pero Max se dio cuenta que el *Venetian* se enfocaba al comprador casual en lugar de al servicio de comidas.

Hizo una nota para Michael, pero pensó que la apertura de una tienda en un lugar peatonal podía lograr algo de variedad. Sería un gran campo de pruebas. Primero habría que calcular las estadísticas de las multitudes y los hábitos de compra y luego hacer números.

Carina mantuvo la boca cerrada, tomó notas y escuchó con atención. Max comenzaba a exponer cuando Sawyer volvió su atención al otro lado de la mesa.

—Srta. Conte, es un placer conocer a la hermana de Michael. Espero con interés trabajar con usted y Max en el futuro.

Ella sonrió. Su rostro se iluminó con la profundidad natural de las emociones, algo que lo tenía fascinado, como si extendiera una invitación a todas las personas a entrar en su alma para una visita, sin importarle si era digno o no. Max siempre se sentía especial cuando le concedía su atención, mientras los celos lo revolvían cuando otros intentaban robarle esa atención.

—Gracias, Sr. Wells. Creo que *La Dolce Maggie* sería perfecta para el Venetian y esperamos poder pasar al siguiente nivel.

Max dejó escapar un suspiro y se levantó.

—Señores, ha sido un placer. Necesitamos revisar algunos números e inmediatamente nos pondremos en contacto con ustedes respecto a su oferta.

—Es justa Maximus. —El tono de Sawyer se volvió suave mientras se daban la mano—. No podemos renunciar a nuestro servicio especializado, pero creo que tendrás buenos beneficios con una tienda en el lobby.

Max asintió pero mantuvo su expresión preocupada.

—Te lo agradezco, pero no estoy seguro de que sea dinero suficiente para entrarle al juego. —Aceptar la primera oferta sobre la mesa era ridículo y ambos lo sabían. Los dos conocían muy bien ese juego.

Max agarró los papeles, se hizo con su maletín y...

—En realidad, Max, creo que la oferta era muy generosa.

Carina se acercó a ellos con una mirada pensativa. Max se quedó inmóvil, ansiando llegar mentalmente hasta ella, rezando porque no lo echara a perder. Conociendo su increíble talento para los números, ya habría hecho las cuentas. Max forzó una carcajada y le apretó el brazo.

—Pero por supuesto que lo es. Sawyer es siempre generoso. Mejor nos vamos con el fin de hacer nuestra conferencia telefónica programada.

Sawyer pasó por delante de Max y le sonrió cálidamente a Carina. Un tiburón disfrazado de Nemo, listo para matar.

—¡Qué talento tiene para los números, Srita! Me alegra que esté de acuerdo en que es bastante justo. Por ejemplo, no recibió esta oferta para su apertura en Tribeca, ¿verdad? Me dijeron que tuvo un precio de salida inferior con el fin de ganar credibilidad para su cadena. ¡Y esto es lo que Las Vegas hará por ustedes!

Max abrió la boca, pero ya era demasiado tarde.

—Oh, no sabía que estaba enterado —dijo, con una sonrisa agradable—. El margen de beneficio que se recauda como mínimo se junta con un extra. Creo que Michael estará muy satisfecho con su oferta, así como Max.

Sawyer sonrió y se encontró con la mirada de Max.

Merda.

Su socia de entrenamiento se había expuesto y había permitido que un tiburón le diera una dentellada mortal. No habría más negociaciones en esta mesa y el regocijo evidente de Sawyer lo confirmaba. Carina sonrió con éxito como si hubiera cerrado personalmente el trato en lugar de echarlo a perder.

Max calmó su temperamento.

—Ya lo veremos, ¿o no Sawyer?

—Definitivamente.

Sus dedos apretaron el brazo en señal de advertencia.

—Nos vamos.

Hizo un gesto final y la guió por la sala de conferencias, por el pasillo y al ascensor. Ella abrió la boca para decir algo, pero su aspecto debió ser elocuente. La confusión cruzó por su cara, pero se mantuvo en silencio hasta que llegaron a su habitación, introdujeron el código, y cruzaron el umbral.

Dejó caer su maletín, se quitó la chaqueta, la corbata, y explotó.

—¿Qué has hecho? Tienes una MBA, por el amor de Cristo, ¿y rompes la primera regla de las negociaciones? Nunca, nunca les dices que es una buena oferta en una propuesta inicial. Acabas de darle tu aprobación a Sawyer y eso significa que nunca elevará su oferta. Ahora no tenemos margen de maniobra y debemos aceptar o rechazar. —Maldijo cruelmente y se paseó—. Michael me va a matar. No creo que haya una manera de salir de este lío.

La sangre desapareció de su rostro. El ronco susurro llegó a sus oídos.

—*Mi dispiace*. Lo siento mucho. No lo pensé, creí que el acuerdo era sólido y me emocioné y hablé demasiado pronto. Es mi culpa, Max. Asumiré las consecuencias.

El gimió.

—No hay consecuencias para ti Carina, sólo para mí. Nunca debí haberte traído. Debería haberte advertido que no hablaras en absoluto, solo observaras. Olvidé que el entrenamiento de la escuela es completamente diferente a la vida real.

Ella se movió, bloqueando su camino.

—No tienes que protegerme de esto. Lo que hice es imperdonable. Me dejé llevar. Llamaré a Michael y le contaré lo sucedido.

Max respiró profundamente intentando calmarse.

Gritarle no era una opción. Él podría decirle a Michael lo que había pasado, pero era él el responsable de este no-acuerdo con Carina.

—Pensaré en algo —dijo suavizando la voz—. No hay necesidad de involucrar a tu hermano en este punto. ¿Por qué no vas a la piscina y te relajas mientras yo soluciono esto? Disfruta del hotel.

Esperaba una sonrisa amable. Pero en vez de eso sintió un empujón desde atrás que lo hizo tambalear antes de poder equilibrarse. Esos ojos gitanos estaban llenos de furia y su cuerpo se erizaba de energía, recordándole la noche en que la besó.

—¿Cómo te atreves a ser condescendiente conmigo, Maximus Gray?! —gruñó y cerró los puños—. ¡Deja de protegerme y tratarme como a una niña que está a punto de llorar cada que se mete en problemas! Lo arruiné y no hay excusa. No es tu culpa y estoy harta de que siempre quieras asumir la culpa.

—¿Estás bromeando? —Max sacudió la cabeza totalmente exasperado—. Te digo que vayas a la maldita piscina y, ¿empiezas a gritarme? No necesito esto, justo ahora. No estoy para jugar a que adivino lo que quieres. ¿Quieres ser tratada como un empujado normal? De acuerdo. Considérate oficialmente fuera de este trato. Regresarás a casa mañana y supervisarás la oficina mientras yo encuentro la manera de salir de este lio. ¿Mejor?

—Mucho mejor. —Toda expresión desapareció de su rostro y retrocedió, envolviendo la cintura con los brazos. De repente parecía muy sola.

La emoción le obstruía la garganta y cada célula de su cuerpo le gritaba que la tomara en brazos.

—Lo lamento Max —dejó escapar una pequeña risa—. Desde el momento en que empecé a trabajar has tenido que estar pendiente de solucionar mis asuntos. Necesito algo de tiempo para pensar si este es el mejor lugar para mí.

—Carina...

Ella sacudió la cabeza y se dirigió hasta la puerta.

—No... Necesito estar sola durante un tiempo. Te veré después.

Antes de que él pudiera decir una palabra más, huyó.

Max dejó caer el rostro entre las manos y rezó por fuerza. Fuerza para no estrangularla. Fuerza para no tocarla. Fuerza para enviarla lejos de manera que no tuviera que luchar con esa increíble masa de emociones que no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

Una noche.

Imaginó la tentadora imagen en su cabeza. Esperó un instante.

Y fue tras ella.



Carina se sentó en la barra del casino y jugueteó con la servilleta que pusieron bajo el Martini de manzana. El hermoso color verde la calmaba, al igual que el sorbo de licor. Qué deprimente era beber por la tarde en Las Vegas, donde la noche se unía con el día y a nadie parecía importarle. Tal vez diera un paseo en góndola para luego enviarles una foto a su madre y hermanas. Les encantaría burlarse de su hermana menor en un entorno tan glamoroso.

Contuvo un sollozo y apretó los dientes. Dios, odiaba llorar. Le traía malos recuerdos de la ira, de las incontrolables emociones de hacía algunos años. Siempre demasiado entregada... demasiado confiada... demasiado estúpida. Siempre flotando en la orilla de la vida y observando a otros tomar las oportunidades. Pensó que el mundo de los negocios la pondría en forma y le mostraría el camino que tanto ansiaba. Un lugar al que finalmente podría pertenecer y sentirse más cómoda en su propia piel.

Pero en vez de eso, la había acercado mucho más al dolor.

Llorar, llorar y llorar.

Sonrió para sí misma como si su diosa interior tomara control y la abofeteara. Lo había arruinado. En grande. Ahora tenía que arreglarlo en lugar de dejar que Max actuara como siempre, protegiéndola.

La derrota poseía un sabor amargo, pero tenía la intención de hacerlo bajar con un trago de Martini. Después de eso, colocarse sus bragas de niña y reunirse con Sawyer Wells. A solas.

—¿Vienes muy a menudo?

Ella contuvo un suspiro. Él se acomodó en la silla a su lado, ordenó una cerveza y esperó a que hablara.

—Max, ¿cuándo dejarás de protegerme? ¿Puedo al menos sentarme aquí y tomarme algo? Estoy sola. Ningún hombre grande por aquí. Aún es la tarde. Ve y haz algo importante.

—Lo hago. Intentar alejarte de las profundidades sombrías de la depresión es importante. —Su sonrisa inocente provocó una media sonrisa en ella. Estar cerca de Carina le tostaba el cerebro y su propósito. Levantó su vaso y tomo otro sorbo—. Al principio todos cometemos errores. No debería haberte gritado.

—Eso fue lo único bueno que hiciste.

—Llamémoslo curva de aprendizaje y sigamos adelante, ¿de acuerdo?

—¿Qué sucede con el trato?

—Puede que lo tome o lo modifique. Dejaré que Sawyer lo considere durante un tiempo. No estoy preocupado.

Su mirada de preocupación le destrozó el corazón. Sentía como si lo hubiera decepcionado. Con una MBA cometió el error más básico que puede cometer un principiante. Mostrar las cartas demasiado pronto.

Sí, bienvenida a Las Vegas.

La mano de Max se deslizó por la barra y tomó sus dedos. Su mano fuerte y cálida le estremecía los nervios y sus defensas usuales se derrumbaron.

—No estoy segura de que sea lo indicado para mí, Max.

—Aún eres nueva, cara.

—Es más que eso. Me tomó mucho tiempo aprender a equilibrar mis emociones con la necesidad de estar en control en el negocio. De hecho disfruto el desafío, pero temo que nunca seré lo suficientemente dura para alcanzar el éxito. En lugar de patear el trasero de alguien cuando están enfermos, quiero llevarles sopa de pollo.

Él estiró un brazo para acomodar uno de sus rizos detrás de su oreja.

El gesto amable le dio la fuerza suficiente para mirarlo a los ojos. Sus labios firmes se curvaron en una media sonrisa.

—Nadie quiere que cambies lo que eres. En estos pocos meses, has atrapado el corazón y la lealtad de todos. Y no porque seas una presa fácil. Es porque eres especial y todos lo saben.

—Sólo lo dices para hacerme sentir mejor.

—No. Esperaba cuidar a una chica y mantenerla alejada de los problemas. En lugar de eso, tengo a una mujer que sabe exactamente qué hacer y simplemente intenta encontrar su camino. Tienes mucha fuerza cuando se trata de relaciones. Sabes lo que se necesita y no temes entregarlo. —Él estudió sus manos entrelazadas—. Y tenías razón sobre Robin.

El cumplido le calentó la sangre.

—Me sorprende que estés de acuerdo.

—A veces me tomo los negocios demasiado en serio y olvido que estoy tratando con personas. Personas que cometen errores.

—Sí, ese no parece ser mi problema.

—Eso es fácil de arreglar. Lo mejor que puedes hacer es tomar un respiro y alejarte de la situación. Siempre tienes una tendencia a dar, de manera que estás recibiendo una solicitud que desarma tus emociones. Diles que los llamarás en otra ocasión. Evade la decisión. De esa manera puedes estudiar la situación de una manera más clara y no quedarás atrapada en un punto muerto. ¿Tiene sentido?

Carina asintió lentamente.

—Si, por supuesto.

—Lo eché todo a perder cuando empecé a trabajar con Michael. Llené el informe equivocado para un ejecutivo con el que estábamos a punto de cerrar un trato. Le ahorré al tipo medio millón de dólares. Lo firmó antes de que pudiera corregir el error.

—¿Qué hizo Michael?

—Me mando al infierno —le brillaron los ojos—. Me hizo sentir como una mierda. Entonces seguimos adelante y nunca más lo volvió a mencionar. Nunca más volví a dejar pasar ni un dólar.

Su espíritu se iluminó. El casino pululaba a su alrededor con energía, pero en este momento, ella se sentía completamente sola con un hombre que parecía saber exactamente qué decir para calmar su corazón.

—Sé de una cosa que me hará sentir mejor. Menos que un fracaso.

—¿Puedo preguntar?

—Celine Dion dará un espectáculo esta noche.

Él se estremeció.

—¿Algo más? ¿Mi auto, mi dinero, mi perro? No me hagas escuchar *My Heart Will Go On*.

—Mmm. ¿Cómo conoces el título de la canción, Max?

Él no le hizo caso y tomó un largo trago de su cerveza. Su mano se apartó de la de ella y trató de no llorar la pérdida.

—Vi *Titanic* únicamente por la acción.

Carina se rió.

—¡Te atrapé! —dijo Carina riendo—. Vamos. Es el show de las siete en punto.

—¿Cómo sabes que puedo conseguir entradas? Probablemente se agotaron.

—Ve y haz lo que haces mejor —le contestó bufando—. Encanta a alguna mujer indefensa. Ofrécele tu cuerpo. Y listo.

—Está bien. Mientras estemos de acuerdo en cerrar este tema de conversación. Metiste la pata. Lo arreglaremos y seguiremos adelante. ¿Es un trato?

—Es un trato —le concedió sonriendo.

—Bien. Tengo algunas reuniones, así que tomate el resto del día libre. Te llevaré a cenar antes del show y probaremos las habilidades de restaurante de los venecianos.

—Perfecto.

Lanzó unos cuantos billetes sobre la barra y se puso de pie.

—Trata de no meterte en problemas.

—Las chicas buenas no se meten en problemas, ¿o sí?

Él le lanzó una mirada de advertencia y se fue. Ella terminó el resto de su Martini y estudió sus opciones. Una cosa estaba clara. Tenía que

arreglar las cosas por su cuenta, sin importar el costo. Por desgracia, sólo había una forma.

Retirarse del trato.

Trazó el borde del vaso y contuvo un suspiro.

A pesar de sus habilidades, sus errores superaban con creces a los beneficios. Tal vez era hora de cavar profundo y descubrir lo que realmente quería en lugar de tratar de ser una copia al carbón de todos los demás. Su alma picaba por libertad y creatividad. ¿Y si *La Dolce Maggie* no podía ofrecerle lo que realmente necesitaba?

Los pensamientos bailaron en la cabeza, pero se centró en lo único que podía controlar.

Arreglar el lío. Apuró su copa, cogió su bolso y se dirigió de nuevo a la habitación para ponerse en contacto Sawyer Wells.

Capítulo 9

*Traducido por Curitiba y Susanauribe
Corregido por Clau*

Sawyer pertenecía a Las Vegas. Carina presionada y nerviosa mientras él merodeaba a través de su oficina como un gran felino. Le estrechó la mano y la invitó a sentarse, como decidiendo jugar con su comida antes de tomar un bocado. Y, Dios mío, parecía que podía morder. Sexo vibraba a su alrededor en oleadas, pero había algo más profundo que la asustaba hasta la mierda.

Él le recordaba el vampiro rubio de *True Blood*, con la mirada de un niño mimado y agitados ojos ámbar capaces de hipnotizar a cualquier mujer indefensa. Sus labios exuberantes sostenían una curva cruel, y su rostro era una masa de líneas duras con pómulos afilados y una malvada cicatriz que le iba desde la frente hasta la mejilla.

La cicatriz sólo le agregaba valor a la apariencia de peligroso. Llevaba el cabello largo, casi como el de su hermano, pero no lo suficiente como para ser contenido en una cola.

Ella había hecho su tarea y sabía todo lo básico. El hombre contaba con una larga lista de exitosos hoteles los cuales levantó y propulsó con beneficios. Entonces algo pasó y él siguió hacia el siguiente desafío. *El Venetian* era su juguete actual y lo tomaba muy en serio, pero los rumores insinuaban que planeaba dar a conocer una cadena de hoteles de lujo en todo el país. Viajaba a Italia con frecuencia, y Max parecía conocerlo más allá de como un socio de negocios casuales.

Tomó asiento frente al enorme escritorio de teca y echó un vistazo a su alrededor. Su oficina se encontraba en el último piso del Venetian. Los ventanales de piso a techo mostraban la ciudad en toda su gloria, y le recordaban más a una suite que a un lugar de trabajo, con muebles de teca a juego, estanterías y un bar. Magníficas obras de arte llenaban las paredes, una mezcla fascinante de paisajes crudos y eróticos. Estudió las líneas de una pareja desnuda, pero en la sombra, envueltos alrededor uno del otro.

La simple sensualidad despertó algo dentro de ella hasta que anheló estudiar la imagen. Él captó su mirada fija y un rubor tiñó sus mejillas.

—¿Le gusta el arte, Carina?

—Mucho. Yo pinto.

Se instaló en el sillón de cuero detrás de su escritorio y la miró con aire pensativo.

—Interesante —murmuró—. ¿Profesionalmente?

—No, lo puse a un lado para poder terminar mi MBA⁶. Sin embargo, lo extraño.

—Nunca debe negar una parte de su alma. Eventualmente se marchita y muere, o se pudre por dentro hasta que lo corte. —Su rostro se cerró como si luchara con una imagen del pasado—. La vida es demasiado corta para lamentarse.

—Sí. —La extraña conversación le sacudió. *Mierda*, ¿había una cama king-size⁷ en la sala adjunta? ¿Y por qué de repente pensaba que él no sólo dormía allí, sino que también hacía otras cosas?

—Tengo muchos contactos en el mundo del arte. Si alguna vez piensa en llevar en serio la carrera, hágamelo saber. Mi negociador puede detectar el talento de inmediato.

Ella le dio una mirada burlona.

⁶ **MBA**: estudios de especialización en el área de negocios.

⁷ **King Zise**: cama de tamaño grande, generalmente de 2x2 metros.

—Nunca ha visto mi trabajo.

—Tengo buenos instintos.

—Lo tendré en mente. —Carina cruzó las piernas. Su mirada se enganchó en la extensión de carne desnuda de su falda y poco a poco abrió camino hasta su cuerpo. La apreciación en sus ojos parecía honrar a la mujer en vez de objetivizar su cuerpo.

Su voz grave le recordaba a la mañana-después y mucha desnudez.

—Es un placer tener este tiempo con usted. Mi asistente dijo que quería hablar sobre el acuerdo. ¿Max se nos une?

Ella golpeó las palmas hacia abajo en su falda, cavando profundamente y dio el salto.

—No, Max no sabe que estoy aquí. Me gustaría que esto quedara entre nosotros.

Él ladeó la cabeza. Ella contuvo la respiración y se preguntó si él tenía la capacidad de ver dentro de su alma.

—Qué interesante. Por lo general lo rechazaría, dado que usted no está liderando las negociaciones, pero me tiene intrigado. No puedo prometer mantenerlo en secreto de Max si discrepo de sus intenciones.

Ella asintió.

—Por supuesto. Quería decirle que me voy de Las Vegas y estaré fuera del trato.

Una sombra cruzó su rostro.

—¿La han despedido?

—No, señor Wells.

—Sawyer.

—Sawyer.

Él permaneció callado, pero ella no le dio ninguna información adicional. Después de unos momentos, una sonrisa renuente tiró de sus labios. Se felicitó por ganar la pequeña escaramuza.

—¿Eso es todo lo que quiere decirme?

—La cifra que he proporcionado es incorrecta. Max me dijo que se retiraría del trato si usted insiste en retenerme. No hay suficiente margen de beneficio para dar el salto a Las Vegas, sobre todo cuando vamos a estar compitiendo con su casa de catering.

Él la estudió. Una extraña conciencia la recorrió. Casi como si él estuviese catalogando sus secretos para decidir si realmente la desafiaría. Juntó los dedos.

—¿Michael lo sabe?

—Todavía no.

—Ya veo. Así que usted se retira de la situación con el fin de salvar el acuerdo.

—Correcto. Usted no puede utilizar mi error en contra de Max o mi hermano.

—¿Creía que pondría en peligro a su hermano? ¿Qué lo usaría como palanca para obtener más beneficios? ¿Qué le pediría que se atuviera a la cifra o lo despediría?

Ella levantó la barbilla y se negó a acobardarse.

—Por supuesto. Usted es un hombre de negocios. Si yo fuera usted, habría llamado a Michael para decirle que si no le daba esa cifra no habría trato. Le diría que su hermana metió la pata y ahora tenía que arreglarlo. —Hizo una pausa—. Sin embargo, si lo presiona sobre esa cuestión, me marcharé.

Un destello de sorpresa cruzó su rostro.

—¿Va a llegar tan lejos para salvar este acuerdo?

—Sí. Y Sr. Wells...

—Sawyer.

—No fanfarroneo.

Sus labios se torcieron.

—Qué intrigante. Usted definitivamente ha complicado las cosas.

Alivio la recorrió. Finalmente había hecho algo beneficioso para la empresa. Al menos Max comenzaría con borrón y cuenta nueva y su hermano no se pondría en una situación incómoda.

—Estoy segura de que encontrará un plan alternativo. Usted parece ser muy adaptable.

—Voy a decirte esto, Carina. Su error no puede evitar que las negociaciones avancen.

—Gracias.

—Aun así, pienso que me debe algo por todo este asunto.

—¿Disculpe?

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Se quedó sin aliento por la sensualidad latente en su mirada encapuchada.

—Sea mi cita de esta noche.

—¿Qué?

—Mi cita. ¿A menos que usted y Max sean pareja?

Ella negó un poco demasiado duro.

—No, Max y yo no estamos juntos. ¿Por qué quiere verme?

Su tono contenía pura diversión.

—Es una mujer hermosa con agallas. La voy a llevar a cenar y luego vamos a visitar el club.

Carina trató de averiguar cuál era su juego. Era sumamente atractivo, pero fuera de su liga. ¿No era así? Ella soltó un bufido.

—No creo que pueda hacerme derramar más secretos.

—Usted se subestima. ¿A las siete?

—Tengo una cena temprana y veré un espectáculo con Max.

—Después de eso, entonces. Diez.

Una vez más, él la esperó. La corriente de sexualidad brotaba de él en oleadas. ¿No era esto exactamente lo que necesitaba? ¿Un hombre que la quisiera y no tuviera miedo de invitarla? En lugar de sentarse junto a Max a escuchar cantar a Celine sobre el amor no correspondido, podría llegar a conocer el Sr. Rubio, Alto y Atractivo... y tal vez, ¿hacer su futura estancia de una sola noche un poco celosa?

Él se rió y negó.

—Usted es una delicia. No he tenido que trabajar tan duro para conseguir que una mujer acordara ir a un cóctel en mucho tiempo.

—Bebidas antes de la cena. En la barra. Seis.

—Hecho.

Se dirigió a su habitación para ducharse y cambiarse para la noche, sin saber cómo su enorme error en el negocio le había anotado una cita caliente. Tenía una última noche en Las Vegas, antes de regresar a casa y tenía la intención de sacar el máximo provecho de ella.

Que se joda Celine Dion.



Carina caminó a través de las puertas del famoso bar V y buscó a su cita. Las líneas elegantes y sensuales de la sala encajaban con su humor. Las tumbonas de cuero fluían a través de la barra y la multitud ya se había

congregado a saborear sus populares martinis. Heladas paredes de cristal encajonaban el espacio con más privacidad. Perfecto para un cóctel rápido antes de la cena con Max.

Inmediatamente, ella fue conducida a la mesa del rincón donde Sawyer se levantó para saludarla. Estaba de negro y era el color perfecto para él. Flaco y elegante, el cabello hasta los hombros le enmarcaba las duras facciones de su rostro. Había un aura peligrosa en él que la intrigaba.

Ella pidió un martini seco y se dedicaron a charlar.

—¿Qué le parece Las Vegas hasta ahora?

Carina señaló a su alrededor.

—¿Qué más se puede pedir? He estado atrapada en Bérghamo toda mi vida, así que esto es como una comida gourmet después de vivir solo con galletas.

Él sonrió.

—He viajado a Milán muchas veces y conozco a su madre. Siempre me ha gustado la tranquilidad de su hogar.

—Bérghamo es parte de mi alma. Pero he vivido con tres hermanos mayores que eran sobreprotectores y era difícil de experimentar algo nuevo y emocionante. Estoy disfrutando con gusto mi libertad.

—La libertad es una bebida embriagadora. —Esos ojos brillaban con picardía—. Como el primer trago de un buen vino. El sabor es más explosivo debido a estar contenido por muchos años.

Ella sacó una aceituna de su copa y la deslizó por el palito. Su mirada fija siguió a su boca con evidente interés.

—Usted es un poeta, Sawyer Wells. ¿Quién lo hubiera pensado? ¿Cómo conoce a mi madre?

—Nos conocimos hace años. Ella me sacó de una situación delicada y yo le prometí mi lealtad.

Ella levantó una ceja.

—¿Va a contármelo?

—No.

Carina sonrió abiertamente.

—Usted debe haber leído el manual de las mujeres. Nos encanta un buen misterio.

—Pensé que también les gustaba arreglarnos. Salvarnos de nosotros mismos.

—Lo hacemos, pero rara vez nos dejan.

Un escalofrío le recorrió la espalda en la llamarada repentina de calor en su mirada fija. Oh, sí, estaba fuera de su liga. Este hombre era un maestro de la seducción y ella pertenecía al campo de entrenamiento. Aun así, las bromas embriagadoras y su agudo ingenio la atraía, al mismo tiempo que la asustaba como el infierno.

—¿Va a decirle a Max acerca de nuestra cita?

La mención de su nombre la tiró de espaldas a la realidad.

Sus dedos apretados.

—Si él me lo pregunta.

Sawyer cogió el movimiento y se inclinó. El aroma de maderas y almizcle la envolvió en la sensualidad.

—Hábleme de su relación con Max.

—Es el mejor amigo de mi hermano. Hemos crecido juntos y él siguió a Michael a Nueva York para abrir *La Dolce Maggie*.

—¿Amigos de infancia?

—Sí. ¿Por qué tantas preguntas sobre Max?

Sawyer la estudió.

—¿Él la ha reclamado?

Ella chisporroteó sobre su trago.

—¿Perdón?

—¿Están durmiendo juntos?

—No. Pero no estoy segura de por qué eso sea asunto suyo.

—No hay duda de que debería tener miedo de preguntar, Carina. Usted no es sólo bella, sino inteligente. Una combinación peligrosa. Quiero asegurarme de que está libre.

Su tono rico la embriagó con la posibilidad. Este hombre la deseaba. ¿Por qué no se desmayaba y lo invitaba a su habitación? *Maldito Max*. De alguna manera, ella estaba atrapada todavía en su amor de infancia, y eso sólo la molestó.

—Estoy libre. Y estoy cansada de hablar de Max.

Él extendió la mano y cogió la suya. Una sacudida agradable vibró a través de ella, pero nada tan intenso en su bajo vientre como cuando Max la tocaba. No es que pensara en Max.

—Así soy yo. Aunque tenga que liberarla para que pueda cumplir con su cita para cenar.

Ella inclinó la cabeza y su cabello se deslizó sobre un hombro.

—Pero todavía no.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—No, todavía no. ¿Qué pinta?

—Retratos. Miembros de familia, bebés, animales. Me encanta mirar más allá de la superficie de la gente y tratar de capturar algo que ellos nunca ven. Me recuerda a cómo mi cuñada describe su fotografía.

—No puedo pintar una figura de palo, pero puedo apreciar. Recuerdo mi primer viaje a Italia y emborracharme en el arte. Casi fui detenido en la Galería Uffizi porque no me marchaba.

—Sí, he perseguido las galerías mi vida entera. La primera vez que puse los ojos en la Capilla Sixtina lloré como un bebé.

—¿Nunca quiso pintar profesionalmente?

El deseo se apoderó de ella, feroz y crudo. Cuanto más se daba cuenta de su futuro con *La Dolce Maggie*, más su alma clamaba por algo diferente. Carina vaciló, sin saber cuánto compartir con él.

—Sí, pero nunca creí en mí misma lo suficiente.

Sawyer asintió.

—Sé lo que se siente.

El silencio entre ellos latía con el señuelo de la amistad y la posibilidad de más.

Carina sonrió.

—Ahora, cuénteme sobre el glamoroso mundo de los hoteles.

Hablaron durante una hora hasta que llegó el momento de encontrar a Max para la cena. Sawyer estrechó su mano dentro de la suya.

—Carina, me gustaría que se uniera a mí después. Le voy a mostrar el club y podemos ir a bailar si lo desea.

Carina vaciló. Su necesidad de Max luchó con la tentación delante de ella.

—No lo sé —susurró.

—Voy a estar en el Tao esperando. Usted decide.

Le dio un beso en la mejilla y la dejó.

Sus fantasías pasadas pelearon con su presente.

Era hora de elegir.

Carina se dirigió nuevamente a la sala donde Max la esperaba. La expresión de su rostro cuando la vio marcó el tono de la noche.

Su boca abierta. Su mirada explorándola toda y su fisionomía apretada.

—No puedes usar eso —susurró con furia—. Por el amor de Dios, Carina, ese vestido es, ese vestido es...

—¡Hmm! Un simple “te ves bien” habría sido más apropiado.

En el momento que vio el vestido de *Versace* que ella llevaba puesto se volvió loco. Las elegantes tiras cruzadas envolvían sus pechos en un perverso juego de las escondidas, hasta que el espectador no tenía idea de qué era tela y qué era piel. La falda se entallaba en la cintura y luego caía al suelo en una serie de cortes irregulares, y el estupendo color durazno complementaba con su piel oliva.

Un rápido viaje al spa para una depilación brasileña y aunque había gritado, el dolor había valido la pena. Traía su melena suelta y sólo llevaba un brazalete de oro macizo alrededor de sus muñecas, pareciéndole una sexy esclava.

Su total mutismo hizo que el precio bien valiera la pena. Mejor aún, cuando por fin ella se volvió.

Él siseó en un suspiro. La tela en la parte posterior marcaba la curva de sus nalgas. Ella había empezado la noche con un coqueto juego que tenía la intención de ganar. Echó el siguiente comentario sobre su hombro.

—Si no te gusta, siempre lo puedes quitar.

Él no dijo una palabra.

El restaurante *Canaletto* estaba lleno, pero fueron llevados inmediatamente a una acogedora mesa afuera cerca de la Plaza de San Marcos. Los magníficos colores cremas y las luces brillantes daban un aire de íntima elegancia mirando hacía al Gran Canal, donde las

góndolas pasaban trayendo murmullos de conversación que flotaban en el aire. Sintiendo como si hubiera sido transportada a Venecia, Carina se relajó y pidió una copa de *Montepulciano* y disfrutó de la riqueza terrenal en su lengua. Cualquier cosa era mejor que permitir a su boca reírse como una idiota.

¿Por qué siempre tuvo que verse así... perfecto? Cuando Sawyer era todo sexo crudo y oscuridad, Max le recordaba a un playboy pulido, con un encanto natural y elegancia nata en sus huesos. Su traje había sido sustituido por una camisa de seda azul marino, pantalones casuales, y botas de cuero de tacón bajo. Su reloj *Vacheron Constantin* brillaba como plata bruñida alrededor de su muñeca mientras agarraba su copa de vino y tomaba un largo trago.

El plan era simple. Usar su tiempo durante la cena para seducirlo. Desafortunadamente, se dio cuenta de que él había decidido jugar su propio juego: el baúl de los recuerdos.

—¿Recuerdas la vez que trajiste a casa aquel chico de la escuela y Michael y yo te seguimos hasta la cafetería de Sam? —Sacudió la cabeza como si estuviera fingiendo recordar—. Nos ocultamos en los arbustos y cuando el tipo se inclinó para besarte, Michael saltó. Lo asustamos tanto que te dejó allí, así que tuvimos que llevarte a casa.

La imagen todavía pinchaba. La humillación de tener a Michael acosándola con su compañero minó seriamente a su vida amorosa.

—¿Y tu punto es? —le preguntó secamente.

—Lo siento, sólo recordando cómo era de sobreprotector tu hermano. Eso es todo.

Buen punto. Al lanzar a su hermano mayor en la conversación, asesinó definitivamente a la seducción. También era un recordatorio directo de los intereses en juego. Ella necesitaba estar arriba de su jugada. Carina tomó otro sorbo de vino, se lamió los labios y sonrió.

—Tuve una cita con Sawyer esta tarde.

Él la miró fijamente. La expresión de asombro en su rostro calmó su confianza.

—¿De qué estás hablando? ¿Sawyer te invitó a una cita?

—Sí.

Apretó los dientes en un arrebató varonil.

—¿Cuándo?

—Fui a verlo a su oficina. Le dije que estaba saliendo de la negociación debido a mi error y que la cifra que le dimos era imposible.

Una maldición escapó de sus labios.

—Se suponía que me ibas dejar manejar la situación.

Carina alzó la barbilla.

—Si cometo un error lo arreglo, Max. Ya deberías saber eso sobre mí.

Se frotó la frente.

—Lo hago. Sólo deseo que no te sientas como si siempre tuvieras que tomar el mundo por ti misma para demostrar que eres digna.

La declaración la golpeó en lleno. Realmente la conocía, más íntimamente que cualquier otro hombre.

—Bueno, ya está hecho. Sawyer estuvo de acuerdo en no permitir que mi equivocación afectara las negociaciones.

—¿Sentiste que tenías que salir con él? ¿Te presionó?

—No. Yo quise.

Él se echó hacia atrás.

—Sawyer está fuera de tu liga, Carina. Mantente alejada de él.

Él podía haber repetido sus propios pensamientos, pero todavía le molestaba.

—No sabes en qué liga puedo jugar en cualquier momento. ¿Por cuánto tiempo hemos sido amigos?

—Lo suficiente para saber que él no es el adecuado para ti.

—Entonces, ¿quién lo es?

Prácticamente se tamizó del desafío directo, centrando su atención en el vino. Ella esperaba un poco de celos para tirárselo encima, pero una vez más, él se echó atrás ante un desafío ocultándose detrás de un retorcido sentido del honor.

—Vamos a cambiar de tema, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Me hice una depilación brasileña hoy.

Se ahogó con el pedazo de pan en la boca. Con ojos llorosos, bajó la voz.

—¿Me estás tomando el pelo? No hables de esas cosas.

El sudor de su frente le dijo que se sentía incómodo en otros aspectos.

—¿Por qué no? Si insistes en los temas de conversación que me retratan como una niña pequeña, supongo que tengo que recordarte que estoy crecida. —Ella le guiñó un ojo—. ¿Quieres verla?

Un rubor se deslizó hasta su mejilla.

—No. Y tampoco dejes que nadie más la vea. —Se movió en su silla—. Estás jugando un jodido juego conmigo y no estás pensando en las consecuencias.

—Vamos a repasar las opciones entonces, ¿de acuerdo? —Puso su mano y enumeró los elementos con cada dedo—. Los dos somos adultos con consentimiento. Atraídos el uno al otro. Será sólo por una noche. Y seguiremos adelante. ¿Cuál es el problema que omito?

El camarero depositó los platos de lubina chilena horneada bajo una costra dura de sal. Las papas Yukón estaban cortadas y servidas junto a la mesa, chorreando aceite, ajo y hierbas. Ella pinchó un trozo del escamoso pescado y gimió por la magnífica textura y crujiente piel.

—Maldita sea, esto está bueno —dijo.

—Lo sé. La polenta está perfectamente preparada. Intenta emparejarla con el tomate.

—Bien.

Comieron en un silencio reverente por un rato, cada uno cayendo en un coma inducido por la comida debido al placer. Finalmente él se animó e inició la conversación.

—Déjame decirte las razones por las cuales no podemos tener un romance.

—Un romance de una noche.

—Lo que sea. En primer lugar, tu hermano confía en mí para cuidarte y eso me haría perder su lealtad. En segundo lugar, nuestras madres se conocen y enloquecerían si se enteran. En tercer lugar, técnicamente trabajas para mí y eso podría trasgredir las líneas entre nosotros en los negocios.

—Michael y nuestras madres nunca lo sabrían. Nuestra relación de trabajo no se afectaría dado que estaré en otra división. ¿Por qué no deberíamos satisfacernos? ¿No sería mejor que fueras mi primera experiencia sexual en vez de alguien que no conozco?

El odio salió en olas de él.

—No desperdicies tu virginidad por una mierda de la sociedad que le dice a las mujeres que vivan el día. Debería ser especial, con alguien que amas. No en un amor físico sin futuro. La respuesta es no. Puedes discutirme, persuadirme y tentarme todo lo que quieras. No voy a dormir contigo o engancharme en un corto romance que podría arruinar toda la base. No lo arriesgaré.

Necesidad cruda brotó de sus entrañas y la estranguló. No iba a funcionar. Su fantasía de una noche era, simplemente, una fantasía. En lo profundo, ella simplemente no valía el riesgo para él. Otra experiencia que le decía que ella no era el tipo de mujer que enloquecía tanto a un

hombre con deseo que rompería las reglas. Incluso medio desnuda y dejando a un lado su orgullo. Querido Dios, hasta sus intentos de seducción estaban basados en una conversación lógica sobre lo favorable y la obligación de un romance.

La humillación ardió. Deseaba meterse en su cama, subir las sábanas por encima de su cabeza y llorar. Justo como había hecho tantas veces antes cuando se dio cuenta de que Maximus Gray nunca la podría desear de la manera que ella lo deseaba.

El sueño se alejó con una nube de humo, casi como un espejismo. Max la miró con preocupación. Esa jodida mirada que le dirigía, la cual podría satisfacer o molestar la superficie de sus fantasías más oscuras.

Tal vez, alguien más podría.

Una imagen de Sawyer apareció en su mente. Un hombre interesado en ella como mujer, no como una amiga de infancia. Con él, podría ser capaz de experimentar todo lo que deseaba. Tal vez era tiempo de saltar a lo desconocido. Estaba tan cansada de ir a la cama sola, noche tras noche. Solitaria e insatisfecha a los veintiséis años. ¿Cuán triste era eso? Lentamente, limpió sus labios con la servilleta y forzó una sonrisa.

—Supongo que tomaste tu decisión.

—Créeme, esto es lo mejor para los involucrados.

Ella asintió.

—Entendido. Sin embargo, hay una cosa que debes prometerme.

—¿Qué?

Carina levantó su barbilla y encontró su mirada.

—Déjame ir.

Él pestañeó.

—Lamento haberte molestado, cara. Por favor no me digas que perdí tu amistad. Significa todo para mí.

Ella reprimió las lágrimas que quemaron en sus ojos.

—Nunca me perderás por completo. De una forma, creo que siempre seré parte de tu vida. Pero ya no puedo jugar este juego por más tiempo. Necesito seguir adelante y tomar mis propias decisiones, bajo mis términos. Esta noche, tomaste la decisión de cortar los lazos. Perdiste tu derecho a decirme con quién debo dormir.

Él apretó los dientes y se inclinó hacia adelante.

—Por favor no me digas que vas a irrespetarte para ganarme.

Una risa sin humor escapó de sus labios.

—*Dio*, cuán arrogante. Y tienes toda la razón de pensar eso porque te he dado mucho poder. Pero ya no más. Y no dormiré sola esta noche. Y no es porque me esté irrespetando, bastardo. Es porque finalmente estoy reclamando lo que he querido por mucho tiempo. Un hombre que me haga explotar con placer y me pueda llevar a lugares que anhele ir. Un hombre que me sostenga, me dé orgasmos y comparta la noche conmigo. Renunciaste a ese derecho esta noche.

—Carina, no.

Ella empujó su silla y se puso de pie.

—Si tienes un poco de respeto por mí en absoluto, me dejarás en paz. Me merezco eso, Max. —Ella depositó su servilleta—. Gracias por la cena.

—Espera.

Ella se detuvo. Los segundos pasaron. Los sonidos de un restaurante lleno flotaron alrededor de ellos, el click de los cubiertos y los vasos, los sonidos de la risa, los botes deslizándose por el agua. Esperó mientras él parecía luchar con sus demonios. Un músculo de su mejilla saltó. Un punto decisivo estaba entre ellos. Su corazón latió y ella esperó su decisión final. Sus facciones talladas se retorcieron en una expresión de tortura y abrió su boca.

Sus palabras se quedaron en el aire como una viñeta de caricatura, en blanco hasta que el artista las dibujaba al final.

Su boca se cerró. Asintió y miró al extraño sin emociones que tomó su decisión.

—No te molestaré de nuevo.

Su garganta se apretó pero se mantuvo neutral. Cuando se alejó, se rehusó a mirar hacia atrás.



¿Qué había hecho?

Max miró la ruma de platos en la mesa y se aferró a los bordes de su sanidad. Agarró el vaso de vino, drenó el líquido restante e hizo señas para que lo volvieran a llenar. La noche se había vuelto un desastre y ni siquiera sabía por qué un pánico loco bombeaba por sus venas.

Había tomado la decisión correcta. *Mierda*, la única decisión.

No había forma de que pudiera llevar a Carina a la cama por una noche, reclamar su virginidad y regresar a los negocios. ¿Por qué ella no podía entender eso?

Esta noche no voy a dormir sola.

Sawyer.

Sus palabras finales lo persiguieron. ¿Ella buscaría a su amigo para probar un punto? ¿Estaba atraída hacia él? ¿Qué quería decir con “deseos oscuros” o “fantasías”? Sus manos se volvieron puños en su regazo mientras una avalancha de imágenes lo atormentaba.

Carina desnuda con otro hombre. Carina gimiendo, con su cabeza hacia atrás, mordiendo su hinchado labio inferior mientras un extraño entraba en ella. Carina murmurando el nombre de otro.

Peleó contra la rabia y la locura y se recordó que debía calmarse. En primer lugar, ella había dicho una buena amenaza, pero él dudaba que la

cumpliera. Probablemente flirtearía un poco, bailarían, incluso tal vez besaría a alguien para satisfacer su curiosidad.

Todo lo que necesitaba hacer era mantener su distancia y vigilarla. No interferiría y ella nunca lo vería.

Cuando el experimento terminara, regresarían a Nueva York y tal vez las cosas se calmarían. Ella saldría con un buen hombre que fuera digno de ella y no tendría problemas. Alguien agradable, más joven y respetable. No un hombre más grande y jodido que tenía problemas con el compromiso como él. Con ella, cualquier capacidad era un desastre garantizado. Le haría daño y nunca sería capaz de recuperarse de eso. Perdería la amistad de Michael, el respeto y su carrera.

Un romance de una noche no valía la pena. Ni siquiera con una mujer que calmaba su alma y lo hacía anhelar ser un mejor hombre.

Capítulo 10

*Traducido por NELLY VANESSA, Yanli y Akanet
Corregido por Clau*

— ¡Disfrutaste de tu cena con Max?
Carina se sentó en un palco privado sobre el club nocturno *Tao*. Sawyer la recibió en la puerta, donde la famosa estatua de Buda de seis metros saludaba a los invitados. Impresionada por el contrastante duelo entre la cruda sexualidad y calmante espiritualidad que el club ofrecía, Carina supo que había tomado la decisión correcta.

Mujeres vestidas con poca ropa bañándose en enormes tinas de mármol con pétalos de rosa, mientras las paredes rojas y velas calentaban los sentidos. Era un lugar para sí misma y para perder sus inhibiciones. La música hip-hop azotaba a la multitud en un frenesí, pero Sawyer inmediatamente la tomó por el codo y la guió escaleras arriba a una suite escondida detrás de unas exuberantes cortinas de terciopelo.

Champagne helado en delicadas copas y ramos de flores llenaban la sala con aromas exóticos. Obviamente a prueba de sonido, no había música fuerte haciéndose eco en su santuario. Un escalofrío le recorrió la espalda por la pregunta.

—Sí, estuvo bien. —Tomó un sorbo de champán, mientras su compañero la devoraba con la mirada. La intensidad de sus ojos la sacudió, pero se negó a acobardarse. Sawyer Wells estaba de suerte esta noche, y ella también. Fin de la historia.

La mirada en la cara de Max finalmente cerró la puerta a su pasado.

—¿En qué estás pensando?

Su orden la sacó del trance.

—Nada.

—¿Estás segura?

La verdad brincó entre ellos. De repente, su sencillo coqueteo giró al carril rápido. Como si él supiera que la pregunta era mucho más profunda, esperando su respuesta. La noche se extendía ante ella con un sinfín de posibilidades y estaba harta de ser el segundo lugar de un hombre. En ese momento, disfrutaba de su libertad y de las opciones ante ella. Esta vez no elegiría mal.

—Estoy segura.

Sus labios se torcieron en una sonrisa y de pronto él se cernió sobre ella. Todo ese calor sensual pululó a su alrededor.

—Me alegro. Esta noche quiero darte placer. No había estado tan intrigado por una mujer en todo el tiempo que puedo recordar.

Piel de gallina subió en sus brazos. Varias copas de champán más fluyeron, hasta que un agradable zumbido de cosquillas se sintió en sus orejas y el mundo se volvió bonito y borroso. Ella sintió de cerca que la noche acabaría en la cama y cayó en la charla.

—¿Traes a todas las mujeres a tu club para seducirlas?

—No. La mayoría de ellas tratan de seducirme.

—¿Cómo lo hacen?

Sawyer se rió entre dientes.

—Te sorprenderías. Pero no quiero hablar de otras mujeres. ¿Te gusta la música? ¿Bailar?

—Sí.

—¿Vamos a ver el club, entonces?

Ella vibró de placer.

—Me encantaría.

Él la llevó a afuera de las cortinas, por las escaleras y a la sala principal. La música sonó a través de los altavoces con un sucio ritmo hip-hop. Su sangre se calentó por el alcohol, enlazó su brazo con el de él y fueron a través de la multitud con facilidad. Mujeres con faldas cortas y brillantes tacones altos sacudían las caderas. Hombres les agarraban las caderas y las nalgas y se empujaban atrás y adelante en una exhibición pública de sus mercancías.

Las luces cegaban y brillaban. La sensualidad terrenal de cuerpos semidesnudos, perfume y sudor llenó el aire y algo dentro de ella luchó por ser libre y sentirse liberado.

La libertad latía en sus venas y el calor ardía dentro de ella mientras bailaba. Sawyer la agarró y la atrajo hacia sí y ella deslizó sus brazos alrededor de su cuello. Con cada latido de la música, sus cuerpos se tocaban, se deslizaban y se volvían a juntar. El glorioso olor de él la tentó a dar el paso final. Sus ojos se cerraron.

Sus dedos se enredaron en su cabello y él le habló al oído.

—Ven a mi habitación.

La palabra sí flotó en sus labios.

Sus párpados se abrieron. Necesitaba más tiempo para decidir. Ignoró su pregunta y siguió bailando, dejando que el pulso de la música pasara a través de ella.

Su mirada se conectó con un par de penetrantes ojos azules detrás de Sawyer.

Max.

Él estaba de pie en el bar, saliendo de la multitud quedándose solo y la observó. Un lamentoso grito pidiendo liberación, sólo para él, pero ya era demasiado tarde y ella tenía que dejarlo ir.

—Sí —de repente le contestó a Sawyer.

Ella esperó a que Sawyer la besara. En cambio, él se retiró y estudió su expresión. Luego, lentamente, se dio la vuelta.

—Vamos. —Carina agarró su mano y tiró de él fuera de la pista de baile, pero ya era demasiado tarde. Max se alzó ante ella, todos sus músculos vibraban con furia pura. Su sangre se calentó en respuesta y sus bragas se pusieron mojadas. Su cuerpo sintió volver a la vida bajo su orden.

—¿Qué demonios está pasando? —Sus palabras fueron dirigidas a Sawyer, pero ella se interpuso entre ellos.

—No es asunto tuyo —dijo entre dientes—. Prometiste que me dejarías en paz.

Sawyer miró a su amigo con ojos duros.

—Cálmate, amigo mío. Ustedes no están saliendo y ella dejó claro que estaba disponible.

—Ella es la hermana de Michael, por el amor de Cristo.

—¿Y? También es una mujer hermosa que elige a sus propios amantes. Creo que ha hecho su elección para esta noche.

Su mano salió disparada y agarró el cuello de Sawyer.

—Voy a matarte.

Sawyer no tuvo tiempo de reaccionar. Su demonio interior brotó y se lanzó hacia Max, empujándolo con fuerza.

—No tienes derecho —gritó ella—. Déjanos en paz.

—Carina, no tienes ni idea de lo que estás haciendo. —Sawyer se sacudió en un arranque de mal genio masculino que nunca había vislumbrado en él antes.

—Basta. —De repente, Sawyer fue libre y salió de la línea de fuego de Max—. Carina, cariño, por favor siéntate aquí un momento. Ya vuelvo. Tengo que hablar con Max.

—Pero...

—Por favor.

Temblando de emoción contenida, ella hizo un gesto brusco y se sentó en el taburete más cercano. Observó a Sawyer llevárselo. ¿Por qué hacía esto? Él no la deseaba lo suficiente como para él mismo, pero se negaba a darle la oportunidad de pertenecer a alguien más. El juego enfermo que habían jugado en los últimos meses la había retorcido en nudos.

Una canción pasó. Otra. Observó a la multitud perderse en la música y se levantó de su asiento. Al diablo con Max. Al diablo con Sawyer. Al diablo con todos.

Ella iba a bailar.

Carina se empujó hacia el suelo y se entregó a la música.



Max estaba acostumbrado a lidiar con un amplio rango de emociones. Cuando finalmente había hecho lo suficiente como para saber la verdad acerca de su padre, experimentó intensa ira. Furia negra hirviente que lo retorció por dentro y lo chocaba contra su fuerza. Entonces, usó su juventud para hacerse a sí mismo alguien que valiera la pena. Lo suficiente para que su padre eventualmente lo buscara y reclamara como su hijo. Cuando falló de nuevo, experimentó el amargo sabor de la decepción, duelo y deseo de venganza.

Nada comparado con el momento en que vio a Carina en sus manos.

Siguió a Sawyer hasta la mesa privada, donde la esencia de Carina seguía flotando en el aire. Sus dedos se flexionaron y se plantó como si

fuera un boxeador a punto de empezar una pelea de doce rondas, negado a sucumbir por Knockout.

—¿Qué vas a hacer con Carina?

Sawyer sacudió los brillos de su camisa y le dio una mirada de advertencia.

—La única razón por la que has podido tocarme es porque te dejé. Una vez, mi amigo. No me tientes de nuevo.

—No tienes derecho a tocarla, y puedo patear tu culo tanto como lo hice hace diez años

Una pequeña sonrisa curvó los labios de Sawyer.

—Ah, recuerdo eso. Pero estaba ebrio en aquella ocasión. Esa vez ganaste a la mujer. Y como de costumbre, no la mantuviste por mucho rato. Esta vez creo que llegaste demasiado tarde.

Max miró el ligar en un esfuerzo por no lanzarse encima de él y golpear a su viejo amigo hasta la mierda.

—Escucha, ella es una inocente y la hermana menor de Michael. Si la tocas, el volará hasta aquí en un latido y hará de tu vida un infierno viviente.

Sawyer sacudió su mano desmereciendo.

—No me asusto con tanta facilidad si veo a una mujer a la que deseo. Una mujer por la que valga la pena la pelea. ¿No la decepcionaste? Estoy seguro de haber preguntado por su relación y ella me dijo muchas veces que no estaban juntos.

—¡Por supuesto que no estamos juntos! Nunca traicionaría a Michael o echaría a perder su vida. Tú tienes un estilo de vida diferente, Sawyer, cosas que están muy por encima de ella. Ella merece alguien mucho mejor que tú o que yo. Necesita una relación comprometida.

Sawyer lo estudió por un momento, sus ojos oscuros atravesaban toda la mierda e impactaban en el centro.

—Carina nunca ha dejado claro que quiere algo a largo plazo. De hecho, parece lo contrario. Tú siempre has disfrutado ser el miembro dominante en tu vida sexual. ¿Por qué mis opciones son tan diferentes?

—¡No se trata acerca de poder y sexo. ¡Merda! Ella es virgen.

—¿Por qué te asusta tanto su virginidad? Creo que tú estás más apegado a eso que ella. —Lo señaló con el dedo—. ¿Realmente la has mirado? Tan pronto como tomé el control, prácticamente se derritió en mis manos. Tiene tendencia sumisa y lo hará aún mejor con un amante dominante, alguien que presione sus bondades. Normalmente me gustan las mujeres un poco más trabajadas y con experiencia, pero Carina está llena a reventar de experiencias sexuales. Solo necesita al hombre correcto.

—Ese hombre no eres tú. Nunca antes cruzaste la línea de los negocios. Tenemos un acuerdo sobre la mesa.

Sawyer caminó hacia el bar y pidió dos copas de *cognac*.

—Carina ya no está trabajando en este acuerdo. Renunció.

—Si, pero aún trabaja para la compañía.

Le extendió una de las copas y Max se tragó todo el líquido de un trago.

—Me confesó algo hoy. Está en el abismo entre permanecer en la compañía o escoger un futuro diferente, pero no creo que se dé cuenta de eso todavía. —Sawyer sonrió—. Ella es un espíritu de fuego atrapado en una cubierta inocente. Una vez encuentre su pasión, será indetenible.

La idea de que ella se hubiese comprometido en una conversación tan íntima con Sawyer le crispó los nervios. Colocó fuertemente el vaso sobre la mesa y se pasó los dedos por el cabello. ¿Qué demonios le estaba pasando? Se agarró del último soplo de control que le quedaba.

—Llamaré a Michael esta noche si la tocas. Él te arruinará la vida y yo te enviaré al hospital.

Si amigo rugió con una carcajada que solo lo hizo enojar aún más.

—¿Siquiera te has escuchado a ti mismo? Carina no es un juguete ni una propiedad, es una mujer adulta. Pero parece que tú lo sabes. Simplemente no quieres pensar en ella de esa manera porque no tendrás más excusas. —Sawyer sacudió la cabeza—. La tienes mal, Maximus. Normalmente voy tras lo que quiero y no me importan las consecuencias, especialmente por una mujer tan magnífica como Carina. Ella es una inocente y una Eva al mismo tiempo. Su espíritu es dadivoso y puro. Ella vale la pena. —Su asombro murió y el reto se sintió en el aire—. La única razón por la que daré un paso al lado es por la mirada en su rostro cuando te mira. Se siente atraída por mí, pero solo en la superficie. Tú eres a quien quiere. —Sawyer se movió y murmuró una maldición—. No me gusta jugar a reemplazar al amante que ella quiere. Resuelve esto con ella, o tomaré mi oportunidad tarde o temprano.

Una quemante angustia pasó por Max. No podía resistirse a ella de nuevo. Si ella se ofrecía una vez más, iría al infierno y se haría cargo de las consecuencias. Deslizarse en su apretado calor y tomarla sin fin hasta sacarla de su sistema era su único recurso. Su código moral y su deseo profundo hasta los huesos por ella tenían una sucia batalla.

Mientras sentía su conflicto, Sawyer cerró la distancia entre ellos y lo tomó por un hombro.

—¿La quieres?

De hombre a hombre, miró a su amigo y le dijo la verdad.

—Sí. Pero renunciaría a todo en lo que creo. Nunca funcionaría nada entre los dos. Ella es demasiado buena para mí.

Sawyer asintió.

—No podemos saber el futuro. Supongo que depende de cuánto dinero quieras arriesgar en la apuesta.

Sus pensamientos giraron en un remolino. Los demonios ganaron, incitando a la lujuria y excitación que nunca había experimentado. Los meses de tensión sin fin despertaron en un crescendo, hasta que pudo enfocarse realmente en reclamarla. A introducirse en su esencia y calor.

A sentir su boca abrirse bajo la suya, deslizando sus dedos en su cabello. A escuchar su risa y sus gemidos y ser el hombre que finalmente la enseñara acerca del placer. A reclamarla por una sola noche y tocar el cielo.

No tomó mucho tiempo. Ya estaba no en el taburete, la vio en la pista de baile en medio de una maraña de hombres y mujeres en un mundo de borrachos donde gobernaba la música y la oscuridad enmascaraba las realidades del día. En las Vegas, la noche siempre ganaba.

Su piel brillaba por debajo de las luces giratorias. El sudor se deslizaba por su cuello y corría por el valle de sus senos. Ella echó la cabeza hacia atrás y dio vueltas, él contuvo el aliento cuando se dio cuenta de que Sawyer tenía razón. Carina exudaba el poder de los dioses, evidente en la curva de sus labios sonrientes, sus ojos cerrados y el balanceo de las caderas. El vestido se enrolló y reveló la piel desnuda de sus muslos.

De repente, supo que moriría si no la tenía.

Todos los caminos llevaban a este momento y a la mujer delante de él.

Se acercó cuidadosamente hacia ella, agarró sus caderas y la atrajo con fuerza contra él.

Sus ojos se abrieron de golpe y dejó escapar su aliento en un silbido agudo. Su erección sobresalía de sus pantalones y la atrajo hacia sí para que percibiera toda la potencia de su excitación. Su seducción no le dio la bienvenida en sus brazos y sonrió con invitación.

En cambio, se mofó y sacudió su barbilla.

—No lo creo. Ve a buscarte una agradable camarera. ¿Dónde está Sawyer?

Se dio cuenta entonces de que esto no iba a ser fácil, pero sería divertido.

—No está aquí. Supéralo.

Ella resopló y no cedió ni un centímetro.

—No tengo que superarlo, Max. Desde que no eres el hombre para el trabajo, ¿por qué no te haces a un lado?

Él sonrió. Bajó la cabeza. Y mordió la delicada curva de su cuello.

Un escalofrío la sacudió. Su mano se acercó y rozó sobre la dura punta de sus pezones asomados a través de la tela. *Querido Dios, gracias.* Ella no estaba usando un sujetador.

—Cometí un error. Sawyer me hizo ver lo idiota que he sido. Negando cuánto te deseo. Negando lo que hay entre nosotros. —Su pulgar frotó nuevamente la punta de su pecho—. He terminado de huir.

Ella se negó a rendirse.

—Mentiroso. Vas a acompañarme a mi habitación y meterme en la cama. A decirme que me sentiré mejor en la mañana y te palmearas en la espalda por conseguir alejar a la inocente Carina del lobo feroz. Vete a la mierda, Maximus Gray. He encontrado a Sawyer.

Se giró en sus brazos pero él le dio la vuelta y la levantó por sus nalgas atrayéndola fuertemente contra él. Esta vez, capturó su pequeño jadeo de asombro cuando aplastó su boca sobre la suya.

La música golpeaba y su lengua se zambulló profundamente, empujando en cada esquina y asegurándose de que ella supiera quién dominaba a quien. En segundos, su cuerpo se fundió en señal de rendición y empujó sus dedos en su cabello. Él se tomó su tiempo hasta que su intención fue bien conocida, entonces lentamente rompió el beso.

Su labio inferior temblaba.

—¿Max?

—Yo soy el lobo feroz, cariño. Ahora lleva tu culo hasta tu habitación.

Ella no se movió.

—¿Por qué ahora?

Él apretó los ojos cerrados para negar la verdad, pero ella se merecía más. Cuando finalmente abrió los ojos, le dejó ver todo. —Porque te

deseo. Siempre te he deseado, Carina. No te merezco, o esta noche, pero la idea de otro hombre tocándote me da ganas de darle una golpiza a él.

La sonrisa que iluminó su rostro golpeó directamente a través de su pecho.

—Bueno, está bien entonces. Vamos.

Él la arrastró fuera de la pista de baile, sus dedos aferrados firmemente en ella, atravesando el casino donde los sonidos de las máquinas tragamonedas se elevaban en el aire. Atravesando una multitud reunida alrededor de la mesa con la ruleta, animando a un hombre vestido con atajos sucios y una camiseta con una imponente torre de fichas al lado de él.

Alrededor de la barra de madera de cerezo con parejas vestidas con brillantes vestidos de coctel y trajes, con bebidas de neón a sus lados. En los ascensores donde deslizó la tarjeta en la ranura, tiro para el penthouse y la llevó a la habitación. Guardaron silencio, más allá del tiempo de las palabras. Sólo la acción. Buscó a tientas una vez la cerradura, finalmente entraron en la habitación y pateó la puerta para cerrarla.

Max había soñado muchas veces con seducir a Carina Conte. Desde que irrumpió de nuevo en su vida, había pasado más noches culpables con su pene en la mano y una imagen de ella detrás de sus párpados cerrados. La mayoría de sus fantasías giraban en torno a una introducción lenta al sexo; un montón de juegos sexuales, besos suaves y un empujón cuidadoso en su carne suave. Velas parpadeando, música romántica y una cama grande y suave.

Esta noche, había sólo un paseo penetrante de posesión, reclamo, placer. Él la empujó contra la pared, subiéndole el vestido y tomando su boca. Sus dedos chocaron contra la suave piel formando ampollas con el calor, y se tragó sus gemidos mientras su lengua empujaba contra la de ella.

Probó el champán, delicioso chocolate y una embriagadora combinación de pecado. Max mordisqueó su labio inferior y ahuecó sus nalgas para levantarla más sólidamente contra él. Su cabeza giró y él luchó por el

férreo control que generalmente se lucía en sus actividades de dormitorio. Nunca había experimentado tanta necesidad en carne viva de tomar, reclamar y poseer.

—Vas a pagar por burlarte de mí, cariño. No te equivoques.

Ella se arqueó y él percibió el aroma de su excitación. La satisfacción aumentó en reacción a sus palabras. Le gustaban los juegos previos verbales, una de sus actividades favoritas. Él arrastró pequeños besos y pequeños mordiscos bajando por la delicada curva de su cuello mientras que su muslo empujó sus piernas separándolas para tener acceso completo.

Su virgen inocente mordió fuerte en el lóbulo de su oreja.

—Hasta ahora has sido mucha charla y ninguna acción.

Max sonrió. Y le bajó sus bragas.

—El orgasmo número uno. Te daré lo que realmente quieres sólo cuando te disculpes por tu quejadera.

—Adelante.

Lo hizo. Un dedo se hundió profundamente mientras su pulgar golpeó su clítoris. Ella goteó alrededor de su dedo y añadió otro mientras masajeaba su canal ajustado, todo mientras giraba con círculos provocativos alrededor del nudo apretado. Ella gritó y se retorció, luchando contra él por más en una demanda que ninguna mujer experimentada tenía.

Sus uñas se clavaron en sus hombros mientras lo alcanzaba, y un grito fue arrancado de su garganta mientras el orgasmo se estrellaba sobre ella. Max observó su rostro mientras se derrumbaba, y su pene palpitó con una dolorosa necesidad de finalizar y tomarla. En cambio, extendió su placer continuando su ritmo y suavizándole el viaje. Ella se desplomó sobre él y Max rebusco profundamente por control.

—Oh, Dios —gimió. Su cuerpo temblaba por los resultados. La besó en esa boca hinchada y sumergiéndose en otro sabor—. Eso fue tan bueno.

—No he acabado contigo. ¿Oigo una disculpa ya?

Una sonrisa satisfecha curvó sus labios.

—Yo no he esperado todos estos años para eso, ¿verdad?

Dio, ¿de dónde había venido ella?

—Siempre fuiste una pequeña mocosa. Vamos a jugar, ¿sí? —Sumergió su cabeza y encontró su pezón a través de la tela de seda. Usó su lengua para humedecer la tela, luego la movió a un lado y lo chupó. Suaves soplos tocaron en su coño sólo para añadirse a la tortura, y pronto jadeaba y se arqueaba contra su mano, pidiendo más. —¿Dispuesta a pedir perdón?

—Sí.

—Demasiado tarde. Te diré cuándo esté dispuesto a aceptar tus disculpas. —Presionó el capullo apretado y giró su lengua, luego se trasladó al otro pecho. Jugó y la empujó de vuelta directo al borde, hasta que ella perdió todo su orgullo y suplicó. La letanía de su nombre en sus labios lo sacudió y la cruda posesión latió por su sangre.

Un golpe más fuerte en su clitoris; un mordisco en su pezón, y ella se zambulló otra vez.

Se estremeció y le dio todo. Demasiado lejos para jugar seguir jugando, desabrochó su vestido y lo empujó al suelo. Su glorioso cuerpo lo sacudió. Los pesados pechos coronados con pezones rubíes. Una suave ondulación en sus caderas y estómago. Piel aceituna interminable y un desnudo coñito depilado con qué torturarlo. Sus labios brillaban húmedos y rosas bajo su mirada y él murmuró una maldición arrastrándola en sus brazos. La empujó sobre la cama y se desnudó, colocándose sobre ella.

Ella se recostó y lo miró con ojos hambrientos que sólo lo endurecían aún más.

—Eres tan maravilloso —dijo conmovida.

Él sacudió la cabeza y se unió a ella en la cama.

—No, tú eres condenadamente hermosa. Más allá de lo que siempre soñé. Pero todavía me debes por ese tormento brasileño.

Sus manos acariciaron su espalda, sus nalgas, sus muslos. Sus suaves manos y el escozor de las uñas torturaron su resistencia. Querido Dios, él no podía ser capaz de durar mucho más, pero la quería tan excitada y mojada, para que no sintiera ningún dolor cuando la tomara por primera vez.

—¿Te gusta?

Besó su profundidad y el rico aroma de coco de su crema para el cuerpo se levantó a su nariz.

—Tengo que investigar más a fondo.

Sus ojos se ampliaron.

—Orgasmo número tres.

—Max, no creo... —¡oh, Dios!

Él empujó sus muslos separándolos y enterró su boca contra el pliegue de su pelvis. Sin pelo que estropearla la perfección de su feminidad al desnudo para su exploración. Presionó besos con la boca abierta sobre su montículo, sobre su vientre y bajando por sus muslos. Utilizó sus dedos para separar sus labios. Y la saboreó.

Sus gritos crecieron frenéticos y cantaban en sus oídos. Su sabor de almizcle y tierra y la excitación lo abrumaron y tomó hasta la última gota, cada empuje en su canal, cada lamida a través de su clítoris como una concesión de su humildad por su regalo.

Pronto, ella se corrió otra vez y Max supo que estuvo hecho. Con temblorosos dedos, agarró el condón y rasgó el paquete. Enfundándose a sí mismo. Y se deslizó subiendo por su cuerpo.

Sus ojos oscuros estaban borrosos y nebulosos, y su cuerpo se estremecía por sus orgasmos.

—Bebé, mírame.

Ella luchó por enfocarse.

—Tú ganas, lo siento.

Su magnificencia le derribó. ¿Habría otra mujer comparable alguna vez? ¿Estaba arruinado por el resto de su vida, cuando persiguiera a alguien que pudiera dar tanto como Carina?

—¿Lista para más?

—Sí. Muéstrame de lo que me he estado perdiendo.

Él empujó unos centímetros. Otros. Ella se aferró de sus hombros y pidió más. El sudor pinchó su frente y sus músculos se apretaron con la atroz agonía. Dios, estaba tan caliente y húmeda, pero no quería lastimarla. Unos centímetros más y estuvo hundido casi a la mitad. Si él no se moría primero.

—Maldito seas —gruñó ella—. Más. No me des esta basura cuidadosa, Maximus Gray. ¡Tómame ahora!

Él apretó los dientes y se abalanzó. Luego se hundió.

Mía.

Húmedo satén y tan apretada que se había zambullido en el cielo y el infierno. Ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas y clavó sus talones profundamente. Echó la cabeza hacia atrás en la almohada, pidió más.

Y él se lo dio.

Cada profunda estocada le exprimió con un ardor cegador y necesidad. Estableció un ritmo constante que pronto estalló en un viaje loco de lujuria y deseo. Desesperado, Max tomó un poco el control, pero ella no se lo permitió. Ella lloró y suplicó y exigió hasta que soltó su control y les dio lo que tanto querían.

Ella se tensó debajo de él y estalló.

Él la siguió. El orgasmo lo dividió en trozos irregulares y gritó su nombre.

Él rodó y la metió en la curva de sus brazos, tirando de la sabana sobre ellos. Presionó un beso en su pelo enredado.

Esta virgen había destrozado su mente.



Carina surgió del mejor sueño de su vida. La habitación permanecía oscura y el tiempo impreciso. Sus músculos le dolían como un placentero día después de entrenar. Se estiró y golpeó un pecho duro como piedra.

Max.

En su cama.

Sí.

Júbilo floreció. Se preguntó toda su vida lo que se sentiría tener toda la atención de Max en el dormitorio. Y maldita fuera si su fantasía palideció ante la realidad. Él era un amante feroz y salvaje que exigía todo y se lo devolvía. No era de extrañar que no hubiera sentido el impulso de regalar su virginidad hasta ahora. Esas seducciones amables y corteses no la hacían arder. El fuego y dominio de Max satisfacían algo que ella nunca supo que tenía. Su cuerpo escurrido y utilizado, así como su corazón.

Esta noche fue un raro regalo de proporciones épicas. Le dolía el corazón al pensar en el mañana, pero al menos tendría este precioso recuerdo y un conocimiento profundo de su alma.

—No me digas que estás lista para la ronda veinticuatro —gimió él y la arrastró sobre él. Su cabello negro azabache estaba deliciosamente alborotado. El rastrojo áspero alrededor de su barbilla hacía hincapié en la curva sensual de su labio inferior. Y chico él podía hacer cosas malas con esos labios. Carina hundió su cara en el pecho de él. Una pared sólida de músculo acolchaba su mejilla y el pelo crespo le hacía cosquillas en la

mandíbula. Ella pasó sus dedos a lo largo de la longitud de sus serpenteantes bíceps y aspiró el delicioso olor a sexo, jabón y hombre.

—Esos ocho años realmente apestan para la resistencia, ¿eh?

Él gruñó y le golpeó las nalgas. Ella gritó, pero el agradable ardor sólo la puso más excitada, y se movió bruscamente sobre su pene de repente endureciéndose.

—Brat. ¿Alguna vez serás domesticada?

—Si esos son los tipos de castigos que recibo, entonces espero que no.

Max parpadeó con el aire perezoso de un depredador después de una siesta.

—Es posible que necesite más tiempo para recuperarme entre sesiones, pero puedo pasar por rondas más largas sin pedir detenerme.

Su vientre se hundió y un delicioso escalofrío recorrió su espina dorsal. Ella nunca tendría suficiente de él, en la cama o fuera de ella.

—Tú has tenido más práctica. Dame tiempo.

Él sonrió, retorció los dedos en el cabello de ella y llevó su boca a la suya.

—Capataz de esclavos. —La besó minuciosamente, pero con una profundidad que le dijo que no tenía prisa, aunque su cuerpo indicara lo contrario—. Necesitas un baño para relajar esos músculos. No te quiero muy adolorida.

—¿Qué hora es?

—No es de mañana. Ellos no tienen relojes en la habitación y no me importa. Eres mía hasta el amanecer.

Su comando informal hizo que sus pezones se elevaran con interés. Con una última palmadita en su trasero, él salió de la cama y se dirigió hacia el baño contiguo. Momentos más tarde, el torrente de agua llegó a sus oídos.

—Siempre quise utilizar esa bañera spa, pero se veía demasiado sola para uno. —Desnudo, se acercó a la cama y le tendió la mano. Los

rastros alrededor de su mandíbula le daban un aspecto libertino y le recordaba a los piratas deliciosos de las novelas románticas históricas que amaba—. Ven conmigo.

Ella avanzó fuera de la cama y tiró de la sábana con ella.

Él sonrió.

—No lo creo. —Arrancó la sábana de su agarre y asimiló su cuerpo desnudo—. Eres demasiado malditamente magnífica para desperdiciarte con la ropa de cama del hotel. —Carina apisonó el repentino incremento de la modestia y lo siguió hasta el baño principal. Él caminaba con una gracia masculina que ponía en el camino su trasero duro como una piedra. Su boca se hizo agua e imaginó cómo sus dientes se hundirían en esos músculos duros.

Sus pies descalzos se deslizaron sobre el mármol brillante, y él había puesto una sexy música *R&B*. Los altísimos techos le daban la impresión de ser bañada en baños antiguos mientras la luz caía de ellos y en un espejo enorme de pared colgado en el lado opuesto de la pared.

La condujo hasta los escalones y la ayudó a entrar. El agua hirviendo se filtró en su piel y fundió la rigidez. Gordas burbujas la envolvieron en un magnífico aroma de lavanda. Él cerró el agua y se paró ante ella en toda su gloria.

Querido Dios, le recordaba a la orgullosa estatua de David. Músculos tendinosos tallados en sus hombros y brazos mientras descansaban en sus caderas. Rica piel morena brillaba con una fina capa de sudor. Su pecho contenía un remolino de pelo oscuro que se reducía a una fina línea bajando por su estómago y más allá. Con los pies separados, sus poderosos muslos preparados, mantenía un aura de poder y gracia, desnudo y vestido, un hombre cómodo con la piel desnuda. Cuando su mirada se posó en su pesada erección, experimentó su primer sonrojo.

—Ah, aún te queda un poco de timidez. Vamos a asegurarnos de exprimirla fuera de ti antes de tu siguiente orgasmo.

Sus palabras sucias la aceleraron y sus ya acelerados pezones se asomaron a través de la espuma. Él soltó una risa baja y se unió a ella en el baño. Agarrando sus caderas, la deslizó fácilmente sobre y encima de él, por lo que ella estuvo extendida en su regazo. La espalda de ella apretada contra su pecho y sus dedos rodearon sus pechos, de vez en cuando agitando su pezón con el pulgar.

Carina gimió y se movió en su regazo. La humedad se deslizaba de sus cuerpos juntos y sobre sus partes íntimas la volvía loca.

—¿Max?

Movió hacia un lado su cabello y mordisqueó su cuello.

—Tienes tantas partes sensibles que no quiero perderme ninguna. Debería ser ilegal que usaras ropa. Yo te mantendría desnuda.

Ella se rió, pero él estaba haciendo algo muy travieso entre sus piernas y el sonido se volvió un jadeo.

—Como demasiado. Julietta y Venezia siempre hacen dieta para permanecer delgadas.

Él apretó sus pechos.

—Y ellas no tienen partes divertidas con las que jugar. Confía en mí, Carina, nunca he deseado a una mujer tan fuerte como a ti. Tus curvas inspiran arte erótico y mil orgasmos. —Sus palabras sonaban verdaderas, claras y algo se relajó en su interior. Sus piernas flotaron apartándose y le dio un mejor acceso.

—Creo que obtienes una recompensa por esa declaración.

—Creo que la tomaré ahora. —De pronto él se irguió y la guió para que se pusiera de rodillas. La emoción por la posición vulnerable sólo la ponía más húmeda y ella vislumbró su reflejo en el espejo de cuerpo entero.

Él murmuró algo entre dientes y atrapó su mirada en el espejo.

Ella no reconoció a la mujer que tenía delante. Desnuda.



De rodillas. Su cabello revuelto sobre sus hombros, sus labios amoratados y una mirada soñadora en sus ojos. Max parecía un guerrero a punto de reclamar a su mujer y ella observó con fascinación mientras él tomaba un condón y se cubría.

—¿Te gusta mirar? —Su ronca pregunta arrancó un gemido de sus labios. Ella asintió, preguntándose por qué quería hacer todo con él esta noche, hasta que se derrumbara completamente saciada y agotada—. Esa es mi chica. Sostente del borde de la bañera.

Ella agarró el elegante mármol blanco y se aferró. Las manos de él frotaron su trasero como si la calentara para algo y entonces estuvo dentro de ella con un empuje fuerte.

El placer era demasiado intenso. Se agarró más fuerte mientras lo tomaba profundamente. La bofetada del agua en la bañera, la imagen visual de él reclamándola desde atrás, la fuerza implacable del orgasmo, todo se levantó y se mezcló en un infierno. Sus ojos oscuros se volvieron salvajes mientras se encontraba con los de ella en el espejo.

—Eres mía, Carina. Recuerda eso.

Metió la mano entre sus piernas. Empujo de nuevo.

Ella se vino.

Carina se sacudió debajo de él y se dejó volar. El apretar y soltar de los músculos, el exquisito dolor/placer de los pezones apretados y el clítoris latiendo con fuerza, todas las sensaciones la arrastraron hacia un nuevo mundo que nunca había experimentado. Los dedos de ella se agarraron de la superficie resbaladiza de la bañera mientras su cuerpo trataba de encontrar equilibrio y se preguntó si él la había arruinado de por vida.

¿Cuántos años había pasado soñando con algo que nunca podría haber imaginado? Esos besos amables con los chicos antes que él nunca llegaron a su núcleo. Ella había experimentado revoloteos de excitación con caricias, incluso experimentado orgasmos por el empuje de dedos masculinos talentosos y los suyos propios. Pero Max llegaba mucho más allá de cualquier superficie y arrastraba cada fantasía oscura que ella

enterraba para traerla a la vida. Él exigió más que respuestas corteses. El sexo era sucio y sudoroso y lleno de tantas contradicciones deliciosas que ella nunca se dio cuenta que existían.

Ella nunca se conformaría con nada menos que esto. Oh, la mujer que podría ser con el amante adecuado. Un profundo cansancio se apoderó de ella y se relajó contra Max, a la deriva por el placer durante un rato.



Un baño y una botella de agua compartida más tarde, ella se sentó desnuda en su regazo en la elegante silla de salón. Un fuego crepitaba y una manta los envolvía en un capullo de calor. Carina apoyó la cabeza en el hombro de él y suspiró. El profundo silencio tejía una sensación de cercanía y conexión entre ellos. Carina habló en voz baja:

—Creo que quiero renunciar a *La Dolce Maggie*.

Él pasó las manos por la espalda de ella con dulzura.

—Habla conmigo. ¿Esto es por tus errores anteriores?

—No, es más que eso. Creo que ya no soy feliz.

Él se puso rígido.

—¿Debido a mí?

—No, idiota. Por mi culpa. No sé si pertenezco al mundo de los negocios. Quería desearlo. Sólo por el hecho de que soy buena calculando números no significa que quiero hacer eso día tras día. Odio los cubículos y las ventas y las hojas de cálculo. No tengo el instinto asesino como tú y Julieta.

Él dejó escapar un suspiro. Pasó un rato antes de hablar.

—No sé si Michael va a aceptar tu decisión.

—Sí, lo sé. No he tomado una decisión final todavía. Voy a darle algo más de tiempo y seré honesta conmigo misma.

—¿Qué es lo que quieres hacer en su lugar?

Ella suspiró y se acurrucó más cerca.

—No estoy segura. Volver a mi pintura y tomarla en serio. Encontrar una manera de combinar en lo que soy buena con algo más creativo. Ya no tengo miedo de averiguarlo.

—Te apoyaré de cualquier manera, Carina. Creo que haces un gran trabajo en *La Dolce Maggie*. Pero tienes que ser feliz, te lo mereces.

—Gracias. —Una punzada de pérdida se apoderó de ella. Por fin se sentía como si realmente pertenecía a alguien que la entendía, pero su preciosa noche casi se había terminado. El tiempo marcaba un ritmo constante. Pronto, el amanecer rompería por el horizonte y la arrastraría a la realidad. Ella ya sabía que no tenían futuro.

Incluso si fueran capaces de ganarle a Michael, Max dejó bien claro que no estaba interesado en comprometerse en una relación, sobre todo con ella. Se quedó con seguridad detrás de las barreras construidas desde la infancia y citó la edad, la familia y un montón de otros obstáculos con el fin de racionalizar su decisión. Lo odiaba, pero se negó a luchar. Ella se merecía a alguien que la quisiera lo suficiente como para superar los obstáculos.

Carina ignoró la sensación de vacío en el interior y juró superarlo.

—¿Por qué nunca hablas de tu papá?

Su mano se detuvo sobre su espalda. Ella esperó a que lo asimilara. Después de un par de compases, reanudo la caricia.

—Debido a que todavía me duele.

La cruda honestidad estremeció todo su cuerpo. Ella levantó la cabeza y acunó su mejilla.

—Sé que se fue después de que tú nacieras. Sé que era suizo, muy rico y que hizo que tu madre se enamorara locamente con un romance a la antigua. Pero tú nunca te refieres a tu relación... si alguna vez lo encontraste o tuvieron contacto.

Carina sabía que bailaba en la línea. Esperaba que se retirara a su refugio y le diera una respuesta poco respetuosa. Él siempre evitaba hablar sobre su pasado y su madre y Michael nunca lo mencionaban, aunque Max había sido parte de su familia.

Él le dio el segundo regalo de la noche.

—Tenía veintiún años cuando finalmente decidí ubicarlo. Todo ese tiempo sólo esperaba que algo sucediera. Una tarjeta. Un regalo. Una nota. Finalmente me di cuenta de que nunca iba a ponerse en contacto conmigo, así que decidí hacerlo yo mismo. Un rico hombre de negocios suizo que desapareció por completo parecía extraño. Siempre me pregunté si había estado involucrado en algún escándalo y quería protegerme. Incluso pensé que estaba muerto.

El corazón de ella se destrozó por su tono plano. Envolvió los brazos alrededor de él para mantener el calor corporal y escuchó.

—Lo encontré en Londres. Terminó siendo sólo un viejo borracho al que no le importaba una mierda. Sin pasado exótico o excusas legítimas.

—¿Alguna vez hablaste con él?

—Sí. Él sabía quién era yo cuando lo vi en el bar. Y no le importó. Nunca me quiso cuando era un bebé, y no le importaba una mierda que crecí. Me dio dinero. Pensó que eso debería ser suficiente. —Carina se preguntó qué se sentía al tener a tu propia sangre negándote cualquier parte de su patrimonio o recuerdos. No le extrañaba que él se aislara tanto. No le extrañaba que nunca quisiera darse la oportunidad en algo permanente—. Pero finalmente fui capaz de dejarlo ir. Estaba cansado de vivir mi vida por un fantasma que nunca lo fue realmente. Dejé Londres al día siguiente y nunca miré hacia atrás.

Los dos sabían que eso era mentira. Todos miraban hacia atrás. Pero por ahora, ella le permitió el espacio.

—Creo que tu madre lo perdonó. Creo que tu madre todavía incluso lo ama de alguna manera.

Él estiró el cuello y la miró.

—No. Mamá nunca lo menciona. ¿Por qué pensarías eso?

Ella levantó la mano y enredó sus dedos en el cabello de él.

—Debido a que por él te tiene a ti. Y tú lo valiste todo, Maximus Gray.

Algo brilló en sus ojos, una emoción que nunca vio antes. Una ternura que se extendió sobre ella como miel y derritió cada parte de su cuerpo.

Ella presionó su boca en la de él. Con un gemido bajo, él deslizó su lengua dentro y la hundió fuerte. Ella enlazó su tobillo sobre la pantorrilla de él y cambió su peso. Se movió volviendo a la vida.

—Maldita sea, un día vas a ser un gran esposo. —Las palabras salieron de su boca y ella maldijo—. Ah, mierda, sabes lo que quiero decir. No permitas que tu ego se enmarañe. Esto es sólo sexo.

—Gracias por recordarme mi uso y propósito. —Los dedos de ella se movieron, envolviéndose alrededor de su pene y jugando. Él gimió y le permitió el libre acceso, hasta que su erección palpitaba en su mano y el poder bombeaba a través de sus venas.

—Nena, me estás matando.

Ella se deslizó por su cuerpo, a horcajadas sobre él y bajó su boca. Luego sonrió.

—Todavía no, pero lo haré.

Ella lo tomó completamente y cerró los labios alrededor de su eje.

El aroma y el sabor de él la instó y ella pasó largos minutos disfrutando de darle placer. Duros improperios se dispararon de su boca y la puso aún más caliente. Él se irguió y la cogió antes de que pudiera protestar.

—Condón —susurró él—. Ahora.

Carina titubeó pero lo entendió en segundos. Con un rápido movimiento, la levantó y la puso sobre él.

La llenó y apartó cualquier otro pensamiento en su mente con un empujón, excepto cómo podía tomar más de él. Inclinando sus caderas, ella se puso en marcha, hasta que él no pudo esperar más y tomó el control. Ella lo montó en un frenesí furioso hasta que ambos se deshicieron juntos. Se dejó caer sobre él en un gran charco derretido de satisfacción y se preguntó si alguna vez volvería a caminar.

O hacer algo de nuevo sin pensar en Maximus Gray.

—¿Dónde diablos aprendiste a hacer eso?

Ella aplastó una risita al oír el tono de mal humor, aunque su cuerpo parecía felizmente satisfecho.

—No puedo decirlo. Es demasiado embarazoso.

—Estamos en el orgasmo número diez. Hemos pasado lo vergonzoso.

—Un plátano.

En lugar de reírse, él movió una ceja.

—Maldita sea, eso es sexy.

Carina se rió con deleite y se dio cuenta de que podría simplemente seguir estando casi enamorada de Max.

Casi.

Ella refrenó la súbita oleada de emoción. No, ella nunca admitiría o expresaría esas palabras otra vez, no desde aquella noche que había quemado el hechizo de amor y soñó con casarse con el hombre al que amaba con todo su corazón, mente y alma.

En cambio, no dijo nada. Sólo lo besó en la cara y lo abrazó. Y esperó el amanecer.

Capítulo 11

*Traducido por Curitiba, Akanet y Clau.
Corregido por Xhessii*

Había dejado las persianas abiertas. La débil luz de la mañana atravesó y le recordó que la noche había terminado oficialmente. Miró a la mujer a su lado. Dormía profundamente, sus lindos ronquidos confirmaban su agotamiento.

¿Qué demonios iba a hacer? ¿Dejarle una nota? ¿Traerle café? ¿Discutir lo de anoche? ¿Permanecer en silencio? Las opciones sin fin se extendían ante él y como hombre, ya estaba garantizado que escogería mal

Su exquisito pelo estaba extendido sobre la almohada y la hacía verse como un ángel oscuro, vio a los signos reveladores de rastros quemando sobre sus mejillas y cuello. Sus labios se veían hinchados y magullados. Una astilla de culpa estaba perforándolo. ¿Y si la había usado demasiado duro y demasiado bien? Nunca pensó en ella como una *virgen*.

Cada movimiento confirmó su sexualidad abierta, cruda. Era un sueño húmedo hecho realidad de una purista con el cuerpo y el alma de una seductora. En la cama ella expuso una verdad desnuda que confirmó que había dado todo de sí misma. Justo como en su vida.

Un regalo inestimable, raro. Uno que no era digno de él. Uno que él nunca le pediría que le diera nuevamente.

Una pena vacía rugió a través de él, pero se negó a examinar la emoción. Tal vez tenía que ducharse, vestirse y llevarle su café. Confirmaría lo mucho que significaba para él, cuánto las interminables horas de hacer el

amor lo cambió para siempre. Luego explicar una vez más por qué ellos necesitaban terminarlo.

A no ser...

La posibilidad pululaba delante de él. ¿Y si continuaban la relación? Carina estaba en su cama. Tomándola para la cena. Seduciéndola adecuadamente a salir de ese pleito de negocios.

Trabajando codo a codo. Tal vez podría funcionar. Quizás...

Michael Conte y su familia lo inspiraran a conseguir máximo de sí mismo. Cuando su padre se marchó, Max necesitaba construir algo con que podía contar. Su *palabra*. Su *honor*. Su *confianza*. Esto significaba todo para él, y definía quién era como hombre. Si Michael descubría que se había acostado con Carina, él nunca podría recuperar aquella confianza de nuevo y eso lo rompería. Él nunca dejaría que eso sucediera.

Y, ¿qué podría ofrecer? Él no tenía la capacidad emocional para darle lo que se merecía. Un día le pediría un anillo. Niños. Una vida de compromiso permanente. Todo lo que podía darle de momento era buen sexo, compañerismo, respeto. Tarde o temprano, ella se cansaría de su mierda y seguiría adelante. Peor aún, ¿y si él hiciera algo que le causara daño? Él se hizo la promesa hace mucho tiempo de no usar nunca cualquier acción para lastimar el corazón de una mujer. Era demasiado malditamente delicado, y él no quería la responsabilidad.

Ella era extraordinaria en todos los aspectos y estaba totalmente fuera de su alcance.

Tomada la decisión, se deslizó fuera de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

El golpe en la puerta lo sorprendió. Max aguzó el oído, pero otra luz apareció en la habitación. Maldita sea, ni siquiera eran las seis de la mañana. No queriendo despertar a Carina, se puso los bóxers y abrió la puerta.

No podía creer lo que veía.

Mama Conte apareció en el umbral.

—¿Maximus? —Su expresión confusa fue registrada como en cámara lenta. Como si fuera atrapado en una película de catástrofes, y el resto de los eventos rodaran lentamente en el tiempo y tenían una extraña cualidad surrealista. La madre de Carina miró al número de la puerta y de vuelta a la hoja de papel que se aferraba en su mano—. Sabía que tú también estabas en Las Vegas, pero esta es la habitación de Carina.

Max ignoró su corazón batiendo rápidamente y le dio un gran abrazo.

—*Mama* Conte, qué sorpresa agradable. No, este es mi cuarto, pero déjame vestirme y te veré en la puerta y te mostraré dónde está Carina.

Estuvo a punto de ganar.

Ella echó la cabeza atrás y se rió.

—Hombre tonto, tu ropa interior no me ofende. —Ella claramente lo esquivó y dio unos pasos en la habitación. Se quitó la chaqueta—. Solías correr con el trasero desnudo trasero en mi casa todo el verano. —Se acercó a poner el jersey en el respaldo del sofá—. Sigue adelante y te vístete.

Se tropezó con un zapato de tacón alto. Se quedó mirando el sendero en zigzag de ropas. Se aventuró más lejos en la suite hacia las puertas abiertas franceses del dormitorio.

Su mirada siguió la de ella. Un par de ligas de encaje. Un trozo de correa. Su camisa de marca.

Abrió la boca para pararla pero ella se detuvo justo antes del dormitorio. El ronquido bajo se hizo más fuerte y se convirtió en un gruñido áspero. Una cascada de rizos oscuros contrastando con el blanco brillante de la sábana. Poco a poco, *mama* Conte se acercó a la cama y se quedó mirando a su hija.

Desnuda.

De repente, la película entró en loca acción y él se rompió.

Saltó en frente de la cama y puso las manos para protegerla del ataque de una mamá loca.

—Oh, *Dio mio, mama* Conte, no es lo que piensas. Bueno, es lo que piensas, pero no se supone que lo veas. Oh, *Dio*, lo siento, lo siento. —Su balbuceo creció hasta que se dio cuenta de que acababa volver atrás a su juventud.

Los ojos oscuros volaran a su cara, tratando de dar sentido a la escena. Los momentos pasaran. Finalmente, ella asintió con la cabeza como si hubiera tomado una decisión.

—Llévame a tu habitación, Maximus. Ahora. Tenemos que hablar. —Se acercó a la puerta—. Tienes un minuto para cambiarte y salir de aquí. Y no despiertes a Carina.

La puerta detrás de ella se cerró.



Max enterró los dedos en el cabello y se instaló en el infierno.

El sudor se deslizaba sobre su piel. La madre de su mejor amigo y su segunda madre se sentó delante de él, sumida en sus pensamientos. Ella no había pronunciado palabra desde que llegaron a su habitación.

Solamente se dirigió a una silla y lo dejó guisarse en su propio sudor durante los siguientes diez minutos. Después de haber criado a cuatro hijos y enterrado a un marido, su figura era delgada pero fuerte. Con su propio talento y el trabajo duro, ella había construido *La Dolce Famiglia*, de una pastelería casera a una de las cadenas más grandes de Italia.

Su cabello gris estaba trenzado en un moño en la parte posterior de la cabeza y mostraba tanto la gracia como las líneas talladas en su rostro. Su bastón apoyado contra la pared. Llevaba zapatos ortopédicos, con cordones y suela gruesa para ayudarla a caminar.

Sin embargo, él nunca había estado tan jodidamente asustado de una viejecita en toda su vida.

—¿Hace cuánto tiempo viene sucediendo esto?

Casi tropezó cuando su voz lo sacudió.

—Sólo una noche. Teníamos la esperanza de que nadie lo supiera. Nunca quisimos herir a nadie.

—Hmm. —Sus cejas estaban unidas—. ¿Habían planificado que esto sucediera?

—¡No! No, sabíamos que una relación no sería buena para los dos. Había una atracción, por supuesto, pero pensé que la teníamos bajo control. Carina perdió los estribos y Sawyer Wells comenzó a ir tras ella y...

—¿Sawyer Wells está aquí?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, él atiende al *Veneciano* ahora.

—¡Hmm! Adelante.

—Bueno, Sawyer y yo tuvimos una pelea por Carina y entonces las cosas se salieron de control, lo siento mucho. Haré lo que me pidas para que sea correcto.

Ella extendió la mano y le acarició la suya. Una ligera sonrisa curvó sus labios delgados.

—Sí, Maximus, lo sé. Siempre fuiste un buen chico. Un poco salvaje, pero de buen corazón. Michael va a estar molesto, pero le haremos entender.

—Él me va a matar —gimió Max.

—Tonterías, no voy a dejar que te maten. Hay que hacer ciertos arreglos rápidamente, aunque sea demasiado tarde para traer a tu madre aquí volando, pero tú harás lo que hizo Michael. Tener una bonita boda en el jardín en Bérghamo a finales de este año.

Su alarma interna aumentó.

—Voy llamar a casa y explicar que querían fugarse. La oportunidad que brinda Las Vegas no tiene precio. Porque la gente hace las bodas aquí todo el tiempo y son muy agradables, ¿no estás de acuerdo?

—¿Boda?

—Por la tarde, puedes llenar el papeleo y escoger la capilla. Tengo que volar a Nueva York mañana de todos modos. Michael se puso bastante molesto cuando insistí en parar en Las Vegas antes de ir a Nueva York, pero siempre la he querido conocer. ¿Sabes si la cantante Celine Dion está en la ciudad?

Max la miró fijamente. *¿Qué boda? ¿Por qué estaba hablando de Celine Dion?* Si se hubiera pegado con el plan, él habría llevado Carina al maldito concierto, dejándola en la habitación y nunca hubiera estado en este lío. Pero la idea de nunca haber tocado su piel o de ella no haber culminado parecía abrumador.

—Estás haciendo lo correcto. Lo moral. Todo saldrá bien.

La implicación total de las palabras de *mama* Conte golpeó en él. La habitación se inclinó. Empezó a girar. Estabilizó. Ella *esperaba* que se casara con Carina.

Su aliento lo agarró en un estado de estrangulación.

—Espera un minuto. Creo que ha habido un malentendido. —*Mama* Conte inclinó la cabeza hacia un lado—. Sí, nos pasamos la noche juntos, pero esto no es Italia. En Estados Unidos, a veces estas cosas pasan, y la relación no es perseguida. —Él se echó a reír. El sonido parecía medio loco, como de un supervillano maniaco—. Por supuesto, vamos a seguir siendo amigos, pero no podemos casarnos.

La madre de Carina se puso rígida. Hielo rociando sobre su rostro y le detuvo su corazón.

—¿Por qué no, Maximus?

Mierda, mierda, mierda, mierda...

—¡Porque no soy lo suficientemente bueno para Carina! Trabajo en horas locas, soy inestable y ella necesita encontrarse a sí misma. Ella se sentiría atrapada conmigo, estoy seguro y necesita un hombre que quiera sentar cabeza, cuidarla y tener hijos. Alguien más adecuado. Alguien que no sea yo.

Un extraño silencio se apoderó de la sala. El pánico arañaba sus entrañas. No había manera de que pudiera casarse con Carina. Le arruinaría la vida y rompería su corazón. Él no era para largo plazo. No se comprometía.

Mama Conte se acercó, tomó su mano y la apretó. Sus delicados dedos lo agarraran con urgencia.

—Estás equivocado. Eres perfecto para Carina y siempre lo serás. Sus acciones de anoche solo aceleraran lo que estaba destinado a ser desde el principio. —La mujer sonrió—. Ahora, no más tonterías. Tú eres parte de la familia y siempre lo serás. Ninguna charla tonta sobre arruinarla. Es hora de que sientes cabeza con una mujer que pueda ser lo que necesitas, que sea tu compañera.

—Pero...

—¿Vas a decepcionar a tu madre, porque de repente estás asustado? — Su tono acerado cortó a través de la niebla y al corazón del problema. Su madre nunca le dirigía la palabra de nuevo si se divulgaban las noticias de que se acostó con Carina y no se casó con ella. Esto arruinaría a su reputación y todo lo que trabajó tan duro para construir. Una sensación de confianza, honor y de hogar. Él haría exactamente lo que su padre había hecho.

Abandonando su responsabilidad. Humillando a su madre de nuevo en la pequeña ciudad que finalmente la había perdonado.

Sí, no se casaría sólo por haber tenido relaciones sexuales, pero una vez que todos se enteraran de lo sucedido, las consecuencias serían muchas. Arrastraría a su familia y Carina abajo en el hueco.

Ella nunca se sentiría libre de volver a casa y él nunca sería capaz de mirar a su madre a los ojos.

La única opción era tan clara como el cristal. *Matrimonio*. Tenía que casarse con Carina. Era la única manera de hacer las cosas bien. Su honor lo exigía y era todo lo que quedaba.

Una extraña calma se apoderó de él. Había probado la fruta prohibida y ahora tenía que reclamarla de forma permanente.

Ella iba a ser su esposa y no había nada más que hacer.

Por acrecimos, él finalmente se convertiría en una parte permanente de la familia a la que siempre amó. Pero, ¿a qué precio? ¿Qué tipo de esposo podría ser para Carina? Nunca sería digno, ¿pero podría ser suficiente para demostrar que él nunca sería como su padre?

Tenía que ser.

Agradecido de que no estaba experimentando una crisis, asintió e hizo su elección.

—Sí. Pero déjame hacerlo a mi manera. Carina se negara a casarse conmigo si piensa que estamos acosándola. Ya sabes lo terca que es.

—Tienes razón. Entra y pregúntale. Hazla feliz. Eso es todo lo que importa.

Sus palabras lo sacudieran hasta la médula. El pánico le hizo cosquillas en sus terminaciones nerviosas.

—¿Y si no puedo?

Extendió la mano y tomó sus dos mejillas entre sus manos curtidas. Los ojos oscuros sostenían un conocimiento y la paz a la que él se aferraba.

—¿Crees que dejaría que Carina casase con quien no fuera digno de ella? Necesitas confiar más en ti, Maximus. Confía en que eres suficiente y no como el hombre que te dejó. Te he visto crecer, y estoy orgullosa de ti. De tus decisiones y la forma en que te hiciste cargo de tu madre. —Le

pellizcó la mejilla como si fuera un niño pequeño—. Sé el hombre y esposo que sé que puedes, mi dulce niño. Toma este regalo.

Se estremeció y luchó por recobrar la compostura. Cualquier palabra de protesta murió en su garganta.

—Ahora, voy a bajar a desayunar algo. Ven por mí cuando estés listo.

Observó a la vieja mujer y tragó una bocanada de aire. Esperó un latido. Luego fue a despertar a su futura esposa.



Carina escuchó la voz en el fondo, pero estaba agradablemente zumbando y relajada con las endorfinas de horas de fabuloso sexo. Ella gimió en la almohada gorda y se estiró. La voz de Max se hizo más fuerte, por lo que finalmente se dio la vuelta.

—Buenos días.

Su voz era profunda, sexy y encajaba con su mirada del día después. Cabello despeinado caía en desorden sobre su frente.

Impactantes ojos azules brillaban con una mezcla de emociones que no podía ubicar, por lo que en lugar de eso lo tiró hacia delante y besó aquellos labios tallados. Su barba áspera contrastaba deliciosamente con su piel sensible. Le llevó un momento de vacilación, como si él no estuviera seguro de cómo responder. Luego se lanzó con toda su fuerza.

Le apretó la espalda contra el colchón y la besó como un apropiado amante. Empujes profundos de su lengua y contacto de todo el cuerpo. Él sabía a excitación masculina caliente y una pizca de su esencia, de las interminables horas de hacer el amor. Finalmente, se apartó y le sonrió.

—Tu saludo fue mejor.

Ella se rió y le acarició la mejilla.

—Estoy de acuerdo. ¿Dónde está mi café?

—En camino. Me distraje. Quería preguntarte algo primero.

—No te preocupes. —Su corazón cayó a pedazos, pero ella sabía lo que venía. Y desesperadamente quería hacerlo primero—. Nos tomaremos un café, nos vestiremos, y nunca hablaremos de anoche. No quiero que te preocupes, Max. Esto es lo que quería y lo puedo manejar.

Ella forzó una media sonrisa.

—Se siente bien ser la mujer americana hastiada por una oportunidad. Usando a un varón para su placer físico y lanzándolo a un lado. Otra fantasía tachada en mi lista.

Curiosamente, ella no vio ningún alivio en sus ojos. En cambio, él se retiró y se sentó en el borde del colchón. Examinaba la pierna desnuda de ella y se negó a mirarla a los ojos.

—Las reglas han cambiado, Carina. Al menos para mí.

La confusión la inundó. Se incorporó y apartó su melena de cabello enmarañado de su cara.

—¿De qué estás hablando?

Él se aclaró la garganta. Levantó la mirada.

—Quiero que te cases conmigo.

Ella parpadeó.

—¿Estás loco?

Le temblaba la mano mientras se frotaba la frente. ¿Estaba nervioso? ¿Se había desmoronado a algún lado profundo porque se acostó con la pequeña hermana de su mejor amigo?

—Solo tú harías esa pregunta después de una propuesta de matrimonio. No, estoy perfectamente cuerdo. No quiero fingir que no pasó nada entre nosotros. Estamos en Las Vegas. Estamos destinados a estar juntos. Vamos a *casarnos*.

Ella había soñado toda su vida con esas palabras viniendo de los labios de este hombre. ¿No era la fantasía de toda mujer escuchar la propuesta de un hombre después de una noche de placer sin fin? El final perfecto para cualquier comedia romántica y novela de romance. Así que, ¿por qué no se estaba lanzando a sí misma a sus brazos gritando “sí”?

Debido a que sus instintos le advirtieron que algo estaba faltando. ¿Por qué el cambio repentino? ¿Cómo podía él haber pasado de no compromiso a matrimonio en menos de veinticuatro horas?

Ella ignoró su balbuceante yo más joven que susurraba que no le importaba, y escuchó en su lugar a la más vieja y sabia Carina.

—Umm, me siento halagada, de verdad. Pero si estás tan decidido a no ocultar nuestra relación, ¿por qué no simplemente tenemos citas?

Él negó con la cabeza. Fuerte.

—No quiero tener citas. —Su aura pulsaba con poder masculino y dominación, instándola a rendirse. Maldita sea, sus tendencias dominantes la encendían.

¿Quién lo hubiera pensado?

—He esperado toda mi vida para estar seguro y no quiero esperar ni un poco más. Siempre dijiste que sentías algo por mí. Hagámoslo. Casémonos y comencemos una vida juntos.

¿Hagámoslo?

Ella tragó saliva y trató de hablar más allá de su palpitante corazón.

—¿Por qué el cambio repentino? Teníamos las reglas en su lugar. Una noche y seguir adelante. Dijiste que no querías sentar cabeza. Mencionaste la diferencia de edad, Michael, mi familia, tu pasión por los viajes. ¿Qué está pasando, Max?

En cuestión de segundos, se cernía sobre ella y la besó.

Sosteniendo su cabeza, él reclamó sus labios y saqueó todos los rincones, hasta que ella estaba absorta y le clavó las uñas en los hombros. Se

estremeció con pura lujuria y se suavizó bajo él. Él rompió el contacto y la miró profundamente a los ojos. Rudo comando brillaba y tentaba.

—He cambiado de opinión. Te deseo, hasta el final, todo el tiempo. No me hagas rogarte. Solo dime que te casarás conmigo.

Ella abrió su boca para decir que sí. ¿Por qué no? Había pasado la noche más increíble de su vida con un hombre que siempre había anhelado. Estaban en Las Vegas, donde cosas locas pasaban y las bodas improvisadas eran la norma. ¿Tal vez él había descubierto en las horas de la noche que la amaba? ¿Después de todo, no era esa la única razón por la que querría casarse con ella?

A no ser...

Su intestino se retorció con un conocimiento que no quería sondear. Pero esta era la nueva Carina, y no era tan estúpida como para simplemente creer que Max Gray de repente fue mordido por el insecto del amor lo suficiente como para renunciar a su libertad.

Ella lo apartó y se sentó. Lo estudió con ojos duros. La determinación tallaba las líneas de la cara de él como si hiciera frente a un negocio que necesitaba cerrar. Carina siguió sus instintos y lo puso a prueba.

—Gracias por la oferta, Max, pero me gustan las cosas como están. Solo vamos a ver a dónde lleva esto. No hay necesidad de apresurarse a contraer matrimonio después de una noche loca.

Una llamarada de pánico brilló en esos ojos azul claro. Su mandíbula se apretó.

—¿Estás escuchándome? ¡Te estoy pidiendo que te cases conmigo! Estoy diciendo que eres la elegida, y quiero hacer esto ahora mismo, hoy. Volvamos locos y digamos nuestros votos en Las Vegas. Siempre estuvimos destinados a estar juntos y por fin he dado cuenta.

Él se inclinó hacia delante y ella sabía que la seduciría. Escurriendo el sí de sus labios y su corazón antes de que tuviera tiempo de preguntarse seriamente qué estaba pasando. Por su propia supervivencia, se revolvió

hacia atrás en la cama y puso sus brazos hacia adelante en un esfuerzo por mantenerlo a raya.

—¿Por qué ahora?

Él levantó las manos en señal de rendición.

—¿Por qué no ahora? Lo de anoche demostró que eras la indicada.

Una fría bola de miseria se empuñó en el estómago de ella. Él mentía. Los músculos de él se tensaron como si se preparara para una ronda de boxeo. Una pared de distancia surgió en torno a él. Completamente contradictorio con la languidez relajada de un hombre con la mujer que ama, comenzó a caminar, otra señal de nerviosismo.

¿Qué se estaba perdiendo? Esto no era solo por la culpa. Esto era puro pánico, como si estuviera atrapado en...

Atrapado.

Carina tragó el nudo en su garganta.

—¿Quién se enteró?

Se quedó helado. Se pasó los dedos por el cabello. Se paseó un poco más.

—No sé de qué estás hablando. Solo te pedí que te casaras conmigo y estoy siendo cuestionado como un prisionero de guerra. Perdón si estoy un poco confundido.

—¿Michael? ¿Llamó al hotel?

—No. Escucha, no quiero volver a casa y tener citas. Quiero hacer de esta una relación permanente. Vivir contigo, dormir contigo, trabajar contigo. Esto es lo que hay que hacer, cariño.

Lo que hay que hacer.

Ella envolvió la sábana firmemente alrededor de sus pechos desnudos y luchó por la cordura. Sus dedos temblaban, pero se las arregló para forzar las palabras a salir.

—Dime la verdad, Max. En este momento, o te juro por Dios, que enloqueceré completamente. Me debes eso.

Se apartó de ella, pero los músculos en su espalda desnuda se pusieron rígidos. Una maldición viciosa escapó de sus labios y finalmente, la enfrentó.

—Tu madre está aquí. Ella entró en la habitación esta mañana y nos encontró.

Carina se quedó sin aliento y sacudió la cabeza.

—Dios, no. ¿Qué hace ella aquí? ¿Cómo siquiera sabía dónde encontrarnos?

—Quería detenerse y verte antes de volar a la casa de tu hermano. Michael le dio el número de la habitación.

Su cerebro se volvió insensible ante las horribles posibilidades. No era de extrañar que se lo hubiera propuesto. Si su madre le empujaba a ser honorable, Max se doblaría inmediatamente con el pretexto del honor. La rabia y la humillación se retorcieron en su intestino. Ni siquiera podía tener una noche decente de una vez adecuadamente. ¿Qué otra mujer se comprometía con sexo crudo y sucio y tenía que enfrentarse a la ira de su madre a la mañana siguiente? Su piel se puso fría y húmeda por los nervios, y deseó desesperadamente ropa y soledad. En su lugar, se obligó a hablar.

—Ahora lo entiendo. —Su risa sonó hueca a través de la habitación en silencio—. No hay nada como una madre sobreprotectora para impulsar una propuesta. No te preocupes, yo me encargo de ello. ¿Dónde está ella?

—En el desayuno.

—Bajaré y hablaré con ella. Aclararé todo el lío. Me puedes dar unos minutos para vestirme, ¿por favor?

Él se acercó y se arrodilló junto a la cama. El corazón de ella se tambaleó entre la emoción pura y la traición en su expresión pétrea. Con qué facilidad intentó cortejarla con caricias falsas que no significaban nada.

¿De verdad creía que era tan estúpida como para saltar al matrimonio por gratitud? ¿Él todavía pensaba tan poco de ella?

—Tenemos que casarnos, Carina.

Sus ojos se abrieron.

—Diablos, no. Nosotros no tenemos que casarnos. Ahora estoy en los Estados Unidos, y solo porque tuvimos sexo no significa que tengamos que hacerlo legal. ¡Ni siquiera quiero casarme contigo!

Max se echó hacia atrás, pero se mantuvo intratable.

—Tu madre no aceptará nada menos. Tu familia se va a enterar y eso arruinará tu reputación.

—Bueno, mi reputación necesitaba un poco de color.

—Esto no es gracioso. Mi madre también lo sabrá y eso le romperá el corazón.

Un furor rabia de emociones sacudió su cuerpo. Maldito sea. Carina cerró los ojos y rezó porque despertara de la pesadilla.

—Ella lo superará. Les haremos entender. No afectará nuestras vidas en Bérghamo o aquí.

—No puedo hacerle eso. No puedo permitir que crea que le di la espalda a todo lo que valoro. No tenemos otra opción.

Sus ojos se volvieron a abrir de golpe.

—Diablos, sí, tenemos otra opción. Necesito que te vayas, Max. Por favor. Déjame ir a ver a mi madre y te prometo que voy a aclarar todo el asunto. ¿De acuerdo?

Él la estudió en la luz de la mañana y asintió lentamente.

Con movimientos gráciles, se alejó de la cama.

Sus últimas palabras derivaron hasta su oído en advertencia.

—Ve a verla. Pero ya sé que no hará ninguna diferencia.

La puerta contigua se cerró. Luchando contra el pánico crudo, Carina saltó de la cama y se puso algo de ropa. Sus músculos doloridos gritaron de dolor mientras se ponía un par de pantalones vaqueros, se puso un top negro y torció su cabello en un nudo. Empujando un par de sandalias en sus pies, se cepilló los dientes y se dirigió hacia el buffet.

El elegante comedor contenía arcos amplios y crecientes ventanas abiertas. Ella caminó a través de la planta principal mientras las interminables mesas se jactaban de platos humeantes de alimentos para el desayuno y el almuerzo para satisfacer cualquier apetito o capricho. Chefs con sombreros blancos le asentían con la cabeza mientras caminaba pasándolos y buscaba a su madre. Finalmente, su mirada se enganchó en una anciana sola en el balcón, con tres platos de comida frente a ella. El bastón pesadamente tallado yacía junto a la mesa.

Su corazón dio un tirón ante la cara familiar con la que ella había contado toda su vida. *Mama* Conte sonrió y tiró de ella hacia abajo para un beso. Olía a jarabe de arce dulce y tostada de canela.

—Mi querida Carina, nunca he visto tal comida en mi vida. O tal falso y hermoso Gran Canal.

—Hola, mamá. —Ella tomó asiento frente a ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería detenerme y verte antes de volar a casa de Michael. También quería ver esta famosa Las Vegas. Quién habría sabido que tal elegancia existía en el corazón del desierto, ¿no?

—Sí. Espero poder llegar a mostrarte los alrededores. Pero tengo buenas noticias para ti en primer lugar.

—¿Sí?

—Max y yo vamos a casarnos.

Carina se lo dio a su madre. La mujer era una jugadora de póquer con práctica. Su rostro se iluminó y le dio una palmada en las manos con fingida alegría.

—¡No! No sabía que tú y Max se estaban viendo. Estoy muy feliz, querida. Espera a que les diga a tus hermanas.

—¿Deberíamos esperar para casarnos en Italia o casarnos aquí?

—Oh, definitivamente aquí. Mira este lugar, ¡es un lugar perfecto para una boda!

—*Mama*, basta.

La mujer ni se inmutó. Sólo la miró con esos fijos ojos oscuros sin una pizca de remordimiento.

—¿Basta de qué?

—Yo sé lo que pasó, *mama*. Descubriste que Max y yo dormimos juntos y forzaste a Max a que me pidiera que me casara con él. ¿Cómo has podido? ¿Cómo pudiste obligar a un hombre a tomarme como si yo fuera alguna clase de responsabilidad?

Mama Conte suspiró y apartó el plato. Se tomó su tiempo y le dio un sorbo a su café expreso fuerte.

—No pretendí engañarte, Carina. Pensé que sería más romántico si Max te preguntaba sin que creyeras que tenía algo que ver conmigo.

Ella se quedó sin aliento.

—Todo tiene que ver contigo. Déjame tratar de explicarlo. Max y yo pasamos la noche juntos, pero no queremos una relación a largo plazo. No somos adecuados el uno para el otro. Amenazándolo con el honor, lo estás obligando a tomar una decisión que no quiere. Podemos resolver esto. Si mantienes todo el asunto para ti misma, nadie tiene por qué saberlo nunca. Nadie saldrá lastimado.

La mujer que crió a cuatro hijos y construyó un imperio, redujo su mirada y se inclinó hacia adelante. Carina tembló bajo su mirada dictatorial.

—No lo entiendo. Te acostaste con Max. No los he criado a ti o a Maximus para huir de sus responsabilidades. Solo porque hayas venido a

los Estados Unidos no significa que pierdas tus valores. Esto debe hacerse correctamente.

El corazón de Carina latía tan fuerte que el sonido rugía en sus oídos.

Respiró hondo y trató de tratarlo como un trato que tenía que ganar a cualquier precio. Por desgracia, su madre era la oposición más fuerte que jamás había enfrentado.

—*Mama*, nunca quise hacerte daño, pero esta es mi vida ahora. No puedo casarme con Max. Debes entender eso.

—¿Por qué?

—¡Porque no! Porque no nos queremos así. Porque el que dos personas tengan relaciones sexuales no necesariamente significa un compromiso de por vida.

Mama Conte asintió y cruzó los brazos frente a ella. Su voz se volvió fría.

—Ya veo. Entonces contéstame una pregunta. Si estás dispuesta a hacerme daño y burlarte de todo lo que te hice para criarte, toda ética y moral en la que papá y yo creíamos, tienes que prometerme que me dirás la verdad cuando te pida esto.

La vergüenza la inundó. Carina apretó los dedos y asintió.

—Te lo prometo. Pídeme.

—Mírame a los ojos, Carina Conte y dime que sinceramente, no amas a Max.

La respiración salió de su cuerpo como si hubiera sido golpeada. Carina se quedó mirando a su madre con una combinación de horror y alivio. Simplemente tenía que decir las palabras. Decirle con mucha simpleza que no amaba Max y estaría fuera del gancho. Claro, se sentiría culpable y su madre estaría decepcionada, pero no habría un matrimonio forzado. Ninguna relación falsa o votos falsos de un afecto que no sentían ambos.

Yo. No. Amo. A. Max.

Abrió la boca.

Los años creciendo bajo el cuidado de su madre brillaron ante ella. Después de que papá murió, su mundo se derrumbó sobre sus cimientos y fue difícil encontrar el equilibrio. Michael ayudó. Pero su madre fue la roca que contuvo todo junto.

Como un puño de hierro y un corazón que latía oro puro, se puso de pie a su lado cada noche, mientras ella lloraba y le contaba historias de papá, sin nunca sentir miedo de hablar sobre el hombre que fue su amor de toda la vida. Ella avanzó a través de su dolor con honestidad y un coraje que Carina juraba que duplicaría en honor a su madre.

Mientras las palabras se formaban en su lengua, el corazón le gritaba que era una mentirosa y por un momento, llegó a un punto de inflexión. Su madre esperó. Confiando en que ella diría la verdad. Confiando en que ella sería honesta consigo misma y nunca actuaría como los cobardes.

Ella *todavía* amaba a Max.

La realización golpeó su espalda. Dolor y desesperación inundó su cuerpo como un tsunami empeñado en destruir.

Su voz se quebró.

—No puedo.

Su madre se acercó y le tomó la mano y la apretó.

—Lo sé. Siempre lo has amado. Conociendo esto, debo hacer cumplir este matrimonio y tú debes tratar de encontrar tu camino. Max tiene profundos sentimientos por ti, mi dulce Carina. No voy a permitir que él se niegue a sí mismo o a ti la oportunidad. Si no estás de acuerdo con esto, llamaré a la madre de Max. Le diré a Michael todo y harás más daño de lo que jamás imaginaste. Porque romperás mi corazón.

Su garganta se cerró en un nudo y de repente, estuvo completamente drenada. La lucha se deslizó de sus músculos y ella se dejó caer en la silla. Como una niña, quería llorar y meterse en el regazo de su madre buscando consuelo. Pero ahora había crecido y tenía que enfrentarse a sus propias consecuencias y decisiones.

Ya no había opción.

Tenía que casarse con Max.

Pero no tenía por qué gustarle.



Carina llamó a su puerta.

Su débil corazón explotó con lujuria y algo más profundo cuando respondió y dio un paso a un lado. Gracias a Dios que se había puesto algo de ropa, pero apenas. Los pantalones cortos azules colgaban bajo y mostraban su estómago de lavadero. La camiseta a juego parecía vieja y sucia y la tela gastada se aferraba a sus hombros y pecho como un amante.

Ella luchó contra el impulso de inclinarse y arrastrarse ante un soplo de su olor, una mezcla de jabón, café y un toque de almizcle. Se había duchado y su cabello estaba húmedo y perfectamente domesticado hacia atrás de su frente.

—¿Y bien? —Un pie desnudo estaba apoyado sobre el otro mientras la enfrentaba.

—Tenías razón. Ella quiere que nos casemos.

Carina esperó por una viciosa maldición. Un ataque de pánico en toda regla. Cualquier cosa que le diera una excusa para romper el corazón de su madre y tomar el castigo. En su lugar, él asintió con la cabeza como si ya lo supiera.

—Me lo imaginé. ¿Quieres café?

Hizo un gesto hacia la mesa puesta por el servicio de habitaciones. Levantó una bandeja plateada para revelar huevos revueltos y tostadas y toda una jarra de café se asentaba junto a un jarrón con una sola rosa de tallo largo.

Su temperamento explotó.

—¡No, no quiero ningún maldito café! Y tampoco quiero un marido que no me quiere. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? ¿Quieres estar atrapado en una relación permanente que tú ni siquiera elegiste?

Levantó la taza y la estudió. Su rostro le recordaba una máscara, completamente desprovista de cualquier emoción.

—Sí.

—¿Por qué?

Tomó un sorbo de la bebida humeante.

—Porque es lo correcto por hacer.

La furia se desató dentro de ella.

—Vete a la mierda, Max. Me casaré contigo, pero no seré tu marioneta. Solo recuerda, nunca te pedí esto. No necesito tu compasión o tus buenas intenciones. Tuve mi noche perfecta y no necesito otras.

Cerró la puerta detrás de ella.



El día transcurrió en un borrón.

La capilla de *La Capella* era un espacio inspirado en la Toscana que encajaba perfectamente. Los ricos tonos tierra, pisos de mármol pulido y bancas de caoba le recordaban a su casa. Carina se puso un sencillo vestido *Vera Wang* blanco hasta los pies con los dedos entumecidos. Su madre se desvivió por el pelo como si se tratara de una boda real, retorciendo los mechones rebeldes en brillante rizos espesos. Cuando se puso el velo de perlas encostradas en la cabeza y se cubrió la cara con la fina película, nadie vio las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Ella siempre imaginó a sus hermanas riendo a su alrededor y caminar por el pasillo junto a un hombre que la amaba. En su lugar, se detuvo en la puerta y por fin comprendió cómo se sentía su cuñada cuando trataba de superar sus ataques de pánico. El estómago le dio un vuelco y el sudor estalló en su piel, haciéndola sentir picor.

Música cursi de órgano llenaba el aire y Carina dio un paso atrás en sus zapatos *Ciccotti*, que tenían diamantes verdaderos, tacones de diez centímetros y la urgían a que corriera. Demonios, ella sería la “*Novia en Fuga*”. Encontraría un camión de *FedEx* y lo tomaría para irse en una gran aventura. Cambiaría su nombre, iría bajo una pesada cubierta y...

Su mirada chocó contra la de él.

Su aura entera gritaba control. Penetrantes ojos azul océano tomaban los suyos y le daban la fuerza necesaria para arrastrar un respiro. Otro. Su madre enlazó su brazo con firmeza dentro del de ella, levantó su bastón y comenzó el largo camino hacia el final del pasillo.

Sin nunca romper su mirada, la instó a terminar la caminata hasta que se puso delante de él en el altar. Él era la perfección masculina. Vestido con un esmoquin negro de gran nitidez, con acentos rojos y una rosa en la solapa, exhibía una gracia magra y elegancia.

Recitó sus votos con una voz que nunca se quebró. La seriedad del momento en conflicto con el impulso de su decisión. De alguna manera, no pareció real hasta que ella dijo las palabras. Su lengua se pegó ante la respuesta. ¿Podría realmente hacer esto? ¿Casarse con un hombre que no la amaba? Las preguntas giraban y causaban estragos en su cabeza. Un silencio recorría la capilla. Su madre levantó la cabeza y esperó. La sangre rugió en sus oídos y ella se tambaleó sobre sus pies.

Una ligera presión de los dedos de él tocó su espalda. Poco a poco él asintió. Animándola a decir las palabras. Demandándole dar el salto.

—Acepto.

Deslizó el anillo de luz de diamante de tres quilates en su dedo.

Clamó.

Sus labios fueron cálidos pero su beso fue casto. Un final formal a una ceremonia que los cambiaría para siempre.

Sawyer les dio un comedor privado. Una popular banda tocó viejos temas favoritos italianos y festejaron con pasta, vino y varios aperitivos. La torta fue creada personalmente por el chef de la pastelería *Veneciana* en honor a la boda.

Las próximas horas se pasaron como si estuviera fuera de sí misma. Sonrió cuando fue necesario. Hizo las llamadas a la madre de Max y a su familia para darles la noticia. Se obligó a dar gritos de alegría con sus hermanas y pintó una escena de su noviazgo secreto que la hizo atragantarse. Todo el tiempo, Max nunca la tocó. Apenas la miró mientras hacían la danza obligatoria. Ella tragó champán en un esfuerzo por olvidar hasta que finalmente llegó a su habitación.

La cama *king-size* se burló de ella. Su encuentro amoroso todavía se aferraba en el aire, o tal vez era solo su imaginación. Él se paró frente a ella, vestido con su smoking impecable, toda su magnificencia y gracia tan cerca y aun así a galaxias de distancia.

Su cuerpo se derrumbó y se fundió con el calor repentino de su mirada.

—Es nuestra noche de luna de miel.

Se lo imaginó quitándole su vestido de novia y sus bragas. Separando sus muslos. Bajando la cabeza para chuparla y lamerla hasta que finalmente empujara muy adentro y le hiciera olvidar todo menos la forma en que la hacía sentir.

Cogió la botella de champán de la repisa y una copa. Se quitó los zapatos. Y sonrió burlonamente.

—Por nosotros, Maxie. Buenas noches.

En un arranque de mal genio, ella saludó y se alejó con el champán. Cerró la puerta con llave. Se hundió contra la pared con su vestido de boda.

Y lloró.

Capítulo 12

*Traducido por rihano, Yanli y Laura Soto
Corregido por Xhessii*

Dos semanas más tarde, Max se dio cuenta de que su vida era diferente.

Disfrutaba del orden y la simplicidad. Su dormitorio reflejaba su estilo de vida, lleno de muebles de madera de cerezo y decoración espartana. Ahora, la oscuridad estalló con toques de luz, de una alfombra color mandarina lanzada sobre pisos de madera, una bufanda rosa con volantes colgada en el gancho detrás de la puerta, botellas de vidrio esparcidas con fragancia y un desorden de zapatos agrupados en la esquina.

Su baño privado ahora olía a pepino, melón y jabón fresco. Su navaja había sido movida del gabinete y fue sustituida por botellas de loción y cremas. Mientras hacía su camino por la escalera de caracol y hacia el salón, se dio cuenta de algunas revistas de celebridades tendidas en el sofá junto a una serie de novelas de romance con cubiertas atractivas. Max recogió una para moverla a la biblioteca, pero decidió echar un vistazo. Después de leer la escena, se preguntó por qué su cara se sentía de repente caliente. Rápidamente lo dejó a un lado y se dirigió a la cocina profesional.

Vacía, excepto por el derrame de migas de pan en el mostrador de granito blanco, como un ratoncito. Siguió el rastro por el pasillo y hacia la parte posterior. Ella había reclamado la terraza acristalada como su nuevo espacio de trabajo y parecía pasar horas y horas aquí. Max llamó a la puerta y la abrió.

Ella estaba de pie en el rayo de luz en el centro de la habitación, mirando a un lienzo en blanco. Él rara vez utilizaba el espacio que no fuera para el almacenamiento, pero ella descendió en un torbellino de organización. Las cajas desaparecieron, las persianas sombreadas fueron arrancadas, y el papel de pared despegado. Ahora, cobró nueva vida en el refugio de un artista con el sol entrando por los ventanales y en ricas paredes color durazno y estanterías interminables de almacenamiento llenas de provisiones. Él había conectado el equipo de música y Beyoncé sonaba con letras sexy a un volumen alto.

Los dedos de Carina agarraron un pincel mojado en verde musgo, y su bata ya tenía toques de color y manchas de carbón. Bocetos básicos llenaban las paredes con una variedad de figuras, y ella había intentado dibujar un paisaje que abandonó a mitad de camino. Su cabello estaba recogido alto en la cabeza en una maraña desordenada.

Ella frunció los labios en concentración, viendo algo que no estaba ahí todavía, una imagen que quería poner de manifiesto, y Max estaba fascinado por esta mujer a la que nunca había vislumbrado antes. Rocky yacía en una piscina de sol entrando por la ventana, roncando. El mejor amigo del hombre se había ido rápidamente al lado oscuro. Su tendencia de susurrar a los animales hipnotizó al perro por completo, y él la seguía fielmente de una habitación a otra, confirmando su nueva elección de número uno.

En cuestión de dos semanas, ella había puesto patas arriba su vida. Era un poco descuidada con su desorden. Dejaba abierta la tapa de la pasta de dientes, sus zapatos tirados por la puerta y nunca parecía llegar a la canasta con su lanzamiento de dos puntos.

Él descubrió que compartía su pasión por los dramas de crímenes forenses y el desastre ocasional de la basura de los *reality*.

A veces se habían sentado juntos a beber vino con Rocky cerca de ellos, y veían la televisión en silencio dichoso. Las comidas de cuatro estrellas que amaba experimentar finalmente tenían otro participante, y se dio cuenta que tenía más placer en la creación de platos para ella.

Por supuesto, él seguía esperando que el pánico golpeará con el conocimiento de que su antigua vida había terminado y estaba atado a una mujer para siempre. Pensó que experimentaría sentimientos de enojo, resentimiento o terror puro. Pero desde aquella noche de luna de miel desastrosa cuando ella le echó en cara sus palabras con furia, él había mantenido las distancias.

Llegaron a una tregua provisional y se trataban con la mayor cortesía y respeto. Max se dijo que se sentía aliviado de que ella no lo estaba empujando hacia intimidaciones falsas. Tampoco esperaba que ella estuviera tan resentida por el matrimonio. No lo necesitaba más que a cualquier tipo de capacidad, evidente en su enfoque repentino en averiguar si quería seguir trabajando en *La Dolce Maggie*. Ella no lo había mencionado últimamente, y como no había habido mayores contratiempos, tal vez Carina decidió aguantar.

—¿Carina?

Ella se dio la vuelta y atrapó su corazón. Con el cabello suelto y desordenado sobre los hombros, una raya de carbón en la mejilla, y su bata manchada de pintura, se veía diferente de su yo normal de trabajo. Sus pantalones cortos exponían una longitud de pierna bronceada y uñas color rojo cereza brillaban en sus pies descalzos. Ella le frunció el ceño.

—¿Qué?

Él movió los pies y de repente se sintió como un adolescente.

—¿En qué estás trabajando?

—No estoy segura. —Arrugó la nariz de esa manera linda que empezaba a notar—. Mi material generalmente no es satisfactorio. Me siento como si estuviera buscando algo más, pero no estoy segura de lo que es.

—Vas a llegar allí.

—Con el tiempo. —Ella hizo una pausa—. ¿Querías algo?

• *Cristo, ¿por qué se sentía como un idiota?* Persiguiendo a su propia esposa para algún tipo de interacción. Max se aclaró la garganta.

—Estoy preparando la cena. Pensé que tal vez quieras tomar un descanso.

—Me guardas un plato, ¿por favor? No puedo detenerme ahora.

—Por supuesto. No trabajes demasiado duro.

—Hum.

Su sonido ausente y la despedida le molestaron. ¿Por qué ella estaba molesta por haber sido obligada a contraer matrimonio? Él había sacrificado su vida, también.

—¿Estás lista para nuestra apertura en dos semanas? Has hecho un buen trabajo preparando esto. Podrías tener que trabajar hasta tarde por los próximos días.

Como si se diera cuenta de que se olvidó decirle algo sin importancia, hizo un gesto con una mano en el aire.

—Oh, me olvidé de decirte. Yo voy a renunciar.

Él se balanceó sobre los talones.

—¿Qué?

Ella pasó una mano por sus rizos y un destello de pintura roja se esparció por los mechones al azar.

—Lo siento, quería decirte antes. Simplemente no está funcionando para mí por más tiempo. Hablaré mañana con Michael. Me quedará tanto tiempo como necesites hasta que consigas un asistente digno.

El choque lo mantuvo inmóvil. ¿Cuándo había decidido esto?

Desde que llegaron a su casa de Las Vegas, ella había seguido trabajando en la oficina, pero había recortado sus horas. Completó su trabajo a plena capacidad, pero él sabía que su habitual entusiasmo había disminuido. Sus entrañas se tambalearon ante la idea de no verla en la oficina, pero combinado con un sentido de orgullo. La imagen de su noche juntos se burlaba de él.

Desnuda y en sus brazos, ella le confesó sus emociones de una manera que lo hizo sentirse apreciado. Ahora, tomaba sus propias decisiones sin pensar. Un anhelo profundo lo atravesó, pero no sabía qué hacer al respecto.

—¿Qué vas a hacer en su lugar?

Carina sonrió, sus ojos se iluminaron de emoción.

—Voy a trabajar en la tienda de Alexa, *BookCrazy*.

—Interesante. Sabía que Alexa necesitaba ayuda con el segundo bebé por venir, pero no tenía ni idea de que ya habías estado en la librería.

—Me detuve a principios de la semana para darle un poco de ayuda. Su contador apesta y realmente jodió las cosas. Le dije que echaría un vistazo a sus finanzas, pero después de trabajar un par de horas, me di cuenta de que me encanta el lugar.

Una sonrisa curvó sus labios ante su entusiasmo. Ella siempre lo sorprendía con su habilidad para pasar de ejecutiva controlada a una mujer de corazón abierto llena de vida y amor.

—No estoy sorprendido. Las librerías son la combinación perfecta de negocios y creatividad.

—¡Exactamente! Voy a entrenar con ella durante las próximas semanas y hacer una prueba.

El orgullo irrumpió a través de él.

—Lo vas a superar como haces todo lo demás.

—Gracias.

Se miraron el uno al otro. Él quería cerrar la distancia entre ellos, tanto física como emocionalmente.

Después de todo, estaban casados a largo plazo. Su conexión durante el sexo era estremecedora. ¿Por qué deberían negar esa parte de su relación?

La conciencia sensual zumbó a la vida y ella arrastró un suspiro. La tensión se retorció y él se puso duro y listo para rodar. La idea de tumbarla encima de esa mesa de trabajo y hundirse en su calor húmedo lo hizo querer pisar fuerte y resoplar como un semental. Dio un paso hacia adelante, sus ojos oscurecidos de promesas.

Ella volvió la espalda hacia él.

—Gracias por venir a verme. De vuelta al trabajo.

Max reprimió una maldición ante su obvio despido. ¿Cuánto tiempo iba a durar esto? ¿Ella los castigaría a ambos a causa de un matrimonio forzado? Tal vez él necesitaba mostrarle lo que se estaba perdiendo, lo correcto que eran el uno para el otro en la cama.

Tal vez, ya era hora de seducir a su esposa.

Él esperó, pero ella ya se había movido y atacado el lienzo en blanco con unos pocos trazos afilados. La dejó en la luz del sol, sola y se preguntó qué iba a hacer.



¿Qué le estaba faltando?

Carina miró la imagen en frente de ella. Técnicamente, el sombreado y la estructura eran sólidos, pero el elemento desconocido había desaparecido. El factor incógnito.

Giró el cuello en círculos pequeños y miró a su alrededor.

¿Qué hora era? El sol era cosa del pasado, y la última vez que Max la chequeó había sido alrededor de la cena. Su reloj confirmó que había estado pintando durante varias horas.

La frustración mordisqueaba el borde de sus nervios. Era difícil sumergirse en el trabajo después de varios años de no practicar. Su pintura había sido algo para lo que ella no había tenido tiempo una vez

que se comprometida en la escuela de negocios y había esperado que una carrera sólida seguiría a pesar de las voces internas que gritaban para que ella creara.

No. Las voces estaban de regreso, a lo grande. Pero ahora sus habilidades estaban oxidadas y sus rasgos habituales eran planos. La clase de arte en la que, finalmente, se había inscrito para ayudarla a reconectarse con los conceptos básicos necesarios para lanzarse. Entre su nuevo trabajo en *BookCrazy* y su arte, su vida por fin parecía girar en la dirección correcta. Ya era hora.

A excepción de su “matrimonio por error”.

El recuerdo de Max en su cuarto de trabajo quemó detrás de sus párpados. Toda sensualidad informal y vapor concentrado con toda su fuerza.

Apenas había sido capaz de dar la vuelta, pero el despido fue crucial. Si él creía que ella era su dulce cachorro dispuesta a mendigar a la primera señal de su dedo, iba a aprender la verdad.

Perseguirlo toda su vida fue agotador. Era hora de recuperar sus principios y decidir cómo quería navegar por esta relación, esta vez en sus términos.

Carina suspiró y se miró a sí misma. Asco. Un completo desastre. Rocky levantó la cabeza de sus largas horas de sueño y bostezó. Se rió y se puso de rodillas para acariciarlo, rascando la parte superior de su vientre hasta que ella dio con el lugar dulce y su pierna empezó a batirse con fuerza en éxtasis perruno.

—Creo que estoy celoso de mi perro.

Ella levantó la vista. El *Sr. Calentón* estaba parado en la puerta con una jarra en sus manos. Usaba Levi's bajos en sus caderas, y una simple camiseta blanca se extendía a través de su amplio pecho. Sus pies estaban desnudos.

Su cuerpo golpeó a alerta completa, listo para jugar. Ella lo miró con recelo.



—Rocky siempre será el número uno. ¿Qué es eso?

Un destello malvado bailó en sus ojos. Su corazón se aceleró.

—Trabajaste a través de la cena. Pensé en traerte un regalo para elevar tu nivel de azúcar en sangre.

—Qué atento.

—¿Verdad? ¿Quieres probar?

Ella miró la jarra y luego a él.

—¿Qué es eso?

—Chocolate.

La palabra se deslizó de su boca como chocolate caliente. Su estómago cayó. Él movió sus caderas y esa mirada caliente viajó desde su cabeza hasta la punta de los dedos de sus pies desnudos. Carina trató de aclararse la garganta, pero su saliva se había secado. El hombre debería ser ilegal. Se obligó a pronunciar las palabras.

—No tengo hambre.

—Mentirosa.

Su temperamento se encendió.

—No voy a jugar a estos juegos contigo, Max. ¿Por qué no te regresas y haces lo que mejor sabes hacer? Ir salvar a alguien que lo necesita.

—No quiero a nadie más.

Las palabras chamuscaban y quemaban como una llama. Ella echó la cabeza hacia arriba y apretó los dientes.

—Entonces, ¿qué quieres?

—A ti. Ahora. Quítate la ropa.

Carina se congeló.

—¿Qué?

Como un depredador, él se acercó con una gracia perezosa y un ojo atento. Ella apretó los dedos en puños y luchó por respirar. Se detuvo frente a ella. Los pulsos de energía disparados hacia ella, exigiéndole que escuchara.

Algo dentro de ella se levantó y gritó que obedeciera. Santo cielo, ¿por qué él ordenando a su alrededor la ponía tan caliente? ¿Y por qué quería obedecerle tanto?

—Déjame que te diga todo lo que quiero, Carina. He estado acostado en mi cama estas últimas semanas con una erección que no desaparece. Pensando en esa noche, una y otra vez y preguntándome de cuántas maneras diferentes puedo hacerte venir.

El calor la envolvió. Sus pechos se hincharon en contra de las limitaciones de su sujetador y sus pezones se tensaron en puntos dolorosos. Manteniéndola completamente bajo su hechizo, él bajó la cabeza y se detuvo centímetros de sus labios. Su olor nadaba a su alrededor y la mareó. Presionó un pulgar en su labio inferior y lo arrastró a través de este.

—Sé que estás enojada. Sé que lo jodí. Pero te quiero tanto que voy a volverme loco. ¿Por qué no nos darnos esto?

Sus palabras sostenían una profunda verdad que tan desesperadamente ella quería creer. En esto podía confiar. Su pene presionaba contra su muslo, y su cuerpo lloró por alivio. El dedo del pie curvándose, el sexo orgásmico y satisfactorio. Ni más. Ni menos.

Al igual que esa noche.

Carina vaciló en el borde del abismo. ¿Podría jugar un juego tan peligroso, sabiendo que ella todavía sentía tan profundamente por él?

Él extendió la mano y agarró un pincel limpio del caballete. Con movimientos lentos y deliberados, corrió el pincel por su mejilla. Ella se estremeció ante el contacto juguetón, y sus terminaciones nerviosas crepitaban como huevos en una sartén caliente.

—Di sí. Porque yo quiero jugar.

Sus rodillas se debilitaron en un verdadero cliché. Ella se preguntó si se desmayaría también, o levantaría la pierna cuando él finalmente la besara. La excitación había golpeado por su torrente sanguíneo, golpeando su clítoris hasta que no hubiera ninguna otra respuesta para dar.

—Sí.

Sus dedos se movieron, desabrocharon la bata y la lanzó en el piso. Su camisa subió sobre su cabeza. Él estudió su sujetador negro con una mirada de chico malo y se estiró a su alrededor.

Ella siseó al dejar salir su aliento mientras él lo desabrochó con un hábil movimiento y el escaso encaje cayó a sus pies. Grandes manos ahuecaron sus pechos, levantándolos, acariciándolos, hasta que un gemido subió de su garganta. Sin pausa, sus dedos se deslizaron hacia abajo y tiraron el cierre de sus pantalones cortos. Deslizó la cremallera. Y los tiró fuera.

Tratando de no jadear, se paró delante de él en una diminuta tanga negra. El caliente rubor manchó sus mejillas. Él inclinó su cabeza y la besó. Profundo y minuciosamente, con un movimiento perezoso de su lengua. El sabor del café y la menta, la habían intoxicado, hasta que se presionó contra él y mordisqueó su boca en castigo. Cuando él se alejó, un brillo salvaje encendía sus ojos azules.

—Estás tan jodidamente hermosa. Déjame Mirarte. Toda tú.

Medio borracha por su ardiente mirada, ella se sacó las braguitas.

Max la miró fijamente durante mucho tiempo, con hambre de tocar cada parte de su cuerpo al descubierto para él. Sabiendo que estaba completamente vestido solo se sumaba al aumento de la humedad entre sus piernas y la sensación de ser superada y de orden. Con una sonrisa satisfecha, metió la mano en su bolsillo y sacó un pañuelo de seda largo.

Sus ojos se ampliaron.

—¿Estamos haciendo lo de *Cincuenta Sombras de Grey*? —susurró.

Max se echó a reír.

—*Dio*, te adoro. Podemos discutirlo. Por esta noche, solo quiero vendarte para una prueba de gusto. ¿Confías en mí?

Ella vaciló y luego se recordó a si misma que era solo su cuerpo, solo sexo.

—Sí.

La tela era fresca mientras la ató sobre sus ojos y suavemente la anudó. La oscuridad la envolvió. Le tomó un momento para lograr orientarse. Ella usó su sentido del olfato y el tacto de su calor corporal para localizar su posición. Sus audición esforzándose cuando oyó un susurro y un suave siseo, luego el roce de ropa. Su voz grave baja en su oído.

—Relájate y disfruta. Dime lo que hueles.

Ella tomó una profunda respiración y el rico celestial aroma la hizo gemir.

—Chocolate.

—Muy bien. Ahora Pruébalo.

Puso una gota en su lengua. El sabor agridulce explotó en su boca en un subidón del azúcar dulce.

—Hmmm. —Su lengua recorrió y lamió su labio inferior—. Delicioso.

Él contuvo su aliento.

—Mi turno.

Ella abrió su boca y esperó, pero nada resultó.

En cambio, el movimiento suave de un roce contra su pezón la sorprendió. Ella tiró en la reacción, pero siguió los movimientos insistentes, probando, hasta sentir su pezón cubierto de chocolate. Carina jadeó ante la sensación de los capullos apretados en anticipación.

—Hermoso —murmuró.

Su lengua era caliente y húmeda mientras él la lamia, hasta que se arqueó y se aferró a sus hombros para equilibrarse. Dardos de excitación hicieron ping a su cuerpo, y creció su humedad y dolorida.

—Tienes razón, bebé. El chocolate es delicioso.

—Bastardo.

Su risa baja rastrilló sus terminaciones nerviosas.

—Tendrás que pagar por eso.

Y lo hizo. Le pintó otro pezón y lo chupo, paso su lengua alrededor una y otra vez hasta que ella pidió misericordia. El pincel se convirtió en un instrumento de tortura y el éxtasis orgásmico. Trazó una línea hacia el valle de sus senos y lo sumergió en su ombligo. Lamiendo. Mordiendo a través de su estómago y sus muslos. Su aliento caliente sopló a través de su núcleo, pero él firmemente ignoró sus súplicas e investigó la curva sensible de su rodilla, su pantorrilla e incluso su tobillo.

Carina se disolvió en una masa de sensación retorciéndose. Su mente giraba, atrapada en la oscuridad y guiado a cada pico y valle por el sonido de su voz o el tacto de sus manos. Ella jadeaba mientras cerrado en un orgasmo, atrapada en el precipicio y en espera de su próxima demanda.

—Por favor. No puedo más.

La hizo callar y pintó sus labios con el chocolate.

Luego la besó, profundo y hambriento, compartiendo el sabor dulce entre ellos. Sus parpados picaban con lágrimas de frustración.

De pronto, él le levantó en el aire y la arrastró. El sonido de roces de traqueteos y frascos rebotando se levantó a sus oídos. La presionó hacia abajo sobre una superficie dura, que rápidamente calculó como la mesa de arte.

—Casi hemos terminado. Hay solo un lugar que no he probado todavía.

—¡No!

—Oh, sí.

Él separó sus piernas y rozó provocando al capullo apretado entre sus piernas. Sumergiéndose en su canal. Ella clavó sus uñas en sus palmas y luchó por su la salud mental.

Luego puso su boca sobre ella.

Ella gritó y se vino fuerte, su cuerpo asolado en espasmo tras espasmo. Las lágrimas picaban en sus parpados mientras se rompía y él la sostuvo sobre la mesa, haciéndola sobrellevar cada ola hasta que terminó. Carina escuchó un rasgón y una maldición. Después la reclamó.

El empuje sedoso de su erección la condujo de vuelta a la cima, y esta vez él se le unió cuando alcanzó el orgasmo la segunda vez. El tiempo se detuvo. Horas, minutos, segundos marcaban. La venda se aflojó y ella parpadeó.

Su rostro quedo a la vista. Espesas cejas. Pómulos duros. Mandíbula fuerte y labios sensuales, llenos por los que Miguel Ángel habría llorado. Él sonrió.

—¿Te ha gustado el chocolate?

Ella escupió una carcajada.

—Eres realmente un hijo de puta, ¿no? Christian Grey no tiene nada en ti.

Él se rió con ella.

—Mi nombre sería similar, pero nunca diría “Después, bebé”.

Su boca se abrió.

—¡Lo leíste!

Él pareció ofendido.

—Lo vi en Twitter. Ahora no me hagas enojar o yo te torturaré con la Crema Batida.

Carina se preguntó si algo andaba mal con ella. La idea sonaba un poco demasiado interesante.

Él la ayudó bajar de la mesa y apartó su cabello hacia atrás con un movimiento suave. El arreglo repentino que ella aceptó finalmente cristalizado. Ya no a merced de su cuerpo, Carina se preguntaba si acababa de hacer un acuerdo con el diablo. Su desnudez más que aumentar la vulnerabilidad. ¿Realmente creía que fuera posible separar el sexo de sus sentimientos por este hombre? El pánico arañó sus entrañas.

—Max, yo...

—No esta noche, bebé. —Como si se diera cuenta de su dilema, él le llevó en sus brazos—. Te voy a tomar ahora en la cama. Te voy a mostrar algunas de mis otras habilidades aprendidas de la lectura de novelas románticas eróticas.

Carina se aferró a él y decidió no profundizar más.



—¿Están Carina y tú teniendo problemas?

Se encontraban en el estudio. Las grandes ventanas daban a los jardines y el sonido de zumbido de las abejas y la transmisión de agua flotando a través de las pantallas abiertas. Michael le entregó una copa de coñac y se instalaron en las sillas de cuero de gran tamaño. La habitación desprendía un aura de calma y serenidad, con estanterías de techo a piso, lámparas rojas art déco y el piano de media cola contra la pared del fondo. El olor a cuero, papel, madera y esmalte naranja llenaban el aire.

Después de que Carina dio la noticia a su hermano de que se iba, le había preguntado a Max en privado al salir del trabajo. Max estuvo de acuerdo, a sabiendas de que era tiempo de aclarar algunas cosas. Demasiadas mentiras habían dicho y él estaba harto de ellas.

—¿Por qué lo preguntas?

—Ella es la heredera de la empresa familiar. Yo no le di un mal rato porque me di cuenta que necesitaba conseguir la cosa del arte de su sistema. Ahora ella quiere trabajar con Alexa en la librería y me preocupa. Tengo la intención de pasarle *La Dolce Maggie* como mi segundo al mando. Es su legado.

Tenía la garganta apretada. La sangre era la sangre y él no la tenía. No importaba que trabajara su culo e hizo de la compañía un éxito. Él podía ser recibido como familia, pero nunca fue llamado familia, a pesar de que se casó con Carina. Si Michael no quería tener que tomar el timón, era hora de mirar en otro lugar. Construir algo propio. Pero maldito si él había dejado a su amigo hecho un lío con su esposa.

Su voz cortada como helado como una botella de *Moretti*.

—Terminemos con eso, Michael. Ella no quiere trabajar para la panadería, y ella no va a...

Michael hizo un gesto con la mano en el aire, acostumbrado a conseguir lo que quería.

—Puedes ayudarme a convencerla.

—No.

Michael miró fijamente.

—¿Qué?

Él se enderezó en la silla y cerró la distancia.

—Me dijo que no. Ella es feliz en la pintura. Y ¿adivinen qué? Ella es increíble. Carina tiene talento y pasión y le han dicho demasiadas veces que es solo una afición por todos nosotros. Está averiguando quién es ella y me encanta verla. Y si yo no soy lo suficientemente bueno para ti, porque no tengo tu preciosa sangre corriendo por mis venas, es hora de que me vaya.

Michael se sacudió como si lo golpearan.

—¿Perdón? ¿De qué estás hablando?

—Dale tu preciosa panadería a Maggie o tus hijos. Ya he terminado con la esperanza “Voy a ser suficiente”. —Una risa loca escapó de sus labios—. Es curioso, creo que finalmente veo cómo Carina se ha sentido todos estos años. Tratando de estar a la altura, pero solo en el blanco. Déjala en paz. Déjala en lo que ella quiere, sin que nosotros le digamos lo que queremos.

Michael puso su vaso en el posavasos y se quedó mirando.

—No sabía que te sentías así. ¿Por qué no dijiste nada?

—Yo quería ser suficiente sin depender de nuestra amistad.

Su amigo echó una diatriba de maldiciones coloridas.

—Todo este tiempo he contado con ustedes para estar allí y nunca cuestionaste tu papel. Porque tú eres familia Maximus. Mi hermano, mi amigo, mi mano derecha. Tú estás involucrado en el negocio nunca estuvo en cuestión. Nunca pensé que tenía que ponerlo por escrito. *Mi dispiace*. Voy a corregir esta situación.

La sencillez de su aceptación le aturdió. En todo este tiempo, y no tenía nada que ver con no ser lo suficientemente bueno.

Sólo el rasgo común que los hombres disparaban hacia adelante y olvidarse de tomar sus sentimientos. El sueño de todo lo que trabajaron tan duro brillaba frente a él.

Lo único que tenía que hacer era llegar y tomarlo.

Es hora de poner todo sobre la mesa.

—Me acosté con tu hermana en Las Vegas.

Las palabras sonaron como un reventón del neumático en medio de la iglesia.

Michael ladeó la cabeza. Un reclamo agudo resonó a través de la ventana abierta.

—¿Qué quieres decir? Te casaste en Las Vegas.

Max se metió las manos en los bolsillos y miró al hombre que amaba como de su sangre.

—Antes de que nos casáramos. Tuvimos una aventura de una noche.

Michael se desplegó desde el sillón de cuero y cruzó la alfombra oriental burdeos. Sus rasgos oscuros permanecieron sin problemas, pero una fría furia brillaba en sus ojos.

—¿Te acostaste con ella antes de casarse? ¿En un viaje de negocios al que te envié?

—Correcto.

—¿Pero la amas lo suficiente como para casarte?

—No. Tu madre nos encontró a la mañana siguiente y nos convenció de casarnos.

Su aliento siseó entre sus dientes.

—¿Nunca siquiera querrías a mi hermana? ¿La tratas como a una de tus amantes baratas cuando te da confianza? —La voz de Michael se quedó con una advertencia—. Quiero todos los detalles.

—No.

Él se echó hacia atrás.

—¿Qué me dijiste?

Max se mantuvo firme.

—Ya no es asunto tuyo. Lo que sucede entre Carina y yo y cómo va avanzando es nuestro negocio. Les debía la verdad, pero no estoy ayudando a cambiar la mente de mi esposa sobre la compañía. Ella tiene que encontrar su propio camino, y yo la voy a respaldar hasta el final.

La traición en los ojos de su amigo lo cortó más profundo que cualquier herida de cuchillo.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Confié en ti para proteger a mi hermana, y la utilizaste. Te casaste con ella sin amor y te burlaste de nuestra amistad. —Su mano temblaba como Michael clavó un dedo en el aire—. Se me rompió el corazón.

La escena de *El Padrino* pasó ante sus ojos y de repente Max sabía lo que se sentía ser como *Fredo*. Mierda, qué desastre. Miró a su amigo muerto en el ojo y se llevó el calor. No tenía otra opción. Se dio cuenta de su núcleo de necesidad de proteger a Carina del daño y finalmente luchó por ella.

—Lo siento, Michael. Nunca quise hacerte daño. Pero esto es asunto nuestro, no tuyo.

—¡Estaba listo para darte una parte permanente de la empresa! Hacerte socio. ¿Esta es la forma de mostrar tu lealtad y respeto a mi familia?

Max empujó hacia abajo su temperamento y trató de mantener la calma.

—También es mi familia. Carina es ahora mi esposa.

—No sé si podemos trabajar juntos por más tiempo, Maximus. No es así. Y no sin confianza.

El sueño de la asociación estallaron como fuegos artificiales, y los pedazos volaban a su alrededor como papel quemado. Tal vez si él explicaba más de la situación, Michael finalmente lo entendería. Podían hablar juntos acerca de las opciones y...

No.

Anoche había empujado entre esos muslos sedosos y la mantuvo durante toda la noche. Ella lo había empujado hacia la ira, la pasión, la risa, y la consoló cuando habló sobre su padre. Le hacía sentir vivo y entero. Le encantaba comer cenas largas, hablando de trabajo, y velando en ella con su perro. Maldito si traicionaría la frágil confianza que tenían con la venta hacia fuera para un contrato. Su hermano ya no poseía derechos sobre su vida.

O la suya.

Max dejó escapar una risa sin humor. La realidad de que él no se preocupaba ya por la asociación le sacudió la compostura.

—No me importa.

—¿Perdón?

—Si ya no puedes trabajar conmigo, lo entiendo. Carina es más importante.

Michael entornó su mirada.

—¿Qué estás diciendo?

—No me vengas con la asociación. Dispárame. No importa. Pero asegúrate de mantenerte al margen de la vida de Carina y dejar que tome su propia decisión, incluyendo lo que ocurre con nuestro matrimonio.

Salió de la habitación con sus duras palabras sin mirar atrás. Al diablo con eso. Estaba cansado de mentir y dar excusas por su comportamiento horrible.

Él había hecho lo suficiente de eso para que durara toda la vida.

Capítulo 13

*Traducido por Vanehz y SOS Nelly Vanessa
Corregido por Angeles Rangel*

Había dormido con Max.
Otra vez.

Carina condujo a casa desde su turno en *BookCrazy*, golpeteando sus dedos ausentemente sobre el volante mientras trataba de encontrarle sentido a la situación. Le molestaba su falsa propuesta a medias bajo presión de su madre. Pero la excitación en sus ojos causó que su cerebro rezumara en su cabeza hasta que no hubo más que rendición. Su cuerpo nunca mentía. ¿Por qué no debería disfrutar de ese aspecto de su relación? Estaban casados, por Dios santo.

El susurro interno gritó la verdad.

Porque aún estaba enamorada de él.

Siempre lo había estado. Siempre lo estaría. Como una pesada cruz sobre su espalda, nunca se sobrepondría a sus sentimientos por Max.

Saltar al sexo complicaba las cosas. Sería menos capaz de mantener sus barreras y comportarse la mujer fuerte y controlada que tan desesperadamente necesitaba ser.

Curiosamente, en todos los otros aspectos de su vida se sentía... diferente. Más fuerte. *Dejar La Dolce Maggie* había sido difícil y Julieta llamó urgentemente tratando de hacerla cambiar de opinión. Las conversaciones solo confirmaron que había tomado la decisión correcta.

Su pintura crecía a pasos agigantados, y su clase finalmente confirmaba que tenía que romper las barreras y pintar lo que su alma pedía a gritos. Las fotos eróticas de la pared de Sawyer la habían llamado y las imágenes fueron atrapadas por su pincel, haciéndola remecerse con vergüenza y orgullo. ¿Quién hubiera pensado que había sido una mujer que se quemara por un amante dominante y una artista que amaba el erotismo?

Incluso su trabajo en la librería aliviaba en algo su interior. Finalmente había encontrado una combinación perfecta de negocios y creatividad al trabajar rodeada de libros y disfrutar usando sus conocimientos de contabilidad para ayudar a Alexa.

Si solo su matrimonio no hubiera empezado bajo falsas pretensiones, todo podría ser perfecto.

¿Estaba loca por quedarse? ¿Por qué no simplemente hacía sus maletas y se mudaba? La lenta tortura de estar alrededor de él y no tomar lo que necesitaba, era brutal.

El infierno con ello.

Se iba. Se mudaba. Había escuchado montones de canciones de mujeres enojadas y estaba un poco más decidida y limpiar su pasado con un gran salto adelante.

Mentirosa.

La voz interior cacareó con regocijo. Aún no estaba lista. Un diminuto brillo de esperanza la mantenía enraizada a la casa y a su vida. ¿No era eso lo que había oído que mantenía a víctimas de tortura vivas por años? La esperanza de escape y rescate.

Sí, su propia alma golpeada no estaba lista para renunciar al sueño del hombre que amaba. El pensamiento de nunca volver a ver su amado rostro, hacía la acción imposible.

Al menos, por ahora.

Carina suspiró y fue hacia la casa. Aparcó el auto en el paseo circular y bajó por la calzada pavimentada. Rosales frondosos y pinos puntiagudos creaban un paisaje místico alrededor de la mansión de Max. Pequeñas fuentes de agua se alineaban en el camino hacia los jardines, y el sonido de agua repiqueteando calmó sus nervios. Amaba arrastrar su lienzo hacia la piscina y pintar.

Mentalmente haciendo malabarismos con su horario, calculó que tendría tiempo por una hora para dibujar antes de ir a la tienda para su segundo cambio.

Tiró las llaves de su bolso.

La paloma cayó delante de ella.

Carina se echó hacia atrás con horror mientras el ave blanca como la nieve caía del cielo y chocaba contra la acera. Su pata retorcida y levantó su diminuta cabeza, entonces se deslizó de vuelta al pavimento y se quedó quieta.

—Oh, mi Dios. —Tirando sus cosas, se arrodilló en el suelo. Definitivamente respiraba. Aún estaba viva. La etiqueta en su pata tenía un número y con dedos temblorosos, empezó a examinarla cuidadosamente. El ala caía en un ángulo torcido, rota. Las piernas y patas parecían sólidas. No parecía haber nada de sangre sobre el suelo, pero sus ojos aún estaban cerrados.

Gentilmente recogió el ave, acunándola en sus brazos y llevándola adentro. Inmediatamente encontró una vieja y suave toalla y la colocó en medio. Parpadeando para alejar las lágrimas, llamó al veterinario, entonces hizo una búsqueda rápida en internet para confirmar sus instrucciones.

Carina tomó el teléfono y marcó el dial.

—Max, necesito que regreses a casa. Necesito ayuda.

—Estoy en camino.

Presionó el botón y esperó.



—¿Qué piensas?

Carina miró el ave ahora colocada en una gran pecera, su ala asegurada envuelta en cinta. Sus ojos estaban abiertos pero un poco vidriosos, como si aún no estuviera segura de qué había pasado. Max examinó el número en la etiqueta y lo escribió en un papel.

—Creo que hemos hecho todo lo posible. El veterinario dijo que parecía no haber daños internos, así que el ala debería sanar y podríamos enviarla de vuelta. Voy a hacer algo de investigación con el número y ver si puedo contactar al propietario.

Retorció sus manos y miró al ave respirar.

Max la atrajo a sus brazos y ella se apoyó contra su pecho, respirando en su familiar esencia.

—Va a estar bien. No eres llamada la “susurradora de animales” por nada. Si tiene una oportunidad, es gracias a ti.

Ella le sonrió ante el apodo familiar con la que su familia la había coronado por su talento y conexión con los animales. Por un momento, se relajó en su calor y protección.

—Lamento haberte hecho dejar el trabajo.

El presionó un beso en lo alto de su cabeza.

—Me alegra que me llamaras —murmuró.

El confort se convirtió en calor. Su erección presionada contra su muslo. Carina se tensó y el aire se volvió espeso con tensión sexual. Dios, lo quería. Quería quitarle su sexy corbata roja y traje de raya diplomática, trepar a su regazo y montarlo hasta que ella olvidara. Olvidara que nunca quiso casarse con ella y que no la amaba, la forma en que lo necesitaba.

El recuerdo de él, chupando el chocolate de sus pezones y entre sus piernas, quemaba bajo sus párpados. La forma en que la sostuvo con ternura durante toda la noche, como si sintiera que ella necesitara algo más. Tomó aliento y lo empujó lejos.

—No.

Él apretó los puños y alejó la mirada. Sus músculos se tensaron y esperó que saliera.

—Lo siento. Puedo esperar hasta que estés lista. Solo... te extraño.

Su corazón trastabilló. *Maldito*. Negó con humor.

—Tonterías. Extrañas estar a cargo de toda esta relación. Extrañas que jadeé detrás de ti como un perro acalorado contigo llamándome a cada oportunidad. No me subestimes y pretendas que es más que eso.

Sus cejas chocaron juntas.

—Me niego a dejarte hablar de ti misma de esa forma —estableció fríamente—. Tienes todo el derecho de estar enojada, pero no nos degrada a ambos. Las cosas han cambiado.

Carina sacudió la cabeza con incredulidad.

—Nada ha cambiado. La única cosa diferente entre nosotros es el sexo. El resto es solo una gran y enorme mentira.

Él se puso rígido. Una sombra cayó sobre su rostro.

—Estamos casados ahora. ¿Podemos seguir adelante? No es como si fuéramos extraños y no hubiera nada entre nosotros.

El último y frágil hilo de su temperamento, se rompió.

—¿Y dónde está mi "*felices para siempre*", Max? Soñaba con una proposición, con un hombre que se arrodillara y dijera en sus votos algo que realmente quería decir. ¿Sabes qué obtuve? Buenas intenciones, responsabilidad y unos cuantos orgasmos.

Prácticamente escupió las siguientes palabras.

—¿Quieres sexo tan malamente? ¿Con qué te está chantajeando mi madre ahora? ¿O solo quieres tener sexo conmigo para mantenerme noqueada y asegurarte un heredero?

Furiosos ojos azules la encontraron y la destrozaron con una crueldad que la hizo estremecerse.

—Te perdonaré por ese comentario. Una vez. Además te dejaré sola, pero te lo advierto. Cuando crea que has tenido tiempo suficiente, vendré por ti.

Sonrió cruelmente.

—Y te prometo que rogarás por más.

La puerta se cerró de golpe detrás de él.



Era tan imbécil.

Max miró hacia la escalera y escuchó los acordes de Rihanna vibrando en el aire. Dos días habían pasado desde su pelea. Ella seguía manteniendo su distancia y tratándole con una helada educación que lo enojaba. Trabajaba largos turnos en *BookCrazy*, se escondía en el salón de arte y evitaba la cena.

Una soledad que nunca había notado antes permanecía en el aire de su hogar. Su energía pulsaba a través de las habitaciones pero ansiaba el contacto directo, una conversación real. Extrañaba su risa, su entusiasmo y su ingenio. Extrañaba todo de ella. Rocky pasaba más tiempo con ella que él.

Nunca debía haberla presionado. Cuando ella vino tan naturalmente a sus brazos, su esencia se envolvió a su alrededor y lo había drogado. La suavidad de sus curvas presionadas contra su pecho. El roce sedoso de

sus rizos. Ardía por arrastrarla a la habitación y reclamarla toda de nuevo. Ahora se daba cuenta de que era el epítome de lo inoportuno.

Max gruñó. Tan estúpido. En vez de ser racional y darle el tiempo que necesitaba, la había amenazado.

Sí, la sangre había ido definitivamente a su otra cabeza, y no tenía excusa. Su declaración sincera sobre su propio *“felices para siempre”* se había grabado a fuego en su cerebro y roto su corazón.

¿Era eso lo que le había hecho? ¿Arrancar sus ilusiones y sueños?

Siempre se había preocupado por romper su corazón algún día. Seguro, había sido forzado a casarse con ella, pero ¿Pero por qué no lo sentía como una obligación? ¿Por qué esperaba llegar casa y vislumbrarla? Se merecía mucho más.

Sin embargo, lo tenía a él.

La depresión se instaló sobre él. Al infierno con eso. Prepararía la cena y la forzaría a interactuar. Max se dirigió a la habitación, se quitó el traje y se puso unos jeans y una camiseta negra. Sirvió dos copas de Merlot y las puso junto a un plato de salsa de pollo que a ella le gustaba. Los movimientos meditados de preparar una comida lo suavizaron. La cocina culinaria había sido hecha por encargo, con encimeras de granito color crema, una nevera bajo cero, un horno de ladrillo para pizza, una estufa *Viking*. La isla de la cocina cortaba a través del área principal con un área de trabajo hundida y separada, una barra de desayuno y bancas de cuero acolchado.

Cogió unas ollas de cobre, las roció con aceite de oliva y empezó a cortar los tomates y las cebollas. Diez minutos más tarde, ella bajó ruidosamente las escaleras y se paró en la entrada de la cocina.

—Me voy. No me esperes despierto.

Tiró el cuchillo y apoyó una cadera contra el mostrador.

—Estoy cocinando la cena. ¿Dónde vas?

—A la librería.

—Quédate para un bocado. Necesitas alimentos antes de tu largo turno.

Ella se movió sobre los pies, obviamente tentada.

—No puedo. Tomaré algo en el café.

—Sólo tienen bocadillos, necesitas proteínas. Por el amor de Dios, te prometo que no tendrás que quedarte mucho tiempo en mi compañía. Siéntate.

—Yo no...

—Siéntate.

Ella jaló una silla y se sentó. Su respuesta inmediata le recordó su obediencia en el dormitorio y en un instante lo puso duro. Él deslizó el pollo en un plato, lo cubrió con salsa y lo dejó caer sobre el mostrador con un tenedor. Ella se zambulló con su entusiasmo habitual, haciendo esos deliciosos sonidos de placer. Él se movió con incomodidad y trató de acomodarse.

— ¿Encontraste algo sobre nuestra paloma?

—Sí. Seguí la etiqueta del propietario a unos cincuenta kilómetros de aquí. Es una paloma mensajera, conocida como paloma bravía. Su nombre es Gabby. No es una corredora regular, pero él la envía a misiones ocasionales para mantenerla afilada. Algunos de sus amigos pertenecen a un club y supongo que todas sus palomas regresaron excepto Gabby. Él ha estado frenético.

Max llenó su plato y se sentó en el taburete frente a ella.

—No sabía que las palomas mensajeras aún existían. ¿Vendrá a recogerla?

Ella tomó un sorbo de su vino.

—No, le expliqué lo que hicimos y el daño en el ala de Gabby y accedió a dejar que me ocupara de ella aquí hasta que estuviera curada. Entonces podré dejarla volar a casa. Si hay algún problema con su recuperación, él

vendrá a recogerla, pero creo que ella está mejor ya. Está alerta y parece saber lo que está pasando.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que pueda ser puesta en libertad?

—De dos a tres semanas, dependiendo. —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. El dueño dijo que estaba acostumbrada a llevar cartas de ida y vuelta entre las parejas separadas. ¿No es genial?

Él le devolvió la sonrisa.

—Extremadamente. Sólo ten cuidado, cariño. Siempre te encariñas.

Su nariz se arrugó.

—Lo sé. Es sólo un pájaro, por lo que debe estar bien.

—Oh, sí. ¿Qué pasa con la ardilla?

Una risa escapó de sus labios.

—¡Me había olvidado de eso! Pero era joven.

Él resopló y enganchó otra pieza de pollo.

—Lo nombraste Dale por los dibujos animados de Disney. Creo que fingió haberse lastimado la pierna. Tú configuraste el cobertizo como su propia cueva. No es de extrañar que el roedor no se quisiera ir.

—No lo llares roedor. Era dulce. No se quedó mucho tiempo.

—Era malditamente malvado. Mordió a Michael y a mí todo el tiempo cuando tratamos de jugar con él. Entonces reunió a todos sus amigos roedores en una fiesta y nos dio miedo incluso entrar y sacar nuestras bicicletas.

Sus ojos oscuros brillaron y las líneas en su hermoso rostro se suavizaron.

—Papá se puso tan loco. Ellos hacían agujeros en la pared y torres almacenando frutos secos. Me obligó a deshacerme de Dale.

—Lloraste durante días.

—No tengo problemas para dejar ir a los que amo.

La sorprendente confesión entró por la sala. Ella se echó hacia atrás, obviamente, lamentando sus palabras y se concentró en su plato. Max habló en voz baja.

—Lo sé. Siempre parecen venir de nuevo a ti, sin embargo.

Carina se negó a mirar hacia arriba. Él luchó contra el impulso de acariciarle la mejilla y besar su tristeza para alejarla. En su lugar, se sirvió más vino y cambió de tema.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Sigues haciendo retratos?

Una expresión extraña brilló en su rostro.

—Más o menos. Estoy tratando de hacer algo nuevo.

—Tengo un montón de contactos en el mundo del arte, Carina. Me encantaría que te entrevistara un consultor. Si les gustas, ¿tal vez se pueda arreglar una muestra?

Ella negó entre bocado y bocado.

—No, gracias. Me encargaré de esto por mi cuenta.

Se tragó su frustración y se recordó a sí mismo que ella tenía que probar su propio éxito. Él ya creía en ella. Ella sólo tenía que creer en sí misma.

—Está bien, respeto eso. No tienes que trabajar tantas horas en *BookCrazy*, sabes. Alexa le dijo a Michael que eras increíble, pero haces doble turno todo el tiempo. Nunca te veo.

—Necesito el dinero.

Él inclinó la cabeza.

—Eres de una de las familias más ricas de Italia. Yo no estoy demasiado mal tampoco y eres mi esposa. ¿Para qué diablos necesitas el dinero de tu trabajo?

Ella levantó la barbilla en esa obstinada inclinación que lo volvía loco. — Michael es rico. Tú eres rico. Yo no soy rica. Puede que tenga un fondo fiduciario grueso, pero haré mi propio camino, como todos los demás. Si eso significa trabajar horas extras, no me quejo.

Él se tragó una maldición.

—La familia cuida de los suyos. Lo suyo es tuyo. ¿Por qué no puedes entender eso?

Ella dio un bufido muy poco femenino.

—De la misma manera que no puedes entender lo qué se siente haber fracasado en todo lo que has hecho.

Su boca se abrió.

—¿Fracaso? Tienes éxito en todo lo que tocas.

Su voz se convirtió en hielo.

—No soy tonta, Max. Es posible que desees que regrese a la cama, pero mentir no es suficiente. Apesté como chef como *mama*. No fui buena en los negocios como Julietta y Michael. Y no soy buena con lo que tenga que ver con la moda personal, belleza, o en verme como Venezia. No me insultes.

Su corazón se rompió. Esta hermosa, fogosa mujer creía que no era digna. El impulso de estrangularla o besarla peleó en su interior. En su lugar, se tragó su opresión en la garganta y dijo la verdad.

—Tuviste éxito en todo lo valioso de este mundo, Carina. Con la gente. Con los animales. En el amor. Nada más importa, sabes. Pero simplemente no lo ves.

Ella se quedó inmóvil. Esos ojos negros expresivos se abrieron con asombro. Una conexión ardió entre ellos, caliente y brillante y el aire se obstruyó con emoción. Él dejó el tenedor para llegar a ella.

Carina saltó de su asiento y dio unos pasos hacia atrás.

—Me tengo que ir. Gracias por la cena.

Salió volando de la cocina y lo dejó solo y vacío.



Unos días más tarde, Carina estudiaba las pinturas delante de ella con ojo crítico. La clase le había ayudado con las formas y le había enseñado algunas técnicas que la llevarían al siguiente nivel.

Su maestra incluso comentó en ponerse en contacto con alguien de la representación, sobre todo si completaba una serie coherente. Un hilillo de alarma se deslizó por su columna.

Una exhibición pública significaría más que salir del closet como artista esperanzada. Significaría desnudarse y gritar “¡Mírenme!” En medio de Times Square.

El verdadero problema, por supuesto, era su familia. Su núcleo de apoyo, bien intencionado que creía que tenía talento, pero pintaba como hobby. Ni una sola vez había expresado su alma gritar por la oportunidad de ser artista profesional. El arte era muy respetado en Bergamo, pero el negocio era venerado, especialmente con las famosas panaderías *La Dolce Famiglia* en el nombre de Conte.

Carina se mordió el labio inferior y garabateó su nombre en la parte inferior. Su primera pieza oficial completa. Y si alguien la veía, creerían que era una puta.

Las líneas se difuminaban en un negro gris nebuloso que echaba a la pareja a la sombra. El duro pezón de la mujer revelaba su excitación, y su rostro llamaba la atención del espectador con un éxtasis desnudo como si estuviera luchando con su orgasmo. La espalda del hombre estaba girada y bloqueaba el resto de su cuerpo desnudo.

Músculos magros se juntaban y un tatuaje reclamaba su hombro izquierdo superior con una serpiente. La ventana trazada hacia el lado derecho de la pintura daba la impresión de un sentido de voyeurismo

mirando a escondidas en su mundo sensual, mientras la luz del día y la cordura se mantenían a través del cristal.

Ella apretó los puños, luego, lentamente, soltó sus dedos. El calambre en su muñeca le dijo que había estado trabajando durante horas.

La emoción mordisqueaba sus terminaciones nerviosas. Era bueno. Lo sentía muy dentro de las entrañas, una sensación de satisfacción que rara vez experimentaba más. No desde que había comenzado la universidad. Ella había luchado contra la fuerza de su instinto desde hacía un tiempo, pero sólo había creado retratos, planos de dos dimensiones que la dejaban fría.

La naturaleza erótica primitiva la sorprendió. ¿Quién hubiera sabido que Max rasgaría las puertas de su alma y arrancaría las cerraduras? No regresaría a lo sensible, a las creaciones limpias. Era el momento de poner los ojos en los retratos en la oficina de Sawyer, sabía que tenía que cavar profundo en su desnudez y en la pintura. No importaba lo que pasara con su trabajo, por lo menos estaría diciendo la verdad. Acerca de su naturaleza. De lo que deseaba. De sus necesidades.

De sus fantasías.

Ya era hora.

Limpió sus pinceles, quitó sus acrílicos y se quitó la bata. Era hora de darle un regalo a Rocky y comprobar a Gabby. Había invitado a su familia a cenar y esperaba que tuviera un momento para una siesta en el sol por primera vez.

Gabby la saludó con el *coo* normal que ella había empezado a amar. Ya temía el momento en que tuviera que dejar que Gabby volara. Los ojos brillantes y sabihondos del ave le hablaban de un pasado más profundo a Carina uno exótico del que le encantaría conocer más. Tal vez tendría una charla con su dueño antes de liberarla.

Comprobaría el apósito y un vendaje, le daría de comer y llevaría su pecera convertida al exterior del patio trasero.

La piscina de tamaño olímpico, estaba rodeada de exuberante vegetación, palmeras importadas y era un iris de color rojo y púrpura vivo para los nadadores con su sonido envolvente en una laguna tropical. El exterior rocoso era acolchado, Gabby no le dio un segundo pensamiento, y se dejó caer a su lado en un sillón. Carina se sentó en la silla con sus mascotas flanqueánla, con una copa de Merlot en la mesa y el sonido que brotaba del agua y el viento en el fondo.

Una sensación de paz se apoderó de ella. Les murmuró comentarios ocasionales a Gabby y a Rocky y poco a poco, sus párpados se cerraron.

—¿Carina?

Su nombre se deslizó de su boca como miel y caramelo, toda suave y empalagosa y deliciosa. Ella sonrió y levantó la cara hacia arriba, demasiado relajada para levantar los brazos. El delicioso olor a hombre, jabón, y un toque de perfume especiado flotó en la brisa.

—¿Hmmm?

Suaves dedos acariciaron su mejilla. Ella se apretó contra esa cálida mano y le besó la palma. Un murmullo bajo.

—Ah, cariño, hay una tormenta que se avecina. Debes entrar.

—Kay. —Ella se estiró, deseando quitarse la ropa, que formara parte de sus muslos, y se deslizara en su centro. Sus músculos se apretaron en deliciosa anticipación. Ella mordisqueó fuerte su muñeca y suspiró—. Buen gusto. Hueles bien.

—*Dio*, me estás matando. La bruma difusa de su sueño borró sus buenas intenciones y sus ondas cerebrales. Ella parpadeó y levantó la mano. Apartó los mechones suaves de pelo de su frente. Trazó el gancho arrogante de su nariz, sus labios suaves y llenos.

—Eres tan hermoso —murmuró ella—. Demasiado hermoso para mí, sin embargo. ¿No es así, Max?

—A la mierda esto. No soy un santo.

Sus labios se recostaron sobre los de ella. Tibios, capaces, bebiendo de su boca como saboreando un vaso de vino caro. Su sabor explotó en su lengua y ella gimió, abriéndose a él plenamente. La besó por largos momentos, con lentos movimientos una y otra vez, hasta que ella se fundió en la silla y la carne entre sus piernas se hinchó y humedeció. Cuando por fin levantó la cabeza, ella supo que había ganado. Esperó a que la levantara y la llevara a su dormitorio. Y en ese momento, no le importó.

El timbre sonó.

El *ding* causó que Rocky se lanzara de su lugar de descanso a la corteza. Ella tropezó de nuevo con la realidad con un aterrizaje brusco y se empujó hacia arriba. Max negó.

—Puedo matar a quien esté en la puerta —dijo. Con una última mirada, desapareciendo a través de las puertas francesas.

Carina se levantó de la silla. Se preguntó si el destino habría intervenido para salvarla. ¿Cuánto tiempo podría aguantar antes de caer de nuevo en su cama? La voz de su cuñada flotó a través de la pantalla y ella tomó una respiración profunda para calmar sus nervios. Estaba a salvo de la tentación ahora.

Por un tiempo.

Maggie se contoneó viéndose como pato, generalmente enorme, incómoda y mayormente enojada. El vestido de punto negro le llegaba a las rodillas y hacía *fli-flop* golpeando sobre el suelo de mármol.

—Si no salen de mí ahora, Carina, los sacaré yo misma. —Entró en el salón, se situó en el borde de la cómoda silla y cayó hacia atrás. Carina tuvo la sensación de que no se levantaría a menos que tuvieran una grúa.

Ella chasqueó la lengua con simpatía y un poco de humor.

—Probablemente la próxima semana, Maggie. Están cerca.

Maggie miró y tomó el vaso de agua mineral con limón de Max.

—No, no lo harán. Acabo de ir al médico ayer, me dijo que no había ni una contracción a la vista. Nada. *Niente*. Que estaban cómodos y acogedores allí. Reciben comida, duermen y se divierten practicando karate cuando están aburridos. ¿Por qué saldrían? —gimió—. No quiero tener una cesárea, a menos que sea necesaria, pero creo que es la única manera. Necesitan sentirse amenazados o nunca saldrán.

Carina palmeó la mano de su cuñada.

—Apuesto a que dentro de cinco días estarás celebrando la llegada de dos bebés felices y perfectamente sanos. ¿Recuerdas que lo mismo sucedió con Alexa? Tuvo dos semanas de retraso con su primera hija.

—Sí, eso fue un motín. Nick casi se fue al hospital sin ella.

Max le trajo a *mama* Conte un poco de té y se sentó frente a la chimenea.

—Sí, oí esa historia, un clásico puro. ¿Cómo está Alexa? —preguntó él.

—Está bien. Se llevaron a Lily a *Sesame Place* el fin de semana. Ya sabes cómo se obsesiona con Elmo. —Un relámpago iluminó el cielo y un trueno sonó bajo y amenazante.

—Se supone que habrá una tormenta traviesa hoy. Espero que Michael no se quede atrapado en ella. Ya se le hizo tarde.

—Sí, iba a tomar el coche en Manhattan para su reunión, pero se decidió por el tren. Hay una gran protesta pasando en Wall Street hoy y no quiere quedarse atrapado en el tráfico. Debe estar bien.

Maggie se frotó el enorme vientre.

—No estoy segura si incluso podré comer esta noche. La indigestión ha estado horrible todo el día. —El tono de timbre de *Sexy regreso* resonó a través de la habitación, y Maggie se acercó a su bolso—. Ese es Michael. No puedo alcanzarlo.

Carina tomó el celular de color rosa caliente y se lo dio. El lado de Maggie de la conversación incluyó malas palabras y murmullos compasivos. Finalmente se apagó.

—No creerán esto. Hay un gran apagón en la ciudad y todos los trenes están retrasados. Estará atascado allí durante un par de horas.

Carina se mordió el labio.

—¿Estará bien? ¿Hay policía? ¿Dónde está ahora?

Maggie suspiró.

—Está comiendo en *La Mia Casa*. Es un pequeño restaurante italiano que yo solía frecuentar y ahora lo hice adicto. Conozco a Gavin, el propietario. Él cuidará bien de Michael.

—Gracias a Dios. Bien, puedes dormir aquí si quieres. Te haremos un desayuno casero en la mañana.

Mama Conte resopló.

—Prepararé el desayuno, Carina. Omito no cocinar para mi familia, y mis habilidades están cada vez más oxidadas. Esta noche tendremos una fiesta de pijamas.

—¿Podemos ver a *Magic Mike*? —preguntó Maggie.

Max levantó una ceja.

—De alguna manera no creo que a *mama* Conte le guste esa decisión.

—¿Por qué? —Exigió a la mujer mayor—. ¿De qué es?

—De strippers masculinos —dijo Maggie—. Es bueno.

Su madre se quedó pensativa.

—Lo veré.

Max gruñó.

—Mataré a Michael.

Las horas pasaron volando con una buena conversación, risas y comida. Michael llamó una vez más para reportarse y confirmar que estaba bien, pero probablemente no podría salir de la ciudad hasta la madrugada.

Maggie apoyó los pies sobre una almohada y se acurrucó bajo el edredón. Max finalmente cedió y permitió que vieran la película, pero rápidamente se arrepintió cuando las tres mujeres jadearon en la primera escena. Él le lanzó palomitas a la pantalla del televisor para distraerlas.

Maggie suspiró con satisfacción mientras los créditos finales pasaban.

—Me encanta esa película —declaró—. Es muy profunda.

Max soltó un bufido.

—Es porno femenino. Me siento sucio simplemente de haber mirado.

—Estás enojado porque la chica caliente nunca se quitó la ropa.

—Tengo más respeto por las mujeres que ustedes por los hombres.

—Sí, claro, creo... Oh, Dios mío. —Carina miró a Maggie. Puro terror contorsionó sus facciones. Respiró hondo y se vio en estado de shock—. Creo que rompí aguas. —La humedad del sofá lo confirmó. Ella se frotó el estómago—. Pensé que era indigestión, pero ahora estoy pensando que estaba en trabajo de parto hoy. —Miró al otro lado de la habitación, presa del pánico.

Carina se congeló. Max contuvo el aliento. *Mama* Conte se levantó del sofá con una sonrisa serena. Sus ojos oscuros brillaron.

—Tendrás a tus bebés, Margherita —dijo ella—. Y todo estará bien.

Lágrimas inundaron los ojos verdes de Maggie y sacudió la cabeza con fuerza.

—Michael no está aquí —susurró—. Lo necesito.

Mama Conte le tomó ambas manos y se las apretó.

—Lo sé. Tu trabajo de parto tardará muchas horas con los gemelos. Él estará aquí. Si conozco a mi hijo, hará lo que necesite para estar a tu lado cuando los bebés lleguen.

—Tengo miedo.

Su madre se echó a reír.

— ¡Pero, por supuesto, que tienes miedo! Esa es una de las cosas más difíciles que tendrás que hacer en tu vida. Todos estamos aquí contigo, Margherita. Tienes una familia y no se irá.

Maggie respiró hondo. Asintió. Entonces tomó su teléfono.

—Está bien. Llamaré a Michael y al médico. Max, ¿puedes tener el coche listo? Carina, ¿puedes subir y encontrar algunas cosas para que me las lleve? ¿Cepillo de dientes, bata, camisetas, ese tipo de cosas?

—Estoy en ello. —Carina se levantó del sofá y tiró de Max hacia ella. Su marido tenía la expresión cómica de un hombre aterrado para moverse, como si una sola palabra provocara que Maggie tuviera contracciones y gritara—. ¿Max?

—¿Eh?

—Trata de hacer algo mejor que Nick, ¿de acuerdo? Ve por el coche y llama a Alex y a Nick por nosotros. Diles lo que está pasando. ¿Puedes hacer eso?

—Por supuesto.

—No te vayas sin nosotros. —Sus ojos asustados hicieron que algo dentro se ablandara. Ella agarró sus manos y unió sus dedos dentro de los suyos. Max parpadeó sorprendido y ella sonrió—. Tenemos la oportunidad de ver a nuestros sobrinos nacer hoy. No nos olvidemos de eso ni un momento, ¿de acuerdo?

Él bajó la cabeza y la besó. Sólo el toque más suave, un susurro de sus labios deslizándose sobre los de ella y le recordó que no estaba sola.

—Tienes razón. Gracias por recordármelo.

La soltó y desapareció por el pasillo.

Capítulo 14

*Traducido por Yanli y rihano
Corregido por Angeles Rangel*

—¡Quiero drogas!

—Maggie nunca se lamentaba, gritaba o lloriqueaba. Ella exigió en su forma de humor cabreado, hasta que cada enfermera en el lugar tenía miedo de entrar en su habitación. Max sostenía su cubo de Rubik como su punto focal y Carina le dio crédito al hombre. Mientras cada contracción ondulaba en toda la pantalla, él la instó a respirar a través del dolor y concentrarse en su punto focal. Tomó sus maldiciones e insultos con calma y nunca flaqueó.

Cuando él salió a conseguirle un vaso de hielo, ella encontró el cubo de Rubik al lado de la cama y lo lanzó a través del cuarto.

La única persona que su cuñada parecía escuchar era a *mama* Conte. Su madre nunca mimó a Maggie y no la dejó salirse con mal comportamiento. Pero nunca abandono su lado y habló con ella en voz baja-suave, diciéndole sobre el nacimiento de cada uno de sus hijos y su historia especial. En los espacios entre las contracciones, Maggie se calmaba y escuchaba. Hasta que golpeaba la próxima onda.

Carina había arrastrado a Max fuera de la habitación por un momento.

—¿Michael va a llegar? —preguntó—. Han pasado horas y la última vez que comprobaron casi había dilatado lo suficiente para pujar.

Max se pasó los dedos por su cabello y cambió el puesto de un pie al otro.

—Él me envió un texto según el cual debería estar aquí dentro de una hora. Esto es una pesadilla. Michael y Alexa se fueron ese mismo condenado día. Soy muy malo en esto, Carina. Ella quiere matarme de veras.

—No, ella tiene dolor y miedo y su marido no está aquí. Pero eres lo siguiente mejor, Max. Han sido amigos desde la infancia.

Él gimió.

—¿Qué pasó con los días cuando los hombres aguardaban en la sala de espera? Mierda, no tengo que mirar allí cuando ella empujé, ¿verdad?

—Escucha, amigo, tú no estás expulsando dos seres humanos de tu vagina. Aguántate. Ella te necesita.

Sus palabras penetraron en su cerebro. Él se enderezó y asintió.

—Lo siento. Yo me encargo.

Maggie gruñó entre las crecientes contracciones oscilando en el monitor.

—Pedí un puto epidural y lo quiero ahora.

—El lenguaje, Margherita —dijo *mama*—. Estás pasando ese punto y es casi la hora para pujar.

—No sin Michael. —Ella apretó los dientes y jadeó—. No voy a pujar hasta que Michael llegue.

Su *mama* limpió el sudor de su frente.

—Él va estar aquí.

—Nunca voy a tener sexo otra vez. ¡Odio el sexo!

Carina se mordió el labio y se alejó. *Mama* asintió.

—No te culpo.

La voz de Max cortó través de la sala en una fuerte demanda.

—Maggie, mírame. Concéntrate en mi cara cuando venga las contracciones. Voy a contarte una historia.

—Odio los cuentos de hadas.

—Esto es más como una aventura de acción. Voy a contarte de la primera vez que Michael y yo en nos juntamos. —Maggie pareció un poco interesada. Él se acomodó en la silla cerca de la cama y se inclinó. El monitor sonó y Max habló—: Nuestras madres siempre fueron amigas cercanas, por lo que básicamente crecimos juntos. Un día nos llevaron al patio de juegos y había esta enorme cosa para escalar. ¿Creo que teníamos seis en ese entonces? Como sea, ambos empezamos a presumir de quién podría llegar a la cima primero. Michael era un poco más pequeño que yo, pero era más rápido, por lo que estaba bastante parejo. Ambos nos apresuramos a la cima, tratando de sacarnos el uno al otro del alocado juego del *Señor de las Moscas*, y luego llegamos exactamente al mismo tiempo. —Max negó con la cabeza ante el recuerdo—. Recuerdo ese momento cuando nos miramos el uno al otro. Como si ambos nos diéramos cuenta de que seríamos los mejor amigos y haríamos todo juntos. Entonces intentamos empujarnos el uno al otro.

Maggie luchó por respirar.

—¿Estás bromeando? ¿Ambos son unos sicóticos? ¿Qué pasó?

—Michael y yo tuvimos una caída y nos rompimos los brazos. El mismo condenado brazo.

Mama Conte resopló disgustada.

—Estuve hablando con la madre de Max sólo por un minuto, luego escuchamos los gritos. Ambos muchachos en un enredo en la tierra, sangre por todas partes. Creo que casi me desmayé. Corrimos hacia ellos y estaban llorando pero riendo al mismo tiempo, como si hubieran ganado algo importante.

Max sonrió.

—Tuvimos los yesos emparejados y no llamamos a nosotros mismos “hermanos de hueso”.

Carina rodó los ojos.

—Oh, lo tengo. En lugar de hermanos de sangre, fueron hermanos de hueso. Personalmente, creo que ambos siempre fueron un par de cabezas huesudas.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Maggie. El corazón de Carina se rompió por su cuñada, y se moría por hacer las cosas bien.

—Él no va a llegar, ¿verdad?

Máximo se inclinó sobre la cama y miró a Maggie. Feroces ojos azules ordenándole hacer un esfuerzo extra.

—En estos momentos eso no importa, Maggie. Estoy aquí para ti. Apóyate en mí, y piensa que Michael es mi hermano gemelo. Úsame y permite que esos bebés nazcan. No dejaré tu lado.

La enfermera entró y la examinaron.

—Vamos a ver, cariño, ¿estamos listos para pujar?

Maggie gimoteó. Poco a poco, ella se estiró y tomó de la mano de Max.

—No te vayas, ¿de acuerdo?

—Nunca.

—Sí, creo que ahora estoy lista.

Carina y su madre se pararon a un lado y Max en el otro. El tiempo se desvaneció de borrosos segundos en minutos y de vuelta otra vez. Ella pujó y gruñó y maldijo. En cada uno movía a los gemelos un poco más lejos, hasta que Maggie se recostó en las almohadas, agotada. Con la cara roja del esfuerzo, el sudor rodando por su frente, ella jadeó en busca de aire.

—Yo no puedo. No más.

—Sí, mi *amore*. Más.

Carina se puso los dedos contra sus labios cuando su hermano entró en la habitación. Imponente y confiado, tomó el lugar de Max y sostuvo las manos de su esposa. Presionando besos en sus mejillas y la frente, murmuró algo en su oído y ella asintió. Rechinando otra vez.

Y pujó.

—Viniendo de cabeza. Bebé número uno. Una vez más, Maggie, uno grande. ¡Presiona hacia abajo y puja! —Un aullido lleno el aire y Carina observó al arrugado recién nacido deslizarse al mundo. Resbaladizo y rojo, el bebé se retorció irritado y soltó otro rugido—. Es un niño. —Ella recostó al bebé en el estómago de Maggie y las voces se arremolinaron a su alrededor.

Maggie sollozó y tocó a su hijo.

—Él es tan hermoso. Oh, mi Dios.

—No has terminado, amor —dijo la enfermera chirrió—. Aquí viene el número dos. Un empujón más, Maggie.

Con un rugido, Maggie apretó los dientes. Bebé numero dos expulsado.

—¡Otro muchacho! ¡Felicidades, *mama* y *papa*! Tienen dos hermosos hijos.

Carina observó con asombro cómo su hermano tocaba a los bebés maravillado con los ojos húmedos de lágrimas. Su madre se rió con deleite. La sala explotó con actividad mientras los bebés eran pesados, medidos y envueltos en mantas con gorros de punto a juego. Mientras trabajaban en suturar a Maggie, Michael arrulló a sus hijos y los levantó.

—Conozcan a Luke y Ethan.

Su madre se acercó y sostuvo a Luke, meciéndolo y murmurando en italiano. Carina presionó un beso a la mejilla de su cuñada.

—Lo hiciste muy bien, Maggie —susurró ella—. Siento que Alexa no pudiera estar aquí contigo. Yo sé que la extrañabas.

Maggie le sonrió.

—No, Carina, me alegro que fueras tú. Estabas destinada a estar aquí conmigo esta noche. Te quise en el momento que nos conocimos y te observé florecer en una mujer hermosa. Verdaderamente eres mi hermana, y me gustaría que fueras la madrina de Lucas.

La alegría estalló dentro de ella hasta que no hubo nada sino pura emoción. Ella asintió, quedándose sin habla también. Su madre se acercó y deslizando el bulto cubierto por el manto de sus brazos extendidos.

—Conoce a tu ahijado Luke.

Ella se quedó mirando hacia abajo la piel arrugada. La boca fruncida en una perfecta O. cabello oscuro se asomaba por debajo del gorro elástico color rosa y azul. Sus dedos temblaron mientras susurraba y acariciaba su piel sedosa. Era un ser vivo, respiro milagroso, la prueba de lo que puede florecer de dos personas que se aman.

Ella parpadeó por las lágrimas y alzó la mirada.

Max le devolvió la mirada. Sus ojos azules se oscurecieron con una necesidad cruda que se estiró a través del espacio y arrancó su corazón. Ella contuvo el aliento.

Y esperó.



Él estaba enamorado de ella.

Max miró a su esposa. Ella arrullaba al bebé y se mecía una y otra vez en el antiguo ritmo que las mujeres parecían poseer. Una extraña emoción clavó sus garras en sus entrañas y se las arrancó, dejando un caos sangriento detrás. La cabeza le dolía y tenía la boca seca como después de una noche de copas. Y la verdad finalmente llegó en forma trascendental capaz de rivalizar con cualquier escenario de fin del mundo del Apocalipsis.

Él la amaba.

Siempre la había amado. Esa era la razón por la cual ninguna mujer parecía encajar en toda su vida. Oh, había sido tan fácil culpar a otros factores. Su carrera. Su impulso de libertad y aventura. Su edad. Excusas cargadas de implicaciones y también lo hizo el interminable desfile de mujeres, todo lo mismo. Excepto Carina, su único constante. Su amiga. Su amante. Su alma gemela.

Viendo a Maggie dar a luz, redujo todas las piezas irregulares de su centro. Desafiándolo en su basura y su falso sentido del honor, el orgullo y la supuesta respetabilidad.

De repente, no tuvo nada que ver con ser como su padre. Tenía que ver con tener las agallas para luchar por la mujer que amaba en sus términos. Por darle todo lo que ella finalmente podría elegir.

Nunca le había dado a Carina una oportunidad. Todos los años hizo las reglas para mantenerse distante y seguro. Incluso su matrimonio se basaba en una propuesta falsa que se burlaba de todos los verdaderos sentimientos que tenía por la única mujer que lo completaba.

Con la cabeza dándole vueltas, caminó lentamente y se detuvo a su lado. Con la mirada abajo, hacia el bebé, él alzó su barbilla para que se encontrara con su mirada de frente.

—Ven a casa conmigo ahora.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

—Estoy pidiéndote que hagas esto para mí. Por favor.

Carina soltó un tembloroso suspiro y asintió.

—De acuerdo.

Ella le entregó a Luke a *mama* Conte. Michael se acercó y puso una mano sobre su hombro.

—Gracias, amigo mío. Tenías razón. No interferiré otra vez. Tu no sólo eres mi socio de negocios, sino mi hermano y siempre has estado allí para mí. Perdóname.

Abrazó a su amigo y lo palmeó en la espalda.

—El perdón no es necesario con la familia. ¡Felicidades, papá! Regresaremos luego.

—Sí.

Sacó a Carina del hospital y guardaron silencio en el trayecto a casa. Él se mantuvo echando un vistazo a su perfil, pero ella se mantuvo distante, mirando por la ventana, sumergida en el pensamiento.

Cuando la descubrió junto a la piscina antes de ese día, dormida con sus animales a su lado, él casi había caído de rodillas. Su rostro hermoso relajado en el sol, labios húmedos entreabiertos, su exuberante belleza lo golpeó como un puñetazo.

Ella respondió a su voz y tacto inmediatamente, su subconsciente ya sabiendo que pertenecía a él. Si Maggie no hubiera interrumpido, ya se habría hundido en su caliente y apretado canal, convenciéndola de que ahí es donde ella pertenecía. Debajo de él. Dentro de él. Con él. Todo el tiempo.

De alguna manera, debía convencerla de la verdad. Que necesitaba unir su cuerpo una vez más al suyo, luego, pedirle que no se fuera. Rogar que lo perdonara.

Era su última jugada para hacer realidad este matrimonio.

Ella quería poner fin a su matrimonio.

Carina miró por la ventana. La realidad de la situación se estrelló alrededor del momento que Luke y Ethan se deslizaron en el mundo. Ella estaba viviendo una mentira. Lo quería todo con Max, pero nunca lo tendría. Debido a que el resultado final era sencillo: Max nunca podría amarla como ella necesitaba, y ya era hora de dejarlo ir realmente.

Tenía la sensación de que él quería confesarle su propia decisión.

Tal vez por fin estarían de acuerdo, en ser parte amigos, y hacer frente a las consecuencias de la mejor manera posible.

Él subió el camino a su casa demasiado rápido y la acompañó por el sendero y al interior. Una orden fuerte y Rocky dejó de ladrar. Él gimió y se sentó en el suelo, dándole a ella esa mirada de cachorro triste que decía que sabía que estaba en problemas, pero que no sabía cómo ayudar.

Con el corazón desbocado, ella tomó una respiración profunda.

—Max, creo que...

—Arriba.

Su vientre se agarrotó y se hundió. Dios, él era sexy. Parecía casi primitivo con las aletas de su nariz encendidas y esos ojos azules calientes emitiendo calor. Sus pezones se apretaron contra su camisa y aumentó su sensación adolorida por la necesidad. Maldijo la ronquera en sus palabras y trató de aclararse la garganta.

—No. Tenemos que hablar, Max. Ya no puedo hacer esto más contigo o a mí misma. Esto no está funcionando.

—Lo sé. Estoy a punto de arreglarlo ahora. Arriba.

Piel de gallina se arrastró por sus brazos. Él la agarró del brazo y la condujo hacia la escalera. Sus pies obedecieron, hasta que terminaron en el dormitorio. La cama dominaba la habitación con un aire casi desagradable. Haciendo caso omiso de su corazón golpeando, ella se enfrentó a él con las manos cruzadas delante de su pecho.

—¿Feliz ahora? ¿Listo para decirme tu plan maestro? ¿Cómo vas a arreglar este lío de matrimonio y nuestra jodida relación en el dormitorio?

Se arrancó la camisa. Carina tragó ante todos esos músculos desnudos, prominentes. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Sí, un verdadero paquete de seis. Su estómago hacia al de Channing Tatum parecer regordete. ¿Qué estaba ella haciendo? ¿Qué estaba él haciendo?

Oh, no, ella no iba a tener sexo con este hombre de nuevo.

Él estaba malditamente loco al pensar que era así de estúpida.

—No voy a tener sexo contigo, Max. Estás delirando si piensas que vamos a regresar al inicio.

Se quitó los zapatos.

—Oh, vamos a tener sexo. Ahora mismo. Fui un idiota al esperar tanto tiempo y no mostrarte lo que siento. Podríamos tener una conversación agradable y ordenada en la cocina, pero no creerías una palabra de lo que digo. —Sus pantalones cayeron hasta los tobillos y los echó a un lado. Su erección sobresalía de sus calzoncillos—. Así que lo haremos de una mejor manera. —Su mirada la clavó a la pared—. Desnúdate.

Carina se quedó sin aliento. Su cuerpo se animó, listo para jugar con toda esa desnuda perfección masculina ante ella, pero trajo su mente de regreso a su lugar. Lo estudió con un aire clínico que gritó *mentirosa*.

—No, gracias. Cuando estés listo para hablar, déjame saber.

Él se rió, bajo y perverso.

—Mi dulce Carina. ¿Quién habría pensado que te gusta jugar duro? Pero lo haces. Otra razón por la que eres perfecta para mí, y mi otra mitad. Necesitaba una mujer que no se rompería, que me desafiaría a todos los niveles, especialmente en el dormitorio. —La apretó contra la pared y mordisqueó el lóbulo de su oreja. Su aliento caliente se precipitó en su oído—. Una mujer cuya alma es pura y que sabe cómo reír. Una mujer que me entiende. —Descansó las manos contra su corpiño y jugó con la parte de las tiras de su camisola. Un tirón aquí. Un tirón allá. Carina se tragó el gemido de deseo y endureció su resolución. Si ella ganaba esta ronda sin ceder, podría salir por la puerta con su orgullo.

—Yo voy a mostrarte, de la única manera que sé, que eres la única mujer que yo quiero. Has construido demasiadas barreras, bebé. Es como atravesar un campo de minas, y sé que todo es mi culpa. Pero tu cuerpo no puede mentirme. Y sabrás que el mío no puede, tampoco.

Le arrancó la camiseta y la rasgó por la mitad.

Sus pechos se derramaron libres y él los cogió con las manos, frotando las crestas estrechas mientras sus labios devoraban su boca. Un rápido movimiento y sus pantalones cortos y bragas estaban fuera, dejándola desnuda delante de él. El juego brusco levantó su excitación tanto que un hilo de humedad se deslizó por su muslo, pero se recuperó y mordió su labio inferior.

Él se apartó. Sus ojos azules se oscurecieron hasta un gris tormentoso y deliberadamente retorció sus pezones por lo que un diminuto rayo de dolor corrió a través de ella. Carina no pudo evitar el gemido que salió de sus labios.

—No vas a hacerlo fácil, ¿verdad? —murmuró él—. Está bien. Me gusta un reto.

Le dio la vuelta y la enjauló con sus muslos. Su pecho presionó contra su espalda, y empujó suavemente su erección contra su hendidura.

—Bastardo.

—Piernas más abiertas, por favor.

—Jódete.

Separó sus piernas con el pie hasta que ella estuvo bien abierta y vulnerable. Sus mejillas se sonrojaron mientras perfumaba su propia excitación. Sus dedos se deslizaron hacia abajo por la curva de su trasero, apretando la carne tierna. Ella se movió lejos, pero él se limitó a reír.

—¿Esto te calienta?

—Diablos, no.

—Mentirosa. —Sus dedos se sumergieron profundo y ella se arqueó. Ella empuñó sus manos y jadeó por el control. Su mejilla yacía plana contra la pared fría y la indefensión absoluta de su posición sólo aumentaba su necesidad de más. El hombre reclamó su corazón y su alma, pero ¿cómo había llegado tan profundo en sus fantasías? Jugó y atormentó hasta que ella se retorció como un animal salvaje, dispuesta a hacer cualquier cosa

por su liberación. Sus labios pellizcaban y lamían la zona sensible de su nuca y abajo por su espalda, y él se balanceó contra ella en un ritmo que la volvía loca.

—Yo quiero, necesito...

—Lo sé, cariño. Tiempo para la verdad. Dime que me perteneces. Siempre me has pertenecido a mí.

—No.

Él hizo girar el capullo apretado entre sus piernas y sus rodillas cedieron. Max la sujetó con un brazo, pero nunca dejó los círculos despiadados que la mantenían justo en el borde.

—Dime.

Un sollozo quedó atrapado en su garganta. Tan cerca... el orgasmo brillaba ante ella en todo su esplendor hasta que sus nervios se destrozaron y su cerebro se frió. Sus caderas presionaron hacia atrás atormentadas.

—Te odio, Maximus Gray. Te odio.

Sus labios se deslizaron sobre su mejilla húmeda.

—Te amo, Carina. ¿Me oyes? Te quiero. —Hizo una pausa y la levantó sobre la punta de sus pies—. Ahora vente para mí.

Él hundió sus dedos profundamente en su canal y frotó duro.

Ella gritó cuando oleadas de placer se sacudieron a través de ella y la rasgaron en pedazos. Él la levantó, la colocó sobre la cama, y se envolvió a sí mismo con un condón. Luego se sumergió.

Mía.

Carina clavó los talones en su espalda y le dio todo. Se enterró a sí mismo tan profundamente que no había nada más que él. Ninguna dulzura estropeó la ferocidad de sus golpes. La llevó de vuelta justo al borde y la empujó de nuevo.

Su calidez y fuerza la rodeaban. Ella flotaba y débilmente notó su propia liberación. Carina nunca lo soltó mientras la oscuridad finalmente se estrellaba y ella ya no tenía que pensar más.



Max acariciaba la parte de atrás de su cabello humedecido de sudor y puso su mejilla contra la de ella. Su mano ahuecó su pecho, y un muslo se enredado entre sus piernas. El olor de ella se aferraba a su piel. Se preguntó por qué había tardado tanto tiempo en darse cuenta de que la amaba. Entendió por qué había evitado el amor en el pasado. Sí, había tenido miedo de hacer un compromiso debido a su padre, miedo de que tuviera algunos de sus genes, miedo de herir a otra mujer como su madre había sido herida todos esos años atrás. Pero la principal razón era simple.

Miedo.

Su corazón ya no le pertenecía. ¿Era así como Carina se había sentido todos estos años? ¿La tortura, el miedo y la alegría de querer estar en la presencia del otro? Él daría su vida por ella, pero ésta no era su decisión. Ella yacía a su lado, su cuerpo junto al suyo, pero su mente aún lejos, muy lejos.

—¿Qué estás pensando? —susurró él.

Ella levantó la mano y apretó sus labios contra su palma.

—Cuánto significas para mí. Todas esas veces que entrabas por la puerta con Michael, me preguntaba lo que sería ser amada por ti. Hacer el amor contigo. Vi mujer tras mujer desfilas delante de mí y oraba por mi turno. Ahora que está aquí, estoy demasiado temerosa de tomarlo.

Él le dio la vuelta para encararlo. Los ojos marrón chocolate llenos con una tristeza y vulnerabilidad que desgarraba su corazón.

—Te amo. No se trata de hacer lo correcto, o no llegar a ser como mi padre. Quiero una vida contigo y no me conformaré con cualquier otra mujer.

Ella no se movió. No reaccionó a sus palabras. Su pelo oscuro y rizado caía sobre sus hombros y ponía de manifiesto la pendiente de una barbilla obstinada, mejillas llenas y nariz larga. Era fuerte, hermosa y perfecta. Pánico rugió a través de su sangre y atenuó sus oídos.

—Carina, por favor, escúchame. Nunca pensé que podría ser lo suficientemente bueno para ti. Mi edad, nuestra familia, todo lo que yo creía ser. Ahora veo que podría pasar todos los días de mi vida haciéndote feliz, de que te casaras conmigo. Hacerme digno de ti.

—Quiero eso, también, Max. Pero yo...

—¿Qué? —Su silencio sacudió sus nervios y la esperanza de un felices para siempre. ¿Qué más podía darle? ¿Qué más podía querer? Él estudió su cara y la miró profundamente a los ojos.

Entonces lo supo.

—Tú no me crees.

Ella se estremeció.

—Quiero creerte. Creo hasta que tú quieres decirlo de verdad esta vez. Pero yo siempre voy a esperar el abandono. Me temo que voy a preguntarme todo el tiempo por qué me elegiste. Te miro y mi corazón se hincha y no sé qué hacer con todas mis emociones. Todavía se siente como si tuviera dieciséis años y la esperanza de complacerte, o conseguir una sonrisa.

La frialdad se filtraba a través de su piel. En cierto modo, esto ni siquiera era acerca de él. Esta era acerca de su propia obsesión personal y cómo ella nunca se sintió lo suficientemente buena. ¿Podría él vivir así? ¿Siempre tranquilizándola o preocupado de que ella hubiera desaparecido debido a sus inseguridades? *Dio*, que completo desastre.

¿Cómo no veía lo especial que era ella? ¿Cómo él no la merecía?

—Nosotros ya no somos más niños, Carina. ¿No es hora de que realmente te des cuenta de eso, y cómo te ven los demás? —La verdad lo golpeó, y él se sentó—. Tienes razón, sin embargo. Necesito que me encuentres a mitad de camino. Necesito a una mujer que crea en mi amor por ella, que estará a mi lado y no estará temerosa de que algo me aleje. Necesito a alguien fuerte y valiente. —Apretó su mandíbula y tomó una decisión—. Tú eres todo eso, mi amor. Y más. Pero hasta que no lo creas, no tenemos una oportunidad.

—Lo sé. —Su voz se quebró. Con un grácil movimiento, se levantó de la cama y se quedó parada desnuda ante él. La resolución brilló en los ojos oscuros, junto con una pizca de tristeza que le atravesó el corazón—. Es por eso que no puedo estar contigo en estos momentos. Necesito saber que soy suficiente por mí misma antes de que pueda tomar esta oportunidad de nuevo. Lo siento, Max. Pero voy a dejarte.

Lo dejó solo en su habitación, mirando a la puerta cerrada detrás de ella. Lo dejó preguntándose si alguna vez él estaría completo de nuevo. Lo dejó preguntándose qué pasaría después.

Capítulo 15

*Traducido por Mona
Corregido por Dennars*

Alexa apoyaba al bebé Ethan en un brazo mientras se acomodaba en el futón amarillo canario. Su mirada recorrió el alto apartamento de un solo ambiente recordando con cariño.

—No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo —comentó. Su vientre enorme tiró de su camiseta de maternidad que declaraba **MAMÁ DE BEBÉ BOOKCRAZY**—. No tienes ni idea de cuánto vino se tomó en este apartamento.

Maggie mecía a Luke mientras lo amamantaba. Su cuñada dejó escapar un resoplido.

—O cuántas de las citas de Alexa terminaron mal. El vino era definitivamente necesario.

Las chicas se rieron y Carina ajustó el lienzo sobre el que trabajaba.

—Bien, tengo ventaja. Mis noches de viernes consisten en películas para chicas y una botella de vino rojo.

—No tienes que estar fuera de nuestras cenas de los viernes por la noche Carina —dijo Alexa—. Max es apenas educado de todos modos. Después de que lo dejaste, Michael dice que se pasa dando zancadas por toda la oficina causando estragos y, se está volviendo como la Sta. Havisham en su grande y vieja mansión.

Carina negó.

—No, está bien. He conseguido terminar mucho trabajo —contempló la pintura que tenía delante—. La última de la serie.

—Lo echo de menos —agregó reprimiendo las lágrimas.

Maggie suspiró.

—Lo sé, cariño. Pero pienso que hiciste lo correcto. Tú has sido dependiente de Max toda tu vida y siempre veías lo que podías hacer por él. El matrimonio es una calle de doble sentido. Tienes que ser fuerte por tu cuenta antes de que puedas ser fuerte para alguien más.

Alexa miró a su amiga con asombro.

—Maldita sea, eso fue profundo.

—Gracias —dijo Maggie sonriendo—. He estado practicando la sensibilidad para la maternidad.

—Bueno, te dije que busco a un socio de tiempo completo para BookCrazy —dijo Alexa—. Tú serías perfecta y no tendría que preocuparme de Maggie atiborrando y ahuyentando a mis clientes. Ya he estado en contacto con un abogado. Podemos preparar los contratos en cuanto tú decidas. —El entusiasmo se enroscó en su vientre. Por primera vez había descubierto un talento que le producía dinero y la hacía feliz. Ahora, con la última pintura de la colección estaba lista para tomar otro gran salto. Había llamado a Sawyer y un consultor venía para mirar su trabajo.

Había sido advertida de que el consejero era riguroso y, si no hubiera posibilidad de venta, él se lo diría inmediatamente. Carina estaba emocionada. Quería honestidad y sabía que si su arte no estaba a la altura, ella trabajaría más duro la próxima vez. Finalmente, su vida comenzaba a cambiar y a centrarse.

Excepto que extrañaba a su marido.

Un pedazo dentro de ella parecía estar permanentemente roto sin él. Desde el día que se marchó, él no se había puesto en contacto con ella.

Diez larguísimos días, hasta que creyó que se volvería loca si no podía ver su rostro. Él la atormentaba en sus sueños y durante el día. Logró volcar

la mayor parte de su angustia en su trabajo y esperaba que la sensación resuelta de sus retratos se transmitiera al espectador común. Era gracioso ver cómo la angustia se cotizaba como un gran arte.

Carina volvió al presente.

—Me gustaría ser copropietaria del BookCrazy —dijo ella—. Gracias por confiar en mí, Alexa.

—¿Estás bromeando? Tú trabajaste como un asno y te probaste a ti misma. No doy nada gratis.

Maggie asintió.

—Ella es fácil de convencer cuando se trata de niños y perros, pero es un tiburón cuando se trata de negocios.

Carina se rió.

—Es bueno saberlo.

—¿Entonces, cómo está Gabby? Parece completamente curada —dijo Maggie.

Carina observó a la paloma que arrullaba en su jaula.

A Gabby le gustaba escuchar a otros pájaros en los árboles de afuera y parecía contenta de estar cerca de ella. Pero Carina sabía que era casi el momento para dejarla ir. El ala se había curado totalmente y su propietario la quería de vuelta. Una llamarada diminuta de incertidumbre ondeó a través de ella. Tal vez Gabby necesitaba algo más de tiempo. Tal vez no estaba lista aún.

—Ella estará lista para volar pronto.

Alexa suspiró.

—Me gustaría tener una paloma como mascota, pero los perros probablemente se pondrían celosos.

Maggie emitió un ronquido.

—Sí, mi hermano con un pájaro. Casi mató a los peces. Esto es un desastre en ciernes.

Alexa le sacó la lengua.

—Bueno, tenemos que irnos. Solamente quería visitarte y asegurarme de que estás bien.

Carina las besó a ellas y a sus sobrinos despidiéndose. Maggie apretó su mano.

—Solo recuerda, estamos aquí si nos necesitas. En cualquier momento.

—Gracias chicas.

Carina les vio alejarse con el corazón encogido. Entonces regresó a trabajar.



Apagó su teléfono móvil con dedos temblorosos.

Había conseguido una exposición.

Soltó un chillido y dio vueltas alrededor de la habitación saltando, lanzando movimientos de hip-hop y sacudiendo el trasero con brío. El consultor había destrozado su trabajo y había señalado cada artículo que no cerraría una venta. Ella tomó la crítica con la barbilla en alto y un corazón de acero. Le dijo que lo haría mejor la próxima vez.

Él asintió, le dio su tarjeta y se marchó.

Una semana más tarde, Sawyer llamó con la noticia de que su amigo no podía concentrarse en su trabajo. Quería que ella modificara algunas cosas, creara una pieza más original y le daría una oportunidad. El vértigo estallaba como burbujas de soda hasta que se imaginó que podía volar. Carina miró su BlackBerry e hizo una pausa sobre el número.

Quería llamar a Max.

No a su madre o a Michael o a Maggie. Ella quería llamar a su marido que probablemente ya no sería su marido. El que le dijo que pintara para ser feliz y que era mucho más de lo que ella pensaba que era.

Un golpe sonó en la puerta.

Con el corazón desbocado, decidió que el destino le había enviado una respuesta. Si fuera Max, saltaría a sus brazos y le pediría perdón. Carina se acercó y abrió la puerta. Su madre estaba de pie en el umbral. Los hombros cayeron, pero logró esbozar una sonrisa alegre.

—Hola, *mama*. Me alegro de que estés aquí. Tengo maravillosas noticias.

Con un beso sobre la mejilla, el bastón de su madre golpeó el piso de madera lleno de rasguños.

—Dime. Pareces feliz. —Carina le contó las noticias. El orgullo en su rostro satisfizo profundamente algo en su interior—. Sabía que tendrías éxito con tu pintura. Has estado muy centrada en estas últimas semanas. ¿Puedo verlos?

El pánico mordisqueaba sus nervios.

—Umm, te los mostraré cuando haya terminado. Puedes verlos en la exhibición.

Mama Conte sacudió la cabeza.

—Lo siento, Carina, es por eso que he venido para hablar contigo. Estoy lista para irme a casa. Me iré el fin de semana.

—Oh. —El pequeño sonido pareció patético incluso a sus oídos.

Se había acostumbrado a tener a su madre cerca. Los viernes por la noche las cenas eran bulliciosas y como pareja divorciada, ella y Max alternaban cada viernes por la noche para dar al otro una posibilidad de estar con la familia. Con un profundo suspiro, su madre apoyó el bastón contra el sofá y se sentó sobre los cojines estropeados.

—¿Te sientes bien, *mama*?

—Desde luego. Solamente cansada y lista para ver mi casa.

Carina sonrió y se sentó al lado de su madre. Ella tomó su envejecida mano y la sujetó entre las suyas. Las manos que cocinaron al horno, mecieron bebés y calmaron lágrimas. Manos que construyeron un negocio fuerte por amasar y hacer malabares con una docena de pelotas en el aire al mismo tiempo.

—Entiendo. Voy a echarte mucho de menos.

—¿Y vas a estar bien sin mí? ¿Quieres volver a casa?

Ella presionó un beso en la mano de su madre.

—No. Construyo mi hogar aquí en mis propios términos. Me siento más fuerte. Más como una mujer que sabe lo que quiere y menos como una niña.

Mama Conte suspiró.

—Debido a que tu corazón está roto —*mama* Conte suspiró—, envejecemos más rápido de esa manera. Ni bueno ni malo. Solamente es lo que es.

—Sí.

—Pero debo decirte algo sobre Maximus.

—*Mama...*

—Shsh, solamente escucha. Cuando eras pequeña, solías mirar a aquel muchacho con el corazón en los ojos. Yo sabía que contigo era un amor para siempre, no un flechazo. Pero eras demasiado joven y Maximus es un buen muchacho. Su trabajo era protegerte hasta que fueras una mujer. Y lo hizo.

Su madre sonrió ante el recuerdo.

—Yo siempre veía el modo en que te miraba. Cuando pensaba que nadie miraba y se sentía seguro. Con una mirada nostálgica y cariñosa, que llenaba mi corazón. Yo sabía que el tiempo tenía que pasar para hacer su trabajo con ustedes dos. Sé que hubo angustias, pero eran necesarias

para llegar aquí. La mañana en la que entré por ti, mencioné el matrimonio por una razón específica. Yo sabía que él necesitaba un empujón. Tenía demasiado miedo de Michael y de su relación pasada. Alguien tenía que romper esa barrera para darle a los dos una oportunidad. Puedo haberlo sugerido, pero ese hombre hace lo que quiere y ningún sentido del honor lo habría hecho pedir tu mano en matrimonio si no quería hacerlo. Max te ama. Pero ahora es tu turno de tomar una decisión. Tienes que ser bastante fuerte para estar de pie al lado de él y pedir su amor. Vas a tener que darte una oportunidad a ti misma. Todos creemos en ti. ¿No es hora de que creas en ti?

—No sé, *mama*. No lo sé.

Su madre suspiró profundamente y miró por la ventana.

—Esperaba que esto funcionara de manera diferente, pero no pensé que fueras tan obstinada. Desde luego, tenía el mismo problema con Michael y Maggie, pero gracias a Dios que funcionó.

Carina inclinó su cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Mama Conte se rió.

—Oh, mí Dios, sabía que cuando se presentaron mintieron acerca de estar casados. También sabía que eran perfectos juntos, entonces arreglé que el sacerdote viniera a la casa.

La boca de Carina cayó abierta. Su madre había caído enferma y les solicitó a Maggie y a Michael que se casaran delante de ella. Asombroso. Todo el tiempo su madre lo había sabido y planificó su propio golpe.

—Eres despiadada. ¿Por qué yo no sabía esto?

—Soy una madre. Hacemos lo que sea necesario por nuestros hijos cuando necesitan un empujón. Ahora, ojalá pudiera conseguir que Julietta mirara a un hombre en lugar de su hoja de cálculo.

Carina se rió.

—Buena suerte.

Carina se acercó y tomó a su madre en brazos. El olor familiar de las horneadas y el polvo para hornear y el alivio se acumularon sobre ella y calmaron su alma.

—Te amo, *mama*.

—Y yo te amo, mi dulce muchacha.

Se quedaron abrazadas un momento hasta que Carina se sintió lo suficientemente fuerte para dejarla ir.



Había llegado el momento.

Carina se quedó afuera con Gabby en su brazo.

El sol se derramaba caliente sobre su piel y las plumas blancas de la paloma brillaban.

—Te quiero, mi dulce chica. —Ella acarició su pecho suave. El pájaro ladeó su cabeza y gorjeó como si sintiera su adiós. Carina vaciló. Sabía que nunca vería a Gabby otra vez, sabía que volaría a su casa y la olvidaría, completamente curada. El reconocimiento hizo clic y se astilló en mil pedazos. Max la amaba.

¿No había dudado de ella misma por mucho tiempo? ¿Cuándo era el momento de apropiarse de su felicidad, con una clara comprensión de que merecía a Maximus Gray y todo lo que él tenía que ofrecer? Estas últimas semanas sin él le demostraron que podía valerse por sí misma. Perseguir sus sueños. Fracasas y no derrumbarse. Pedir lo que quería sin miedo. Podía vivir sin él, pero no quería. Su marido la amaba, pero necesitaba una mujer que fuera digna. Ella nunca se creyó suficiente para darle todo, siempre con miedo de que se diera cuenta que no era lo

suficientemente buena. Las palabras de su madre se arremolinaron en su cabeza y la hicieron marear. *¿No es hora de que creas en ti?*

Sí.

—Es hora de volar, Gabby.

Carina lanzó su brazo. Las alas de la paloma se agitaron y se dio a la fuga. Elevándose con gracia hacia el cielo, sus alas blancas contrastando sobre la madera de los árboles, la miró desaparecer. Gordas y esponjosas nubes flotaban, las vio pasar hasta que no quedó nada más.

Su vientre se estabilizó. Un profundo conocimiento pulsaba dentro de ella. Confió en su instinto y se dio cuenta de que era hora de avanzar. Tiempo para ser la mujer que siempre quiso ser.

Tiempo para reclamar a su marido.

Capítulo 16

*Traducido por Azuloni
Corregido por Clau*

Max miró al letrero sobre la moderna galería en el SoHo. El nombre de Carina había sido garabateado en caligrafía de lujo y las alegres luces blancas colgadas por la fachada del sitio llamaban la atención de los espectadores. Inspiró una bocanada de aire y mantuvo la esperanza de tener la fuerza suficiente para atravesar la noche.

La invitación a su primer espectáculo era tanto sorprendente como irónica. El orgullo lo ahogaba. Su preciosa y talentosa esposa finalmente demostraba su valía y él no estaba allí para celebrarlo con ella. Pero no podía negarse la necesidad de verla una vez más en toda su gloria. La necesidad de mirar su trabajo, mientras recordaba haber hecho el amor con ella en su estudio y cubrirla con pintura de chocolate.

Sus entrañas se encogieron en una sólida bola de arrepentimiento.

Max abrió la puerta y caminó adentro.

El espacio era amplio y abierto, con anchas columnas separando naturalmente la sala en cuadrantes. Había un bar y camareros de cóctel paseaban ofreciendo champagne, vino y una variedad de aperitivos. Las multitudes se arremolinaban en varios grupos, charlando y riendo mientras se abrían camino por la sala. Su mirada se dirigió directamente a la esquina derecha, casi como si pudiese percibir su presencia perfumada.

Ella echó la cabeza atrás y se rio de algo que un hombre dijo. Su largo y negro vestido brillaba bajo la luz. Sus rizos oscuros estaban fijos y domesticados en lo alto de su cabeza, pero Max sabía que deslizar la horquilla haría que cayesen en un lío sedoso y desenfrenado sobre sus hombros. Sus ojos brillaban con una alegría interior y confianza que nunca había visto en ella antes.

Sí. Era feliz sin él.

Conteniendo su emoción, se dio la vuelta y se dirigió a la primera pantalla.

La sorpresa lo mantuvo inmóvil.

Esperaba retratos con alma y corazón, con un calor fácil que siempre traducían en las pocas piezas de su trabajo que había tenido la suerte de ver. Estos parecían ser de una artista diferente.

Crudos y arenosos, sombreados en negro, gris y un asome ocasional de rojo, mostraban parejas sobre el lienzo en diferentes poses eróticas. Una mujer se arqueaba contra la pared mientras su amante apretaba los labios contra sus pechos desnudos. Los cuerpos pulsaban con una sensualidad terrenal, pero se tambaleaban en la frontera, mientras la ventana esbozada sobre la derecha parecía ser un espejo entre la privacidad y el mundo exterior. El espectador parecía casi un voyeur de la escena, extendiéndose por la mente lo suficiente como para necesitar seguir mirando la pintura.

Mientras Max pasaba de una a otra, la pareja parecía estar atrapada en una telaraña de relación. Un lienzo esbozaba la vulnerabilidad y el deseo en el rostro de la mujer mientras miraba a su amante. Su perfil severo mostraba nada más que líneas duras y una firme determinación. En otro, las frentes de la pareja tocándose, con sus labios a un susurro de distancia, los ojos entrecerrados hacia el espectador por lo que éste se veía obligado a imaginar lo que estaban pensando.

Max miró cada pintura con un hambre que rara vez había sentido. El trabajo era extraordinario y se daba cuenta de que el talento de su esposa crepitaba con una pasión y profundidad que podrían hacer oscilar todo el

mundo del arte. Parecía el comienzo de una larga y exitosa carrera. No era de extrañar que Sawyer estuviese tan emocionado. Había descubierto a la nueva artista popular en el bloque.

Las personas pululaban a su alrededor y trataban de entablar conversación con él. Los camareros se detenían y le preguntaban si necesitaba algo. Él nunca respondió. Sólo absorbió el trabajo sintiendo como si conociera esa última parte de ella que había mantenido escondida. Ahora, había revelado toda su gloria completamente al desnudo.

Dio, la amaba.

Había llegado temprano para asegurarse de evitar a Alexa, Nick, Michael y Maggie. Su plan era ridículo y tan masculino. Entrar furtivamente, ver su trabajo, torturarse y colarse fuera. Ir a casa y emborracharse con su bullicioso perro a sus pies.

—¿Max?

Su voz resonó en sus oídos. Ronca como Eva. Dulce como un ángel. Apretó los dientes y se volvió.

Ella le sonrió con tanta calidez que pensó que conseguiría quemarse. Necesidad primitiva lo atormentó, convulsionando a través de él, pero luchó por apagarla y devolverle la sonrisa.

—Hola, Carina.

—Viniste.

Él se encogió de hombros.

—Tenía que verlo.

¿Por qué ella lo miraba con tanta avidez? ¿Para torturarlo?

—Me alegro. ¿Qué te parecen?

Su voz desgarró su garganta.

—Son... todo.

Ella parpadeó como para alejar las lágrimas y otro pedazo de su corazón se arrancó. No le quedaría nada para cuando la conversación acabase.

—No has visto el último. Está aquí atrás, bajo una pantalla independiente.

—No puedo, Carina. Tengo que irme.

—¡No! Por favor, Max. Tengo que enseñártelo.

¿Era así como se sentía el amor? ¿Un dolor desgarrador que le empujaba bajo las aguas revueltas y se negaba a dejarle subir a la superficie? Se tragó su segunda protesta y asintió.

—Está bien.

Él la siguió hacia el fondo de la sala, a unos pocos pasos. La galería se abría a una vitrina bajo un foco. La pintura colgaba del techo en un solitario esplendor. Max dio un paso hacia delante y miró hacia arriba.

Era él.

El título se reducía audazmente en la parte superior: *Maximus*. Con el torso desnudo. Descalzo. Jeans colgando bajos en las caderas. Con características medio borrosas y en la sombra, se quedaba mirando fijamente a los ojos del espectador y le sostenía la mirada. Un remolino de emociones devastaba su rostro, sus ojos como una tormenta con tanto poder que sacudían a Max hasta la médula. Lo veía todo en esa mirada. Vulnerabilidad. Determinación. Un toque de arrogancia. Necesidad. Y capacidad de amar.

Su corazón se apretó. Se dio la vuelta.

Carina estaba delante de él, sus ojos negros como la tinta llenos de adoración y amor, y una fuerza que jamás había visto.

—Te amo, Max. Siempre te he amado, pero tenía que amarme a mí misma antes de poder darte lo que necesitabas. No sé si es demasiado tarde, pero te prometo que si me das otra oportunidad, voy a estar a tu lado y seré la mujer que mereces. Porque *soy* esa mujer. La otra mitad de

tu alma. La pregunta nunca será si yo iré a ti. La pregunta es, ¿quieres tú volver a mí?

El júbilo explotó y bombeó a través de sus venas. Él le dio una media sonrisa y la tomó en sus brazos.

—Nunca te he dejado, *cara*.

Él reclamó su boca y la besó profundamente, tiernamente, como si estuviesen sellando los votos de hace meses en Las Vegas.

De repente, su familia de corazón lo rodeó. Max quedó recogido en un apretado círculo, mientras que Michael y Nick golpeaban su espalda y Alexa y Maggie se enjugaban las lágrimas.

Finalmente estaba, de verdad, en su hogar.

—Ya era hora de que volvieran a estar juntos. —Sollozó Alexa—. No podía soportar el drama por más tiempo. Los viernes por la noche comenzaban a apestar.

Max sostuvo a Carina apretadamente a su lado y se echó a reír.

—Solucionemos eso esta semana. Fiesta en nuestra casa.

El consultor se apresuró y atravesó la línea. Su expresión normalmente sobria resbaló.

—Umm, Carina, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Por supuesto. —Besó a Max con fuerza en los labios y se alejó. Después de una conversación en voz baja, volvió con una mirada aturdida.

—Lo he vendido todo.

Max sonrió.

—No estoy sorprendido. Tu obra me ha impactado. Pero mejor empezamos ya, vas a tener mucho que pintar y yo tengo que darte inspiración.

Ella se rio y enterró los dedos en su cabello.

—Tienes razón —susurró.

Max miró a la mujer que amaba. Su esposa. Su alma gemela. Su para siempre.

—Vámonos a casa.



Estaba entre una maraña de sabanas, exhausta, saciada y más feliz de lo que jamás había estado.

—¿Estás finalmente lista para llamar al tío?

Carina levantó la cabeza unos centímetros de la almohada y se dejó caer hacia atrás.

—Nunca. Sólo necesito un minuto.

Se rio por lo bajo y se deslizó de la cama. Oyó pasos yendo hacia el vestidor y luego volviendo. Su olor almizclado le subió a la nariz y la hizo agitarse de nuevo. Maldita fuera si su marido no la había hecho una ninfómana y a ella le encantaba cada momento.

—Tengo un regalo para ti.

Eso la hizo sentarse. La parte femenina en ella se fundió con la idea de que su marido le hubiese comprado un regalo.

—¿En serio?

—Sí. Estaba guardándolo. Con la esperanza de que volvieras y yo fuera capaz de dártelo.

La caja rectangular estaba envuelta en papel rojo profundo. Se mordió el labio por el placer y se quedó mirando la caja.

—¿Qué es?

—Ábrelo, nena.

Arrancó el papel como un niño en Navidad y levantó la tapa.

Contuvo el aliento.

Un par de zapatos estaban en el papel de seda blanco. No sólo unos zapatos. Eran unos tacones de aguja de diez centímetros forrados en diamantes. Hechos de cristal puro.

Levantó uno arriba en el aire y observó el brillo de las gemas. La forma cucú para los dedos de los pies le daba a los zapatos una sensualidad coqueta, y el cristal delicado se sentía suave al tacto.

—Dios mío, Max, te has superado a ti mismo. Son preciosos.

—Una vez me dijiste que nunca habías tenido el felices-para-siempre que siempre quisiste. Pensé que podría tratar de compensarte dándote los verdaderos zapatos de la cenicienta.

Las lágrimas le picaban en los párpados y ella sorbió.

—Maldito seas, Maximus Gray. ¿Quién hubiera pensado que todo este romántico sentimental estaba oculto bajo ese exterior?

—Te amo, Carina.

—También te amo.

Presionó su frente contra la de su esposa y se comprometió a no hacerla dudar de sus sentimientos nunca jamás.

Epílogo

*Traducido por Nayelii
Corregido por Xhessii*

Maggie suspiró y miró alrededor de la sala de estar.
—¿Hay demasiados niños en esta habitación, o lo perdí?

Carina se río y metió el chupete en la boca de María.

Su grito terminó a la mitad y succionó con glotonería. Lily estaba corriendo alrededor de la habitación jugando con sus peluches de Dora y Botas mientras *Nick Jr.* Sonaba a todo volumen en el fondo.

Los dos corrales para bebé sostenían a Ethan y Luke, quienes acababan de ser alimentados y cambiados.

—Espera hasta que Max y yo entremos en el círculo. Tendremos que comenzar una cadena de niñeras así veremos la luz del sol con nuestros cónyuges.

—¿Estás embarazada? —jadeó Alexa. Ella sostenía una taza de té falsa en la mano y fingía beber mientras Lily reía.

—No, no estamos listos todavía. Estoy trabajando en otra exposición, y Max tiene una nueva panadería abriendo. Estamos disfrutando de nosotros mismos por ahora. De hecho, estaremos volando a Italia en un mes para quedarnos por un tiempo. Ambos extrañamos a nuestras madres.

Maggie suspiró.

—También extraño a *mama* Conte. Pero los bebés son demasiado jóvenes para un viaje. ¿Cómo lo está haciendo Julietta? ¿Sigue sin salir?

—Mi hermana es totalmente negativa acerca del sexo opuesto. Parece que está convencida de que un hombre se llevará su control y tratará de quitar su carrera. Es terca.

Alexa se río.

—Quizá necesita un hechizo de amor. *La Madre Tierra* pareció bastante generosa con Maggie y conmigo.

Maggie lanzó un cachorro de peluche y la golpeó en la cabeza.

Alexa sacó la lengua.

Hechizo de amor.

Una sensación graciosa de *destino* le hizo cosquillas en su columna. Sus ojos se ampliaron mientras recordaba esa noche cuando hizo el fuego y lanzó el papel a él. Un papel que tenía un nombre: Maximus Gray.

Piel de gallina estalló en sus brazos y sostuvo a Maria más cerca por calor.

—Umm, ¿chicas? ¿De qué están hablando? Cuando Maggie me dio ese libro de hechizos, ella dijo que era sólo tontería sin sentido y que nadie lo había usado.

Alexa se carcajeó.

—¡Divertidísimo! La Srta. Maggie finalmente lo confesó y me dijo que lanzó su propio hechizo para un hombre antes de casarse con Michael. Como la cínica ha caído.

Maggie se encogió de hombros.

—¿Y qué? Sí, es una coincidencia. Pero Carina tiró el libro de hechizos y ahora está felizmente casada con Max. Así que fue solo un golpe de suerte que nuestros maridos vinieran después de dirigirnos a la *Madre Tierra*.

Carina tragó.

—Mentí, Maggie.

—¿Qué quieres decir?

—Lancé un hechizo de amor. Unas cuantas noches después, me metí en el bosque y completé el ciclo. Quemé el papel en el fuego.

La habitación quedó en silencio. Incluso los bebés parecieron sentir algo grande en el horizonte, y la silenciosa caricatura de *Max & Ruby* vino a añadir al silencio.

—¿Escribiste todas las cualidades que querías en un esposo? —susurró Alexa.

—¿Max llena tu lista?

Carina miró a las dos mujeres y tragó.

—No enlisté ningunas cualidades. Solo escribí su nombre en el pedazo de papel.

Maggie saltó como si hubiera visto un fantasma. Alexa se reclinó contra el cojín azul pizarra y sacudió la cabeza.

—Santa mierda. El hechizo funciona.

Maggie se río, pero tenía un tono falso.

—Imposible. Estamos siendo ridículas. Dejen de asustarme.

—¿Dónde está el libro, Carina? ¿Se lo diste a alguien más?

—No, está en mi estantería con un puño de otras cosas. Nunca lo tiré.

Los ojos de Alexa destellaron.

—Creo que necesitamos con seguridad entregar ese libro a alguien. Concretamente a tu hermana.

—¿Qué? Julietta nunca completaría un hechizo de amor. Ella es la práctica en la familia. Nunca en realidad funcionaría. —Se detuvo—. ¿O sí?

Maggie golpeó su mentón con interés.

—Interesante idea. Carina va a ir a Italia en un mes. Quizá pueda encontrar una manera de asegurarse que Julietta complete el hechizo. Entonces finalmente sabremos. Dos pueden ser coincidencia. Tres pueden ser poco probable, pero posible. Cuatro veces sería una confirmación.

Carina miró a las dos mujeres. Tenían razón. Su hermana merecía ese tipo de felicidad, y si completando un hechizo de amor empujaba a Julietta en la dirección correcta, valía la pena un intento.

—Lo haré.

Maggie agarró tres copas de vino, sirvió el rico *Chianti*, y se los tendió. Ellas levantaron sus copas en un círculo y sonrieron.

—*Salute*.

Carina bebió.

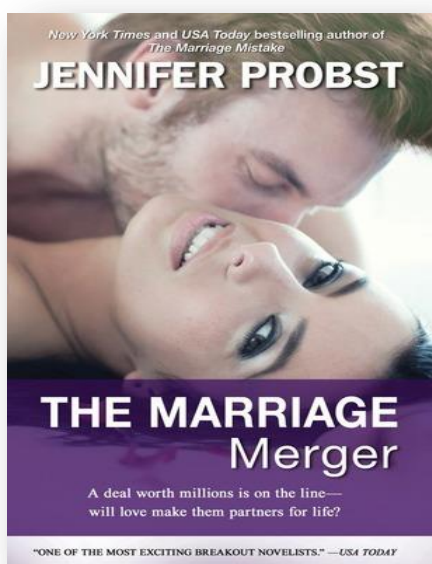
Los niños jugaron y durmieron. Las mujeres charlaron y rieron. Los hombres pasearon por un beso ocasional o un comentario burlón. Cuando Carina miró a su esposo, él le sonrió con una dulzura y calor que la completó. Su “*matrimonio por error*” le dio todo lo que ella alguna vez soñó.

Su felices-por-siempre.

Fin

El libro de Julietta y Sawyer

Traducido por Azuloni
Corregido por Angeles Rangel



Sus hermanas han encontrado la felicidad en el matrimonio, con sus hombres ricos de ensueño, pero no Julietta Conte. Ella se quedó en tierra firme como directora ejecutiva de la compañía familiar, la panadería *La Dolé Famiglia*. Su trabajo es su pasión, y su moderno apartamento en Milán es su santuario... hasta que Sawyer Wells, un masculino monumento en traje, la atrae a salir de su escondite con una irresistible oferta: una exclusiva asociación con su cadena internacional de hoteles de

lujo.

Julietta se ha quemado antes y confiar en el amigo de su cuñado, cuya mirada la hace repensarse el mejor uso para una sala de conferencias, es la apuesta más arriesgada.

Sin embargo, con la oportunidad única-en-la-vida de convertir la panadería en global, ¿mezclará los negocios fríos como la piedra con la candente seducción?

Cuarto libro de la serie **Marriage to a Billionaire**.

Acerca de la autora



Jennifer Probst escribió su primer libro a los doce años. Lo encuadernó en una carpeta, lo leía a sus compañeros de clase y no ha dejado de escribir desde entonces.

Tuvo un breve paréntesis para casarse, embarazarse, comprar una casa, quedar embarazada de nuevo, seguir su maestría en Literatura y rescatar a dos perros de un refugio.

Vive en Nueva York con toda su familia, sus dos hijos pequeños la mantienen activa, estresada, alegre y triste porque su casa nunca está

verdaderamente limpia.

Es autora de romance contemporáneo sexy y erótico.

También ha escrito un libro para niños, *Buffy and the Carrot*, co-escrito con su sobrina de doce años de edad, junto con un cuento sobre un perro del refugio.

Todos sus libros están disponibles en su página web:

[Http://www.jenniferprobst.com](http://www.jenniferprobst.com)

Sus títulos incluyen:

Heart of Steel

Masquerade Secrets Volume 11

The Tantric Principle

Sex, Lies and Contracts

Catch Me

The Marriage Bargain

The Marriage Trap

The Marriage Mistake

The Marriage Merger

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos

